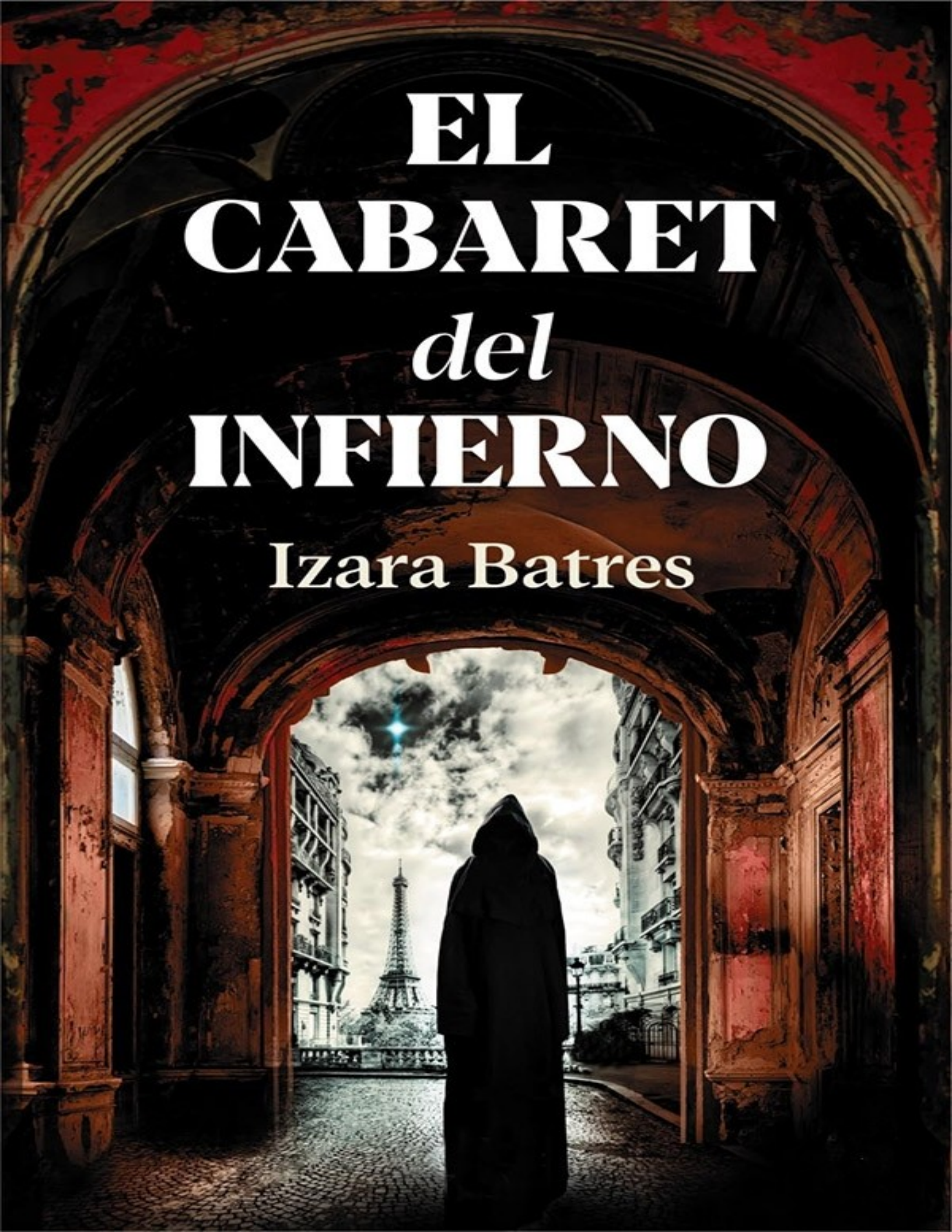

EL
CABARET
del
INFIERNO
Izara Batres

París, 1938, la tierra ha comenzado a temblar y una amenaza aún peor que la guerra se extiende como una sombra interminable. En medio de lo que parece el fin de los tiempos, entre extrañas tormentas eléctricas, cultos esotéricos, sociedades secretas y espectáculos extremos en L'Enfer Cabaret de París, dos personas muy diferentes, Ginebra Wilde y Théo Bernard se cruzan con un extraño objeto, tan peligroso como enigmático, que cambiará sus vidas para siempre. Codiciado por los nazis y por fuerzas cuyos oscuros tentáculos llegan hasta las más altas esferas del poder, el objeto guarda un misterio inesperado que deberán resolver antes de que el sanguinario Lucius Fleedermaus les atrape y, sobre todo, antes de que la terrorífica profecía de Datark se cumpla.

El Cabaret del Infierno es una novela que atrapa desde la primera página. Con imágenes poderosas, un ritmo trepidante y personajes reales y ficticios inolvidables, la potente prosa de Izara Batres combina el magnetismo de las grandes historias de amor con la tensión del mejor suspense, en esta historia adictiva, llena de sorpresas para el lector.

Izara Batres

El Cabaret del Infierno

Título original: *El Cabaret del Infierno*
Izara Batres, 2026

Revisión: 1.0

 23/06/2026

No debisteis abrir la puerta

Cuando sonó el disparo, Renaud supo que Jean no había sobrevivido. Lo supo con la misma certeza con que se sabe que uno tiene hambre o sed. Recordó los dos últimos meses de investigaciones aceleradas en el laboratorio, de presión extrema y desconcierto ante lo que era imposible clasificar o comprender desde el punto de vista de cualquier mortal. Tomó firmemente el paquete de terciopelo negro y lo miró con rabia, miedo y devoción al mismo tiempo, maldiciendo el día en que su jefe, Koch, lo trajo al laboratorio. Ese traidor iba a vendérselo a los alemanes. Un poder así no podía caer en manos de los nazis. Aquella cosa… sencillamente no debía estar al alcance de nadie. Miró la trampilla del antiguo conducto de aire que bajaba hacia la parte trasera del edificio y daba a un sótano al que solo tenía acceso el equipo científico. Koch podría hacerse con ello, pero no había tiempo para buscar otra solución. Era la única salida. Las gotas de sudor resbalaron por su rostro contraído y mojaron las solapas de su bata blanca, mientras introducía el paquete de terciopelo y el maletín con los papeles en una bolsa marrón rectangular y cerraba las correas. Corrió hacia la escotilla del conducto, oculta tras una de las mesas de instrumentos, bajo la pizarra, y apartó la mesa, derribando todo lo que había encima. Tras golpear fuertemente la rejilla, logró que se descolgara de uno de los lados, introdujo la bolsa en el conducto y la empujó con todo el ímpetu de que fue capaz, hasta comprobar que

se deslizaba hacia abajo. Intentó entrar, pero la rejilla no cedía del todo y el hueco era demasiado pequeño. La golpeó varias veces. «¡Maldita sea!», se dijo. No podía dejar de temblar. Vendrían a por él, seguramente ya estarían dentro. Seguramente…

Tres golpes secos sonaron al otro lado de la puerta del laboratorio. No eran violentos. Tenían ese desagradable matiz de serenidad retorcida, de calma cínica que solía darse cuando el enemigo estaba tan seguro de su superioridad que no necesitaba ser agresivo. Tragó saliva y se dio la vuelta. Ya era tarde. La cerradura redonda de la puerta comenzó a girar lentamente. Cuando cedió, Renaud pensó que vería entrar a un tipo con uniforme alemán que le apuntaría con una pistola. En lugar de eso, un hombre vestido con túnica negra se detuvo ante él y le observó desde la oscuridad de su rostro, oculto por la enorme capucha. La oscuridad comenzó a tomar forma. Renaud retrocedió hasta pegarse a la pared, negando con la cabeza.

—No puede ser —balbuceó.

Sus ojos se abrieron desorbitadamente y profirió un grito.

PRIMERA PARTE

Algo se acerca

Capítulo 1
La misión

París, Barrio Latino, diciembre de 1938

Ginebra despertó sudando, gritó, se tapó la boca con las manos y tomó aire hasta que logró tranquilizarse. Todavía podía escuchar los disparos y el grito desgarrador de aquel hombre en esa especie de laboratorio. Las imágenes del sueño desfilaron por su mente como un tiovivo: la bolsa marrón, los cuerpos en el suelo, las sombras alargadas… Y después, las espirales, las formas indescriptibles, los símbolos, y un hombre que permanecía de espaldas a ella en lo que parecía una cripta.

Se levantó de la cama y fue al pequeño lavabo de su buhardilla. El agua fría la ayudó a despejarse.

—Algo se acerca —dijo, sin saber de dónde procedía esa oscura certeza—. Estver… —murmuró.

¿Habría sido solo un sueño? ¿O estaba volviendo a «ver» cosas? ¿Y cómo, en nombre de Dios, podía saberlo? No conocía de nada a aquellos hombres con batas blancas, e ignoraba el origen de esas extrañas palabras. Tomó aire, se secó el cabello negro, empapado de sudor, con una toalla, sin poder controlar el temblor en las manos. «Das pena», le hubiera dicho Lucius. Salió del lavabo y miró a su

alrededor. La buhardilla se limitaba a una habitación con cama y un ventanuco romboidal que daba a la calle.

Necesitaba salir de allí. En el cajón de la vieja mesilla le quedaba algo de dinero de las clases particulares y del que le había dado John Waxley cuando tuvo que dejar Londres, huyendo de Lucius y de un pasado que no le correspondía.

Tras perder a su familia y quedarse sola en París, John Waxley, el mejor amigo de su padre, la cobijó bajo el ala de la Sección Seis de Inteligencia Militar de Londres. Siempre pensó que ser agente secreto sería como en los libros que había leído; sin embargo, la realidad rara vez estaba a la altura de los sueños: triunfar como escritora, encontrar, tal vez, un amor, un camino… Nada salió como ella imaginaba. Y ahora esas visiones habían regresado. A veces eran premoniciones o simplemente percepciones, otras veces no tenían ningún sentido o lo adquirían más adelante; siempre resultaba imposible saberlo y eso la desquiciaba desde que era niña. Su amiga Claire le decía que era una privilegiada, Waxley pensaba que debía poner esas habilidades al servicio del Gobierno, y su abuela lo llamaba «el don», pero, para ella, ese don era una condena y no un regalo.

Cogió unos cuantos billetes del cajón. Al cerrarlo, la fotografía en sepia de sus padres tembló. La sujetó firmemente, sin mirarla. Nunca la miraba, la hacía llorar, pero tampoco era capaz de quitarla de allí. Era el único resquicio de un pasado en el que las cosas tenían sentido. Se vistió rápidamente, se puso la gabardina y el sombrero, y salió.

* * *

París, Clichy-Batignolles

Apresuradamente, Théo entró en el café que hacía esquina con el edificio destartalado en el que vivía. Siempre quedaba allí con Vincent cuando había algún tipo de urgencia. Últimamente, los encuentros por amistad, sencillamente para pasar ratos juntos, eran cada vez menos habituales. Vincent le saludó desde una de las mesas y Théo respondió a regañadientes. La rodilla le estaba matando, como siempre que estaba a punto de llover. «Olvidé tomar los malditos calmantes», se dijo, mientras se sentaba frente a su amigo.

Vincent, pálido, con barba de días, ataviado con su abrigo color tabaco y su sombrero, le miró y habló en voz baja.

—Escucha, necesito tu ayuda —le dijo con su característica voz ronca y algo afónica. A Théo le llamó la atención que Vincent hubiera pedido café. Para su amigo, quien no bebía alcohol no era digno de llamarse hombre.

—Vincent, ya sabes que yo…

—Sí, sí, te estás haciendo mayor, estás solo, estás triste, bla, bla. Escucha, Théo, necesito que me guardes esto un par de días, como si te fuera la vida en ello —dijo, mostrándole una bolsa marrón grande y rectangular, de piel, tipo Satchel, con cinta bandolera para colgarla al hombro—, solo mientras hago… unas gestiones, ya sabes, para despejarme el camino de salida. Te lo compensaré muy bien —añadió, poniendo sobre la mesa un sobre hinchado en el que, supuso Théo, había un buen fajo de billetes.

—Vincent…

—Nos vemos en el Atlantis. Dentro de dos días, a las tres de la madrugada. No lo olvides. Solamente tienes que traerme esto —pidió deslizando la pesada bolsa sobre la mesa.

—¿Qué hay aquí? —preguntó Théo.

—No creo que te convenga saberlo —añadió Vincent, mientras removía el café con la cuchara. Théo percibió cierto nerviosismo en el movimiento y, por el rictus tenso de su mandíbula, supo que

Vincent estaba apretando los dientes. Solo le había visto hacer eso dos veces en su vida, ambas cuando estuvo al borde de la muerte—. Esta mierda sabe a gasolina —masculló.

Théo abrió los cierres de hebilla de la bolsa y la solapa se abrió como una gran boca parda, mostrando un pequeño maletín y una especie de paquete envuelto en paño.

—Théodore, escúchame, te digo que no te conviene… —insistió Vincent.

—Vincent Siena, escúchame tú a mí: si voy a ayudarte quiero saber a qué me expongo —reclamó Théo. Ya no era ese joven imbécil dispuesto a todo por el amigo que le había cuidado en la guerra.

Vincent chasqueó la lengua y miró a su alrededor. A excepción del camarero y un viejo borracho que hablaba solo junto a la ventana del fondo, no había nadie en aquel antro. Se inclinó y le habló en susurros.

—Ese maletín tiene dentro explosivos en forma de documentos. Pruebas de extorsiones, fotos comprometidas, transferencias bancarias, todo lo que podría comprometer a los nazis —explicó—. Koch iba a utilizarlas para llevarse una buena pasta y salir del país.

—¿Los nazis? Colega, esto es serio. Lo siento, pero…

—Baja la voz, maldita sea, y escucha —interrumpió Vincent—: me he jugado la vida para conseguir lo que hay aquí. No creerías las cosas que he visto… Espero poder contártelo en su momento, pero necesito que guardes esto —rogó, incidiendo en la palabra «necesito», casi con desesperación.

Théo observó el otro paquete que había dentro de la bolsa, un objeto envuelto en terciopelo negro, doblemente lacrado. ¿Quién perdería el tiempo en envolver un objeto en un carísimo paño de terciopelo y sellarlo con lacre?

—¿Y eso qué diablos es? —preguntó, acercando la mano para cogerlo.

Vincent le agarró la muñeca tan fuerte que le dolió, y le miró a los ojos.

—Ni se te ocurra tocarlo —le dijo. Lo peor no eran las palabras en sí, sino la mirada. Una mirada que jamás había visto en Vincent, ni en los peores momentos de la guerra. Su rostro áspero y anguloso estaba contraído. Esta vez sí había verdadero miedo en sus pupilas.

—De acuerdo, no te preocupes, pero ¿no puedes, al menos, decirme…?

—Es un Código Cinco, Théo. Un maldito Código Cinco. Te lo explicaré todo más adelante. No lo toques, ¿de acuerdo? No lo hagas.

Théo se preguntó en qué clase de lío se habría metido su amigo. Sabía que Vincent trabajaba en la retaguardia secreta de lo que llamaban el servicio de inteligencia militar del Ministerio de Guerra y Defensa Nacional francés, nada menos. Un nombre largo e incomprensible. Lo que sí comprendía es que su amigo se jugaba el pellejo a menudo.

—¿Le has requisado todo esto a alguien del ministerio?

—Digamos que ese alguien consiguió hacérmelo llegar.

—¿Quién es ese alguien, Vincent?

—Derek Koch. Un funcionario de los gordos, del ministerio. Trabajaba en Inteligencia, dirigía un equipo de investigaciones científicas, y tenía contactos por toda Europa. Desapareció sin dejar rastro, igual que dos científicos de su equipo, Jean Faure y Renaud Lambert. El tipo pensaba vender a los nazis el maletín y el maldito Código Cinco por una suma escandalosa, aunque en el último momento se arrepintió, y me contó que habían matado a los científicos, que él lo sabía, pero no tenía pruebas. Los hicieron desaparecer. Uno de ellos, Renaud Lambert, logró sacar del laboratorio la bolsa marrón con el Código Cinco y el maletín antes de morir, y Koch la rescató de un sótano en desuso. Lo que hay en ese paquete de terciopelo, sea lo que sea, es muy peligroso, porque me pidió que lo protegiera con mi vida. Poco después, Renaud desapareció. Y si quieres saber la verdad, te diré que esto va más allá de los nazis. Solo alguien o algo muy poderoso hace desaparecer personas y pruebas así como así. Hay más cosas detrás

de esto.

—¿Qué cosas?, ¿quiénes están…

—Ahora yo también tengo que desaparecer, y espero que no sea yéndome al otro barrio. Mi vida corre peligro, y no es una maldita broma. Debo irme. Toma esto —dijo Vincent, acercándole el sobre—. No seas cabezota, no se lo he robado a nadie.

Théo titubeó. No quería aceptar la misión, no podía aceptarla. Su amigo le había salvado la vida cuando le hirieron en la Gran Guerra de 1914. Durante años se había sentido en deuda con él, pero la realidad era que Vincent no valoraba su amistad lo suficiente, o así lo creía. Le trataba como a una especie de hermano pequeño que no sabía defenderse. Y este encargo era demasiado arriesgado. Necesitaba el dinero, claro que lo necesitaba. Por culpa de su condenada rodilla estaba viviendo de una pensión y de los trabajillos que hacía como «chapuzas» del barrio, pero al menos tenía paz, podía vivir tranquilo. ¿Realmente estaba dispuesto a perder eso por…?

—¡Cógelo, diablos! —insistió Vincent acercándole el sobre—. Créeme, puede que te haga falta.

Rápidamente, se levantó, metiéndose la mano en el bolsillo, como hacía siempre que quería comprobar si la pistola estaba en su sitio, y miró a su alrededor.

—Recuerda, dentro de dos días, a las tres de la madrugada, en el Atlantis.

—Oye, ¿qué quieres decir con que puede que me haga falta?

Vincent se caló su sombrero, salió del local, velozmente, mirando en todas las direcciones, mientras se cerraba las solapas de su abrigo, y se perdió entre la niebla.

Desde entonces, Théo había estado custodiando la misteriosa entrega en el armario de su casa. Paradójico escondite para un elemento tan supuestamente peligroso. Ni por un segundo había podido quitarse de la cabeza la extraña mirada de Vincent y, por las

noches, las pesadillas no le dejaban dormir. Jamás había tenido ese tipo de sueños, ni siquiera cuando, en el frente, le metieron una bala en el costado y otra en la rodilla.

Se levantó y comenzó a dar vueltas por su pequeño piso. Abrió el armario, desabrochó las correas de la bolsa y contempló, por enésima vez, aquel objeto envuelto en terciopelo que casi parecía observarle a él también.

—Yo ya no estoy para estas cosas —pensó en voz alta.

Se preguntó por qué demonios se habría metido en ese lío. No debería haberlo hecho, ni siquiera por el dinero. Era un militar retirado, un hombre normal que, a sus cuarenta y tres años, no tenía por qué meterse en problemas y solo quería que le dejasen caerse muerto en paz. Había nacido en una corrala en los suburbios de París, entre gritos y olor a basura, y ahora podía vivir de una forma decente. Se sentía asquerosamente solo, pero al menos tenía tiempo libre para pintar acuarelas, hacer figuritas de barro y leer —a paso de tortuga— algunos de los libros que no había leído. Eso le habría gustado a su madre, que siempre quiso que estudiara. Su padre, en cambio, le hubiera mandado a paseo.

Despacio, extendió la mano y, por primera vez, tocó el objeto envuelto en terciopelo, clasificado como Código Cinco.

El paño negro era más denso y sedoso de lo que había pensado. Debajo de las múltiples capas de tejido se intuía una superficie dura. Percibió una leve vibración. Resultaba incluso agradable. Aumentaba despacio, mientras recorría la superficie con los dedos. Apretó un poco más. De pronto, una fuerte sacudida eléctrica recorrió su brazo. Retiró la mano, como si le hubieran mordido, y, al alejarse, tropezó con la cómoda y cayó al suelo. Empezó a sudar, se sentía mareado. Se levantó, tambaleándose. Pensó en experimentos del Gobierno, en inventos de ese servicio de inteligencia para el que trabajaba Vincent y del que él nada sabía. ¿Qué podría ser aquello?

Miró el reloj: casi eran las tres, tenía que salir volando: hoy era el día de la entrega. «Gracias a Dios», pensó. Cerró la bolsa, se la colgó al hombro y salió de la casa, deseando deshacerse de esa

cosa, fuera lo que fuera.

París le recibió con su abrazo más sigiloso. La noche era negra como una cloaca. Se preguntó si no sería mejor dejarse tragar por ella y olvidarse de todo. Al fin y al cabo, nadie le echaría de menos. Tomó un atajo hacia el Atlantis, atento a todo cuanto le rodeaba, para que nadie le siguiera. En el silencio de la noche solo se oía el eco sordo de sus pasos. A medida que se acercaba a la zona roja de la ciudad, a la altura del Moulin Rouge, comenzó a cruzarse con algunos habitantes de la madrugada parisina: borrachos durmiendo en la calle, artistas callejeros, vagabundos, prostitutas. Tomó un pequeño atajo, a través de un estrecho pasaje, ansioso por entrar de lleno en el gentío de la cercana Place Pigalle. Al llegar al final, en el recoveco de la esquina, a su derecha, vislumbró una sombra alargada, y tuvo la certeza de que había alguien ahí observando, más bien acechando. Se le cerró la garganta. No porque pensara que le estaban vigilando, sino porque la presencia, fuera lo que fuera, no parecía humana. Pensó en un enorme perro suelto, pero su intuición le decía que no era un perro; era otra cosa. Con el corazón desbocado, decidió girarse y afrontar lo que tuviera que ocurrir. Allí no había nada. Le pareció percibir un olor extraño… «Théo, respira, estás empezando a alucinar, viejo amigo». Aceleró el paso bajo la lluvia, apretando la bolsa contra su cuerpo. Eran las tres de la mañana, hacía frío y se merecía una copa. Levantó la vista y, al otro lado de la plaza que se extendía ante él, vio brillar las luces del Atlantis.

* * *

París, Pigalle

Cuando Ginebra llegó a la Place Pigalle, eran las tres de la madrugada. Llevaba tiempo andando, perdida en las imágenes que había visto en sueños. ¿Tendrían algo que ver con Luchas esos hombres del laboratorio con los que había soñado? Vestían batas blancas, no uniforme nazi.

Lucius Ferdinand Fleedermaus tampoco llevaba uniforme nazi cuando lo conoció, hacía seis años, en Londres. Apareció en su vida una noche de invierno, en una fiesta, presentándose como un brillante diplomático militar alemán, dispuesto a todo por ella. Dedicó un año entero a conquistarla, hasta que generó la ilusión perfecta, a la medida de lo que Ginebra Wilde deseaba —«Creo que te quiero desde una vida anterior a esta, Ginebra, no había conocido jamás a nadie como tú», le aseguraba—. Llegó a ver atractivo a ese hombre de pelo rapado, mirada torva y mandíbula prominente. El edificio de expectativas no tardó en derrumbarse y se hizo añicos con la entrada de Lucius en el Partido Nazi. Y después, la enfermedad, la reclusión, las amenazas —«¡No irás a ningún sitio sin mí! No olvides que conozco a mucha gente, zorra judía, no estarás a salvo en ningún lugar»—, y el golpe final… que no quería, no podía recordar.

Caminó por el bulevar de Clichy, cerrándose la gabardina, sintiéndose inútil, ingenua y cansada, una vez más. Las luces de neón de los pocos bares que permanecían abiertos se reflejaban, intermitentes, en el suelo mojado, como trazos de óleo desarticulado bajo la lluvia lenta. El Sena emitía su característico murmullo y desprendía una humedad que se filtraba en todas las arterias de la ciudad, en las casas, en las tuberías, en las venas.

Buscó el agradable cobijo del Atlantis, un bar *de jazz* en el que había pasado algunas noches de soledad y paredes líquidas, pero también de vuelo más allá del espacio y el tiempo. Se acodó en la barra, pidió un *bourbon* y dejó que el *jazz* que tocaban en directo la envolviera como una niebla asquerosamente plácida. Encendió un

cigarro y dio unas cuantas caladas, mirando a su alrededor. Estaba habituada a estar alerta. «Solo unos minutos, por favor; quiero estar en paz unos minutos», pensó. Expulsó el humo despacio. El espejo que estaba detrás de la barra le devolvió una mirada de ojos grandes y cansados, vulnerable, a su pesar. Sus ojeras resultaban cada vez más grandes, a causa del frecuente insomnio que le provocaba el dolor, y algunas arrugas de expresión empezaban a hacerse visibles. Tosió varias veces. Nunca había podido fumar con el glamur de las mujeres de las películas: las primeras caladas la relajaban, pero el resto solo le generaban picor en el pecho. Aplastó el cigarro contra el cenicero.

A unos metros, en la barra, un tipo le guiñaba un ojo y elevaba su cerveza, sonriendo. Le dio la espalda. Se desabrochó la gabardina, bebió un trago de su *bourbon* y se apoyó —más bien se hundió— en la barra. Poco a poco, perdió la noción del tiempo.

* * *

Atlantis, el club de *jazz* más famoso de París, e incluso de Francia, durante «los felices años veinte», había quedado reducido, tras la crisis de 1929, a un viejo icono decadente del *art déco* y de la bohemia parisina, por el que circulaban intelectuales irreverentes, universitarios burgueses, artistas borrachos o nostálgicos. Cerraba al amanecer y, en las madrugadas, era un mosaico de humo, música en directo y, probablemente, la mejor selección de licores que se podía encontrar en París.

Théo recorrió el local buscando a Vincent, abriéndose paso entre clientes que bailaban y bebían, asediado por memorias que creía muertas. Algo le incitaba a desenterrar una época especialmente oscura de su vida, que se había esforzado por hundir en las profundidades del olvido. Intuía que, en cuanto se deshiciera de aquella maldita bolsa, los recuerdos de lo que sucedió tras la guerra

le dejarían en paz.

Aquella noche había una animación especial en el Atlantis, tal vez para compensar el clima depresivo en el que se estaba sumiendo la ciudad en los últimos meses.

—Hay tensiones en el Gobierno, lo sé de buena tinta —decía un caballero que fumaba en pipa—. Aquí muchos están tan tranquilos pensando que el nazismo solo afectará a los judíos alemanes.

—¿Sabes qué, Maurice? —interrumpió otro hombre—, creo que estás siendo muy alarmista. Eso es lo que eres, un alarmista y un cenizo.

—A mí me da igual lo que penséis, yo os digo que hay que protegerse. Por eso mi mujer y yo nos vamos la semana que viene a…

Théo recibió un empujón y perdió la pista del diálogo.

—¡Perdone! —dijo un borracho, mostrando una sonrisa a la que le faltaban varios dientes.

Théo intentó encontrar un hueco en la barra. Al final del largo mostrador de madera, le sorprendió la imagen de una mujer. Tenía una silueta especialmente elegante, llevaba una gabardina beis, y un sombrero de ala curvada, bajo el que asomaba un cabello negro, ondulado y brillante. A través del espejo pudo ver que tenía los ojos del color de la miel, o del brandi, según la luz que le diera desde arriba. Acompañada por la melodía de *Night and Day* que tocaban en el escenario, parecía una actriz de Hollywood.

Si había que pasar el rato allí, mientras llegaba Vincent, mejor que fuera cerca de aquella dama.

—Buenas noches, amigo —dijo el barman.

—Hola, Jacques, ¿has visto por aquí a Vincent? —preguntó Théo.

—No, hace semanas que no lo veo.

—¿Estás seguro?

—Claro. No se va de aquí sin tomarse sus cervezas, ya lo sabes.

—Vale, no te preocupes, supongo que no tardará —respondió Théo.

—¿Qué te pongo?

Théo iba a pedir un coñac, como de costumbre, pero un destello rojizo le llamó la atención desde el anaquel de las bebidas. Era un vino inglés al que solía invitarle Vincent.

—Ponme un vino de esos de Esverne, o como se diga —dijo. El camarero se llevó la mano a la oreja para mostrar que no le había entendido—. ¡Estver! —gritó Théo, por encima de la música.

Ginebra salió repentinamente de su trance y miró, estupefacta, al hombre que acababa de pronunciar, alto y claro, aquella palabra que ella había escuchado en sueños. Llevaba un gabán azul, un poco descuidado, un sombrero del mismo color y una gran bolsa marrón de piel, colgada al hombro. Por lo demás, nada llamaba la atención en él, solo que le resultaba extrañamente familiar. El hombre parecía haber percibido su presencia: dos grandes ojos grises, levemente caídos hacia los bordes, a ambos lados de una nariz prominente y algo torcida, la observaron extrañados.

Ginebra apuró su *bourbon* rápidamente, dejó unos francos sobre la barra y se cerró la gabardina dispuesta a irse. Estaba claro que se estaba volviendo loca.

—Perdone, ¿la conozco?

Cuando se dio la vuelta, aquel hombre estaba justo a su lado, mirándola con fascinación. Se había quitado el sombrero, dejando ver un cabello castaño abundante, algo alborotado, y lo sostenía entre las manos, con evidente embarazo. Se acercó un poco a ella. Ginebra percibió un aroma de colonia masculina y un lejano olor a lluvia o, quizá, a la humedad de una casa antigua… Se fijó en su gabán mojado, en la bolsa que llevaba al hombro. De pronto, se dio cuenta de que era igual que la bolsa marrón de piel con la que había soñado. Retrocedió. Podría ser un ingeniero o un abogado, pero también un espía de Lucius. Debía ser cuidadosa.

—Siento haberla asustado… Veo que los dos hemos caminado bajo la lluvia —observó él, señalando su gabardina—. Por poco nos pilla el diluvio.

—No estaría mal que algún diluvio se cargara este mundo podrido —opinó ella.

Théo sonrió. Normalmente los hombres evitaban a las mujeres que hablaban así, pero, curiosamente, él parecía admirado. ¿Por qué le resultaba tan extrañamente familiar?

—Me llamo Théodore Bernard —explicó, tendiéndole su mano con timidez—. Llámeme Théo, por favor. ¿Y usted es?

—¿Podría preguntarle qué es lo que le ha traído a este lugar? —desvió Ginebra—. Va muy cargado como para estar disfrutando del concierto.

Al mirar de nuevo la bolsa, Ginebra percibió una vibración en las sienes, algo que solía ocurrirle cuando estaba a punto de «ver» algo.

—La verdad es que yo… vine buscando a un amigo, y no lo encuentro —explicó Théo, sin disimular su preocupación—. Pero la he encontrado a usted —añadió con una sonrisa grande, como la de un niño ilusionado—. Hace bien en no fiarse de los desconocidos. Además, está todo patas arriba, últimamente. El mundo se ha vuelto loco, fíjese en ese tipo alemán del bigote ridículo, con eso del Tercer Reich. Supongo que habrá habido un primero y un segundo, muy chungos, pero este va a ser el peor de todos, aunque no sé lo que significa Reich, ni por qué me meto en estos problemas intentando hablar de lo que no sé… —dijo, frotándose el cogote, nervioso—. La cuestión es que parece que los judíos están asustados. ¿Es usted judía? Oh, disculpe la pregunta, no conozco a muchos judíos, no sé si usted lo es o no, o si está asustada porque cree que soy nazi. Yo no soy nazi, antes muerto. En fin, no sé por qué hablo tanto. Es que me pongo nervioso, porque… me parece la mujer más hermosa que he conocido —confesó, sonrojándose. A Ginebra le pareció distinguir, en los ojos tristes de Théo, una luz sincera que se imponía, de forma inusitada, al deseo de gustar, y, en sus movimientos torpes, una inocencia simpática, muy lejana a la actitud impostada de Lucius. Podría estar engañándola, pero no parecía un buen seductor. Sin embargo, no podía confiarse—. Perdón, soy idiota, la estoy abrumando.

¡Eh, Théo! —gritó el camarero—. ¡Tu vino! Y a ver si te acuerdas bien del nombre la próxima vez —añadió sonriendo—. Se llama

Severn.

Théo cogió el vaso de vino, bebió demasiado rápido y se atragantó.

—Le extrañará —dijo Ginebra—, pero… por un momento, creí que usted había dicho «Estver».

—Eso fue lo que dije —afirmó Théo, asintiendo, mientras tosía—. Dije «Estver» no sé por qué, no suelo equivocarme hasta ese punto con los nombres.

—Y… esa palabra, ¿significa algo para usted? —dijo Ginebra, mirándole a los ojos.

—No —respondió Théo—. Aunque, si le digo la verdad, me resulta familiar. Es como si lo hubiera oído alguna vez…, y creo que por eso me ha venido a la cabeza el nombre de ese vino. Será una tontería, me están pasando cosas un poco raras en estos días, y, en fin, no quiero aburrirla, yo… ¿Me permite invitarla a una copa?

—Tengo la sensación de que lo conozco de algo, Théo…

—Me ocurre exactamente lo mismo con usted. ¿No es actriz? Bueno, le habrán dicho eso muchas veces, claro… Disculpe, me he desviado del tema, ya se me ha olvidado de qué estábamos hablando, si le digo la verdad.

Mientras Depestre Salnave interpretaba uno de los últimos éxitos de Charlie Barnet sobre el escenario, Ginebra observó los ojos grandes de Théo, que se derramaban afablemente hacia los bordes del rostro. Podía ser una trampa, podía ser un sicario de Lucius, y, sin embargo, sentía ganas de sonreír, por primera vez en mucho tiempo.

—Me llamo Ginebra, Ginebra Wilde —desveló, tendiéndole la mano.

Théo alzó las cejas y sonrió, cambiándose la cinta de la bolsa al otro hombro. Al mirar la bolsa, Ginebra percibió una vibración y una especie de sensación de vértigo, una levísima descarga eléctrica que recorría los nervios de todo su cuerpo.

—Ginebra Wilde, ¡qué nombre tan bonito! Incluso va con la música que está sonando. Deje que la invite a…

—Esa bolsa… —interrumpió ella, turbada—. ¿En qué trabaja usted?

—Oh, no, lo que hay aquí dentro no es material de trabajo… Claro, es normal que esté usted extrañada, pero lo que llevo aquí pertenece a un amigo y… Es una cuestión comprometida. Si le digo la verdad, yo soy el primero que no entiende nada de esto.

Ginebra comenzó a notar un sonido agudo en los oídos. No sabía qué le estaba ocurriendo, pero las imágenes volvían a sucederse. Se alejó de la bolsa y de Théo, y miró a su alrededor. Junto al escenario, más allá de la pista donde la gente bailaba con especial desesperación, un tipo la observaba. Pero ¿podía estar segura? Recorrió con la mirada el local. En la zona de las mesas, un hombre que llevaba una camisa remangada la miraba fijamente.

—Debo irme, Théo. Lo siento.

—¿Se encuentra bien?

—Solo estoy… agotada. Espero que encuentre a su amigo.

—¿Es por las pesadillas?

—¿Cómo? —dijo ella sorprendida.

—Los dos hemos percibido algo… ¿No es así? —dijo Théo. Ginebra tuvo la sensación de que la veía, veía lo que había dentro de ella—. Usted necesita entender qué es eso que percibe… y por qué le parece que me conoce. Y yo también. ¡Tal vez sea el destino!

—O el azar.

Ginebra, desde que mi amigo me dio esta bolsa, he estado teniendo pesadillas y sensaciones muy extrañas. Creo que a usted también le está ocurriendo algo…

—¿Qué contiene esa bolsa, Théo?

—No lo sé. Si lo supiera, se lo diría…

—¿Tampoco sabe de dónde salió?, ¿a quién pertenecía?

—Solo la estoy custodiando —confirmó Théo—. Y, créame, preferiría no hacerlo; debía un favor importante y… Usted también lo ha sentido, ¿verdad? ¿Ha sentido algo extraño?

Ginebra asintió. Notó un pinchazo en las sienes; le dolía la cabeza como nunca en su vida. Miró a su alrededor. En el área de las

mesas, el hombre que la observaba se había puesto de pie, y le pareció que, de un momento a otro, iba a empezar a caminar hacia ella.

—Théo, no sé quién es usted o quién le envía, pero debo irme.

Se alejó, abriéndose paso entre la gente. Le ardía la frente, las imágenes se sucedían a tal velocidad que no podía pensar. ¿Qué diablos habría en esa bolsa?

—¡Espere! —dijo Théo, siguiendo a Ginebra hasta la puerta del Atlantis—. ¿Ha visto la hélice sin fin? ¿Como si fuera una espiral infinita que sube hacia el cielo?, ¿y formas que no podía describir?, ¿y sombras? ¿Ha visto las muertes?

Al escuchar aquellas palabras Ginebra se dio la vuelta, y sus ojos brillaron, perplejos, bajo el ala del sombrero.

—Ginebra: antes, cuando le pregunté si la conocía…, no era una forma de ligar. Yo… la vi en mis sueños, ahora estoy seguro de que la vi —proclamó él—. Creo que esto que hay en la bolsa tiene alguna relación con lo que hemos visto. Si mi amigo no viene hoy… estoy dispuesto a abrirlo. Usted necesita saber qué está pasando, pero yo también. ¡Algo se acerca!

Acabo de recordar que dije eso al despertarme, esta mañana —terminó él, y la miró a los ojos, esperanzado.

«¿Cómo podía saber esas cosas?», pensó Ginebra.

En ese instante, algo la atravesó con la fuerza de un rayo, las imágenes volvieron a sucederse y al fin lo supo: el hombre con el que había soñado, el que permanecía de espaldas en una especie de cripta, ¡era Théo! Ahora podía «ver» lo que estaba haciendo… Sintió un escalofrío más intenso que una puñalada.

—Tengo que salir de aquí ahora —dijo ella, tratando de ahogar el dolor en la cabeza y en los oídos—. Nos veremos dentro de unas horas, a las once en el Café de Flore. Si todo esto es una trampa, lo sabré y jamás volverá a verme.

Théo asintió.

—Allí estaré.

* * *

París, Gare du Nord

Vincent se detuvo a la salida de la pensión donde se había recluido los últimos dos días, tras descubrir que habían colocado micrófonos en su casa. Observó la calle, para asegurarse de que no había vigilancia, mientras se rascaba la cicatriz que tenía bajo la barbilla. El silencio era absoluto. Dos viejas farolas trémulas iluminaban un pedazo de acera sucia. Ya eran más de las tres, pero confiaba en que Théo estuviera esperándolo en el Atlantis. Debía confirmar que el territorio estaba despejado antes de salir. Si todo iba bien, a las cinco de la madrugada cogería un tren que lo sacaría de París.

Su trabajo como agente secreto para el servicio de inteligencia era una condenada trampa. Si lo hubiera sabido antes, tal vez habría elegido quedarse en esa cárcel en la que se iba a pudrir después de la guerra, cuando lo apresaron los alemanes. Un tipo de la inteligencia militar francesa, que había estallo con él en el Ejército, le ofreció sacarle de allí y traerlo a Francia en tiempo récord, a cambio de dedicarse a misiones un tanto peligrosas y, por supuesto, secretas, y él aceptó. A partir de entonces, su vida consistió en moverse siempre en las sombras, cambiando de identidad, jugándose el cuello por asuntos que no le importaban y cumpliendo con servicios cada vez más complicados. Sin embargo, este último se llevaba la palma; todavía recordaba a Derek Koch, más blanco que un papel de fumar, confiándole ese maldito objeto. Fuera lo que fuera esa cosa, traía de cabeza al ministerio y a los nazis. Y había algo más, algo de lo que Koch no le había hablado y que guardaba relación con los extraños rituales que estaban teniendo lugar en

París y en el sur de Francia, desde hacía meses. Al parecer, había gente muy importante metida en eso, y era imposible acceder a la información. Cuando le tocaba «limpiar la sangre» podía presenciar los escenarios posteriores a esas celebraciones macabras, y lo que hacían allí iba más allá de cualquier mierda satánica que hubiera visto antes; eso no eran sectas al uso ni un grupo de chalados sacrificando gatos. La consigna era firme y clara: «Silencio absoluto»; prohibido preguntar, prohibido investigar. Probablemente, lo que sucedió en aquel barco tenía que ver con todo eso; algún día se lo contaría a Théo. Pero no estaba seguro y no podía seguir investigando ahora. En cuanto saliera de París, pensaba desaparecer y dedicarse al boxeo, que era lo que siempre le había gustado. Entonces llegaría el momento de hablar y, quizá, de escribir sus memorias. Y el mundo se quedaría perplejo al saber lo que sucedía todos los días, de forma cotidiana, pero en la oscuridad, con el sigilo más impune. Ni se lo imaginaban.

Extrajo un cigarro de la cajetilla arrugada en su bolsillo y lo encendió, mientras observaba cuidadosamente ambas aceras desiertas. Una mujer menuda y joven se acercaba a paso rápido. Vincent se metió la mano en el bolsillo y agarró la pistola con fuerza.

—¡Hombre, Vincent Siena! De todos los posibles horrores de la noche, este era el más difícil de prever —exclamó la mujer sonriendo.

Vincent hizo una mueca y soltó la pistola. Era Claire Gilbert, esa rubia pajiza con el pelo a lo *garçon* que se creía muy lista y hablaba como si fuera un hombre. Salía tarde del ministerio porque era una especie de adicta al trabajo y, a veces, se tomaba una copa por aquellos alrededores, sin compañía ninguna.

—Nena, no deberías andar sola a estas horas.

—Me llamo Claire, no nena, ni muñeca, ni gatita… —dijo, reanudando el paso rápido, sin mirar atrás—. ¡Buenas noches! —exclamó, sin volverse.

La vio alejarse resueltamente hacia el metro con una mezcla de estupor, rabia y muy a su pesar, admiración.

Claire le había estado investigando, igual que él a ella, y ambos lo sabían. La alerta era máxima en el ministerio, desde las desapariciones de Koch, Faure y Lambert, y ella formaba parte del departamento de investigación. Había trabajado en servicios de inteligencia en Marsella y en Londres, antes de su traslado a París; estaba limpia y no parecía tener nada que ver con el caso.

Cuando estuvo seguro de que todo estaba despejado, caminó deprisa hacia la callejuela en la que había aparcado su coche prestado, subiéndose las solapas del abrigo y dando largas caladas nerviosas. El humo se le congeló en la garganta, cuando, al doblar la esquina del callejón, un coche le cerró el paso. Se giró, con la pistola en la mano, y un destello súbito le cegó durante unos instantes; parpadeó, y entonces vio a dos tipos más que salían de un coche, apuntándole con sendas armas. «¡Mierda!».

Mientras escuchaba los gritos en alemán y uno de ellos le esposaba, pensó en Théo, con su expresión de niño abandonado, esperándole en el Atlantis. Ojalá lograra salir con vida de todo aquello.

Capítulo 2
En la oscuridad

Londres, junto al Támesis

La bruma de Londres podía ser tan densa y pesada como una madeja de espino en una noche de perros como aquella. Los recuerdos indeseables se agarraban al pecho, igual que el asma.

Lucius abrió la carpeta verde fango y extrajo, una vez más, las fotografías que su ayudante le había conseguido y que, tras casi un año de búsqueda, le desvelaban el paradero de Ginebra. En la primera foto, ella se encontraba de espaldas, con gabardina y sombrero, en uno de esos antros de París. Al tipo del gabán y la bolsa, que se acercaba a ella en exceso, le brillaban los ojos: un vergonzoso signo de debilidad. Acarició con el dedo la silueta de aquel hombre, como quien dibuja el rostro de un asesino y, rápidamente, guardó las fotografías. Caminó, con las manos a la espalda y la carpeta bajo el brazo, siguiendo el Támesis. Quería matar a ese miserable con sus propias manos. Y después la mataría a ella, la mataría mientras besaba esos labios que recordaba dulces y cálidos. Le temblaron las comisuras de la boca. «Creo que nunca te han querido de verdad», le había dicho Ginebra, hacía años. Si tuviera que darle su alma al diablo por recuperarla, lo haría, y, sin

embargo, deseaba, con la misma intensidad, verla muerta, apagada, hundida en las sombras.

«Lucius, qué guapa es esa chica que te acompaña», le dijo Herman Foster, ese aristócrata engreído, único testigo de una relación que no llegó a dos años, cuyas pruebas se esforzó en horrar cuando ella escapó. Ella. Siempre ella en las frecuencias más geniales y en las más inhóspitas. Y él queriendo alcanzarla, queriendo entender…, reducido a mero observador de la maravilla. Le hubiera gustado hablar como ella, besar como ella… Se preguntaba qué sentirían los hombres, qué sentiría alguien como Rolf si… Instantáneamente recordó aquella noche con Rolf en el Nachtlokal de Berlín. Un brillo verdoso en el agua le hizo avergonzarse profundamente de sus pensamientos. Sacudió la cabeza, le dio una patada a una piedra y siguió caminando; el cuello rígido, la boca contraída, las mejillas rojas, mientras el Támesis le vigilaba, oscuro y áspero como una lija.

Esa judía francesa había estado a punto de volverle débil. Por eso no podía seguir viviendo. Por eso, tenía que pagar. Ahora sabía que estaba en París: el gorrión había vuelto al nido.

Apretó el paso, conteniendo la rabia, y se limpió el sudor. Él siempre había reducido el dolor a algo que se podía desconectar apretando la tecla adecuada. Lo lograría también ahora. Las palabras de Rolf acudieron rápidas, como un estilete oportuno que eliminaba el área dañada: «Algún día te conocerán como el hombre de acero, serás el número uno». Sintió un orgullo inflamado y un leve cosquilleo en la parte inferior del vientre, que inmediatamente se reprochó. Estiró el cuello, lo hizo crujir a un lado y al otro, y caminó hacia su casa.

Cuando entró en su despacho, el teléfono candelabro, instalado en la mesa del fondo, estaba sonando. «Coge siempre el teléfono, porque puede ser un cliente». Eso decía su padre, de quien había aprendido todo sobre los negocios y el arte de las relaciones sociales. Dejó la carpeta sobre la mesa y cogió el auricular.

—Al habla Fleedermaus… ¡*Heil* Hitler! Mi querido Rudolf Hess,

¿cómo estás?… Por supuesto que estoy preparado, Rolf, ya me conoces —apuntó, dejando escapar una risita seductora—. Estaré en Berlín a tiempo para la reunión. Allí nos vemos…

Colgó, se pasó una mano por el pelo rubio blanquecino, rapado casi al cero, y se calzó la gorra perfectamente planchada por su ama de llaves, con los bordes cuadrados. La certeza de que estaba comenzando a escalar puestos en el Partido Nazi, más rápido de lo que imaginaba, le hizo olvidar todo posible desasosiego. Reducido, ya, todo sentimiento a mecánica neutralidad, marcó unos números en la base del teléfono.

—¿Marguerite? Buenas noches, querida… Lo siento, mi amor —dijo con voz impostada—, no voy a poder ir a París a verte… Sí, estoy en el hospital, todavía convaleciente… Te juro que estoy deseando poder abrazarte y besarte… Claro, recuerdo los pasajes, yo te los regalé y nos iremos juntos. Cuenta con ello… Preciosa, tengo que colgar. Millones de besos.

Cuando colgó, no pudo evitar sonreír. Qué fácil era.

Cogió las maletas, se calzó los guantes grises a juego con el abrigo, estirando minuciosamente los pliegues que hacían entre los dedos, salió de la casa en busca de un taxi y sus ojos, siempre acechantes, se confundieron con la oscuridad de la noche.

* * *

París, Trocadero

La copa de vino se estrelló contra el suelo, haciéndose añicos. El líquido rojo y denso devoró, poco a poco, las arterias de la pequeña alfombra blanca.

Marguerite contempló, durante unos instantes, los cristales lotos,

iluminados por la luz anaranjada de la lámpara de noche. Sus ojos amarillos no parpadeaban. De pronto, se tapó los oídos y gritó hasta que sus mejillas cobraron un tono escarlata; a manotazos furiosos, tiró al suelo los frascos de perfume, las polveras, los pintalabios, los velos exóticos, las revistas y medias usadas que había sobre la cama, y la ropa interior de encaje. Todas las piezas de su disfraz cotidiano yacían ahora sobre la alfombra herida de vino y cristales. Se sentó en la cama y observó la ventana que se abría frente a ella. Las cortinas se ondulaban mecidas por el viento de la noche. Al fondo, el inaccesible lujo monumental de Trocadero la observaba con insultante indiferencia. Imaginó cómo sería caer desde esa ventana y golpear el suelo con todos los huesos, morir allí, en los templos que los ricos construían para los ricos, en el paraíso que jamás sería suyo.

Se levantó y recogió del suelo un sobre del que sacó unos pasajes de barco, los acarició y los besó. Se imaginó vestida de novia, en un lugar lejano en el que nadie la conocería, en donde sería solamente la esposa de Lucius Fleedermaus y prepararía tartas de fresa los domingos. Iban a coger un barco hacia América, como Lucius se lo había prometido.

—Lucius, no me falles —rogó—. Controlaré mi genio. Perdona… Perdóname, nos iremos juntos. Cuando te cures, nos iremos.

Volvió a meter los pasajes en el sobre y lo acarició, con ansiedad. Una vez, intentó escapar del burdel de su madre con un austriaco que le había prometido una vida mejor. Se quedó esperándole en la estación y, poco después, supo que estaba casado. «Se ríen, todos se ríen de ti, Lucius también lo hará; miente, es un sinvergüenza más, eso es, no hay excusas no mereces no vales nada sí me quería te odia se reirán se reirán de ti…».

—¡Basta! —gritó. Cerró los ojos y se tapó los oídos.

«Tienes la marca del diablo, igual que tu padre, ¡ese pelo rojo tiene el veneno de Satanás!», le escupía su madre, la célebre *madame* Hildie, dueña de Le Palace, el burdel de lujo más frecuentado por la alta sociedad de París. «Si quieres tener éxito en

la vida, controla tu genio, el genio asusta a los hombres. Y el éxito se alcanza a través de ellos», le recordaba, una y otra vez.

Nunca tuvo éxito como bailarina y cantante. Se conformó con prestar sus servicios a quien pagara por ellos, a veces, incluso como espía. Eso le daba el dinero suficiente como para no regresar al burdel donde su madre vendía la virginidad de jovencitas. «París se mueve por contactos. Haz buenas relaciones, utiliza tu cuerpo», le decía mamá Hildie. «Sobrevive, no puedes permitirte otra cosa». Marguerite se limpió las lágrimas. Todo se había reducido a eso, durante tantos años… Sobrevivir. Estudiar cada movimiento, bailar como ellos querían, excitarles como querían, hacer lo que deseaban, guardar los secretos y utilizarlos —su único poder sobre ellos—, aplicar el protocolo para cada hombre y para cada rango. Y el mecanismo estaba tan bien engrasado que nadie veía lo que había debajo. Pero debajo estaba Margie, la pequeña Margie, que creía que era libre porque no estaba en el burdel, pero hacía el mismo trabajo que… «¡Basta, Marge!», se dijo.

Mañana terminaría los servicios de los últimos días y volvería a su piso de la Rue Mazarine, el pequeño nido de amorque le había regalado Cesare para sacarla de los suburbios, solo que no era de amor, sino de sexo. Dejó escapar una risa irónica y triste. Preparó la pipa y aspiró el opio con intensidad, sus ojos entonces empezaron a ponerse acuosos y su corazón comenzó a latir más despacio. Se miró al espejo y trató de impostar una amplia sonrisa, mientras se limpiaba una lágrima. El reflejo le devolvió también una sombra: al fondo de la habitación, cerca de la ventana, una silueta oscura y alargada se dibujó sobre las paredes de moqueta. Marguerite giró la cabeza rápidamente. Allí no había nada. Se arregló el cabello rojizo mientras se mordía la uña del pulgar.

En el techo, una grieta avanzaba, poco a poco.

* * *

París, bulevar Saint-Germain

«No solo tuve que matar. Me mataron. En esa guerra lo perdí todo», pensó Théo, mientras caminaba por el bulevar, cargando con la bolsa. Se había alistado en el Ejército para huir de la pobreza en su casa, de la muerte de su madre, la única persona que realmente le había querido y comprendido, y, sobre todo, de los gritos de su padre, que le recordaba constantemente que sería un fracasado igual que él. Se fue porque pensó que en cualquier lugar estaría mejor que en ese suburbio sin esperanza. Pero no previo lo que la guerra podía hacer, lo que les hacía a las personas. En esas trincheras se disolvía todo átomo de ilusión y fe en el sentido de la vida.

Llevaba años sintiéndose fuera de todo, como si ya no sirviera para nada, agradecido y asqueado al mismo tiempo. Y, de pronto, aparecía Ginebra y quería volver a vivir… «Te vas a llevar un buen golpe, Théo», se decía. Vincent siempre le decía que era un ingenuo y que tenía la cabeza llena de pájaros. Él no tenía esos problemas porque veía a las mujeres como objetos. Varias veces habían discutido por esa cuestión. «Vincent, ¿dónde estás?», pensó. En lo más hondo de él, sabía que lo habían cogido. Y, si lo habían cogido, el siguiente sería él.

La rodilla volvía a molestarle, la humedad de la llovizna insidiosa calaba hasta los huesos. Los parisinos caminaban a paso rápido, entre la neblina, sin disimular su apatía.

Al llegar a las cercanías del Café de Flore se quedó observando unas hojas que bailaban en el viento helado y no pudo evitar que se

le escapara una sonrisa al pensar en Ginebra. Ignoraba por qué esa mujer le había calado tan hondo, por qué tenía la sensación de que la conocía desde siempre. Quizá se estuviera jugando la vida, pero no pensaba esconderse. No podía hacer nada por Vincent, no pudo ayudar a su madre cuando murió de pulmonía en esa casa llena de grietas, pero Ginebra era una especie de último reducto, un regalo de la belleza que aún quedaba en este asqueroso mundo, y a ella sí podía ayudarla. Estaba dispuesto a contarle todo, todo lo que recordaba, todo lo que había sucedido. Incluso le hablaría de San Víctor… Fuera cual fuera su reacción.

Le sudaban las manos y el corazón se le salía del pecho. Apretó la bolsa contra su cuerpo y avanzó rápidamente hacia el De Flore.

* * *

París, Café de Flore

Ginebra tomó asiento junto a la ventana, pidió un café y miró a su alrededor para asegurarse de que no había ningún elemento sospechoso. La cafetería francesa más popular entre los estudiantes tenía hoy un cariz prácticamente fantasmagórico. Los camareros parecían somnolientos, parapetados tras el mostrador. Daba la sensación de que nadie quería aceptar, esta vez, el inicio del invierno. «Algo se acerca», recordó. Y parecía que ese fatídico vaticinio pesaba, de forma inconsciente, sobre toda la humanidad.

Ginebra cogió con ambas manos su taza de café, agarrándose a la seguridad ilusoria de ese calor, a la extraña tranquilidad que, en medio del caos, le ofrecía esa cafetería que, en algún tiempo feliz y fugaz, había sido el refugio favorito de mis padres. Ambos venidos a menos, víctimas de historias desgraciadas, habían logrado crear un

fugaz núcleo de felicidad durante los años en que estuvieron casados. Cuando, en la guerra, su padre recibió aquella bala que acabaría con su vida años después, esa luz se apagó definitivamente. Los recordaba junto a la ventana del De Flore, cerca de donde ella estaba sentada ahora. Su padre le hablaba de historia y de arquitectura, y su madre dibujaba en las servilletas. Hubiera podido ser pintora. «Dios mío, cómo os echo de menos y qué pocas veces os dije que os quería», pensó.

Ahogó su soledad metiéndose en un trabajo de agente que no era el suyo, y en la vida de Lucius Ferdinand Fleedermaus. «Deberían llamarte Lucifer», le dijo, una noche, tras una acalorada discusión. La respuesta fue una tortura psicológica basada en el silencio. Una más. Eran mucho peores que las bofetadas ocasionales. Cuando se enamoró de él, mató las imágenes, mató su voz, se entregó a la mordedura del vampiro, anestesiada por su propia necesidad de creer. ¿Cómo pudo ser tan estúpida?

«Estás enferma, Ginebra, no lo olvides, y parece que eso está afectándote a la cabeza también. Si te vas, ¿quién va a cuidarte?, ¿alguno de esos amigos tuyos? Eso es lo que quieres, ¿verdad? Irte con ellos. ¿Te crees muy importante?». Recordó la huida, a escondidas, entre la niebla, con el pasaporte falso que le había conseguido John Waxley.

Ahora, ese impostor que interpretó de forma brillante el papel de hombre perfecto estaría lamiendo traseros en el Partido Nazi. Le daba tanto asco pensarlo que sentía ganas de vomitar.

Un pinchazo de dolor la hizo contraerse. Tomó aire, tocándose el abdomen. Los médicos le habían dicho que llegaría a estar bien del todo, pero, a veces, ese camino le parecía interminable.

La puerta se abrió con una ráfaga de aire gélido. Théo entró en el local. Era más alto y robusto de lo que le había parecido en su primer encuentro. Tomó asiento frente a ella, con la bolsa al hombro, y la miró sin ocultar su ilusión.

Ella encendió un cigarro con boquilla, le temblaba levemente la mano. La luz glauca atravesaba el cristal y pintaba figuras arbóreas

sobre la mesa de madera del café y sobre su traje color esmeralda. No quería que él notara que estaba nerviosa.

—Vayamos al grano —propuso ella.

Théo tomo aire.

—Mi amigo no regresó al club —dijo—. Me gustaría poder tener alguna noticia, pero no la tengo. He traído la bolsa, está más segura conmigo.

Théo miró a su alrededor, alzó la bolsa y la puso sobre la mesa. Abrió, cuidadosamente, las dos correas de cierre. Muy despacio, extrajo el paquete de terciopelo. Lo puso sobre la mesa, inclinándose hacia delante para ocultarlo con su propio cuerpo, y lo empujó hacia ella. Tuvo la sensación de que acababa de manipular algo tan valioso y delicado como un jarrón de porcelana a punto de romperse. Seguramente le perseguían. Seguramente estaba siendo un insensato, pero quizás hacer algo insensato fuera la única manera de no volverse loco.

Ginebra observó el envoltorio de terciopelo negro, atado con un cordel y sellado con doble lacre color sangre, como si fuera una pantera dormida. Acercó sus manos, muy despacio, y lo tocó. La embargó un calor extraño, seguido de vibraciones que parecían pequeñas descargas eléctricas. En su mente vio imágenes borrosas, inconexas, que no comprendía. Algo la llamaba a cerrar los ojos y dejarse llevar por ese fluido inquietante y eléctrico que conectaba, de alguna forma incomprensible, con una parte muy profunda de sí misma, incluso con aquellas cosas que no quería recordar y los senderos ocultos del subconsciente.

—¿Por qué no lo abre? Ahora, aquí mismo —propuso Ginebra, retirando las manos, sin dejar de observar el artefacto.

—No puedo hacer eso… Ya no me importa jugarme la vida, pero el problema es que se jugaría también la suya, Ginebra, y eso no voy a tolerarlo. Tiene que ser en un lugar secreto, uno como esos de las películas de detectives.

Ginebra dio una calada lenta a su cigarro, comenzó a toser y decidió aplastarlo en el cenicero. Se dio cuenta de que esta vez no

podía huir, tenía que llegar al fondo de todo aquello.

—Yo… llevo muchos años evitando problemas, Ginebra. Pero, encontrarla a usted me ha dado la fuerza para… Disculpe, soy torpe con las palabras… Ya le dije que es como si la conociera. Y quiero entender qué diablos está pasando. Podría tirar esto al río y olvidarlo todo, pero el vínculo que hay entre usted y yo… ¿usted no quiere saber qué está ocurriendo y por qué nos hemos visto en sueños?

—Théo —dijo Ginebra, expulsando el humo, sin poder ocultar los nervios ni la preocupación—. ¿Recuerda San Víctor? ¿Recuerda lo que pasó allí?

Théo abrió los ojos como si acabaran de clavarle un puñal. San Víctor… ¿Cómo lo sabía ella? Durante años había intentado enterrar aquel nombre en la niebla más densa del olvido, como tantas otras cosas, y justo en el momento en que decidía rescatarlo esa mujer leía sus pensamientos.

—¿Cómo…? ¿Cómo sabe usted que estuve allí? —dijo él, con una mezcla de sorpresa y miedo.

—Forma parte de lo que vi la noche del Atlantis.

—¿Lo que vio?, ¿como lo que yo veo en mis pesadillas?

—Es parecido a los sueños, pero no tengo que estar dormida —explicó Ginebra—. Es una historia muy larga, el caso es que esas imágenes parecen tener relación con esto —dijo señalando el objeto envuelto—. ¿Qué pasó en San Víctor?

El rostro de Théo cobró un aire de gravedad que asustó a Ginebra. Recordó lo que había visto, y lamentó estar allí con aquel hombre, pero aún más no poder marcharse.

Muy despacio, con las manos temblorosas, Théo extrajo de su bolsa una libreta descolorida, cuyos bordes gastados amarilleaban, y se la entregó a Ginebra.

—Por favor, léala —dijo, mirándola fijamente a los ojos—. La he rescatado de una caja polvorienta, y la he traído para que sepa que todo lo que le cuento es verdad. Y para que sepa… que no soy un asesino.

Ginebra se fijó en las gotas de sudor que perlaban la frente de

Théo y en las gotas de lluvia que se deslizaban sobre el cristal del De Flore como patéticas figuritas sin nombre. Hasta el cielo parecía tener un tono grave hoy, como si estuviera a punto de estallar. Tomó la libreta y la abrió despacio. Comenzó a pasar las páginas amarillentas: fragmentos de frases mezcladas con palabras sueltas, y con otros caracteres incomprensibles, dibujos pesadillescos, espirales y formas como las que ella misma había visto. Se repetía varias veces la palabra «barco».

Ginebra miró a Théo, desconcertada.

Fue poco después de la guerra —explicó Théo—. ¿Ha oído hablar de esos barcos que se apartan del territorio legal y se quedan en una frontera que no es tierra de nadie?

Normalmente es para hacer actividades ilegales, ¿no es así?

Sí. En ocasiones, a los militares los envían en misiones especiales a interceptar esos barcos y detener a la tripulación —Théo se detuvo unos segundos—. Yo era muy joven entonces y era militar. Y nadie nos dijo que allí estaban haciendo experimentos.

—¿Qué tipo de experimentos?

Pruebas con medicamentos, con sustancias… qué sé yo… Se suponía que estábamos en una misión especial, pero nos llevaron allí como carnaza. Nos llevaron para experimentar con nosotros.

—¿Cómo?

—Así es, nuestros superiores nos vendieron, nos retiraron la protección. Muchos de mis compañeros murieron, o no volvieron a ser los mismos después de aquello. No recuerdan nada. En el barco, al inspeccionar un camarote donde había una especie de laboratorio, alguien me puso un pañuelo con formol en la boca y perdí la conciencia… Desde ahí, todo empieza a estar borroso y deslavazado. Solo sé que aparecí en San Víctor, en una cripta, y que… alguien estaba haciendo algo así como un ritual, había un altar de piedra, cantaban… o eso creo.

—¿Quiénes?

—No lo sé. Recuerdo todo eso como en una maraña de colores raros. Y recuerdo… la oscuridad.

—¿La oscuridad?

—No puedo explicarlo, no era solo la oscuridad exterior, sino algo dentro de mí, algo que me vaciaba por dentro y me producía ira… Y más fuerza de lo normal. Yo no soy así, creo que fue lo que me dieron en el barco, lo que hicieron conmigo…

—¿Por eso mató a ese abad?

En ese instante, el rostro de Théo adoptó un tono lívido, las sombras en su mirada se disiparon y sus ojos se humedecieron; su gesto viró hacia una tristeza repentina, tierna como la de un niño, llena de impotencia y de rabia al mismo tiempo. Por un instante le pareció que se iba a desplomar sobre la mesa del De Flore.

—No era un abad. No sé quién era, pero no eran religiosos. Maté a ese hombre en defensa propia, él iba a matarme a mí.

—¿Qué ocurrió después? —le preguntó Ginebra.

—Después de eso, recuerdo que corrí, como nunca en mi vida, atravesando un bosque, en mitad de la noche, caí y me golpeé la cabeza. Desperté en un hospital. Me pidieron que hablara, que contara lo sucedido. Yo no recordaba nada en ese momento, solo pude garabatear sinsentidos en esa libreta. Volví a casa. Durante mucho tiempo pensé que había sido una alucinación. Seguí un tratamiento con calmantes y me olvidé de todo. Poco después, la rodilla me dejó fuera de juego para cualquier labor militar. Y qué quiere que le diga, lo agradecí. Todavía hoy tengo espacios en blanco en la memoria.

—¿No tiene idea de quiénes podían ser esos… esos que no eran abades?

—No lo sé, y Vincent tampoco pudo averiguarlo. Llevaban unas capuchas… o túnicas, capas, yo qué sé… Ojalá no estuviera todo tan oscuro y borroso. Cuando salí del hospital no quise pensar en San Víctor. Supuse que los mismos que me metieron en el barco me habían llevado allí —dijo Théo, y se limpió una lágrima, como lo haría un niño que no deseaba que le vieran llorar—. Yo no estoy loco, Ginebra, y no soy un asesino.

Ginebra contuvo las lágrimas, se retiró el pelo de la frente y por

un instante, puso su mano, tímidamente, sobre la de Théo.

No creo que usted sea un asesino, Théo. Creo que ha sufrido mucho —expuso con dulzura y un sincero sentimiento de tristeza.

—Cuando esa bolsa llegó hasta mí, todo eso que había querido olvidar volvió, aunque solo hasta cierto punto… Y soñé con esos hombres del laboratorio. No sé si serán esos a los que se refería Vincent, esos que desaparecieron.

—¿Desaparecieron? ¿Quiénes eran?

Sí —dijo Théo bajando aún más la voz—, uno de ellos le entregó la bolsa a Vincent; eran científicos del ministerio, creo. Usted también ha soñado con ellos, ¿verdad?

Ginebra asintió. «El ministerio», pensó. «¿Podría Claire saber algo de todo esto?». Le dolía demasiado la cabeza como para pensar con claridad.

Quizá… Quizá los dos estamos locos… —dijo ella. Se tapó la cara con las manos. Se sentía como si le estuvieran agujereando la cabeza con un punzón. Le temblaba todo el cuerpo—. Por favor, ¿puede guardar esa… cosa, otra vez? —pidió señalando el paquete de terciopelo—. No sé qué me ocurre cuando lo tengo cerca.

Théo guardó el objeto en la bolsa y rápidamente cerró las hebillas.

—¿Se encuentra bien, Ginebra?

—Yo… debería irme —concluyó Ginebra frotándose las sienes—. Doy clases particulares en media hora.

—¿Es profesora?

—No exactamente.

—Ginebra, vayamos a algún lugar seguro y abramos la bolsa. Los dos necesitamos saber si hay alguna relación entre lo que nos ocurre y ese condenado objeto —dijo Théo.

—Creo que la hay… tengo esa certeza —susurró Ginebra, mirando la bolsa mientras un dolor agudo y eléctrico le agujereaba la cabeza.

—Entonces hagámoslo, abramos esto. Pero, no quiero que usted corra ningún peligro. Hay alguien que podría protegernos, si

ocurriera algo… y ayudarnos a descifrar todo esto. Le encontraré y luego iré a donde usted quiera. Dígame un lugar y una hora.

—Théo, ¿realmente puedo confiar en usted?

—Ginebra, no puedo explicarle por qué, pero en este momento sé que daría mi vida si la suya corriese peligro.

Ginebra sintió, por una parte, que saltaba al vacío, por otra, que había encontrado el camino a casa. Fuera como fuese, no pensaba retroceder. La suerte estaba echada.

—Está bien —dijo frotándose la frente—. Yo… daré mis clases e iré al parque de Montmartre, en Saint-Éleuthère, cerca de la Place du Tertre. Allí, en la parte de atrás hay un llano en la colina, bajo los árboles, que siempre está vacío. Y la carretera no queda lejos, por si es preciso escapar.

Théo sonrió aliviado.

—Allí estaré —confirmó—. No tardaré más de dos horas.

Ginebra se levantó, se puso el abrigo y se alejó hacia la puerta del De Flore. El dolor y el vértigo comenzaban a ceder a medida que se alejaba de la bolsa marrón.

—Espere, si ocurriera algo… ¿cómo podré localizarla? —preguntó Théo.

Ginebra se volvió y le miró a los ojos.

—Creo que nos volveremos a ver —dijo—, aunque no queramos.

Capítulo 3
El proyecto Tür

Berlín, Mitte

Al llegar a Voss Strasse, Lucius contempló con orgullo la entrada gigantesca de la nueva Cancillería del Reich, casi terminada. Si todo salía bien con Rolf, pronto tendría su puesto de honor allí. Al mismo tiempo, estaba tanteando a Himmler, que parecía necesitar acólitos: Hess, Himmler… Ambas vías se le abrían jugosas, como las mujeres a las que seducía. Era esencial jugar en los dos bandos. Accedió por la puerta principal a los impresionantes salones, y descendió por las escaleras grises hacia el área secreta que solo los miembros más selectos del partido podían alcanzar, una sala anexa al compartimento del *Führerbunker*. Allí se reunían cuando era necesario hablar de cosas realmente serias, con la única compañía de una mesa de billar y unos sillones. Era el corazón del partido y su antro favorito. En la mesa de billar Rudolf Hess acababa de rematar una carambola.

—¡*Heil* Hitler! —exclamó Lucius, cuadrándose.

—¡*Heil* Hitler! —respondió Hess—. Bienvenido a Berlín, Lucius. Supongo que estarás deseoso de saber por qué te hemos hecho venir desde Londres con tanta urgencia.

—Siempre es un placer servir al Keich, amigo Rolf. El éxito de la *Kristallnacht* ha sido formidable.

Rudolf le dedicó una mirada cómplice bajo sus espesas cejas color ceniza sin evitar sonrojarse levemente.

—En efecto, son buenos tiempos para el nuevo orden ario en Alemania —explicó Hess—, pero hemos de ser cuidadosos: el bolchevismo judío es una amenaza en Francia, gracias a las decisiones absurdas del sucio Blum. Y por eso te pedí que vinieras, para que te encargues de la Operación Netz en París. Queremos que apliques tu habilidad para las relaciones públicas al proyecto del Reich; ya sabes, expandir y desarrollar nuestras redes, controlar cualquier movimiento, gestionar la vigilancia, interceptar el espionaje… —explicó Hess, al tiempo que golpeaba la bola blanca.

—Conozco bien los resortes de las redes, amigo Rolf. Todo estará bajo control. Y por cierto… —comentó Lucius. Extrajo de su bolsa un sobre cerrado y lo dejó caer sobre una de las sillas—, échale un vistazo a eso.

Rudolf dejó el palo de billar sobre la mesa, abrió el sobre y observó las fotografías ampliadas durante unos segundos.

—Conseguimos localizarla —reveló Lucius—, es la agente inglesa de la que te hablé. Se ha trasladado a París y ha entrado en contacto con sus homólogos franceses —mintió. Rudolf le miró unos segundos, en silencio, calibrando la situación, y Lucius sostuvo su mirada—. Tengo razones para pensar que el tipo que la acompaña también es un espía —añadió con firmeza.

—Sabes que confío en tu palabra, Lucius —aseguró Hess, devolviéndole el sobre—. Haz lo que consideres oportuno.

Dos aldabonazos sonaron en la puerta. Un soldado les avisaba de la llegada de un nuevo invitado.

—Hazle pasar, y haz que nos traigan algo de comer… —exigió Hess.

El soldado se retiró con un saludo militar.

Un hombre alto, con capa negra, monóculo y gesto adusto entró en la sala. Su cabello negro peinado hacia atrás brillaba bajo las

luces fluorescentes de la sala. En la mano portaba un bastón con empuñadura de marfil y sonreía. Lucius torció el gesto.

—Creo que se conocen, caballeros —dijo Rudolf, ufano—. Lucius Ferdinand Fleedermaus, saluda a nuestro amigo italiano, Cesare Evola.

¡*Heil* Hitler! —saludó Fleedermaus, clavando sus pupilas en las de Cesare.

¡*Heil* Hitler! —respondió Cesare, sin entusiasmo y con mi deje cínico.

Lucius percibió rápidamente el aire de superioridad en su mirada. Solo había coincidido con Cesare en un par de ocasiones, pero habían sido suficientes para saber que aquel monóculo no era más que una manera de presumir de su origen aristócrata. El extravagante Cesare Evola se estaba ganando la confianza de Rolf con su fama de experto ocultista y su palabrería seductora, siempre rodeado de las mujeres más hermosas… Sin duda tenía que terminar con él.

Fingiendo la más amplia de sus sonrisas, le dio la mano a Evola e, inmediatamente, guardó distancia. Ese aristócrata impertinente le sacaba una cabeza, a pesar de las taloneras que incorporaba a sus botas desde hacía años. Evola pensaba que era mejor que los demás, estaba seguro de que lo pensaba. Sin embargo, le faltaba la astucia que él sí tenía, y gracias a la cual había logrado sembrar ciertas dudas sobre las intenciones del italiano para con los nazis. El propio Himmler le había pedido que lo vigilara y extrajera información. No había sido difícil tropezar, una noche, con una de las amantes del italiano, Marguerite Lacroze, a la salida del Moulin Rouge, para entablar el primer contacto. Un par de citas románticas al calor de los salones más lujosos de París, algunas promesas falsas —incluso la de un viaje en barco— regadas con vino caro y la información jugosa de Cesare ya era suya. Todas las mujeres eran presas fáciles cuando se disponía de dinero. «Gracias, Marguerite, eres una monada», pensó.

—Por favor, siéntense —solicitó Rudolf, trasladando el cenicero a

una mesa baja, rodeada por dos sillones.

Tomaron asiento, mientras un ayudante traía, en una mesa con ruedas, unas cervezas, un plato con un buen surtido de salchichas, ensalada de patata y una pequeña bandeja con verduras y agua para Rudolf Hess.

—Nuestro amigo Lucius siempre va por delante, mi querido Cesare —indicó Rolf con una sonrisa tímida—. Aún no está en París y ya ha interceptado a una espía.

—Es mitad inglesa, mitad francesa —informó Lucius, arrugando los labios—. De una de esas familias nobles venidas a menos, esas que solo conservan su educación. Como si eso les sirviera de algo —añadió, mirando de soslayo a Cesare.

—En ocasiones, la educación, amigo Fleedermaus, es lo único que importa —señaló Cesare.

—Quizá sea en ocasiones inventadas por los novelistas, ¿no cree, *herr* Evola?

—Le ruego que no me llame *herr*. Como sabe, soy celosamente italiano.

—Y con numerosos títulos nobiliarios, si no me equivoco.

—Veo que está bien informado.

—Siempre —repuso Lucius, y sonrió, desafiante. Ambos bebieron un trago, sin dejar de mirarse a los ojos.

—No hay nada que Lucius no pueda averiguar o conseguir —dijo Rudolf sonriendo, sin poder ocultar un leve rubor en las mejillas—. Sin embargo, Lucius, nuestro amigo Cesare no se queda atrás —prosiguió—: Lucius es un erudito, matemático y literato, autor de estudios reveladores sobre hermetismo e idealismo mágico, y conferenciante de la Sociedad Germano-Italiana. Ha realizado interesantes avances con la Ahnenerbe, y por eso va a colaborar con el proyecto Tür.

—Lo celebro, *caro* Cesare —aplaudió Lucius, impostando el acento italiano.

—En italiano decimos *signore*. Y a veces incluso *sir*, como en Inglaterra.

Lucius soltó una carcajada nerviosa sin dejar de mirar a los ojos a Cesare.

—¿Has visto, amigo Rolf? Estos aristócratas siempre corrigiendo a los demás. Gracias, Cesare, es usted muy culto, sin duda. Incluso para ser… italiano —dijo Lucius, y bebió un trago de cerveza, taladrando con sus pupilas a Cesare, que, a su vez, lo observó con desprecio y rabia. Después, aparentando despreocupación, comenzó a devorar una salchicha.

—Y, dígame, ¿de dónde proviene el apellido Fleedermaus? —preguntó Evola, mientras sostenía su cerveza con desdén, manteniendo el meñique levemente erguido—. Si no me equivoco, significa…

—Sé lo que significa —interrumpió Lucius, y le dedicó al italiano una mirada agresiva, casi rabiosa—. Pero no olvide, Evola, que hay una segunda «e» que, quienes sabemos pronunciar en alemán, no obviamos, y que cambia el significado.

Oh, no debe juzgarme mal, Lucius. Me parece un apellido encantadoramente… gótico —opinó Cesare, sonriendo.

—*Herr* Lucius, por favor. Yo sí soy alemán, y estoy orgulloso de ello —afirmó Lucius, buscando la complicidad en el gesto de Rudolf Hess—. ¿Le está gustando esta ciudad privilegiada, Evola? Tengo entendido que no ha salido mucho de su… región italiana. Y que, cuando lo hizo, fue de una forma no muy agradable…

—No sé quién ha podido decir tal falsedad —respondió Cesare, evidentemente incómodo.

—Oh, no haga caso, seguramente son chismes que circulan por los mentideros de élite europeos —dijo Lucius sonriendo, y masticó un bocado de salchicha sin dejar de mirar a Cesare, a quien se la había arrugado la sonrisa.

—Centrémonos en el caso, por favor, compañeros —reconvino Hess—. Nos hallamos ante un asunto importante, se trata de llevar a cabo el proyecto Tür —aclaró—. Para ello, es necesario localizar la última pieza clave, la que facilitará el rito de acceso. Están investigando sobre ello y hay pistas que llevan a Francia. Se dieron

algunos sucesos en el ministerio de París…

Cesare asintió. No conocía a Derek Koch, pero sabía que había estado tratando de pactar con agentes de la Ahnenerbe, y, aunque la transacción no había salido bien, Rudolf, a toda costa, quería evitar que Himmler y su Ahnenerbe se hicieran con la pieza antes que ellos.

—La cuestión es que toda la información respecto a este caso está clasificada, la reliquia está en paradero desconocido y las autoridades francesas han construido un muro invisible en torno al hallazgo, de modo que no sabemos de qué pieza se trata exactamente, pero podría ser la reliquia que buscamos, la que cerrará el círculo y abrirá el acceso definitivo del nuevo imperio a una verdadera Thule renacida, a nuestra Hiperbórea. Nuestros expertos están investigando para dar con ella, y es nuestro deber facilitar la tarea. Por esta razón, es preciso definir las funciones de cada uno. Lucius protegerá el terreno en Francia, para que no haya interferencias en el proyecto, y hará las gestiones necesarias para reforzar al Reich en territorio galo. *Herr* Evola, por su parte, como especialista en mitología y esoterismo, nos va a asesorar para que el proyecto Tür avance de forma rápida y efectiva. Hablaremos de ello en la próxima reunión, Cesare.

—Operación Minotauro…, interesante denominación —opinó Cesare—. Cierto, caballeros, me propongo lanzarme a una travesía mítica, hermética, en esta curiosa apoteosis cíclica que comparto con ustedes —añadió, alzando su vaso de cerveza.

Que, traducido al lenguaje que nosotros los plebeyos hablamos, quiere decir que va a ayudarnos —agregó Lucius con sorna, haciendo chocar su vaso con el de Hess y provocándole una carcajada nerviosa.

Juraría que normalmente suelo hablar para todo el mundo… —ironizó Cesare, mirando a Lucius por encima de su monóculo.

—Oh, no pretendía ofenderle. Los alemanes no nos ofendemos tan rápido y por eso solemos tener fama de personas un tanto frías; al menos, imagino que, en su país de vino y mujeres, nos verán así.

—Hay muchas cosas en mi país, además de buen vino y bellas mujeres, *herr* Fleedermaus.

—Desde luego, hacen un tiramisú excelente —afirmó Lucius, provocando otra carcajada de Rudolf.

Lucius pinchó con el tenedor el último trozo de su *Bratwurst*, se lo metió en la boca despacio y lo masticó, sin dejar de mirar, desafiante, a Cesare.

—Por supuesto, *herr* Lucius —dijo Cesare sosteniéndole la mirada —, y ustedes los aldeanos de las yermas tierras del Ruhr los añoran, ¿no es así? Allí no abundan los manjares dela gran repostería. Aunque no hay duda de que, a usted, las… suculentas salchichas son lo que más le agrada.

Lucius congeló la sonrisa unos segundos, tragó el pedazo de salchicha, consciente del embarazo que las palabras de Cesare habían causado también en Rudolf, y se limpió la barbilla.

—No, *signore* Cesare, en el Ruhr solo abundan los trabajadores germanos que labran su porvenir. Como lo hicieron los padres de muchos de los hombres del Reich.

—Así es, Lucius. Y es uno de nuestros mayores orgullos… Junto con el de las mujeres arias —se apresuró a añadir Rudolf, nervioso e impostando una voz marcadamente masculina—. Tenemos los mejores ejemplares.

Cesare bebió un trago de cerveza con una mueca de desagrado y apartó la salchicha que estaba intacta en su plato.

Lucius sonrió. Nadie, nunca, podía quedar por encima de él. Ningún extranjero iba a arrebatarle su posición y su futuro en el partido, después de los años que le había costado ganarse la confianza de Hess, y menos un personaje como Evola, al que, a buen seguro, el propio Rolf odiaba. Tenía a su favor esos aires de superioridad tan irritantes de la nobleza. Era fácil utilizar esa baza para descalificar a alguien. Lo importante era que nadie tuviera acceso a su pasado. Había conseguido borrar del mapa todo rastro de su relación con Ginebra que pudiera perjudicarle. Solo quedaba borrarla a ella.

—Supongo que ha apreciado la capacidad de actuación de nuestro amigo Fleedermaus, Evola. Por algo Lucius es uno de nuestros mejores hombres —dijo Rudolf, dedicándole una tímida mirada de admiración a Lucius que él correspondió con una sonrisa —. Y además es buen amigo de sus amigos —reiteró, y, bajo las cejas pobladas, sus ojos mostraron un brillo de fervor.

Los amigos siempre primero —dijo Lucius sonriendo, con la mirada fija en Cesare—. Una ronda para todos de mi parte, Franz —pidió Lucius al camarero, que entraba en ese momento a recoger.

Brindaron, y Lucius masticó, esta vez con una moderación autoimpuesta, su cuarta salchicha, mientras Hess partía en trozos muy pequeños sus verduras, de una forma casi obsesiva.

Cesare miró, alternativamente, a uno y a otro, y bebió un trago de aquella cerveza que le parecía un absoluto despropósito. Al lado de un buen vino piamontés de Borgogno no tenía nada que hacer, pero les encantaba a aquellos alemanes sin capacidad de distinguir. Intuía algo que vinculaba a Rudolf Hess y a Fleedermaus, más allá del rango o la fidelidad al partido. Era solo una intuición, pero sus sospechas precoces e insólitas le habían sacado de apuros en otras ocasiones. Tendría que ser paciente. Y observar. Era necesario lograr que confiaran en él y, a la vez, no debía parecer demasiado inteligente. Sabía que Rudolf era fácil de convencer; sin embargo, aquel otro tipo… emanaba la misma energía que había percibido en los altos cargos más corruptos y sádicos, la de tipejos envidiosos que esperaban cualquier momento para escupir un veneno engendrado durante años. Los ojos de ese Lucius, pequeños, rasgados, y del color del lodo, eran como dos agujeros taladrados en su cara, opacos y turbios. Sus labios, extremadamente finos, en contraste con la amplia mandíbula, un poco pegados a su nariz levemente ganchuda, se fruncían, a veces, en una mueca, como si todo el tiempo estuviera oliendo algo desagradable. Podría llegar a ser convincente y atractivo para mucha gente, buen negociante de favores, elocuente y astuto, pero a él no le engañaba. Conocía bien a los hombres ladinos que sonreían con la boca mientras

amenazaban con los ojos. Él no servía a nadie, solo trabajaba con Hess, en beneficio propio. Sin embargo, algo le decía que Fleedermaus era siervo de ambiciones más viscerales, y, como solía ocurrir, se había ganado a todo el mundo a su alrededor. Debía ser prudente en su trato con él, y preservar la alianza con el poderoso Hess y su unión dentro de la Hermandad AvGull, de la que ambos formaban parte. Para Hess, místico de pacotilla, solo era un trámite político en la carrera de poder con Hitler. Por el contrario, para él significaba algo más que eso: acceder a la sabiduría hermética primigenia, a través de las consignas del viejo Grupo Ur, completar el círculo, hallar el acceso oculto a la verdadera Thule, aunque él prefería pensar en una posible Atlántida. Ese sería el camino al verdadero poder absoluto. Y, para ello, se guardaría algunas cartas en el bolsillo.

* * *

París, Neuilly

Théo caminó, a paso rápido, hacia el lugar cercano al río, perdido entre los arbustos, en el que recordaba haber visitado a Urik la última vez. Tenía el tiempo justo para convencer a «ese ucraniano chalado», como alguna vez le había llamado Vincent, de que le ayudara, y salir corriendo hacia el parque de Montmartre, donde había quedado con Ginebra. Le diría a Urik que era urgente.

Urik Shevchenko. Jamás pensó que volvería a recurrir a él. Vincent decía que era científico, filósofo, alquimista y arqueólogo, incluso se rumoreaba que también era brujo o adivino, pero a él le resultaba difícil creer que alguien pudiera ser todo eso a la vez. De lo que sí estaba seguro era de que, si alguien sabía de percepción de

energías y de objetos raros, era Urik.

Comenzaba a llover. Era una lluvia afilada y gélida, pero no había nieve. El cielo tenía un extraño color entre el gris y el rojizo.

—El mundo se deshace… —se oyó decir, como si estuviera recitando un mantra.

Pisó el suelo con precaución, como si algo fuera a derrumbarse a su paso.

Al llegar a la antigua casa de Urik, la encontró convertida en una sede de ocio para jubilados, así lo ponía en el cartel polvoriento, oculto por la maleza del jardín descuidado, junio al que se distinguía un pequeño huerto.

Una chica joven se asomó por una ventana, y le observó unos instantes.

—¡Eh! —gritó de pronto—, ¿quiere usted algo?

—Disculpe… —dijo Théo—. Buscaba a un amigo…

—Entonces se ha equivocado, ¿no ve el cartel? Esto es para jubilados.

—Lo siento, yo… ¿No sabrá, por casualidad, dónde puedo encontrar a Urik Shevchenko?

La muchacha le miraba ahora con más atención.

—¿Es usted poli o qué?

—Me llamo Théo. Théo Bernard. Si él está ahí, puede decírselo. Por favor, yo le agradecería mucho que…

La chica se retiró de la ventana y cerró de golpe.

Théo se frotó la frente con las manos y negó con la cabeza.

Estaba a punto de marcharse cuando, de pronto, la puerta de la casa se abrió. Théo se acercó despacio y subió las escaleras del porche. No parecía haber nadie detrás. Empujó despacio la puerta, que chirrió lentamente, y entró en la casa. El suelo de madera crujía bajo sus pies. El pasillo alargado estaba lleno de estanterías plagadas de libros que se amontonaban también a ambos lados del corredor. Llegó hasta el salón, un pequeño habitáculo con un antiguo sofá junto a un tocadiscos, y una mesa alargada de madera sobre la que se acumulaban torres de libros y papeles.

La casa estaba como él la recordaba, con las paredes tapizadas de ese papel de hojas verdes y los muebles pasados de moda, solo que más vieja y polvorienta. Vincent le había llevado allí cuando la herida de guerra se le infectó tras una negligencia en el hospital. La intervención de Urik le había salvado la vida.

—¡Serás merluzo! La próxima vez que quieras visitarme avisa primero.

Théo se dio la vuelta, sobresaltado. Urik Shevchenko le miraba desde el umbral de la puerta del salón. Sus ojos grandes y oscuros seguían teniendo ese brillo desafiante que recordaba bien. El abundante pelo blanco alborotado y la portentosa barba castaña le conferían un carácter más imponente aún. Tenía las manos sucias de trabajar fuera, y llevaba unas chanclas viejas. Urik siempre lo miraba a uno como si lo estuviera diseccionando.

—Esa chica a la que has visto es mi sobrina, Tracey. Deberías acordarte, desmemoriado. La viste hace años, cuando viniste a que te ayudara con esa horrible herida en la rodilla —recordó Urik, limpiándose las manos con un trapo—. Será mejor que seas breve. No suelo recibir a nadie.

—Si te reconciliaras con el mundo no tendrías que esconderte aquí —dijo Théo.

—¡El mundo es el que se tiene que reconciliar conmigo! —exclamó Urik—. Olvidas que me persiguieron por haber querido ir por mi cuenta y no formar parte de ningún sucio grupo, ni vivir como querían que viviera. El sistema es una mafia, y cada vez lo será más. Y yo estoy fuera del sistema. ¡No necesito que nadie me rescate!

Théo recordó las historias que Urik le había contado acerca de una especie de gran grupo político del que una vez había formado parte, cuando era un científico importante en Europa del este, de las trampas que le habían tendido y de la persecución que había sufrido durante años, por no querer mantenerse callado, acatando determinadas órdenes, y de cómo todo aquello había acabado devorándole.

Aquí estoy muy a gusto —reconoció Urik—. Es el último lugar en el que me buscarían, y me permite ayudar a la gente.

—¿Sigues con eso?

—Claro que sí, y gracias a mí hay personas que han encontrado oportunidades y una salida, después de pasar por injusticias y aguantar en las cloacas de las instituciones. Sin ir más lejos, al novio de Tracey lo acusaron falsamente de extorsión para echarlo de un partido, porque estaba a punto de decir la verdad sobre un asunto peligroso. Después de eso se convirtió en un apestado, ¿te parece normal que este mundo funcione así? Nadie habla de estas cosas, pero suceden cada día, ¿sabes?

—Lo sé… Y precisamente lo que quería pedirte tiene algo que ver con eso…

—Si es una ayuda económica, ni te esfuerces, vivo de lo que gané cuando era un maldito vendido, esclavo del trabajo, y de lo poco que me dan los productos del huerto —aseguró, dejando el pañuelo manchado de barro sobre la mesa.

No, verás: la ayuda que quería pedirte tiene que ver con que… Bueno, con…

Vamos, habla o moriré antes de que termines, y no podré ayudarte —interrumpió Urik, impaciente—. Tengo una edad.

Théo miró la bolsa y después a Urik. Debía ser rápido y directo, o le echaría de una patada en el culo.

—Urik, en esta bolsa hay un Código Cinco. Están persiguiendo a Vincent, ha desaparecido, y puede que me persigan a mí también. ¿Recuerdas lo que te conté sobre San Víctor? Sea lo que sea esto, creo que está relacionado. Y, por cierto… voy a abrirlo.

* * *

París, Montmartre

Cuando Ginebra llegó al rectángulo colorista de la Place du Tertre, lleno de pintores, bohemios y turistas, la llovizna se estaba convirtiendo en tormenta y el viento cada vez era más fuerte. Debía llegar al parque lo antes posible y tomar posición en la colina. En el bolso llevaba su Derringer, por si las cosas se torcían.

—El mundo se deshace —murmuró, sin saber por qué.

Reparó en que la gente estaba mirando hacia arriba, asombrada. Al alzar la mirada, no pudo evitar que se le abriera la boca. Las nubes, tan extrañas en su forma como enormes y oscuras, estaban sembradas de ramificaciones rojizas, palpitando como si estuvieran llenas de electricidad. El cielo parecía estar sangrando. Las tiendas de cuadros de Toulouse Lautrec estaban saturadas de turistas que se refugiaban de la lluvia y miraban hacia arriba entre el miedo y la emoción; los pintores de la place du Tertre recogían sus cuadros, maldiciendo. Un par de rayos iluminaron el cielo, provocando exclamaciones. La lluvia era cada vez más implacable y gélida. Ginebra, a toda prisa, corrió hacia Saint-Éleuthére para acceder al parque en el que habían quedado, mientras los truenos retumbaban en todo París. A punto de bajar las escaleras de tierra, escuchó un crujido, seguido de unos gritos. Un árbol fulminado por un rayo cayó a unos metros de ella. La gente salía del parque despavorida, mientras unos oficiales, a golpe de silbato, desalojaban el área. El viento soplaba tan fuerte que era imposible avanzar y la lluvia le cegaba los ojos. Una parte de ella, instintivamente, quería salvarse, pero la otra se sentía aliviada en el caos, necesitaba que todo estallara en pedazos, que terminara el sufrimiento. Un policía la obligó a alejarse del parque. Estaban atendiendo a las primeras personas heridas. Luchando contra el viento, corrió, sin saber por qué, hacía una de las callejuelas que descendían en curva desde de la parte de atrás del Sacré Coeur, la Rue du L'Abreuvoir; llegó a mu casita pintada de rosa y blanco, con macetas en las ventanas, y llamó a la puerta varias veces.

La pequeña puerta de madera se abrió y al otro lado apareció una mujer con una bata de satén, el pelo a lo *garçon*, algo revuelto, y las mejillas sonrosadas. Sus ojos azules se abrieron de asombro.

—¡Ginnie!

* * *

París, Neuilly

Urik permaneció unos segundos observando a Théo. Se acercó a él y le miró a los ojos.

—¿Cómo dices que era eso que te dieron en el barco?

No lo recuerdo, ya te lo he explicado. Oye, no estoy loco, no son alucinaciones, todo lo que te he contado es cierto; vamos a abrir ese paquete ahora, ¡tengo que salir corriendo!

—Tal vez pueda ayudarte a recordar. Y a saber qué es lo que te une a esa dama que quizá tu mente alterada haya inventado.

—¡No me he inventado nada, pesado!

—Hoy el cielo se ha puesto rojo como la sangre. ¿No lo has visto? Quizá sea el momento.

—¿El momento de qué?

—¡De todo!

—¡Déjame en paz! ¡No tengo tiempo para tus enigmas ahora! —exclamó Théo sin disimular su rabia—. Mira, ahora ya sabes la historia. Si no puedes acompañarme, me largo de aquí.

—Siempre supe que Vincent acabaría en apuros —confesó Urik, que había entrado en el bucle de su pensamiento interno—. Lo conocí cuando acababa de llegar a París; yo todavía estaba dentro de la rueda social y colaboraba con investigaciones científicas que hacían en el ministerio. La misma corrupción que en Ucrania, solo

que con más medios. No puedes tener un trabajo en el que constantemente tienes que bajar a las cloacas del Estado, y creer que vas a salir indemne.

—Urik, tengo que irme ya. ¿Vas a venir conmigo? Tú eres científico, tú podrás averiguar qué es lo que hay ahí y puedes avisar a gente para que nos proteja.

—No sé dónde te ha metido Vincent exactamente, pero lo que estás haciendo es peligroso, puedo percibirlo. No sé si sabes lo que está ocurriendo. Han tenido lugar episodios muy extraños en ciertos lugares de Francia y de Europa, que tienen que ver con centros geodésicos. Probablemente haya gente de las altas esferas involucrada, ellos siempre saben más que nosotros. Tiene que ver con este movimiento que sacude la tierra desde las entrañas… Hace tiempo que puedo notarlo, es una corriente telúrica, es…

—¡Urik, por favor!

—No es que no quiera acompañarte, Théo, es que no vamos a poder llegar.

—¿Cómo?

En ese mismo instante, la ventana del salón se rompió y el viento furioso hizo volar papeles, libros y objetos por todo el salón.

—¡Por esto! —profirió Urik, recogiendo las cosas.

Mientras Tracey ayudaba a su tío, Théo corrió por el pasillo hacia la puerta, la abrió y lo que vio fuera le dejó estupefacto. El viento estaba arrancando los arbustos del jardín, volaban carteles, plantas, matrículas de coches y todo tipo de objetos. El ruido del viento era ensordecedor. Bajó las escaleras, sujetando la bolsa con una mano y tapándose la cara con la otra.

—¡Entra en casa, merluzo! —le gritó Urik desde el porche—. La policía ha cerrado los accesos al metro y las carreteras, ¡lo acaban de decir por la radio! ¡El mundo se está removiendo! —gritó, y a Théo le dio la impresión de que había un destello de alegría en sus palabras.

* * *

París, Montmartre

Dios mío, Ginnie, ¡entra!, ¡estás empapada! Ahí fuera parece que hay un huracán. ¡Menos mal que has venido! ¡No creí que te acordases de esta casa!

—Yo… no pensaba venir aquí, sé que es peligroso… —dijo Ginebra. Entró, temblando de frío, en casa de Claire y sintió un agradable abrazo de calor—. Yo tampoco sé muy bien cómo me he acordado.

—A veces se me olvida que tienes un don, Ginnie. ¡Estás temblando! Quítate ahora mismo esa ropa mojada. ¿Sabes?, estuve tratando de localizarte, de que nos viéramos en un lugar seguro, pero no había manera. Últimamente he estado ocupadísima con temas del ministerio, es cierto, pero yo me mudé aquí para estar cerca de ti. Y tú me lo pones muy difícil.

—Lo siento, Claire. No tenía fuerzas…

Claire la cogió del brazo, la acompañó al pequeño salón de su casita de madera y piedra, presidido por una gran chimenea, y la ayudó a quitarse el abrigo. La lluvia furiosa golpeaba los cristales y los truenos parecían hacer temblar las estructuras.

—¿Sigues sintiendo dolor? —le preguntó Claire.

—Sí, no siempre, pero… ya sabes lo que dijeron los médicos.

—¿Es en el mismo sitio?

—Siempre es en el estómago o en el costado, pero creo que también hace que los dolores de cabeza sean más fuertes.

—Ese hijo de puta de Lucius…

—Déjalo, no hablemos de eso.

—Gin, quiero que sepas que cuentas conmigo para lo que necesites: medicamentos, dinero…, no te encierres en ti misma siempre haces eso y…

—Claire, te lo agradezco. Yo… lo siento, no puedo quedarme mucho tiempo.

—De acuerdo —concedió fastidiada—, pero siéntate hasta que la tormenta pase, por favor, Gin, no puedes salir ahora mismo, es peligroso, están a punto de declarar un estado de alarma. Pondré a secar tu abrigo. Toma, ponte esto —dijo, tendiéndole una bata de lana y una manta.

Mientras Claire extendía su abrigo sobre una silla y la colocaba cerca de la chimenea, Ginebra recordó instantáneamente la forma rápida de moverse de su amiga, su risa sonora, sus imitaciones de los actores de cine mudo de Hollywood, cuando no era más que una niña menuda con trenzas.

Aquí, junto a la chimenea, no tardarás en calentarte. Es una leña de primera. ¿Te apetece un vino caliente o un coñac? Tengo una quiche recién hecha. Estás muy delgada, te vendrá bien comer un poco.

No, gracias, Claire —rechazó Ginebra, sentándose en el mullido y cálido sofá marrón y cerrándose la bata blanca de lana.

Claire se acercó al mueble que estaba junto a la chimenea, destapó el jarro de cuello largo y cristal labrado y se sirvió una copa de brillante coñac. Observó unos instantes a su amiga, preocupada, y se sentó junto a ella.

—Ginebra, hace tiempo que no te veía a así. ¿Por qué no me cuentas lo que está pasando? ¿No habrás vuelto a trabajar en servicios secretos…?

—Por Dios, ya sabes que eso murió en Londres. Y tuvo una vida muy corta.

Claire la miró a los ojos.

¿Ha vuelto a pasar? —le preguntó, cogiéndole la mano—. ¿Has vuelto a ver… cosas?

Ginebra asintió, bajando la cabeza.

¿Quieres hablar de ello?

En otro momento, quizá. ¿Sabes qué?, preferiría tomarme una taza de café caliente.

Bien, por algo se empieza, a ver si consigo darte de comer, al final.

Claire se levantó, con la rapidez acostumbrada, y se dirigió resueltamente a la cocina, mientras hablaba, sin parar, de cosas referentes a la tormenta y a la decoración de la casa.

Ginebra observó aquel salón de madera que brillaba al calor de la chimenea de alabastro, adornado con cuadros, lámparas modernistas y algunos dibujos bohemios de París. Se preguntó si podría contarle a su amiga, al menos, parte de la historia… Imaginó las posibles reacciones.

Claire irrumpió en el salón y dejó sobre la mesa una bandeja con una taza humeante de café y un trozo de quiche de espinacas y queso.

La luz de un rayo, seguida del estallido de un trueno, hizo temblar la mesa y abrió las ventanas de par en par.

—¡Madre mía! ¿Habías visto alguna vez una tormenta como esta? —preguntó Claire, asomándose a la ventana—. ¡Por el amor de Dios!, ¿has visto el color del cielo? —exclamó asustada—. ¿Cómo puede ser?

Ginebra, ensimismada, bebió un sorbo de café, mientras Claire cerraba las ventanas y contraventanas con fuerza.

—Claire, ¿sabes si en el ministerio han estado investigando algo recientemente? ¿Algo como unas desapariciones?

Claire se detuvo en el acto y miró a Ginebra, desconcertada.

—¿Cómo sabes eso?

—Solo vi… algo, en sueños. Nada que tenga sentido. ¿Sabes quiénes eran esos hombres?

Claire avanzó despacio hacia ella, con una expresión de gravedad en su rostro.

—Es un caso muy delicado. Y todo es información clasificada —anunció, sentándose junto a Ginebra—. No conozco a ninguno de

esos tipos, ya sabes que no hace mucho que estoy en el ministerio. Eran científicos del departamento de Inteligencia: Lambert y Faure. Al parecer, trabajaban para un tal Koch, un pez gordo arribista. De él solo sé lo que me han contado; por lo visto estaba enemistado con altos cargos del Ministerio de Defensa, y llevaba tiempo metido en intrigas.

—¿Sabes si murieron y por qué?

—No es un caso normal: no sabemos por qué desaparecieron, ni si alguien los mató, ¡nos dan la información a cuentagotas! Nos dedicamos a investigar a posibles sospechosos. Órdenes que llegan desde arriba, sin más. Silencio absoluto en torno al tema, así que…

—Claire… ¿te dice algo la palabra «estver»?

—¿Cómo?

Nada, olvídalo. No tiene sentido, no creo que tenga nada que ver con esos tipos.

Claire se mordió el labio, sin dejar de mirar a Ginebra, estupefacta. Un gran mechón de su flequillo rubio cayó sobre sus grandes ojos azules.

—Gin… ayer estuve intentando que un compañero que se codea con los jefes me diera algo más de información. Tuve que sonsacarle mucho, pero logré que me dijera que, en la sala del laboratorio, habían encontrado, además de un caos extraordinario, un mensaje garabateado en la pizarra en la que trabajaban. Al parecer, uno de los científicos escribió, antes de morir, una palabra concreta.

Claire cogió un bolígrafo y escribió unas letras en una servilleta. Se la mostró a Ginebra: «Stver».

Ambas permanecieron en silencio unos instantes.

—«Stver», eso es… ¡eso fue lo que escuché! O lo que vi…

¿No saben qué significa?

—Ya te lo he dicho, no nos dan información, me costó muchísimo enterarme de esto, ¡como para saber qué significa! Desde luego, no es un idioma que yo conozca: ni inglés, ni francés, ni español ni alemán. Y tú conoces casi los mismos idiomas que yo…

—De acuerdo, creo que… he de irme. He de irme. Tengo que

hacer algo ahora —decidió Ginebra, como si hubiera entrado en trance de repente.

—¡Gin, espera! —vociferó Claire, cogiéndola del brazo—. Espera, no creo que vayas a descubrir nada que no hayan podido averiguar los servicios de seguridad del ministerio.

—No es eso, tengo que encargarme de algo…

—Escucha, antes de que te vayas tengo que decirte algo importante. Gin, es peligroso que te quedes en esa casa. He hablado con John Waxley, ya sabes que sigo colaborando con ellos. De algún modo, Lucius ha averiguado que estás en París, seguramente su gente ya estará…

—¿Observando? ¿Siguiéndome? ¿Crees que alguna vez ha dejado de hacerlo?

—Pero ahora es peor, el Partido Nazi está escalando puestos y Lucius tendrá más poder. Sabes que lo mejor es no permanecer mucho tiempo en el mismo sitio. De momento, no tienes por qué dejar París, solo moverte, irte de esa buhardilla. Te hemos conseguido un piso franco a las afueras. Puedes ir allí hoy mismo.

Ginebra asintió despacio, tratando de asumir la idea de que tendría que mudarse una vez más, mientras Claire se levantaba y buscaba algo en un cajón.

—Para que no nos maten otros, nos matamos nosotros, lentamente —explicó Ginebra, perdida en sus pensamientos—. ¿Recuerdas cuando nos conocimos en Marsella, Claire? Nos encantaba Agatha Christie y queríamos ser personajes de *El misterioso caso de Styles*. Olía a lavanda, en aquellos días, y a sueños posibles. Tantos sueños…

—¡Claro que lo recuerdo! —exclamó Claire, extrayendo un sobre del cajón de la cómoda.

—Y, después, todo fue como un naufragio progresivo, una inmersión en un personaje desdibujado que no era yo —murmuró Ginebra—. La realidad ha sido un poco más prosaica de lo que esperábamos, ¿verdad, Claire?

Claire la observó unos instantes, entre la ternura y la

preocupación.

—Gin, somos lo único que tenemos, debemos cuidarnos la una a la otra. Ahora sí puedes buscar tu camino. Y lo lograrás. ¡Ahora puedes ser tú! —insistió y se mordió los labios, como si una parte de ella no pudiera creerlo del todo.

Se sentó junto a Ginebra y le mostró el sobre.

Son las llaves del piso franco y la dirección cifrada. Iba a enviarlos, a través de un ayudante, a tu buhardilla. Seguramente, a mí también me estarán siguiendo. ¿Recuerdas la clave de aviso, por si necesitas ayuda?

—La recuerdo.

Claire se bebió de un trago el coñac que quedaba.

Ginebra percibió el nerviosismo y la preocupación de su amiga.

—Claire, tengo que irme. Cuando llegue el momento, yo… Te juro que te contaré todo. Gracias por todo. Tu chimenea es infalible… Me he secado enseguida.

Ginebra se puso el abrigo beis, húmedo, envejecido y demasiado pesado, mirando hacia el fuego de la chimenea, perdida en sus pensamientos. Claire la observó mordiéndose los labios, con impotencia.

Antes de salir, Ginebra se detuvo y miró a su amiga.

—Oye, Claire, querría hacerte una última pregunta.

—Dime.

—Si en el Gobierno estuvieran trabajando con… nuevos astenias de defensa, ¿tú lo sabrías?

—¿Te refieres a algo parecido a los nuevos radares?

No, me refería más bien a algo que pudiera ser… eléctrico. Algo a base de ondas.

Vaya, pues que yo sepa, no existe ningún arma secreta así… Aunque, si se trata de un proyecto muy confidencial, yo tampoco tendría ni idea, ¿sabes? ¿Por qué?

Digamos que… forma parte de ese sueño del que te hablaba. Eso es todo. En fin, me da pena irme, se está tan bien aquí. Hace calor… Necesitaba que hiciera calor.

—¿No quieres quedarte un rato más? No has probado la quiche… Podría hacer chocolate caliente, hablaríamos de nuestras cosas…

—No puedo, y además no es seguro. Un día estaremos aquí las dos tomando chocolate y hablando de sueños y de belleza. Te lo prometo —aseguró Ginebra mirando a Claire a los ojos, y, a pesar de todo, quiso creerse cada palabra.

—Puedes apostar por ello —dijo Claire sonriendo, conteniendo la preocupación y las dudas. Abrió la puerta y miró instintivamente a su alrededor. Después, miró hacia arriba y extrajo uno de los paraguas que tenía dentro de un bote de latón, junto a la puerta, y se lo tendió a Ginebra—. No te lo dejes olvidado en ningún sitio, que te conozco.

Ginebra sonrió y abrazó a su amiga, conteniendo las lágrimas. Cogió el paraguas y salió a la pequeña calle en curva, en la que las paredes de piedra estaban cubiertas de abetos. Olía a tierra mojada, ya no diluviaba, solo caía una llovizna irregular y el viento era mucho más leve.

—¡Ginebra, ten cuidado! —gritó Claire desde la puerta—. Y, pase lo que pase, no vayas a ver a Eidna.

Ginebra se volvió, sorprendida. Asintió. Saludó a Claire con la mano, trató de sonreír. Se volvió y siguió su camino.

Claire cerró la puerta y apoyó la cabeza sobre ella unos segundos. Recogió el plato con la quiche intacta y se lo llevó a la cocina. La imagen de su amiga caminando con el paraguas y la mano en el bolsillo, vencida, bajo la lluvia, se le clavaba en el corazón. Años atrás, Ginebra había sido, para muchos, la imagen de una diva, una *femme fatale*, y eso la convirtió en objeto de deseo para tipos como Lucius. Pero Ginebra no era ese tipo de mujer; nunca se había centrado en labores de espionaje, sino de investigación, y por poco tiempo. Su verdadera fortaleza iba por otro lado, ella lo sabía; la había visto superar los golpes más duros y seguir adelante. De niña, su amor por la vida y su capacidad de crear y de soñar la hacían magnética. Era tímida pero muy valiente, estaba convencida de que todo era posible y su energía parecía

inagotable. Pero todo tenía un límite. Lo ocurrido en Londres la había destrozado. Y esta vez quizá no consiguiera levantarse.

Recordaba los años en que su padre, Edgar Wilde, les contaba cuentos. Edgar era un hombre guapo y elegante, un *gentleman* inglés. Tenía esa forma de ser de los padres de las películas, comprensivos y sensibles. Era arquitecto, pero también sabía mucho de filosofía e historia, y siempre estaba dispuesto a dedicarle tiempo a su hija. Y Hélène, la madre de Ginebra, era una parisina inteligente y culta, de una gran sensibilidad, de quien siempre sospechó que tenía el mismo «don» que su luja, aunque no hablara de ello. Hélène nunca le hubiera permitido a su marido un grito o una bofetada. No era como su madre, sometida a un ignorante que jamás la respetó.

Los años en que los Wilde residieron en Marsella fueron los más felices de su vida. Le encantaba pensar que esos padres eran los suyos. Pero los Wilde volvieron a París y ella tuvo que quedarse con la realidad de su propia familia. Huir, todos los veranos, a la casa de Ginebra en la capital, fue su consuelo, hasta que Edgar enfermó y Hélène no pudo superar la tristeza de quedarse sola. Entonces, los acontecimientos se precipitaron. En Londres, Ginebra y ella trabajaron para John Waxley, quien las trató como si fueran de su familia, por cariño a Edgar Wilde.

Lucius Fleedermaus los engañó a todos, se pegó a Ginebra como una maldita lapa, y no vieron lo peligroso que llegaría a ser.

Siempre le había dado la impresión de que Ginebra era una de esas criaturas que no debían estar encerradas en el zoo del mundo. Una calandria que se había criado entre aves libres. Y ella, que estaba acostumbrada a las jaulas desde pequeña, que se encargaba de ponerle los pies en la tierra a su amiga cuando soñaba demasiado, había estado tan obsesionada con el éxito en su profesión que no había podido ayudarla a tiempo. Sin embargo, ahora estaba dispuesta a enmendarlo; Ginebra era una hermana para ella, se lo debía. Y también a Edgar y a Hélène.

Se frotó el cabello corto pensando en cómo podría adelantarse a los pasos de Lucius.

En ese momento, el cielo crujió. Se asomó a la ventana y vio que las nubes volvían a arremolinarse. El cielo, de nuevo, estaba rojo. Tragó saliva.

—Que me aspen si esto no parece el fin del mundo —susurró.

Capítulo 4
La Hermandad AvGull

Berlín, Mitte

Cesare caminó bajo la llovizna por la Vos Strasse hacia su última cita con Rudolf Hess, antes de retornar a París. No le agradaba Alemania, pero aquella breve estancia en Berlín le había dado la oportunidad de visitar a algunas viejas conocidas. En la Ciudad de la Luz le esperaban otras, entre ellas Marguerite, esa pelirroja morbosa de ojos dorados, que tenía un cuerpo obscenamente voluptuoso y un matiz de desequilibrio que le atraía especialmente. Si no fuera porque temía crearle una idea equivocada de sus intenciones que, por supuesto, no eran serias, la llevaría al sur de Italia para poder disfrutar de sus carnales dádivas en un ambiente más cálido.

Se embozó en la capa, el aire era gélido y el cielo estaba totalmente cubierto de nubes rojizas. Le habían llegado noticias de una tormenta legendaria en París. Lo consideraba un vaticinio de futuros éxitos. Los elementos tenían su propia alquimia y el mensaje de transformación era evidente.

—*Aus bal* —saludó, al cruzarse con Marcus, otro miembro de la Hermandad AvGull que, a menudo, se reunía con Rudolf Hess.

—*Bal auset* —respondió Marcus, con su rictus serio y lánguido.

Al saludarse, siempre empleaban el lenguaje secreto de la Hermandad, una mezcla de noruego, antiguos dialectos del alemán y códigos inventados por el propio Hess.

Marcus era uno de los abogados más prestigiosos de la élite de París; era un buen vasallo, un buen coleccionista de monedas, pero no comprendía las energías ni los símbolos. Compensaba esta debilidad formando parte de toda sociedad, club o partido que le diera opciones de poder y contactos. Por ello, al igual que él, estaba también en la Teosófica, donde se movía información privilegiada del ministerio, el Gobierno y otras entidades. Marcus le debía algún que otro favor y las filtraciones no se habían hecho esperar. Gracias a esos datos, estaba seguro de que la pieza con la que Derek Koch había intentado comerciar era exactamente la que buscaban, y muy pronto sabría con exactitud el origen de la reliquia.

Cuando llegó a la sala en la que mantenían las reuniones clandestinas, en la nueva cancillería de la NSDAP, encontró a Lucius despidiéndose de Hess, al fondo de la sala, junto a la puerta trasera. Estaban muy cerca el uno del otro y Lucius no disimulaba su leve amaneramiento.

Cesare miró fijamente a Hess a través de su monóculo. Observó sus ojos brillantes, el rictus de su boca al despedirse de Lucius, y cómo, rápidamente, se apresuraba a adoptar una pose adusta, imponente, para recibirle.

—¡*Heil* Hitler! —exclamó Rudolf, clavando el talón de la bota en el suelo, mientras Lucius salía por la otra puerta.

—*¡Heil!* Hitler —repitió Cesare, fingiendo convicción.

—Lástima, Lucius acaba de irse.

—Lo sé, he apreciado tu… devoción por nuestro colega Fleedermaus —indicó Cesare, observando cómo Rudolf se sonrojaba levemente—. Y, sin embargo, no le has contado nada sobre la Hermandad AvGull…

—Lucius no está familiarizado con el tema esotérico. No es por ninguna otra razón…

—¿No lo es?

¿Intuyo un deje de desconfianza en tu voz, Cesare?

—«Yo sé que, después de mi partida, se introducirán entre vosotros lobos crueles que no perdonarán al rebaño…» —citó Cesare, consciente del efecto que su voz grave y sonora provocaba en los demás, mientras limpiaba su monóculo con un elegante pañuelo.

—Pablo de Tarso…

—¡Bravo! —celebró Cesare.

—Sabes que admiro tu vasta cultura, Cesare —reconoció Hess, mirándole entre la fascinación y el fastidio—. ¿Todo está controlado en la Hermandad AvGull? Es la nueva Sociedad Thule y, esta vez, seremos cautos. No habrá otra disolución.

—«Quieren devorar a los otros y temen ser devorados a su vez; por esto se estudian recíprocamente con miradas cargadas de sospechas». ¿No decía eso Lu Xun?

—Y decía bien —afirmó Rudolf Hess. Cogió una de las copas de vino dispuestas en la mesa junto a los sofás y se la ofreció a Cesare —. Pruébalo. Ya sabes que no bebo alcohol, pero este Riesling es extraordinario —con las manos a la espalda se dirigió hacia la mesa de billar y observó la última jugada—. Necesitamos que la Hermandad esté unida mientras avanzamos con Tür. Cuento contigo para seguir obteniendo información de la Ahnenerbe. Hay grandes planes, ya sabes que Lucius estará al mando de la operación Netz en París. Si todo va bien, se extenderá a toda Francia.

Cesare bebió un trago de Riesling, aguantando el asco. Lucius estaba ascendiendo y llegaría lejos, como todas las cucarachas medradoras. Tenía que ganar puntos con Hess y, a la vez, cubrirse.

—Rudolf, en lo concerniente al proyecto Tür, aunque me gusta llamarlo Minotauro —comenzó Cesare—, debo decirte que, de momento, no se sabe nada de Koch, ni de la pieza; solo que debe tratarse de algo realmente fuera de lo normal, por la forma en que Himmler trataba de conseguirla a toda costa. Parece que Koch obtuvo la reliquia en unas excavaciones, aunque el área es desconocida —mintió. A diferencia de Himmler y de Hess, él tenía

pistas cada vez más claras—. Himmler está bastante perdido en cuanto al tema, no creo que debamos temer su ventaja. Además, está entretenido con ciertas manifestaciones telúricas en la zona del Ness…

—Lo sé, y una vez más, nos hemos adelantado a la Ahnenerbe —afirmó, orgullosamente, Hess—. Tenemos agentes en Inverness y no abandonamos Smola, Hedeby y Baden-Württemberg. La búsqueda de reliquias resulta esencial para probar el origen ario y rastrear la verdadera Thule, el núcleo de Hiperbórea, el origen auténtico de los arios. Pero debemos estar seguros de que esa pieza con la que se hizo Koch, quién sabe cómo diablos, es la que buscamos. Por eso hay que conseguirla.

Cesare asintió con desgana. Le parecía que muchas de las teorías de Rudolf eran erróneas, pero no quería desvelar todas sus cartas, ni a él ni a los «hermanos».

La Hermandad AvGull había nacido a partir de una escisión de la primigenia Sociedad Thule, auspiciada por Hess y Haushofer. Los miembros eran, en su mayoría, iniciados de otras sociedades secretas o de los movimientos Völkisch. Todos ellos trataban de ser discretos y de escalar puestos, como Hess, pero pocos tenían verdaderos conocimientos de esoterismo y creían, como él, en el poder de esta última reliquia, la que les ayudaría a cerrar el círculo y abrir el portal entre dimensiones, el acceso a Thule o, como él prefería llamarlo, Atlantis. Él era el único que conocía las consignas de Ur y había realizado los entrenamientos necesarios para alcanzar un estado de poder sobrenatural que permitiera moldear la realidad.

Al mismo tiempo, seguía investigando sobre el posible origen de la pieza de Koch. Tarde o temprano confirmaría sus hipótesis.

Adolf Hitler nos dará todos los recursos necesarios, y, poco a poco, Haushofer y yo iremos accediendo al control de los hilos más importantes —confesó Hess—. Todo a su tiempo…

Brindo por ello —respondió Cesare, impostando un timo de voz solemne. Y, levantando su copa, añadió—: por el Keich de los mil años.

Y por la Hermandad Dorada, la Hermandad AvGull.

Ambos recitaron el código de la Hermandad: «*Auset esger oscuir*», y acercaron, sin llegar a juntar del todo, sus copas.

Antes de salir de la Cancillería y preparar su viaje a París, Lucius le echó un último vistazo al patio de honor, frente a la entrada de la Wilhelmstrasse, que ya estaba prácticamente terminado. Era un espacio gigantesco, cuyo portal de entrada, tras las imponentes columnas, estaba coronado por un águila de bronce. Las puertas, de varios metros de altura, estaban flanqueadas por las dos estatuas de colosos creadas por Arno, *El partido* y *La Wehrmacht*, que miraban enfurecidos a quien tuviera la osadía de observarlos; uno portaba una antorcha y el otro una espada. Estaban lejos de la belleza de las estatuas griegas, pues sus rasgos no eran perfectos; esas caras ampulosas, rígidas, casi groseras, estaban más cerca de la suya que de esas estúpidas estatuas mediterráneas, inútilmente idealistas, tan arrogantes, tan elevadas. Se mordió con fuerza el labio inferior pensando en Ginebra, en cómo la belleza de esa asquerosa judía había estado a punto de nublarle la razón. Por fortuna, había sabido imponerse. Miró los ojos furiosos de la estatua que portaba la espada, anhelando el triunfo de aquellas caras gigantescas, zafias y ampulosas, casi como si se comprometiera con ellas a ganar la batalla común. De forma paulatina, su mirada descendió por el cuerpo de la escultura, sus brazos musculosos, el torso hierático, imponente, las caderas rectas, la fortaleza de los muslos, las ingles, el bulto esculpido bajo las arrugas de la breve túnica, y sintió el calor en sus mejillas.

—*¡Heil Hitler!*

Lucius se dio la vuelta, sobresaltado, y vio al joven militar que trabajaba en la gerencia del local.

—*¡Heil Hitler!* ¿Qué diablos hace aquí? —interrogó, con evidente indignación y el rostro enrojecido—. ¡Debería estar en su puesto de trabajo!

—Señor, voy ahora allí, señor. Me enviaron a recoger unos documentos…

—No le he autorizado a que responda —escupió Lucius, desafiante—. Vuelva de inmediato a su puesto de trabajo o informaré a sus superiores y abriré un expediente, ¿me ha entendido?

El joven asintió, bajó la cabeza y salió corriendo.

Lucius tomó aire. Su rostro fue perdiendo el calor y el color rojizo. Recordó las palabras de su padre: «Ataca antes de que te ataquen. Nadie se reirá de ti si sabes adelantarte a ellos. Solo tienes que llegar más lejos, más rápido. Acostúmbrate a eso hasta que te salga sin pensar», le decía siempre. Y cuando no lo lograba, el castigo de su padre era duro, pero solo así se aprendía, solo a través de esos golpes que aún le dolían había logrado ser absolutamente infalible y prever los ataques, incluso antes de que lo fueran. Y, sin embargo, había algo de lo que no había sabido defenderse en su infancia. Pero los que habían perpetrado aquello, impunemente, cuando era un niño, con el beneplácito de su propio padre, también le habían dejado una valiosa enseñanza: «Lo que no puede matarte, te hará más fuerte», ¿no era así la frase? «Tú también te llevarás tu merecido, padre», pensó, esbozando una sonrisa retorcida.

Capítulo 5
Solsticio de invierno

París, Anvers, 21 de diciembre de 1938

El parque de Montmartre se había convertido en un barrizal, un desastre de árboles quebrados, objetos que habían volado por los aires y columpios rotos. El acceso estaba cerrado y las calles bloqueadas. Una vez de vuelta en casa, el estado de alarma y la obligación de reclusión ante las nuevas tormentas la habían mantenido encerrada en la buhardilla dos días enteros, con un dolor de cabeza que iba en aumento y no cedía con las aspirinas, y siempre con el revólver a mano.

Suponía que Théo tampoco habría podido llegar a la colina. O quizás había otras razones. Si Théo no era quien decía ser, si iba a traicionarla, mejor saberlo ahora. Recordó aquellos versos del poema de Poe: «Y todo lo que amé, lo amé solo».

En el bolso llevaba el sobre con la dirección del piso franco. Esta vez había tomado una decisión: no pensaba huir. Necesitaba rehacerse, encontrarse de nuevo y creer en sí misma, salir del pozo en que Lucius la había metido. Quien quisiera encontrarla, la hallaría allí, en esa buhardilla, entre sus escritos y sus fotografías, lo único que le quedaba.

La casa de Eidna se encontraba en la parte baja de Anvers. No le agradaba el recorrido, pero, a pesar de lo que le dijera Claire, necesitaba desesperadamente quitarse el dolor de cabeza, agravado por los síntomas que tenía desde lo ocurrido en Londres. Así era como, hacía meses, había entrado en contacto con la llamada «hechicera de Anvers», buscando remedio para los dolores crónicos que la medicina no podía calmar. Quienes los padecían sabían que uno haría cualquier cosa con tal de quitárselos. En las fases de dolor, un día de calma era como volver a nacer.

Desde la avenida principal descendió por unas escaleras que se retorcían hasta llegar al final de una callejuela húmeda en cuyo suelo de adoquines rotos se reflejaba el color rojizo del cielo, que parecía estar lleno de electricidad.

Percibió un ligero temblor en el suelo. Era una especie de pulsión, como si la tierra estuviera latiendo de forma salvaje. Sentía algo que no podía definir con exactitud, algo parecido a dos serpientes calientes y heladas entrelazándose en torno a sus tobillos.

A medida que caminaba, entre vendedores ambulantes de comida y de alfombras persas, la calle se iba haciendo más estrecha y los ocasionales transeúntes desaparecían. El sendero de adoquines, que descendía en curva, se hundía en una penumbra solitaria y fría. Un gato marrón comido por la tiña maulló a su paso. Ginebra miró hacia atrás. Ya no había nadie. Delante, solo oscuridad y piedra. El suelo estaba mojado y lleno de grietas. Avanzó hacia la oscuridad que ocultaba el final de la calle, hasta alcanzar, casi a tientas, la puerta de madera húmeda, cubierta por el musgo. Agarró la aldaba y dio dos golpes fuertes. La puerta se abrió solo unos centímetros, con un chirrido molesto. Al otro lado, Ginebra distinguió a una joven que sostenía una vela y la miraba con desconfianza.

—¿Quién eres? —preguntó la joven, con acento del este.

—Vengo a ver a Eidna. Ella, probablemente, ya lo sabe. —La mujer de la vela dudó unos instantes, la miró de arriba abajo, y respondió:

—Sí, ya sé quién —contestó, con tono burlón y desagradable.

Cuando la puerta se abrió, Ginebra pudo ver el rostro de quien le hablaba, iluminado por la luz de la vela. No tardó en reconocer a una de las huéspedes más antiguas de Eidna, una joven zíngara llamada Linka. Tenía los ojos heterocromos, uno azul claro y el otro verde oscuro, y se maquillaba profusamente, como si quisiera resaltarlo, pero el rímel terminaba por hacer borrones en los bordes de sus ojos. Su nariz aguileña, prominente, estaba excesivamente empolvada de blanco. Caminaba con una cojera imposible de disimular. Siempre la miraba de arriba a abajo, cuando cruzaba la puerta, mientras mordisqueaba un rábano que llevaba en la mano y olía a colonia comprada en los rastrillos del Bidonville. Ginebra avanzó por el pasillo, encorvándose un poco, para no llamar la atención de aquella joven que la escudriñaba con un entusiasmo rabioso, como si quisiera desnudarla e insultarla al mismo tiempo.

—No tan guapa —masculló la zíngara, que aún no dominaba el idioma galo, y escupió al suelo un trozo de rábano masticado—. Un día, yo guapa. Un día, yo poderosa.

Ginebra siguió avanzando hasta el fondo del pasillo, mientras escuchaba el ruido de su respiración congestionada. La puerta estaba abierta, así que se deslizó sigilosamente hacia la habitación de Eidna. La anciana se hallaba de pie frente a un barreño de agua en el que se movían unas turmalinas y unas velas, y parecía estar hablando sola. Movía los labios en susurros, en un idioma incomprensible. Era una mujer larguirucha, con melena grisácea, sucia y despeinada, la nariz prominente, los ojos anaranjados, siempre entrecerrados y arrugas profundas en el rostro; la torpeza en sus movimientos y el temblor en la voz delataban una avanzada edad, pero nunca le había revelado a nadie cuántos años tenía, de manera que las huéspedes a las que alojaba en su casa se divertían haciendo apuestas.

—Eidna, por favor, necesito tu ayuda, esta vez el dolor es más fuerte —rogó Ginebra, impaciente.

Eidna la observó con detenimiento; se acercó a ella apoyándose en su bastón, al tiempo que se cerraba el chal de lana con la otra

mano. Los destellos de las velas cubrían la habitación de luces y sombras y conferían a las paredes desconchadas un aspecto aún más lúgubre.

Ginebra se quitó el abrigo y lo abrazó contra su pecho.

—Deja de esconder tu luz —dijo Eidna—. No te escondas. Vayas donde vayas querrán hacerte daño. No puedes evitarlo.

—¿Quiénes quieren hacerme daño? —preguntó Ginebra, irritada por el tono ambiguo que siempre empleaba Eidna al hablar.

—Te sientes sola… siempre te has sentido sola…

Ginebra evitó mostrar el dolor que aquellas palabras le producían.

—Eidna, si he venido después de tanto tiempo es por…

—Y lo estás —interrumpió Eidna, sin dejar de mirarla a los ojos—. Estás sola. Porque te gustaría que te quisieran. Porque tú no deseas odio, ni rivalidad, ni dolor; tú quieres su amor, el amor de los demás.

Ginebra se sonrojó y se quedó callada. Era como si Eidna estuviera conectada con energías remotas que ella no conocía, pero sí podía intuir.

—Sí, niña, te veo, siempre te he visto. Tienes un espíritu sensible, pero debes dejar de anhelar y de compadecerte, y actuar. Y no podrás evitar que te vean. Naciste bajo el cometa, debes aceptar el signo del fuego.

—¿Qué quiere decir eso?

—Yo no puedo ayudarte. Tú no crees en mi poder.

—Yo… Ya no sé en lo que creo…

—Ese es el problema. Eres poderosa, más de lo que crees, pero no quieres verlo. Temes a los demás. Te escondes…

—Entonces… ¡ayúdame!

—No puedo, ya te lo dije.

—¡No tengo tiempo! Me buscan. ¡Te lo ruego, te lo imploro, ayúdame, por favor! Por favor…

—Quieres que te diga qué hay en esa bolsa, si debes abrirla, si tu amigo volverá con ella. Si traerá ayuda. Si es realmente tu amigo. Si te matarán por abrirla o si te matará lo que haya dentro.

Ginebra miró a la hechicera con perplejidad, con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó, mientras Eidna permaneció en silencio—. Está bien, si no vas a decirme nada, al menos quítame el dolor. Quiero que pare —pidió Ginebra, agotada y sin poder aguantar el llanto—, ¡necesito que pare!

—Para eso puedo darte algo. Pero has de saber que el dolor cederá cuando no evites lo que temes. Solo debes confiar.

—En qué, ¿en quién?

—En ti, niña. En ti.

La vieja Eidna le dio la espalda y caminó con su bastón. Se situó detrás del lago de turmalinas y apagó las velas. De pronto, le mostró un hilo de polvo que tenía en la palma de la mano. Sopló con fuerza y Ginebra comenzó a toser.

—Nada se puede explicar porque todo ya termina. La elipse se está cerrando. La puerta ha sido abierta —confirmó Eidna.

—¿La puerta? —preguntó Ginebra, sin parar de toser, mientras el polvo de color tierra se extendía por la habitación.

—Ese objeto no debió ser encontrado, y la puerta no debió ser abierta. Tú debes discernir, solo tú sabrás cuál es la verdad. Cuando el hombre de sombra se acerque, cuando el volcán estalle y el cielo se rompa igual que el suelo, lo verás. Lo sabrás.

Ginebra recordó instantáneamente las imágenes de sus sueños: «No debisteis abrir la puerta». Había oído esas palabras en alguna parte.

—¿Qué es? ¿Qué hay en esa bolsa de terciopelo? ¡No encuentro a Théo!

Ginebra, sin aire, cayó al suelo, y la lámpara de pie cayó después, el resto de las velas se apagaron y todo quedó a oscuras. En medio del sopor, vio el Pont des Arts, y la figura de Théo dibujándose entre la niebla.

—¿Estás bien, niña?

Ginebra abrió los ojos y miró desconcertada a Eidna, que estaba allí, de pie junto a ella, tan serena como si nada hubiese ocurrido.

Se incorporó. La antigua lámpara estaba en su sitio, la luz de las velas volvía a iluminar la habitación, y ella se sentía aliviada, ya no le dolía la cabeza.

—¿Eidna…?, ¿qué ha pasado?

—No ha pasado nada… Tu tiempo de consulta se ha acabado.

—Yo…

—Vamos, no seas pesada —dijo limpiando la mesa con expresión de sorna—. Sal de aquí. No deberías venir por estos sitios podridos —añadió con una sonrisa torcida que dejaba ver sus encías sin dientes.

—Quizá todavía no sepa quién soy… —reconoció Ginebra, mirándola a los ojos—, pero creo que tampoco quiero ser como tú.

Ginebra salió de la habitación, y al llegar a la puerta se encontró de frente con Linka, que le dedicaba una de sus miradas desafiantes. En lugar de agacharse, se irguió y pasó por delante de ella sin concesiones. Linka mordió el rábano con rabia, sonrió de forma burlona, mostrando los restos de hortaliza en los dientes, y se marchó cojeando por el pasillo.

Ya en la calle, Ginebra respiró hondo y se alejó con las manos en los bolsillos, bajo el cielo inflamado. Eidna, desde la puerta de su casa, apoyada en su bastón de madera, la observó alejarse por la callejuela.

—Ten cuidado, niña —murmuró—. Nadie puede ayudarte, allá donde vas…

* * *

París, Barrio Latino

Ginebra terminó su sopa de cebolla con queso y se cerró el abrigo.

Hacía un frío hiriente, como correspondía a un 21 de diciembre en París, y la buhardilla no estaba muy bien aislada. El dolor de cabeza no había vuelto a molestarla después de la visita a Eidna, pero toda la noche húmeda y melancólica de París se le había metido en el pecho y la hacía recordar, la hacía llorar. No pudo evitar pensar en Théo. ¿Dónde estaría ahora? Recordó las palabras de la hechicera y la visión de Théo en el Pont des Arts. Medio París estaba cortado, y quizás ese puente también. ¿Merecería la pena ir allí?

Por más que trataba de unir las piezas seguía sin saber qué significaba «Stver», y por qué Théo y ella tenían los mismos sueños, qué había ocurrido en San Víctor, qué era ese condenado objeto y por qué los había unido. Eran demasiadas preguntas sin respuesta y se estaba volviendo loca.

Decidió que tenía que salir. Estaría más caliente andando a paso rápido por la calle que en esa buhardilla. Si Lucius la encontraba sería en acción.

Se puso otra chaqueta debajo del abrigo, una bufanda gorda, y salió a la calle. Descendió por la Rue de la Montagne-Sainte-Geneviève, hacia el Sena, buscando algún restaurante donde estar caliente un rato. No resultaba normal —nunca resultaba normal— que una mujer fuera sola a un restaurante o a un bar. Se preguntó si algún día podría dejar de eludir miradas acusadoras y de inventar que tenía un marido.

—Si yo fuera usted vendría conmigo —dijo un hombre ataviado con un abrigo modelo antiguo que Ginebra no tardó en reconocer.

—¡André Breton!, no pensaba verle por aquí…

—Yo tampoco pensaba verme por aquí, bella Godelieve. Estaba en Le Dôme, pero se ha convertido en un tugurio. Y me aburre la Closerie des Lilas.

—Yo pensé que seguía usted en México —dijo Ginebra, divertida.

—Hay un tiempo para todo. En el año 38 se impone morir en París. Además, uno tiene esperanza en que las cosas puedan cambiar y sea posible… encontrarla a usted, antes de alimentar con nuestra sangre a los peces de la memoria, en la inmensa noche del

sol.

Ginebra sonrió. Hacía tiempo que le gustaba la poesía de aquel escritor de los célebres manifiestos surrealistas. Habían coincidido un par de veces en lugares del Barrio Latino y Montmartre, y André había leído sus poemas bajo el seudónimo «Godelieve».

—¿Y no ha ido usted al Cabaret del Infierno o al del Cielo? —le preguntó—. Están muy de moda.

André Breton hizo una mueca entre la incomodidad y una cierta inquietud, postró su rodilla en el suelo, se inclinó y le besó la mano con elegante delicadeza.

—Quizá no haya oído lo que se dice que sucede allí… Esos sitios no la merecen a usted. ¿Puedo llevarla a un lugar en el que los rituales del solsticio le regalarán a su mirada sublime algo diferente? Es usted demasiado bella y convulsiva para perder la línea curva y quedarse con la parálisis del tiempo —opinó André, mirándola a los ojos con una sinceridad de niño que contrastaba con la complejidad de su lenguaje—. ¡Venga conmigo! ¡Sea mi Nadja, solo por esta noche! Yo le enseñaré el otro lado de París. Hoy el cielo nos regala, otra vez, su inesperado vino de poesía. Será una auténtica *quite*.

Ginebra titubeó unos instantes, pero, finalmente, cuando él le ofreció su brazo, ella aceptó.

—Las *quite* me apasionan. Me encanta convertir los elementos en poesía.

—Empiece usted —pidió Breton, mientras caminaban en dirección hacia l'Île Saint-Louis—. Transforme el puente de Tournelle en una sinfonía, y los edificios en turrón español.

De esta manera, comenzaron el juego surrealista de la *quite*, transfigurando elementos reales en imaginarios, en virtud de las semejanzas que la intuición encontraba interesantes. Intercalaron un par de paradas rápidas para degustar vino y entrar en calor, chocaron con calles cortadas, siguieron a desconocidos, imaginaron tramas… El caos creativo los llevó a la Rue de la Huchette, como si una llama los hubiera impulsado.

—Godelieve, me gustaría saber a quién ama desesperadamente o

a quién odia hasta desearle la muerte. ¿Es usted desmesurada?

Ginebra guardó silencio y sonrió.

—Las mujeres molestamos cuando lo somos.

—¿Lo ve? Alguien la reprime. O algo… No me dirá si está usted casada, ¿verdad? Oh, perdone, estoy sin civilizar, me vanaglorio de ello, pero no pretendo ofenderla, al contrario; es subversivo ser un caballero romántico y soñador, hoy en día, mientras la putrefacción avanza y llega el Apocalipsis. Si se atreve, me acompañará a un sitio que queda cerca de aquí y donde verá a más surrealistas juntos que en toda su vida.

—¿Han hecho ustedes otra Exposición Universal?

—No —reconoció André, riendo—, se trata de la celebración del solsticio. Vamos, Godelieve, en el fondo está deseando saber de qué le hablo —dijo, y volvió a sonreír.

No lo hacía de un modo pícaro, en sus palabras había inocencia, una inocencia plena de una emoción que la conmovía.

Caminaron hasta llegar a un portal que se hallaba junto a un tugurio cercano a la Rue de la Huchette. Breton dijo la contraseña: *Pataphysique*, y la puerta se abrió.

—Nos la inspiró Alfred Jarry —le confesó a Ginebra, sonriendo.

Subieron las viejas escaleras de madera hasta llegar a una pequeña habitación donde se concentraban, apretadas, unas treinta personas, fumando y bebiendo, mientras contemplaban los ejercicios de escritura automática o, como decían ellos, «automatismo psíquico», que realizaban algunos de los artistas.

—Como verá, Godelieve, no le presento a nadie porque nunca sé a quién acabaré expulsando —bromeó Breton, en voz baja.

Saludaron a Crevel, Eluard, Desnos y a Alice Rahon. No le pasó desapercibido el hecho de que Breton ya no hablaba con Dalí ni con Éluard.

—Vaya bombón —proclamó Antonin Artaud, mirándola de pies a cabeza—. ¿Está usted mentalmente enferma? Yo sí, y el resto de la sociedad también, ¿sabe? Pero nunca lo confesarán.

Michel Leiris agarró a Artaud del brazo y lo alejó de ellos.

—Perdonadle, está muy borracho.

—Un día, a la hora del ángelus, habrá que taparse los ojos y pintar una botella; si sale verde, será absenta, y si no, la Purísima Concepción —dijo una voz que Ginebra reconoció al instante. Era Salvador Dalí, ese pintor cuyos cuadros parecían abrir, con una perfección casi irreal, accesos a otras dimensiones. Durante un rato charlaron sobre su teoría de la paranoia crítica.

Aquella noche bebieron absenta, hicieron un cadáver exquisito al que denominaron *Le solstice*, encendieron velas para escribir relatos inspirados por el color del cielo y hablaron de la proximidad de la guerra. En un momento dado, cuando la madrugada dio paso a un alba de ceniza y oro, Ginebra creyó ver, en uno de los muros de la casa, una sombra trémula que, a la luz de las pocas velas que quedaban encendidas, se alargaba hacia el techo. «Es una sombra, solo eso», se dijo. Sin embargo, de algún modo «sabía» que no lo era. Su corazón comenzó a latir rápidamente y un aire frío como el hielo le encogió el pecho. No pudo evitar recordar las palabras de Eidna respecto al «hombre de sombra». Miró de nuevo aquel pedazo de pared entre ventanas; allí no había absolutamente nada.

Al salir, Breton ayudó a Ginebra a bajar las escaleras y caminó junto a ella en silencio, como si tuviera que ordenar sus pensamientos, en dirección al Sena. Estaba agotado, pero la ilusión no había dejado de brillar en sus ojos.

—Algún día ha de contarme algo más sobre usted y sobre su escritura —le pidió, ya en las cercanías del Quai de Conti—. Sepa que quiero preguntarle por todos sus versos… Con su poesía, la noche se enciende en toda clase de fuegos; sin usted solo nos queda un día de pan y comercios, un cuentacuentos medio.

Ginebra sonrió tímidamente. Nadie le había preguntado por su poesía, por sus versos. Se sentía inflamada de una alegría que debía contener.

André la miró a los ojos, se acercó a ella y la besó en los labios. Fue un beso breve pero infinito. Ella se retiró.

—André, yo… —dijo Ginebra, con forzada frialdad, mientras

empujaba la emoción y las lágrimas hasta la boca del estómago—. Verá, ha sido una noche maravillosa, le admiro mucho y me encantaría… estar más tiempo con usted, pero…

—No pierde nada si se queda ahora.

Ginebra se mordió los labios, apesadumbrada.

—Está usted cansado, André. Y también está casado.

André Breton se sonrojó, contrariado.

—Ambas cosas tienen solución.

Ginebra sonrió, con tristeza. Una parte de ella quería creerlo, y quería olvidar su propia situación.

—Romperemos esa farsa del tiempo, ¿verdad? —preguntó André. Y por primera vez vio tristeza en su mirada, y también a un hombre que realmente quería conocerla y creer en sus sueños, a pesar de lo que ocurría a su alrededor. A pesar de todo.

Ginebra asintió, le sostuvo la mirada unos segundos y después comenzó a andar con las manos en los bolsillos, el corazón latiendo con fuerza en el pecho.

André la observó mientras se alejaba, se puso su viejo sombrero, se ajustó la bufanda y caminó despacio en dirección contraria.

Ginebra no pudo contener las lágrimas que comenzaban a derramarse, llenas de dulzura y dolor. Se limpió con un pañuelo, mientras caminaba sin destino, perdida en sus pensamientos, observando el rosado Sena bajo el Pont Neuf, a la luz del cielo del alba, que cobraba ya el tono rojizo de los últimos días. En la lejanía nebulosa de las visiones, un círculo se completaba, algo estaba llegando al límite. Pero… ¿el límite de qué? ¿Por qué sentía que estaba atravesando una frontera?

De pronto, un ruido atronador partió en dos la realidad, seguido de un sonido parecido al de una potente descarga eléctrica. El suelo tembló. Permaneció en *shock* unos instantes, sin poder reaccionar. La gente, en la calle, señalaba al cielo. Ginebra alzó la vista para contemplar, con los ojos muy abiertos, la enorme brecha sanguínea que se dibujaba más allá de las nubes. Justo debajo, el Pont des Arts la observaba desde su majestuoso sigilo, sobre la masa oscura

del Sena. El Pont des Arts…, ¿cómo había terminado precisamente allí?

—*Mon Dieu!* ¡Parece una herida! —exclamó un estudiante.

Un pequeño corro de gente se había arremolinado en torno a una parte de la calzada y miraban al suelo. Ginebra avanzó y se abrió paso entre el gentío para descubrir una enorme grieta negra que llegaba hasta el río y que aún humeaba. El olor a alquitrán quemado y los murmullos de la gente le confirmaron que un rayo bestial había dividido el asfalto en dos. Volvió a alzar la vista al cielo dividido.

«Cuando se rompan el cielo y el suelo…», murmuró Ginebra.

Capítulo 6
Cuando se rompan el cielo y el suelo

París, Pont des Arts

Desde el puente, entre la neblina rosada, Théo observó los lados de ambas riberas del río. Estaban especialmente vacíos, las tormentas eléctricas estaban asustando a la gente. Los metros seguían cerrados y estaba agotado de andar por todo París. Le dolía enormemente la rodilla. Hacía ya casi tres días de su cita en el parque. Había logrado llegar allí jadeando y sudando, a pesar de las advertencias de Urik, pero el acceso estaba cerrado y Ginebra no estaba. Burlando el encierro por el estado de alarma acudió al Café de Flore, su única referencia, y les dio un sobre cerrado a los camareros, con un mensaje, por si ella acudía. No creía que hubiera respuesta jamás. Al menos, Urik había accedido a custodiar el maletín con los papeles, mientras él iba en busca de Ginebra. Una búsqueda imposible.

En la bolsa marrón llevaba, únicamente, el paquete de terciopelo. Se había propuesto arrojarlo al Sena, pero una especie de fidelidad a Ginebra le impedía hacerlo. «Qué diablos, no volveré a verla nunca». Se descolgó la bolsa y la sostuvo por la correa, balanceándola por encima de la barandilla del puente, unos instantes. Solo tenía que

soltar…

—¡Théo!

Al reconocer la voz se giró estupefacto. Una silueta femenina se dibujaba en la niebla rosácea. No, no podía ser. El corazón le dio un vuelco cuando la mujer se acercó y pudo verle el rostro.

—¡Ginebra! —exclamó.

Se miraron durante unos instantes. El coral del cielo confería al abrigo y a la piel de Ginebra un tono grave. En su expresión había una sorprendente serenidad.

Eran las dos únicas personas que había en el puente en aquel momento, quizás en toda la zona… A lo lejos, algunos transeúntes corrían hacia el metro a resguardarse de la lluvia que comenzaba a caer, y de los truenos que hacían presagiar una nueva tormenta.

—¡Ginebra! —gritó Théo con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Ginebra, lo siento! —le dijo, con un hilo de voz, mientras el viento comenzaba a soplar cada vez más fuerte—. ¡No he huido, fue la tormenta! ¡Aun así, logré llegar al parque, pero ya no estabas!, ¡te busqué por todos los medios posibles, no tenía ninguna dirección tuya! Dios mío, no sé ni por dónde empezar, fui a buscar ayuda, ¿sabes? Urik me dijo que…

—No hace falta que termines —convino ella, poniéndole el dedo índice sobre los labios, suavemente.

—No te miento, Ginebra.

—Sé que no me mientes. No he dormido en toda la noche, estuve en una especie de travesía surrealista… y, cuando vi esa enorme grieta en el cielo… y en el suelo, supe que tenía que venir aquí, que lo que había dicho Eidna era cierto. Y al mirarte a los ojos he visto… y he creído. Quizá me equivoque, pero sé que debemos abrir eso, sea lo que sea. Y sé que tenemos que hacerlo juntos.

Théo asintió, algo desconcertado, pero sin dejar de mirarla a los ojos con un fiero entusiasmo.

—¡Vamos allá! —gritó, por encima del ruido del viento que soplaba cada vez más fuerte. Abrió la bolsa marrón, extrajo el paquete envuelto en terciopelo y sacó de uno de sus bolsillos un

mechero de gasolina.

—¿Preparada? —preguntó Théo, con el cabello revuelto por el viento.

—Preparada —respondió Ginebra, apartándose el pelo alborotado de la cara.

Théo protegió el sello burdeos del viento y de la llovizna, mientras acercaba la llama del mechero. Ginebra lo rodeó con sus manos para resguardarlo. Poco a poco la cera se fue derritiendo y el cordel rojo cayó al suelo, pero debajo había un sistema metálico, una especie de grapa enorme, que Théo nunca había visto en ningún tipo de cierre.

—Un momento —dijo Ginebra—. Déjalo en el suelo y apártate.

Extrajo del bolsillo de su abrigo su pequeña pistola, apuntó y disparó justo en el cuello de la envoltura de terciopelo.

—¡Vaya, eso es puntería! —exclamó Théo, asombrado—. ¡No sabía que tenías una Derringer!

—Puedo hacer blanco cuando no estoy lejos. ¡Abrámoslo! —gritó Ginebra, alzando la voz por encima del viento.

Théo retiró el precinto metálico hecho pedazos y ambos abrieron la bolsa de terciopelo que tenía los extremos quemados por el balazo. Debajo había más capas. Ginebra notaba el dolor de cabeza y el vértigo, pero decidió que aguantaría lo que fuera por llegar al final de este asunto. Théo extrajo de la bolsa unos guantes y le dio un par a Ginebra. Con ellos puestos, desenvolvieron todo el terciopelo hasta que apareció una gasa fina parecida a la seda.

—Sí que se han esforzado —dijo Théo.

Théo y Ginebra apartaron la gasa y, con manos temblorosas, sujetaron la pieza circular que apareció debajo. Al fin lo tenían ante ellos. Ambos observaron desconcertados aquel disco de barro cocido que no era mucho más grande que un plato de café, pero sí muy pesado. Tenía los bordes irregulares y una espiral grabada, dividida en pequeños trozos, cual si fueran casillas, y en cada una de ellas había un símbolo distinto.

—Dios mío… ¡He visto eso antes! —exclamó Ginebra, recordando

los símbolos que aparecían en su sueño.

En la parte central, en el vórtice de la espiral, había una flor. Le dio la vuelta al disco y vio que, en la otra cara, en la parte central análoga, había algo que se asemejaba a un saco junto a unas herramientas.

—¿Cuántos años puede tener esta cosa? —preguntó Théo, alzando la voz por encima del viento.

—No tengo ni idea —dijo Ginebra, anonadada, observando las dos caras del objeto—. ¿Te has fijado? No son iguales. Los signos varían.

—Y no pueden ser más raros —observó Théo—. Bueno, ¿y esto es todo? ¿Por un maldito posavasos de barro más pesado que un peñasco nos estamos jugando la vida? ¿De dónde salían las vibraciones? Porque yo no veo nada especial en esta cosa… ¿Estás bien, Ginebra?

—No —dijo ella.

Théo la sujetó. Ginebra creyó que caería al suelo, pero, en lugar de eso, comenzó a experimentar una repentina calma.

—Un momento —susurró Ginebra. De pronto se había dado cuenta de que el viento había desaparecido—. ¿Oyes los truenos? No hay truenos… Y ya no llueve.

Miraron a ambos lados del puente. Los pocos coches que circulaban estaban parados. No había nadie, solo algún transeúnte, a lo lejos, detenido, como si su imagen se hubiera congelado. La realidad parecía haber quedado suspendida en el tiempo.

—Dios mío… —murmuró Ginebra, conmocionada.

Théo miró a su alrededor y palideció: no soplaba ni una brizna de viento, no se escuchaba ningún ruido.

—¿Qué está pasando? ¿Qué diablos está pasando aquí? —dijo Théo—. ¿Es otro de tus truquitos? —le dijo al disco de barro.

Ginebra, en silencio, se quitó los guantes, puso sus dos manos blancas, delgadas y temblorosas, a ambos lados del disco, las movió lentamente alrededor de la circunferencia, y le pareció percibir algo.

—¡Cuidado, Ginebra!

—No pasa nada. Pon las tuyas también, Théo…

—¿Por qué?

—Porque lo he «visto» —dijo ella—. No sé por qué, solo sé que tenemos que hacerlo.

Théo se quitó los guantes, puso una de sus manos en el lado superior del disco y la otra en el inferior.

—¿Notas algo?

—No, de momento —repuso ella—. El dolor de cabeza se ha suavizado, y el vértigo también.

Aguardaron en silencio unos instantes.

—En fin, me parece que no funciona… —manifestó Théo.

—¡Espera! ¡No quites las manos!

Ginebra sintió en sus brazos una vibración que subía hasta la cabeza y hormigueaba en su garganta.

—Mantén los ojos cerrados, Théo. Sigue tocándolo.

—Yo también noto algo, ahora… —dijo él.

Permanecieron unos segundos con los ojos cerrados, en silencio absoluto.

De pronto, el suelo comenzó a temblar. Un trueno fragmentado, más fuerte que ninguno de los estallidos que hubieran escuchado jamás, sacudió los cimientos del mundo. Ginebra pensó que la trompeta del Apocalipsis tenía que sonar así.

—¡Dios santo! —gritó Théo.

Una corriente de viento salvaje sacudió los árboles. El cielo había tornado del color rojizo al escarlata intenso. Volvían los relámpagos y los rayos.

—¡No lo sueltes, Théo! ¡No sueltes! —gritó ella, con firme determinación.

El Sena se agitaba, rompiendo su perfecto espejo escarlata, el agua trazaba una espiral cada vez más grande que se abría ante ellos como una especie de laberinto hacia un abismo insondable. Aterrada y mareada por el vértigo, Ginebra cerró los ojos lo más fuerte que pudo. Théo estaba gritando algo, pero el ruido del viento era ensordecedor. Cuando abrió los ojos la espiral había

desaparecido; sin embargo, el río se movía de forma salvaje. El viento volvió a azotar el puente y comenzó a llover como si el cielo entero se derramase sobre la tierra. La tempestad se desató, agitando árboles y edificios. Los pocos coches que circulaban habían vuelto a moverse: una histeria de cláxones descontrolados, frenazos y colisiones se escuchaba, amortiguada por el ruido del viento. A lo lejos, algunos peatones corrían despavoridos. Hojas, trozos de cartón y pedazos de bolsas volaban en el aire, junto con el polvo que se había levantado. Ginebra sentía el disco arder en sus manos. Al otro lado del puente, por encima del hombro de Théo, distinguió la figura de un hombre que se acercaba, entre la niebla, luchando contra el viento. Conocía a aquel hombre. Sintió un escalofrío de terror. En décimas de segundo calculó el tiempo que le llevaría sacar la Derringer… No, sabía que no podía soltar el disco.

—¡Es Lucius! —gritó Ginebra, por encima del ruido del viento.

—¿Cómo? —gritó Théo.

Théo se giró, y miró a Ginebra.

—¡Vienen a por nosotros!

En ese momento Ginebra recordó las palabras de Eidna y decidió confiar en su propia intuición. Miró a Théo a los ojos.

—¡No lo sueltes, Théo! —gritó, por encima del viento.

—¡No voy a soltarlo, Gin! —exclamó él, y su mirada cobró una seguridad inusitada.

—¡Hasta el final!

—¡Hasta el final!

Lo último que Ginebra pudo ver fue a Lucius apuntándoles con una pistola. De pronto, una luz brillante como un cometa la cegó, seguida por una explosión. Sintió un halo de electricidad que la rodeaba y a la vez se integraba en ella. Todo había desaparecido.

Cuando Lucius abrió los ojos, percibió un olor a madera quemada. Un policía se acercaba corriendo a él.

—¿Está usted bien? ¡Ha sido un rayo! Creo que ha sido un rayo…

—¿Qué está diciendo?

Lucius recordó haber visto una especie de explosión. Miró a su alrededor. En el lugar donde había estado Ginebra solo quedaba una grieta que atravesaba parte del puente. Olía a humo.

—La mujer que estaba en el puente, ¿dónde está? —preguntó impaciente.

El policía se encogió de hombros, desorientado.

—¡Apártese! —gritó, corriendo hacia la barandilla. Se asomó: el Sena fluía tranquilo. Ya no llovía. Corrió hacia el otro lado del puente. Ni rastro de Ginebra ni de aquel tipo. Lucius golpeó la barandilla del puente, maldijo y escupió sobre el Sena.

SEGUNDA PARTE

El Cabaret del Infierno

Capítulo 7
París, L'Enfer

París, Montmartre

Cuando Marguerite despertó en la habitación del piso superior de Lamartine ya estaba atardeciendo. Cécile Lamartine era una de las médiums más importantes de la ciudad, y aunque normalmente solo se codeaba con gente de mucho dinero, a ella la trataba como a una hija, en parte porque tenía amistad con su madre, en parte por compasión. Lamartine era célebre también por suministrar el mejor opio de Francia: se lo traían sus contactos de la India. Cuando fumaba demasiado, la dejaba descansar en ese cuarto poblado de cuadros, biseles, lámparas y cómodas pomposas, donde siempre tenía la sensación de que el colchón y los almohadones la engullían lentamente. El humo hacía su efecto narcótico, se acababan los pensamientos, se acababa la angustia y dejaba de ver extrañas sombras que parecían acecharla.

Se quedaría allí si no fuera porque tenía que llegar a tiempo a su cita con Cesare en L'Enfer Cabaret. A regañadientes, se levantó, se peinó y perfumó frente al espejo, se puso el chal dorado y el abrigo que le había regalado Cesare y tiró un beso desganado a su reflejo, que cada vez le producía más asco y pena.

Al bajar las escaleras encontró a Lamartine en el salón circular, absorta en la contemplación del cielo a través de la ventana.

—Marge, querida, te has perdido otra de esas tormentas eléctricas; nunca había visto una tan fuerte hasta ahora. Una tormenta de sangre —anunció, con un brillo extraño en sus pupilas.

Abrió el cajón de la cómoda sobre la que reposaban todo tipo de abalorios y velas de colores, bajo las extrañas lámparas modernistas de luces ambarinas, y extrajo un colgante plateado que a Marguerite le pareció muy antiguo, casi una reliquia. Su forma, afilada y desigual, recordaba un poco a las máscaras que llevaban los médicos de la peste en el siglo XVII.

—Ponte esto —dijo Lamartine. Sus ojos, de un azul casi glauco, parecían excitados por alguna emoción indefinible, mientras le ponía el colgante alrededor del cuello—. No te lo quites hoy, ¿de acuerdo? Te dará suerte. ¡Vamos, o llegarás tarde a L'Enfer! Tienes una cita allí, ¿verdad? —dijo acompañándola hacia la puerta—. Todo va a ir muy bien desde ahora, Margie, tengo esa certeza.

—Oh, gracias, Cécile; eres tan sabia, me gustaría… quisiera ser como tú —aseguró Marguerite.

Lamartine le dio un beso en la frente y abrió la puerta.

—Diviértete —le dijo, mirándola a los ojos.

Marguerite, tratando en vano de descifrar lo que percibía en la mirada y en la sonrisa de la médium, asintió, insegura, besó el colgante y salió de la casa.

Caminó por la Rue de la Bruyère hacia la parada del tranvía, sintiendo un nudo en el estómago. La noche anterior no había pegado ojo, y no por las tormentas, sino por la discusión con Lucius. Ese asqueroso nazi solo había estado con ella para sacarle información sobre Cesare. Su convalecencia en un hospital de Londres era una completa mentira, lo sabía porque Cesare había estado con él en Berlín. Lucius ya no se había molestado en disimular, ni en poner excusas amables. «Marguerite, tienes un problema y deberías tratarte», le había dicho. «Yo jamás te prometí nada, me debes confundir con uno de tus chulos».

Recordó el aliento desagradable de Lucius —como si siempre acabara de vomitar—, las mentiras, los insultos, y sintió una punzada de llanto en el pecho y en los ojos. Había quemado los billetes de barco. Las cenizas estarían ahora en alguna cloaca de París, como sus últimos sueños.

Ahora sería Cesare el que recibiera información sobre Lucius, y no al revés, aunque sabía que ese italiano también la estaba utilizando. Cesare, Lucius… Nunca sería, para ninguno de los dos, más que una puta. «Nadie te quiere, estúpida, ¿cómo iban a quererte a ti? Traidores, cerdos odiosos el dinero es importante por qué todos me odian traidores, es importante mantén la boca cerrada llegué a quererle cerdo asqueroso…».

Corrió a coger el tranvía, tratando de librarse de todas aquellas palabras que, como puñaladas cortas y rápidas, le atravesaban el alma.

Al subir al vehículo, inusitadamente vacío, casi sin aliento, le pareció que alguien la estaba observando. Sintió un escalofrío. Se dio la vuelta, cerrándose el abrigo. Allí no había nadie. No había nada. Se preguntó si, definitivamente, se habría vuelto loca, como decía Lucius. Agarró el colgante y lo apretó contra su pecho, esperando algún tipo de sosiego; sin embargo, el nudo en el estómago se hizo más intenso.

* * *

París, camino a Montmartre

Desde su coche, ataviado con su capa negra y su chistera, Cesare admiró las calles de la capital francesa, a la luz de un crepúsculo extraño que no tenía el color habitual. La Torre Eiffel se alzaba hacia

el cielo rojizo como una portentosa cúspide supranatural. París era un vórtice, y su poder se desvelaba solo a los auténticos iniciados, los instruidos en Trimegisto, Paracelso o Guenon, los verdaderos seguidores de Isis. Solo un iniciado con la formación y experiencia que él tenía, sabría manejar esa energía que no era visible, la vibración subterránea en las líneas geodésicas, la sangre telúrica que corría por las arterias de París. Sonrió, exultante y orgulloso de sí mismo. Se sentía diferente y privilegiado, muy por encima de esos pobres franceses, inmersos en sus rutinas cotidianas, ajenos a lo que sucedía cada día en sótanos secretos, en lujosas salas de reuniones, en locales clandestinos.

Cuando llegaron a las cercanías del bulevar de Clichy, el chófer detuvo el coche y Cesare, apoyando la mano en su bastón con pomo de marfil, bajó del coche, despertando algunas miradas de los transeúntes. Orgulloso, consultó su reloj de cuerda plateado y caminó hacia su cita en L'Enfer.

Le gustaba estar de vuelta en la Ciudad de la Luz. Aunque las veladas en el cabaret ya comenzaban a aburrirle, resultaban obligatorias para que la alta sociedad francesa comprobase que seguía en el cogollo de las sociedades secretas y de las celebraciones más ocultas y exclusivas; en resumen, que formaba parte de la élite. De ese modo, reforzaba su poder y se aseguraba contactos que podían ayudarle en su ascenso.

Cuando llegó a L'Enfer Cabaret, observó la fachada del edificio una vez más. Una enorme boca abierta hacía las veces de puerta, y la mezcla de demonios y gárgolas esculpidos en las paredes de aquella especie de castillo arabesco, con sinuosidad barroca, contrastaban con el contiguo Cabaret Le Ciel, cuya plácida fachada mostraba apenas unos ángeles que coronaban la puerta.

L'Enfer Cabaret albergaba dos mundos: el piso de abajo estaba dedicado a amantes de lo excéntrico y seguidores de la Blavatsky que quisieran presumir de su visita intrascendente a ese curioso lugar de Montmartre. Las esculturas de «condenados» en el techo prácticamente invadían las mesas. Se podían tomar todo tipo de

bebidas exóticas y se celebraban burdas funciones: los «parlamentos infernales» de un actor disfrazado de Mephisto que «asustaba» a los clientes en el espectáculo nocturno. Todo ello era solo una farsa, una atracción para turistas. Lo que alimentaba la leyenda era la existencia de un piso de arriba mucho más sórdido, al que solo accedían iniciados y gentes poderosas, y en el que, además de bebidas exóticas, se servían otro tipo de consumiciones que no eran precisamente inocuas. Cesare sonrió pensando en ello, pues los que así lo narraban no sabían que la verdad siempre supera a la ficción.

Atravesó el piso de abajo, rápidamente, mostrando su desprecio hacia lo que le parecía un teatrillo de varietés. Al piso de arriba solo se podía acceder, previa contraseña, por la escalera de caracol que se hallaba en un rincón del local. Una vez arriba, golpeó la puerta con la aldaba tres veces. Una voz masculina le preguntó la contraseña.

—Tulku —recitó en voz baja.

La puerta de madera antigua se abrió. Cesare entró en la salita de piedra que estaba tal como la recordaba: apenas cinco pequeñas mesas octogonales, sillones de terciopelo rojo oscuro y unas enormes cortinas de la misma tela, que cobijaban el escenario. En las paredes, telas milenarias representaban antiguos aquelarres, y las figuras de diablos personificaban diferentes nombres de la oscuridad, como Pazuzu, Baphomet o Samael. Una descomunal alfombra de color rojo sangre cubría el suelo. La sala casi siempre estaba en silencio, en contraste con las risas y el ruido vulgar del piso de abajo. Y lo que sucedía en el escenario, a partir de las doce de la noche, iba más allá de cualquier farsa trovadoresca. Percibió un aroma húmedo, diferente al habitual.

Marguerite le esperaba en el sofá de terciopelo que solían elegir, con el vestido y chal dorados que le había regalado, a juego con sus ojos felinos.

—*Ma bellisima occhi d'oro* —exclamó Cesare, inclinándose para besarle la mano. Los ojos amarillos de Marguerite brillaron en la penumbra levemente anaranjada de la sala.

—*Bonsoir, monsieur* Cesare, ¡qué apuesto y elegante estás hoy!

Cesare sonrió, tomó asiento junto a Marguerite y llamó a la camarera, una jovencísima rumana, vestida con terciopelo oscuro, extremadamente delgada, que, al ver a Cesare, se acercó hasta la mesa con una botella de champán Moët & Chandon.

—Disfrútalo, bella ninfa del Hades —le dijo Cesare a Marguerite, con un desdén casi imperceptible, mientras la joven servía en las copas el líquido espumoso.

Marguerite se acarició los rizos pelirrojos colocándolos de forma coqueta sobre las orejas, sin dejar de mirar a Evola.

—¿Qué es ese colgante? —preguntó Cesare, acariciando con los dedos la extraña miniatura picuda que colgaba del cuello de Marguerite.

—No lo sé. Cécile no ha querido decírmelo. Yo… no sé lo que es…

—¿Has vuelto a ver a Lamartine?

—Sí.

Cesare apretó el pomo de marfil de su bastón, con un gesto áspero.

—No seas desconfiado, *chérie* —susurró ella. Sonrió y le besó en el cuello.

Cuando aquella mujer sonreía los ojos se le rasgaban aún más. Tenía una habilidad superior a la de cualquier otra mujer para hacer que los gestos normales resultaran sensuales y para besar de una forma húmeda y lenta que podía transportar a un hombre a cualquier paraíso.

La besó en los labios respingones y rojos que siempre dejaban ver el final de sus dientes delanteros, levísimamente separados. Su boca era como la mermelada amarga: por mucho que a veces mordiera, siempre apetecía volver a comerla.

Ambos degustaron el champán, mientras poco a poco comenzaban a llegar los selectos invitados de la noche, que se sentaban en torno a las mesas contiguas, casi siempre embozados en prendas de terciopelo. Hoy eran tres hombres ataviados con capa negra y sombrero y dos mujeres vestidas de terciopelo azul marino,

con pequeños sombreros negros que dejaban caer velos tupidos sobre sus rostros. Cesare reconoció a uno de los caballeros y lo saludó, apretándole la mano con la señal de la Sociedad Teosófica.

—Mi pequeña *occhi d'oro* —dijo Cesare, saboreando cada palabra —, me gustaría que me dieras esa noticia que tenías para mí.

—La noticia es delicada, no se da así como así.

Sin dejar de mirar a Marguerite de forma seductora, Cesare dio dos golpes en el suelo con su bastón. La camarera acudió solícita.

—Un poco de caviar y crema de trufa del Piamonte —encargó Cesare.

A Marguerite le brillaron los ojos al recordar el sabor exquisito de esos manjares. Cesare bebió un trago de champán, saboreando su triunfo.

—Está bien… —concedió ella, y ocultando sus labios con la mano para que nadie los escuchara, susurró—: Lucius te la está jugando. Está tratando de usar tus investigaciones para ese proyecto en el que trabajáis, pero hace creer a los nazis que son suyas.

Cesare miró a su alrededor y bajó el tono de voz.

—Me costaría creer que ese miserable haya logrado algo por sí mismo…

—Ha tratado de sacarme información muchas veces… sobre ti… Y desde luego jamás lo ha conseguido, nunca, no le he contado nada —mintió.

—No lo dudo, *chérie*… —dijo Cesare, sabiendo que seguramente mentía—. ¿Se ha visto con el embajador alemán en los últimos días? Tenía entendido que estaba de vuelta en París.

Marguerite permaneció en silencio. No quería que Cesare supiera que Lucius había roto todo contacto con ella. Mientras Cesare creyera que seguía teniendo acceso a Lucius, tendría poder sobre él.

Cesare le besó la mano con una ternura delicada y elegante.

—*Bella*, he de decirte que tengo información sobre el tema del que hablamos, el paradero de tu padre. Yo cultivo amistades en todas partes, incluso en Irlanda. Te adoro, lo sabes, pero tienes que ayudarme. Dame información sobre lo que ese perro alemán está

haciendo y yo aliviaré tus dudas sobre la identidad de tu padre.

Marguerite le puso el dedo sobre los labios y bajó la cabeza. Cuando la luz de las velas se reflejaba en sus ojos felinos resultaba bella, pero cuando se enfadaba, esos iris ambarinos mostraban el fuego del infierno.

—Lucius está… él está en permanente contacto con el embajador y con otros peces gordos —aclaró Marguerite, nerviosa, utilizando la información que le había dado sobre Lucius un diplomático alemán en una noche de borrachera y pasión—. Y también… con Himmler.

Cesare apretó el mango de su bastón, sin disimular su rabia.

La camarera se acercó y les sirvió, con suma delicadeza, dos cuencos de color rojo como la alfombra; uno de ellos estaba lleno de brillante caviar y el otro contenía una finísima crema blanca. Iban acompañados por dos pequeñas bandejas de plata en las que se combinaban biscotes y *brioches*.

Marguerite mojó el biscote en la crema de trufa y se chupó los dedos.

—Sabía que Fleedermaus jugaba a dos bandas —indicó Cesare—. Hess no me sacará del plano. Me necesita. Pero ese imbécil de Himmler, con su inútil Ahnenerbe, acabará haciéndolo, si nuestro querido mafioso, sibilino, *herr* Lucius, influye. Veré cómo puedo hacerme con pruebas. El advenedizo quiere llegar lo más alto posible, pero al final… serán otras fuerzas las que decidan.

—Cesare…

—Dime, *amore*.

—Me ha costado mucho obtener esta información. Mucho, mucho… Y decirte que Lucius te estaba investigando podría costarme la vida.

—Lo sé, *chat noire*. ¿No te premio lo suficiente? ¿No bebes de mis manos los mejores licores y degustas los mejores manjares?

—A veces, lo mejor no es suficiente.

—¿Qué más quieres?

La camarera les sirvió un plato con dos entremeses de carne poco hecha. Una de las láminas sangraba.

—Regalo de la casa, señores —dijo, sin levantar la vista del suelo, como era habitual, pues tenían prohibido mirar a los invitados a los ojos.

—Me gusta poco hecha, pero no sé si tanto —dijo Marguerite, arrugando la cara. Cesare le echó un vistazo a su reloj plateado.

—Creí que era más pronto, ya falta poco para que comience… Camarera, traiga el Heidsieck 1917 —añadió, mirando a Marguerite.

Marguerite, ilusionada con la idea de la degustación y con la perspectiva de pedirle a Cesare, en algún momento, suficiente dinero como para poder retirarse, dejó que él le besara el escote, mirando a los otros invitados, que los observaban disimuladamente.

—Eres tan genial, Cesare, eres tan viril —susurró Marguerite—. *Mon amour*, no dejes de besarme nunca, quiero sentirte, necesito sentirte…

Cesare la besó en la barbilla, en los pómulos, besó sus ojos amarillos, acarició sus muslos blancos bajo el vestido sedoso.

—Ellos no saben las cartas que guardo —murmuró Cesare mientras besaba el cuello de Marguerite.

—¿Y yo lo sabré?

—Si te portas bien, *capelli rossi…*

Disimuladamente, Cesare echó un vistazo a la sala. En la mesa de al lado, uno de los invitados, envuelto en la penumbra de su mesa sin velas, en la que reposaban varios vasos de licor, acariciaba alternativamente a las dos mujeres envueltas en terciopelo azul marino que le acompañaban. Una de ellas seguía el juego; la otra, más acostumbrada a sus movimientos, permanecía inexpresiva, recibiendo los besos como un maniquí que se dejara vestir.

Otro invitado, al fondo de la sala, devoraba la carne con los dedos, mientras observaba al trío de un modo cada vez más descarado. Su adolescente acompañante femenina, que acababa de llegar, le acariciaba la espalda. En la otra mesa, cerca del escenario, su compañero en la Sociedad Teosófica degustaba unas ostras. Era uno de los empresarios más reputados de París, y sabía que siempre acompañaba el marisco con un Chateau d'Yquem 1811.

Cesare los observaba mientras saboreaba el cuello desnudo de Marguerite, notando ya los efectos de las copas de champán. Besó sus labios impregnados del sabor del alcohol y de la carne, al tiempo que ella deslizaba su mano, pequeña y blanca, hacia su entrepierna, amparada por la capa que no se había quitado en ningún momento.

Unos tambores comenzaron a sonar al otro lado de las pesadas cortinas. Se aproximaba el momento. Todos los invitados dejaron de comer y se limitaron a beber, desplazando toda su atención hacia el escenario.

La camarera volvió a pasar entre las mesas, dejando una pequeña copa dorada en cada una de ellas.

Cesare la alzó y bebió un trago. Era sangre y esta vez no era una imitación. Tenía un sabor caliente, metálico e intenso. Después, se la ofreció a Marguerite, que bebió todo lo que quedaba en la copa, se limpió con la mano y, sin dejar de sonreír, siguió besándole.

En algunos momentos, Cesare sentía vértigo; sabía que quizás estaría escandalizando a los demás invitados, era pronto para ser tan atrevido, pero esta idea le excitaba. Decidió quitarse la capa; estaba sudando. Conforme se elevaba el sonido de los tambores, la excitación y la embriaguez somnolienta crecían a partes iguales. Era una sensación agresiva y aletargante a la vez.

A medida que los tambores se hacían con la sala y vibraban bajo sus pies, Marguerite sentía, en la parte inferior de su vientre, un calor cada vez más eléctrico y apremiante. El cuello de Cesare sabía a mostaza, por la colonia que usaba. Odiaba ese sabor, pero había algo en ese italiano que la atraía más de lo que quería reconocer. «Tienes que agarrarte a su dinero, no seas tonta, Marge, no seas tonta, agárrate a eso, sobrevive. Soy esclava de estos perros… estos hijos de… cállate vives bien cállate Marguerite cállate pórtate bien sonríe sonríe…».

Las cortinas de terciopelo rojo oscuro se abrieron despacio. Los tambores empezaron a ceder. Tras el telón apareció un altar de piedra. Dos actores, hombre y mujer, interpretaban el papel de ángeles oscuros; uno de ellos era alargado y pálido, con la espalda

jorobada y los brazos excesivamente largos. La otra era pequeña, con dientes puntiagudos asomando por debajo de los labios superiores, y extrañas torsiones en los huesos. Se disponían a escenificar un sacrificio de sangre. Entre los dos, arrastraban un cuerpo pálido hacia el altar de piedra.

A Cesare le sorprendió la verosimilitud que, esta vez, tenía la escena. Estaba acostumbrado a las representaciones realistas de L'Enfer, a las muestras de espiritismo, magia negra y escenas parecidas, pero esta noche había algo en el escenario que se antojaba extremadamente real, más descarnado y menos glamuroso que en otras muestras anteriores. Alzó su copa para brindar con Marguerite mientras escuchaba a los dos seres mitad hombre, mitad gárgola, pronunciar unas palabras rituales.

Comenzó a sonar un antiguo cántico que Cesare relacionó con música de Europa del este, del siglo XVII. Los «vampiros» danzaban.

Definitivamente, no era como las otras veces. Hasta el cuerpo que yacía sobre la piedra parecía asombrosamente real; incluso se escuchaba un gemido lejano que salía de esos labios amoratados y finos. Uno de los seres detuvo la danza y miró, durante un instante, a los espectadores; el insospechado brillo de miedo en sus pupilas duró solo unos segundos, pero era un miedo real, y también lo eran las deformidades de su cuerpo pequeño y retorcido. A Cesare le pareció divertido el hecho de que estuvieran mejorando los espectáculos. A veces, la ficción necesitaba pequeños sacrificios reales.

El hombre alargado y pálido no mostraba miedo, pero sí estupefacción; parecía estar bajo los efectos de algún narcótico, recitaba las palabras con sumo cuidado, las repetía mecánicamente, mientras le entregaba una daga a la mujer deforme. Cesare creyó ver una especie de aura negra que se erigía tras ellos. ¿Sería efecto del alcohol o quizás habrían echado algo raro en la copa de sangre? Cuando la mujer alzó la daga sobre el cuerpo que yacía en el altar y la bajó de una forma agresiva, casi brutal, Cesare no pudo mirar. Por primera vez, cerró los ojos con una mueca de desagrado, de la que

se avergonzó inmediatamente. No le estremecía la escena en sí, sino la sensación, cada vez más acuciante, de que realmente estaban matando a alguien delante de él. Se escuchó un último quejido. Cuando Cesare volvió a mirar, la sangre fresca del cadáver ya se había derramado sobre la piedra y los seres deformes la estaban bebiendo. Ambos sudaban, ambos tenían miedo, pero bebían la sangre de una forma casi compulsiva.

Los demás asistentes permanecían perplejos, igual que él. Sin embargo, Marguerite contemplaba la escena con suma atención, casi embriagada, mientras acariciaba su afilado colgante de forma libidinosa. Sus ojos parecían aún más rasgados, más gatunos, cuando sentía placer. Cesare se preguntó qué clase de locos pensamientos acariciarían esa cabecita que ofrecía todo lo que una mujer normal no tenía: una puerta que se abría hacia ensenadas más oscuras y frondosas, una deliciosa promesa de aventura agridulce plagada de estrellas y estallidos atroces. Siempre exploraba el bosque hasta el final, aunque cayera muerto, pero ¿dónde estaba el final de Marguerite? ¿Quién era realmente aquella pelirroja de ojos amarillos y labios descarados que iba y venía de un lugar a otro del tiempo?

Los seres vampíricos, con la boca ensangrentada, pronunciaban palabras rituales, cada vez más alto, cada vez con mayor violencia en la voz, pero solo en la voz, no en el rostro o en las manos. Eran autómatas en medio de la niebla. «¿Niebla?», pensó Cesare. Era la primera vez que utilizaban ese efecto visual en L'Enfer. Pudo distinguir cómo los demás invitados se besaban y tocaban, ya sin pudor, mientras la niebla blanquecina inundaba la sala.

Marguerite sentía que el corsé de su vestido le oprimía los pulmones. Cada vez notaba más calor. Jamás le había gustado la sangre, le daba asco, pero esta vez había apurado la copa. Le parecía que tenía un sabor sorprendentemente atractivo, casi necesario. El colgante había comenzado a emanar un perfume extraño que no le gustaba, pero sentía la necesidad de acariciarlo, incluso de lamerlo. Entre sus piernas notaba una presión agradable e

insoportable a un tiempo. Algo debía de ocurrirle a Cesare: no disfrutaba del número como otras veces. Ella, sin embargo, comenzaba a sentir una especie de envidia, tenía ganas de probar las entrañas del cadáver que yacía sobre la piedra mientras aún estaba caliente. Se relamió y sus mejillas enrojecieron. Con su chal se limpió las gotas de sudor del cuello y de la frente, besó a Cesare, le mordió el cuello con tal fuerza que él se apartó. Siguió besándole, en la boca, en el cuello, en el pecho. Se desabrochó por completo el corpiño y dejó que Cesare la acariciara. Sentía la necesidad de gritar de dolor y de reír al mismo tiempo. Todo era tan nítido y caótico como la niebla que los rodeaba.

Cesare besó los senos blancos y grandes de Marguerite, los muslos, el vientre, las ingles… hasta que notó que perdía la conciencia. De pronto, solo veía niebla. Los demás invitados se enredaban, se acariciaban y besaban unos a otros, en el suelo y sobre los sofás. Una sombra se hizo sobre él. Marguerite desapareció bajo la niebla. Se le encogió el estómago y la excitación que sentía aumentó hasta el punto de convertirse en verdadera presión, pero la somnolencia también aumentaba, le rompía las sienes, le desgarraba el cráneo. Se levantó y trató de abrirse camino entre la nebulosa. En medio del halo blanco divisó un rostro oscuro y alargado que parecía cambiar de forma. Por unos instantes creyó verse a sí mismo. Aterrado, se tocó la cara en un intento de confirmar que su rostro seguía donde estaba. La sombra se inclinó sobre el altar de piedra, situado en el escenario, que ahora se hacía visible entre la niebla. Sobre él yacía Marguerite. La larga melena pelirroja se derramaba sobre la piedra, la cabeza le colgaba sobre el altar, tenía los ojos muy abiertos, más amarillos y brillantes que nunca, sus labios tenían un rojo fuera de lo común, y sus mejillas encendidas contrastaban con la palidez de su cuello. Desde su posición invertida le miraba fijamente, de forma obscena, deseándole, llamándole. La sombra alargada, semejante a un hombre encapuchado, junto a ella, mostraba varios rostros que se sucedían. Marguerite reía sin control. Lo último que vio fue una

imagen superpuesta de la siniestra figura tomando a Marguerite, apoderándose de ella. Inmediatamente, otro plano —este el más aterrador, el más infernal— mostraba una oscuridad insondable, una latitud que ningún ser humano o bestia había conocido jamás: el núcleo del abismo, sin tiempo ni espacio, en el que no paraba de descender a una velocidad que no sabía explicar, deprisa y despacio a la vez, como si se hubiera caído dentro de sí mismo y no pudiera manejar sus músculos ni controlar sus pensamientos. Su mente no le respondía, no podía hablar, no podía moverse. Tenía la certeza, la rotunda y desoladora certeza de que no habría final, no habría paz, no conseguiría recuperar su voluntad jamás… La imagen del verdadero horror, demoledora y violenta como una garra de hielo, le atravesó el corazón. Profirió un grito tan desgarrador que dejó de ver y de oír. Gritó, con la garganta rota de horror y de pánico. La estructura del tiempo se deshizo, le pareció que pasaban años, segundos, meses. Al fin, un halo de niebla penetró la oscuridad y comenzó a disolverla, sumergiéndole en un alivio tan hondo y amable que dio gracias a un Dios en el que no creía, implorando, en lo más hondo de su alma, su existencia.

¿Había salido? ¿Había podido salir? Estaba tumbado boca abajo en el suelo.

Dando bandazos desesperados, arrastrándose por la alfombra, se abrió camino entre lo que parecían sillas y mesas. No miró hacia atrás, buscó la puerta. Sabía que la puerta de madera que daba a las escaleras tenía que estar ahí. Alcanzó el picaporte, se levantó y abrió. Antes de salir, una parte de él lo obligó a girarse, a pesar del terror que sentía.

La sala estaba perfectamente ambientada, como al principio de la noche. No había niebla. Los invitados y los seres del escenario, todos de pie, le miraban con seriedad indiferente. En el escenario, el altar y la sangre habían desaparecido. Ni rastro de Marguerite ni de la figura encapuchada.

Salió de la sala y bajó las escaleras de caracol, temblando. No podía dominar sus rodillas ni sus manos y no contaba con su bastón

para sostenerse. ¿Quién iba a decirlo? Ese bastón que solo usaba a modo de atrezo decadente ahora le hacía falta de verdad… Pero ni siquiera un condenado loco volvería a por él. ¿Y Marguerite? ¡Al diablo! Solo quería salir de allí, respirar el aire del exterior. Sentía ganas de vomitar. Era como si sus entrañas estuvieran al revés, como si no caminara con la cabeza hacia arriba. Llegó al piso de abajo, en el que solo percibió ruidos y frases huecas de un penoso actor disfrazado de diablo, y salió por una puerta de atrás, que le pareció torcida. Apoyándose en la pared del callejón, se dejó caer al suelo y tomó aire. Las dimensiones de la realidad eran distintas: la esquina tenía una forma triangular que no encajaba con la calzada ni con el asfalto, la acera trazaba un ángulo imposible, los marcos de las puertas estaban torcidos. Cerró los ojos. El vértigo lo consumió hasta hacerle gritar implorando paz. Cuando los abrió, todo había vuelto a su posición normal: los edificios, las aceras, el cielo sembrado de estrellas, volvían a ser como él los recordaba.

Se levantó despacio, conteniendo las arcadas. Sintió que su cuerpo volvía a estar «al derecho». Dos golfillos de la calle le observaban y cuchicheaban. Se sintió avergonzado. Sintió vergüenza de haber tenido miedo, de sentirlo todavía, porque aún estaba horrorizado, no podía negarlo, y sin embargo, de repente, todo era escandalosamente normal: la misma noche de tantos sábados, el mismo pasaje solitario y neblinoso. Ningún peligro podía dañarle. Pero sus piernas temblaban y sus manos también. ¿Era ese abismo lo que había tras la puerta que pretendían abrir cuando encontraran la última pieza? ¿Era eso lo que sucedería al cerrar el círculo? Lo que había experimentado iba más allá de cualquier juego, invocación o coqueteo con otras dimensiones que hubiera hecho nunca en su vida.

Avanzó por la calle, controlando el temblor de sus piernas, hasta doblar la esquina y perder de vista el Cabaret del Infierno. No podía decirse nada a sí mismo sobre lo que acababa de ocurrir, no tenía ninguna explicación coherente, ningún relato para lo que había sucedido. Lo encontraría, tenía que encontrarlo, tenía que hacerlo. A

lo lejos, creyó escuchar el aullido de un lobo. Una sombra se movía sigilosa por los tejados, provocando leves crujidos. Por primera vez, él, Cesare Andreas Alessandro, de la Casa Evola, amante de la noche y sus subterfugios, adorador de saturno, deseó, en el más recóndito corazón de su alma, que se hiciera de día.

* * *

París, Neuilly

Sentado en la vieja butaca de su salón, cuyas paredes y ventanas estaban remendadas con tablones, tras los daños de la tormenta, Urik escuchaba *Tristesse*, de Chopin, en el antiguo gramófono, al calor de una ruinosa estufa.

Intentaba encontrar alguna conexión entre los hechos de los días anteriores: los fenómenos naturales, el avance de los nazis, la aparición de Théo con el extraño objeto y el maletín de Vincent… O se había vuelto completamente loco o existía alguna relación entre los acontecimientos. Una figura se componía en alguna parte; era necesario unir los fragmentos para descifrar el mensaje, pero todavía no era capaz de verlo.

Sus amigos de Alemania le decían, en sus cartas, que los nazis se estaban moviendo con sigilo y que ya contaban con apoyos de grandes financieros y personalidades: Chanel, Prouvost, Renault, Henriot, Darnand, La Rochelle… La lista de aliados crecía, ya fuera por temor al avance del comunismo, por razones económicas o por antisemitismo.

Esos malditos nazis representaban todo lo que él odiaba más: los conglomerados, las telarañas, las mafias legalizadas, las plagas de langostas. Funcionaban como una especie de colmena, solo que la

abeja reina nunca era una sola persona, por mucho que hubiera una cabeza visible llamada *Führer*.

¿Podía hacer algo? ¿Debería hacer algo? No le gustaba la idea de tener que tomar partido por una sociedad que destrozaba a sus individuos… Y, por otro lado, ¿qué podía hacer él?

El maletín de Théo, al parecer lleno de papeles comprometidos, todavía seguía allí, pegado a la pared de su salón, aguardando una decisión por su parte.

En la emisora clandestina que solía sintonizar, ya no ponían villancicos, sino noticias de las catástrofes naturales. Afirmaban que la última tormenta eléctrica, bestial como nunca en la historia, había provocado más muertos de los que se habían dicho. ¿Podría ser Théo uno de ellos? Percibía en él algo que no había visto prácticamente en ningún hombre que conociera: una autenticidad, una disposición a la pureza que no era fácil de encontrar.

¿Qué habría ocurrido en esa extraña abadía de San Víctor? Había oído hablar de los rituales y las prácticas de viajes astrales que se habían hecho allí. Se lo había contado su amigo abad. Algunos chiflados acudían a la abadía marsellesa pensando que se trataba de un lugar mágico. Pero últimamente parecía que no eran solo chiflados. Estaban ocurriendo cosas que iban más allá de eso, y en diferentes lugares de Francia, quizá de Europa. Llegaba la hora de investigar.

Unos golpes fuertes en la puerta de atrás le despertaron del sopor. ¿Quién diablos podría ser? La puerta de atrás estaba camuflada tras unas tablas de madera y solo sabían de su existencia Tracey y él. Cogió una barra de hierro que siempre tenía a mano, recorrió el pasillo, bajó las escaleras y abrió la puerta de golpe.

—Pero ¿qué… —balbuceó, perplejo.

Al otro lado de la puerta, Théo, totalmente empapado, le miraba asustado, tomando aire, con los ojos enrojecidos. A su lado, una mujer morena, terriblemente pálida, empapada, temblaba de frío, tosía y miraba al suelo.

—Pero… ¿de dónde salís?, ¿del maldito tifón de Filipinas?

—Algo así, Urik —dijo Théo—. Algo así…

* * *

París, La Muette

Cesare Evola se encogió sobre el colchón de su cama y se retiró de la frente sudorosa los mechones canosos que habían aparecido recientemente en su cabellera. Llevaba días sufriendo pesadillas y alucinaciones desde lo ocurrido en L'Enfer Cabaret.

Él, que tanto había jugado con las fuerzas de lo desconocido hasta el extremo más inconsciente de la ambición, que había creído dominar los secretos de las energías más oscuras, se rendía a la certeza de que no era más que un pobre hombre asustado. ¿Realmente había conseguido salir de aquella caída interminable al vacío o era una ilusión?

Los ojos adormecidos de las criaturas deformes aún brillaban en la oscuridad de su noche atormentada, el cabello rojizo de Marguerite derramándose sobre el altar de piedra, sus ojos amarillos mirándole desde su posición invertida… Y aquella figura. Aquella horrible sombra de rostro cambiante.

Tras la noche de L'Enfer se había encerrado en su cuarto a rezar. Sí, a rezar —él, que abominaba de cualquier creencia— rogándole a ese Dios del que tantas veces había renegado que salvara su alma. Varios días después los muebles aún crujían, las ventanas se abrían con golpes de viento inexistente y las sombras se movían entre los árboles y se adherían a las corrientes heladas del invierno.

Le había pedido a su fiel mayordomo, Oswood, que subiera a su alcoba para observar los fenómenos. Pero nada había ocurrido. Solo él veía las sombras, solo él escuchaba los aullidos, a lo lejos.

—Señor, no hay lobos en esta zona —le había dicho Oswood.

Había anulado todas sus reuniones sobre el proyecto Tür, los estudios sobre la reliquia, los tratos con la Hermandad AvGull y la Sociedad Teosófica, y se había aislado de las celebraciones navideñas haciendo acopio de una provisión de alcohol suficiente para matar a un burro. Nada le proporcionaba alivio, y a ello se sumaba la desaparición de Marguerite. ¿Le estaban castigando los dioses por su falta de empatía con aquella mujer? La percepción del horror, ese horror sin fondo, ese vacío negro como el juicio de la nada, en el que la esperanza se ahogaba en una noche interminable, volvía cada noche y le impelía a ser consciente de su propia debilidad y de su soberbia. Recordaba esos relatos de gentes que vendían el alma al diablo, y que siempre había juzgado entretenimientos del pueblo llano o de la burguesía aburrida.

Revivía constantemente la angustia, el olor nauseabundo, la sensación de estar hundiéndose en la tierra. Al levantarse, furioso, derribó la mesita china de nácar y algunos libros cayeron al suelo.

—*Merda, merda, merda!* —gritó. Pateó la cama, desgarró las almohadas de plumas y arrancó las cortinas. Si le hubiera visto cualquiera de sus conocidos no habría podido identificar a aquel ser enfurecido que gritaba, maldecía y blasfemaba.

«¡Quiero salir! ¡Quiero despertar!», se dijo. Salió al amplio balcón y contempló los jardines de Ranelagh. La noche era tan sigilosa que dolía. Mirando al cielo, levantó un puño desafiante y gritó:

—¡No me condenes al abismo! ¡Te lo imploro!

La inmensa bóveda oscura de la noche le observó desde su desgarradora indiferencia.

Entró en la habitación dispuesto a beber hasta caer inconsciente. Una sombra se deslizó, despacio, por las paredes y se detuvo en el centro de la habitación. Cesare, temblando, dio un paso atrás y se dejó caer sobre sus rodillas.

—Dime, hombre o criatura —exhortó con voz trémula, los ojos brillantes y húmedos, intentando hallar el rostro de aquella sombra —, ¡dime quién eres! —gritó aterrado. La sombra no se movió—.

¡Dime tu nombre! —repitió, desesperado.

En ese instante, un estruendo dividió el mundo en dos mitades. Durante unos segundos no supo si estaba vivo o muerto. Con los ojos cerrados vio un bucle deslumbrante de palabras, hechos y formas, y vio su habitación girar. Vio una puerta y lo que había tras ella, y entonces empezó a reír enloquecido. Abrió los ojos. La sombra había desaparecido.

Tenía la ropa empapada en sudor y la boca seca como una lija. Ignoraba cuánto tiempo había pasado, pero al fin comenzaba a amanecer. Trató de articular las palabras:

—Ya comprendo —musitó—. Algo se está fraguando, algo terrible… El vacío… El vacío… no quiero volver allí —susurró, ovillado en el suelo del cuarto, en posición fetal, meciéndose sobre sí mismo —. Perdóname, Marguerite…

Repitiendo ese nombre se quedó dormido sobre la alfombra persa, bajo la luz nívea del amanecer.

Capítulo 8
El disco de Festos

París, Neuilly

Envuelta en una manta, bebiendo un té caliente, Ginebra intentaba entrar en calor, junto a la pequeña estufa, en una mecedora de madera, un tanto desvencijada, mientras Théo, sentado junto a la mesa, terminaba de contarle los hechos a Urik.

—Bien, amigos —comenzó Urik tamborileando con las manos sobre sus piernas—. Si no fuera porque he visto y he vivido cosas que la mayoría de la gente no entendería, jamás hubiera creído toda esta historia. Y dime, Théo, ¿dónde habéis estado todos estos días?

—¿Estos días? —se extrañó Théo.

—Ha pasado más de una semana desde que estuviste aquí, merluzo. Sé que el golpe contra el agua debió de ser fuerte, pero todavía os queda memoria, ¿no?

Ginebra y Théo se miraron sin entender.

—Urik, yo estuve aquí solo dos días antes de caer en el río.

—Madre mía, el golpe te ha hecho más daño de lo que pensaba.

—Mira, Urik, puede ser que me esté equivocando con los cálculos, han sido días difíciles… Yo qué sé.

De golpe, Ginebra recordó la sensación de electricidad en su piel

mientras caían al río. Solo recordaba haber apretado el disco entre sus manos y contra el pecho, como si le fuera la vida en ello, antes de caer a un agua gélida que le había congelado las entrañas. Después, la lucha contra la corriente, algunos golpes en la cabeza. Y, de pronto, una luz brillante. Théo y ella, tirando el uno del otro hacia la superficie. Era probable que, en algún momento, hubieran perdido la conciencia del tiempo. Ahora, el disco yacía, envuelto en un paño de algodón, sobre la mesa camilla de Urik, junto a la bandeja de té, como un objeto más, aparentemente inocuo. Urik lo había estado inspeccionando detenidamente y no había dicho ni una palabra al respecto. Parecía desconcertado. Se levantó y sujetó de nuevo el disco entre sus manos. Tenía una mirada inteligente y penetrante y, a pesar de su forma de ser, aparentemente egocéntrica, Ginebra podía percibir una ternura cálida en su interior.

—Os voy a contar las conclusiones de mi primera observación —decidió Urik con solemnidad—. Ante todo, yo no percibo vibración alguna, lo que quiere decir que, sea lo que sea éste disco, conecta con vosotros por alguna razón que tendremos que averiguar. Por otro lado, nada más ver esta pieza, me resultó familiar. Y, después de compararla con las fotografías que he visto, diría que se trata, nada más y nada menos, que del disco de Festos.

—¡El disco de Festos! —exclamó Ginebra—. Mi padre me habló de esa pieza… Pero ¿no estaba en un museo griego?

—En el museo de Heraclión, Creta, sí señora. Y, además, no ha habido ninguna noticia en los diarios sobre un robo del disco, ¿verdad? Entonces, ¿qué está sucediendo?

—¿Se trata de una pieza similar? —preguntó Ginebra.

—He estado comprobando la estructura y… existen ligeras diferencias —dijo cogiendo el disco y mostrándoselo—: los bordes son más irregulares, y los símbolos, en este disco, están trazados de una forma más sinuosa y difusa. Algunos son levemente distintos. Además, este disco es excepcionalmente pesado para el tamaño que tiene… Pero debo deciros que hace muchos años que vi por última vez el disco del museo; me estoy orientando por la fotografía en

blanco y negro de un libro. Y, sin poder analizar los materiales de este, no puedo afirmar nada. Necesitaría un laboratorio para hacer algunas comprobaciones, y hay que tener muchísimo cuidado. Nadie puede saber que tenemos esta pieza ni dónde estamos.

—Un momento, Urik, vamos a ver. Entonces, ¿tenemos delante un segundo disco de Festos o es el mismo? ¿De qué va todo esto?, ¿qué es esa pieza?

—Théo, si tuviera las respuestas ya te las habría dado. Puede que estemos ante algo enorme o solo ante un curioso bucle de casualidades —dijo, y volvió a envolver el disco en el pañuelo blanco.

—No creo que sean solo casualidades, Urik —alegó Théo.

Ginebra miró a Théo, que parecía desilusionado. Sus ojos, su expresión, esa aparente falta de estrategia hasta un extremo casi desmedido, resultaban atractivos y originales. O aquel hombre vivía desnudo o era un actor excepcional. «Vendrá la decepción», se decía.

—Tendremos que hacer un viaje, amigos míos —propuso Urik de pronto.

—¿A dónde?

—A San Víctor.

Théo soltó una carcajada nerviosa.

—No estoy bromeando, Théo —aseguró Urik.

—¿A San Víctor? ¿Por qué diablos iba a volver allí?

—Porque es la única forma de comprender por qué ambos visteis una cripta que no conocéis. Y de recordar. Sea lo que sea lo que ocurre con este disco, parece tener una conexión con ese lugar, donde, por cierto, se habla de rituales y extrañas energías. Allí encontraremos la respuesta. Y conozco a alguien que puede ayudarnos.

Théo hizo una mueca.

—No perdemos nada, Théo —dijo Ginebra—. Ya no.

Urik se levantó, bebió un trago de vodka, puso una silla en el centro de la sala y se sentó frente a ambos.

—Debéis prepararos. Es mejor que nos vayamos cuanto antes. En un par de días, a lo sumo. Desde San Víctor haremos lo posible para llegar al laboratorio de alguien que conozco, sin levantar sospechas. Yo intentaré, al mismo tiempo, investigar sobre la forma en que la pieza llegó hasta ese tal Koch. Y, sobre todo, voy a ponerme en contacto con un colega científico que vive en Creta.

—Yo podría pedirle ayuda a una amiga que trabaja en el ministerio.

—¡Ni en broma! Nada de contactos en el ministerio, y menos después de lo sucedido con esos científicos. Debemos ir por otro camino. Yo no creo en colectivos mecánicos: creo en las personas, y conozco a algunas de confianza.

—Urik y sus cosas —dijo Théo, haciendo un gesto de hartura—. Vale, ¿y cómo demonios quieres que vayamos a San Víctor cuando esos cerdos nazis nos están pisando los talones?

—Théo, no seas pesado, confía en mí. Si te dijera de cuántas cosas y de quiénes he conseguido escapar en los últimos años, no lo creerías. Ya te lo dije, hay que conocer a individuos especiales, en sitios clave. Pero tú te empeñas en encerrarte en esa buhardilla y ser esclavo del sistema.

—No te enrolles, Urik.

—¡Déjame hablar! Solo podré acompañaros en esta parte; el resto del camino… me temo que vais a tener que hacerlo solos.

—¿El resto del camino?

—Ojalá pudiera acompañaros todo el tiempo, sería ingenuo pensar que será así. Intentaré protegeros. Solo sé que tenemos que darnos prisa —añadió, y miró a Ginebra con sus penetrantes ojos oscuros, como si hubiera reconocido algo en ella—. Ginebra, por favor, cuéntame todo lo que sepas. Quiero decir… Cuéntame todo lo que hayas «visto».

* * *

París, embajada de Alemania

En su pequeño despacho de la embajada, que compartía con una secretaria, Lucius ordenaba cuidadosamente los documentos de la Operación Netz. Debía asegurar el desembarco de los nazis en Francia, con el apoyo de políticos, empresarios y financieros favorables al Reich, mientras fingía que ayudaba a Hess en su absurdo proyecto Tür, mantenía a raya a Cesare y vigilaba a los pocos contactos que Ginebra tenía en París.

No sabía cómo habría logrado aquel truquito del rayo en el puente, pero eso no le serviría de nada. Waxley ya no podía protegerla y él lo tenía todo a su favor. Iba a encontrar a esa judía y a hacerla sufrir en sus manos como un gorrión ahogándose lentamente.

Observó los montones de documentos y cartas escrupulosamente ordenados por fechas. Eliminó una mancha mínima, con la uña. En París, solo los altos cargos simpatizantes con el nazismo, a quienes iba destinada la correspondencia, sabrían que era Lucius Fleedermaus; para todos los demás, sería Rüdiger Hansen, un simple becario de secretaría que iba a hacer prácticas en la Embajada de Alemania en París. Todo estaba listo para ejecutar el plan cuanto antes. Si algo había aprendido a lo largo de su infancia era que percibir los movimientos del tablero y reaccionar más rápido que los contrincantes era la clave. Una cuestión de agilidad y astucia, ni siquiera requería inteligencia o reflexión.

Dentro del partido, la lucha por el poder enfrentaba al bando de Himmler con el de Hess, y él jugaba en ambas canchas y recababa

información clandestina de cada uno de los jugadores. En este momento, Himmler empezaba a estar mejor posicionado que Hess. Llegaría el momento de cambiar de aliados, pero aún era pronto para eso. Debía ser prudente. Ganase quien ganase, él ganaría. Si era hábil con Heydrich y Himmler y mantenía la protección de Hess, se haría con el poder de la Gestapo en Francia. Tal vez no pudiera ser el jefe en Alemania, pero iba a serlo en París.

Al ensayar lo que le diría al embajador, su voz le pareció demasiado aguda. Se mordió la uña del pulgar. Corrigió el tono varias veces hasta que cobró seguridad. No podía permitir ni una fisura en su imagen, incluso cuando iba de incógnito. Debía estar despierto, siempre alerta, siempre controlando el juego. Discretamente, extrajo de su bolsillo el fino papel con el polvo blanco que absorbió rápidamente por la fosa nasal, y se dispuso a reunirse con el nuevo embajador, un repelente noble que, tras la muerte del afeminado Vom Rath, necesitaba aparentar un absoluto control de la situación. La tensión se percibía en su ceño fruncido, en el asqueroso sudor de sus manos y el vaho de sus anteojos. Por eso los primeros encuentros le habían dado ventaja. No sería difícil manipularlo en favor de los planes de Hess. «Mi querido Von Dirksen, allá voy de nuevo».

Capítulo 9
Los cinco círculos

París, Neuilly

Ginebra encendió la antigua lámpara, observó durante unos instantes el disco, sobre el pañuelo blanco, y volvió a sumergirse en los símbolos del libro que les había proporcionado Urik sobre dialectos de diferentes civilizaciones antiguas. Trataba, una y otra vez, de encontrar sentido a los grabados del disco y vincularlos con sus visiones, pero no conseguía nada. Prácticamente se había habituado a desenvolverse en la semipenumbra de aquel sótano-biblioteca de Urik, donde permanecían escondidos.

Conocía la astucia de Lucius y sus métodos, sabía hasta dónde era capaz de llegar cuando se sentía humillado, pero ya no le importaba su propia seguridad; hacía semanas que había cruzado esa frontera. Solo le importaba estar a salvo el tiempo suficiente como para poder llegar al fondo de todo aquello, y no poner a nadie en peligro.

—¿Otra vez leyendo? —dijo Théo, dejándole sobre la mesa una taza de café, mientras él se quedaba con otra.

—Sí, sigo investigando. Gracias por el café. ¿Qué tal por ahí arriba?

—¿Sabes que estamos en Navidad? —preguntó Théo, tomando asiento sobre un taburete—. Es curioso cómo hemos perdido la conciencia del tiempo. Es la primera vez que no celebro la Nochebuena… He intentado preparar alguna comida navideña, pero el pesado de Urik la ha echado a perder con sus especias y sus manías —se quejó—. ¿Solías celebrar la Navidad con tu familia? Oh, perdona, Janucá, ¿verdad?

Ginebra sonrió, sin despegar la vista del libro.

—No pienso en ello desde que perdí a mis padres, hace muchos años.

—Oh, ¡lo siento, Ginebra!

—Tranquilo, Théo. Yo… suelo dedicarme a escribir, sin más.

—Me gustaría mucho leer lo que escribes; solo me has dicho que escribes, pero no sé el qué, y sería bonito que…

—No tiene mucho interés.

—¡Todo el del mundo! Quiero conocerte, y leer lo que escribes es importante.

Ginebra le miró a los ojos unos instantes.

—Eres maravilloso, Théo. Pero creo que me idealizas. Yo… he cometido muchos errores.

—Sé que te sientes culpable por lo de Lucius, pero, créeme, nadie hubiera podido defenderse de un bastardo como ese. No me has explicado muy bien cuál fue tu historia con él, pero…

—¿Sabes?, he leído que el disco de Festos lo encontró un arqueólogo italiano, un tal Luigi Pernier. Probablemente date de la época minoica… —interrumpió Ginebra—. Se han contado muchas cosas sobre la civilización minoica, pero sigue estando rodeada de misterios. Hay varias teorías sobre el disco, de profesores y arqueólogos. Algunos hasta dicen que puede ser falso. Pero esto no parece falso —opinó, señalando el disco—, suponiendo que sea el mismo que estaba en el museo de Heraclión, claro. Podríamos tener en nuestras manos una de las piezas más valiosas del arte universal…

—Gin, por si acaso, no te acerques mucho a ese disco. Ya sabes

lo que pasó en el puente. Bébete el café o se te enfriará, hoy no has comido nada…

—Estoy harta de leer sobre el lineal A y el lineal B… También dicen que se trata de una especie de juego de la oca antiguo, de la civilización minoica; otros dicen que era un calendario… —imaginó Ginebra sin dejar de ojear el libro.

—¿Y tú qué crees?

—¿Yo? No lo sé, Théo. Estoy hecha un lío. He hecho todo tipo de conjeturas y ninguna tiene sentido —dijo, cogiendo otro libro y buscando una página concreta—. Los símbolos del disco son formas similares a cabezas, a barcas, a herramientas… se parecen a los que utilizaban para comunicarse en la isla de Pascua. —Tomó uno de los libros y rodeó con el lápiz un símbolo que se asemejaba a una barca —. Mira este pictograma que parece una canoa y mira el del disco, ¿lo ves?

—Se parece mucho —observó Théo.

—Y tanto las flechas como la rueda se parecen al lenguaje de signos de una de las islas del Atlántico, cercana a la Riviera Maya —dijo Ginebra, señalando los signos análogos en el disco—. Es increíble. Se trata de lenguajes de antiguas civilizaciones del Atlántico. ¿Qué tiene que ver eso con los minoicos? Y hay otros símbolos que no parecen tener ningún sentido… como esta flor del centro. ¿La ves? —Mostró, señalando, en el disco, la flor grabada en el vórtice de la espiral, en el centro de la base.

—El disco tiene grabada una espiral dividida en cinco partes, a su vez divididos en los compartimentos de los símbolos, y esa flor en el centro… —recapituló Théo.

—Como si fuera el centro de un laberinto…

—Espirales, laberintos… Estoy cansado de eso.

Ginebra, de pronto, pareció recordar algo, rescató uno de los libros que tenía junto a la mesa, lo abrió y buscó una página concreta.

—Mira esto —dijo, mostrándole a Théo una de las ilustraciones: un virtuoso dibujo en color de una ciudadela sobre el mar, dividida

en anillos, surcada por puentes que desembocaban en una especie de núcleo central.

—Esto… ¡lo he visto antes! —exclamó Théo.

—¡Los dos lo hemos visto!

—¿Qué es esa imagen, Gin? —preguntó Théo, acercando el taburete de madera a la mesa donde estaba Ginebra.

—La Atlántida. Es una imagen de cómo podría haber sido.

Théo miró la ilustración detenidamente, sin poder disimular su perplejidad.

—Cinco círculos —murmuró Ginebra—. ¿Y si, en realidad, las espirales que vimos en sueños fueran estos círculos…? ¿Y si son los cinco círculos que hay en el disco?

—Y en ese dibujo también hay ocho puentes. Un momento… La flor tiene ocho pétalos —observó Théo, y señaló la flor grabada en el centro del disco—. Hay cinco círculos y ocho pétalos en el disco y hay cinco anillos y ocho puentes en el dibujo que se parece muchísimo a la estructura que nosotros hemos visto en sueños.

—Oh, pero quizás estamos inventando un sentido que no existe. ¿Son solo coincidencias o hay vínculos? Intuyo una conexión, desde hace tiempo, pero no tenemos ni idea.

—No lo sé, Ginebra —dijo Théo, retirándose el mechón de pelo ondulado que le caía sobre la frente—. Ni siquiera el propio Urik sabe de dónde diablos vienen esos signos, tal vez hasta sean falsos. Ya no sé qué pensar de todo esto. Pero sí creo en lo que tú puedes ver…

Ginebra bebió un trago de café y se quedó pensativa, mirando al infinito.

—El *Critias…* —susurró.

—¿Qué es el *Critias*? —preguntó Théo.

* * *

París, Montmartre

Claire leyó de nuevo la carta de su ayudante en el ministerio, en la que le confirmaba que Ginebra no se encontraba en la buhardilla ni en el piso franco. Ella no podía ir en persona, sabiendo que Lucius la estaría vigilando. ¿Y si ese cerdo nazi la había secuestrado? ¿Y si la desaparición tenía que ver con esos tipos del laboratorio por los que le había preguntado?

Por otro lado, ¿de qué habría sido capaz Ginebra en un acceso de melancolía? Recordó la imagen de su propio hermano, hacía ya más de veinte años, colgado de aquella viga, el rostro púrpura y macilento. Cerró los ojos. Se dejó caer sobre el sofá. Confiaba en que Lucius no pudiera tener la libertad de movimientos que quería. De buena tinta sabía que estaba en la embajada alemana, seguramente preparando el terreno para los nazis.

El general Gamelin insistía en que la zona de las Ardenas sería impenetrable en caso de que los alemanes atacaran, pero ¿quién podía saber algo con seguridad en estos tiempos? Todo indicaba que la declaración de guerra se acercaba, y solo esperaba que eso sirviese para que Lucius tuviera que dejar París, por mucho que estuviera manteniendo en secreto su identidad. Ahora debía comunicarle a Waxley que Ginebra Wilde había desaparecido. Y que quizá no volvieran a verla nunca más.

Capítulo 10
Critias

París, Neuilly

—El *Critias* es un libro en el que el filósofo Platón hablaba de la Atlántida, al igual que en el *Timeo* —explicó Ginebra—. Describía una civilización que tiene mucho que ver con lo que tú y yo hemos visto.

—Pero eso es una especie de… leyenda, ¿no? —inquirió Théo—. Y lo que tenemos ahí es un dibujo. Y lo que vimos es un sueño —dijo Théo con impotencia.

—Algunos piensan que fue verdad. Hay muchas hipótesis.

—Siempre hay muchas hipótesis. Es agotador eso de ser intelectual, porque nunca saben nada seguro.

Ginebra no pudo evitar reírse. Se levantó y comenzó a buscar en la librería de Urik.

—Tu amigo Urik debería tenerlo por aquí… ¡Tiene de todo!

Se puso de puntillas y extrajo un libro polvoriento, amontonado en el último piso de la estantería, junto a otros volúmenes.

—Aquí está… El *Critias*… —dijo, tosiendo bajo la nube de polvo que se había levantado.

Théo cogió un trapo y la ayudó a limpiarlo.

—¿Por qué crees que Platón contó todo eso de la Atlántida? O sea, ¿de dónde lo sacaría? Urik me ha chivado que los alemanes la buscan, también, aunque la llaman de otra manera —dijo Théo.

—Los nazis están detrás de cualquier cosa que les sirva para inventar orígenes para su imperio —repuso Ginebra, ojeando el libro —. Verás, en el *Critias*, Platón habla de una antigua ciudad que una vez fue muy rica y floreciente, con un nivel de arquitectura y artesanía muy avanzado, y se hallaba más allá de las columnas de Hércules, es decir, más allá del estrecho de Gibraltar.

—¡El sur de España! Allí estuvo un amigo mío, en el puerto de Cádiz, haciendo el servicio militar. Vaya historias… No veas las cogorzas que…

—Quizá lo importante no sea lo que vemos, sino lo que percibimos. ¿Qué percibías cuando veías esas imágenes, Théo?

—No podría explicarlo —confesó Théo cerrando los ojos—. El sueño era desagradable cuando aparecían las espirales y esas formas raras. Pero, después, cuando aparecía la ciudad parecida al dibujo… Fue muy fugaz, pero me sentía como fuera del tiempo.

—Me ocurrió lo mismo. Intuyo que hay una fuerte conexión entre el disco y el *Critias*, no sé por qué. El problema es que es un texto inacabado, he recordado que…

—Falta el final —dijo Urik que, de pronto, se hallaba sentado frente a ellos, en una vieja silla de paja en el rincón del desván, con su pipa en la boca.

Ginebra dio un respingo y dejó caer el libro al suelo.

—¿Cómo narices has entrado? —curioseó Théo.

—No ha sido difícil: sois los dos tan despistados que podría entrar una cabra voladora y nadie se daría cuenta.

—Urik, te refieres al texto que falta en el *Critias*, ¿verdad? —preguntó Ginebra.

—En efecto. Lo único que sabemos, amiguitos, es que no sabemos nada —dijo Urik. Miró alternativamente a Ginebra y a Théo desde su espacio en penumbra.

Se levantó, cogió el volumen polvoriento que Ginebra había

dejado caer al suelo y buscó una página concreta. Se sentó de nuevo, cerca de la lámpara, y leyó:

—«… Y el dios de los dioses, Zeus […] quiso aplicar un castigo para hacerles reflexionar y llevarlos a una mayor moderación. Con este fin reunió él a todos los dioses en su mansión más noble y bella: esta se halla situada en el centro del Universo y puede ver desde lo alto todo aquello que participa del devenir. Y habiéndolos reunido, les dijo…».

Dicho esto, cerró de golpe el libro, que despidió una humareda de polvo, y dio una calada a su pipa.

—¿Y eso es todo? —preguntó Théo.

—Es todo. No sigue. No hay nada más —dijo Urik.

—¿Cómo que no sigue?

—¡Ese es el gran misterio! —agregó Ginebra—. Urik, ¿piensas que alguien robó lo que falta?

—Lo ignoro, pero os hablé de un amigo investigador que vive en Creta. El lleva años estudiando el *Critias*, y quizá pueda ayudarnos con información sobre el disco de Festos, también. El caso es que, si nos atenemos al relato de Platón, la Atlántida estaba regida por diez dioses, en realidad diez mandatarios. Esos regentes de la ciudad eran los que se encargaban de que todo estuviera justamente distribuido. Hasta que los hombres se volvieron avaros y los diez mandatarios dejaron de velar por la igualdad. Entonces, ante la situación de desmoronamiento, Zeus los reunió para decirles lo que debían hacer. Ahí, señores, termina el testimonio del *Critias*.

—No tiene sentido —dijo Théo—. Este tío, Platón, da un montón de detalles sobre una civilización que era lo máximo, pero está decayendo, y justo cuando Zeus va a darles un mensaje sagrado, corta y… ¿ya está?

—Eso es —concedió Urik.

—Vaya, o el tipo era Hitchcock o es que se había metido en un lío y no sabía cómo acabar…

—O es que a alguien no le interesaba que se supiera lo que ponía —dijo Urik—. El caso es: ¿qué relación puede tener este texto con el

disco?

—Es imposible comprender el *Critias* sin el disco, y es imposible comprender el disco sin el trozo que falta en el *Critias* —afirmó, de pronto, Ginebra.

Urik se sacó la pipa de la boca, expulsó el humo y la miró. Théo guardó silencio.

—No sé por qué he dicho eso —murmuró Ginebra, que tenía la mano colocada sobre el disco.

—Ginebra, ¡no lo toques! —advirtió Théo.

Ginebra cerró los ojos, dejando la mano suspendida sobre el disco.

—No se ve claro. Solo llegan imágenes borrosas. Cada vez que vienen esas imágenes siento dolor en la cabeza, en las manos, hasta en los huesos. Veo… un laberinto gigantesco en llamas… y una lira. Veo a gentes de otra época. Y sé que es necesario descifrar los símbolos. Y que el *Critias* está unido a esos símbolos. Pero siempre termino viendo las sombras. Y escucho esa palabra: «Stver».

—De acuerdo. Si vamos a intentar recordar o ver, tenemos que hacerlo bien y de forma controlada —dijo mesándose la barba—. Nos vamos —añadió de pronto.

—¿Ya? —dijo Théo desconcertado.

—Está todo listo y podemos irnos. Llegaremos a San Víctor justo después de las fechas navideñas, en buen momento para el abad que ha de recibirnos allí. Él puede darnos información. Algo me dice que esa será la primera fase. Théo, contamos con el dinero que te dejó Vincent, ¿verdad? Voy a intentar conseguir algo más, por lo que pueda suceder.

—Cuenta con ello. ¿Cómo llegaremos a San Víctor? Las carreteras y las estaciones pueden estar controladas —aseguró Théo—. No solo nos persiguen los nazis, sino puede que también gente muy gorda, por lo que me dijo Vincent, y…

—Será mejor que os deis prisa. Y que confiéis en mí —zanjó Urik. Dejó escapar una bocanada de humo y se dirigió hacia la salida del sótano.

—¡Espera, Urik! —dijo Ginebra, frotándose la frente—. ¿Averiguaste algo sobre lo que te dije?

Urik se detuvo y asintió. Había un fiero brillo de preocupación en sus pupilas.

—Estuve buscando esa palabra que has vuelto a mencionar: «Stver».

—¿Qué significa?, ¿qué es?

La expresión de Urik se volvió grave. Su rostro empalideció.

—Es pronto para decirlo.

—¡Urik, por favor! —insistió Théo, sin disimular su fastidio.

—Es un antiguo dialecto armenio. Significa: «Los Sombra». Y si es lo que creo que es… la amenaza va más allá de cualquier cosa que hayamos conocido.

—¿Quiénes son, Urik?

—Cuando hable con el abad de San Víctor podré daros más detalles. Necesito estar seguro de algunas cosas… No me gusta hablar sin saber. Haced el equipaje —pidió, y salió del desván.

—En fin, siempre está con estas condenadas intrigas —murmuró Théo.

—¡Te he oído! —gritó Urik desde el exterior.

Théo chasqueó la lengua. Ginebra dejo escapar una carcajada nerviosa, una mezcla de alivio y nerviosismo, y enseguida se tapó la boca. Se sentía a salvo con Théo, sentía calor. Y, sin embargo, las palabras graves de Urik se repetían en su mente: «Más allá de cualquier cosa que hayamos conocido». Percibía que las nubes se acercaban. Podía verlo. Nubes sanguíneas.

Capítulo 11
La bestia

Múnich, residencia Haushofer

Rudolf Hess admiró, una vez más, la colección de libros que Karl Haushofer albergaba en su biblioteca secreta, en el piso inferior de la casa, y las diferentes colecciones de barajas esotéricas desperdigadas por las mesas. Allí había pasado meses construyendo los cimientos del Reich, teorizando sobre el *Lebensraum*, el *Volk*, y el *Führerwille*.

—Karl, me preocupan las divisiones internas en AvGull —aseveró Rudolf—. El Reich es una totalidad, la cohesión debe ser absoluta. Todos somos el Reich, ¿recuerdas?

Haushofer bebió un trago de vino y tamborileó con los dedos sobre el brazo de su butaca. No estaba muy convencido de querer encajar ahí, últimamente. Pero no podía confesarle a Hess ese giro en sus ideas, que él mismo se reprochaba a menudo.

—En efecto, Rudolf, pero ya sabes, la dichosa camarilla de Himmler tiene tentáculos en todas partes. Necesitaremos más apoyos.

—Por ello hablamos de Vril y de Crowley…

—Esos Vril no me ofrecen mucha confianza. Toda esa historia del

planeta Aldebarán…

—Pero está claro que su líder, María Orsic, posee un extraordinario poder de percepción. En Berlín está alcanzando la categoría de celebridad, y ahora se ha desplazado a París. Allí tuvieron lugar los extraños sucesos con esos científicos… Confluencias curiosas, ¿no te parece? —dijo Rudolf, y bebió un trago de zumo de pomelo—. Necesitamos a Crowley en París, trabajando para nosotros. Él nos suministrará información. Además, también conoce el territorio escocés, en el que, como sabes, hemos hecho hallazgos. Casualmente está resentido con Hitler por el rechazo a esa orden suya del Temple Oriental. Sé que no suscita mucha confianza, pero… es una herramienta providencial. Así lo planeamos. Dejémosle creer que es miembro de honor de la Hermandad AvGull. Y que puede conseguir lo que quiere.

Karl asintió.

—Escribí a Crowley y estoy esperando noticias. En cuanto a Hitler…, hace tiempo que él y su séquito se rindieron a los intereses de los ricos industriales alemanes y las altas élites. El Reich es lo que es gracias a la financiación de la oligarquía, tú y yo lo sabemos: Walter Funk, del Reichsbank, los Quandt, Gebrüder Dassler Schuhfabrik, IG Farben, Siemens, Krupp… ¿Tengo que recordarte más nombres?

—Los conozco de sobra, Karl…

Hess se levantó de su silla y se acercó a la ventana. Bebió, de un trago, todo el zumo y encendió un puro.

—Lo sé, Rudolf, lo sé —dijo Haushofer encendiendo otro—. Muchos de ellos están en sociedades secretas, la gente habla, siempre hay vasos comunicantes. Fíjate, por ejemplo, en Fleedermaus. Tiene contactos con los industriales del Ruhr, con banqueros de Colonia, y ahora los está tejiendo con empresarios franceses. A pesar de su curioso apellido, se está ganando a mucha gente en el Reich y fuera del Reich, incluido Himmler. Parece que tiene el mismo éxito con los altos cargos que con las mujeres. Lucius es excelente, pero nadie avanza tan rápido sin mover ciertos hilos…

Rudolf cruzó las manos tras la espalda, mirando por la ventana.

—¿Estás diciendo que no conozco a mis subordinados?

—Estoy diciendo, Rudolf, que hay que vigilar de cerca a todo el mundo, y, a veces, aún más a los amigos. Ese asunto de la judía, del que me hablaste una vez, puede resultar útil, llegado el caso…

—¡Ya está bien, Karl! —gritó Rudolf—. No tenemos pruebas de eso, ¡solo son habladurías! Igual que de la amistad con Himmler, ¡todo son mentiras! Fleedermaus es uno de mis mejores hombres y se está encargando eficazmente de una operación importante en París —afirmó, y carraspeó, incómodo—. Es más, estoy haciendo maniobras para ascenderlo, frente a Heydrich. Si todo avanza como está planeado, se encargará de la Gestapo en Francia. Tengo controlados los movimientos de Lucius, gracias a Riemann, pero te aseguro que son prevenciones innecesarias —dijo, con convicción. Por un momento sintió un dolor en el pecho. Recordó la mirada de Lucius, su voz, el tacto húmedo de sus labios, en el Nachtlokal de Berlín, hacía ya años… Se lo había reprochado a sí mismo cada día de su vida, casi tantas veces como las que se había excitado pensándolo. No quería considerar una posible traición—. Puedo asegurarte, sin el menor asomo de duda, que no hay problema, y me gustaría que no insistieras en esto —zanjó. Y Karl percibió que su mejilla derecha temblaba levemente.

—Conforme. Dejémoslo, dejemos ese asunto, ¿de acuerdo, Rudolf? —dijo Haushofer forzando una sonrisa—. Pasemos a asuntos triviales… Al fin y al cabo, es Navidad, la Navidad nacionalsocialista: comunidad fuerte y unitaria, ¿recuerdas?

Rudolf Hess sonrió, pero, enseguida, el tono grave volvió a su rostro.

—Ten paciencia, amigo mío. Cesare Evola es nuestro hombre en la Ahnenerbe. Adolf no apoyará a Himmler, él se encargará de lograr la victoria para el Reich. Y después, cuando hayamos encontrado la última pieza y conquistado Francia, cerraremos el círculo y tú y yo ascenderemos al poder. No lo olvides, nosotros y el Reich somos uno.

—Brindo por ello, amigo Rudolf —dijo Karl, intentando aparentar convicción.

—*Aus bal* —convidó Rudolf, alzando su copa.

—*Bal auset* —respondió Haushofer, con una sonrisa nerviosa, mientras observaba, en una de las barajas del Tarot abiertas sobre la mesa, la carta de la torre derribada por el rayo.

* * *

Escocia, Inverness, casa Boleskine

Aleister Crowley se levantó de la enorme cama, húmeda de fluidos. Las mujeres dormían profundamente sobre el semen, la sangre y los restos de ungüentos afrodisíacos, ambas desnudas. Se puso una bata y se abrió paso entre los instrumentos que habían utilizado durante la noche y que yacían esparcidos por el suelo de la habitación. La mancha de sangre en el centro del pentáculo le recordó el gemido del animal al sentir el filo de la daga. No gozaba extrayendo sangre a animales, ni a doncellas, pero, ante sus adeptos, tenía que hacerlo. Al fin y al cabo, era un psicodrama. Se asomó a una de las ventanas ojivales del piso bajo, casi a ras de tierra. El sol brillaba sobre los campos de Inverness y el cielo estaba despejado. Percibía la fuerza que emanaba la tierra, infiltrándose en los muros de aquella casa. Ese lugar sí era adecuado para invocar a Abraxas, más que la abadía de Thelema. Por algo se había nombrado a sí mismo *Laird* de Boleskine y Abertarff. Y aunque había abandonado la casa en 1913, los indicios mágicos le habían convencido de volver a ocuparla, esta vez, de la forma más discreta posible.

Mientras bebía un trago de kikeón vio cómo se acercaba

corriendo uno de sus acólitos.

—¡*Frater* Perdurabo! —gritó el joven, un poco intimidado al ver que su maestro llevaba la bata abierta y se mostraba sin pudor—. ¡Telegrama urgente para usted!

Crowley, levantando su copa, extendió la mano y cogió el telegrama.

Abrió el sobre y leyó un mensaje escueto de Haushofer. Le requerían en París. Todo indicaba que Karl y Rudolf se habían cansado de Hitler o, más bien, de una parte de la cúpula: un hombre jamás actuaba solo en el régimen nazi ni en ningún partido. Jugaría a favor de Hess y Haushofer mientras le conviniera; al fin y al cabo, había entrado en la Hermandad AvGull para contactar con las instancias más altas del poder. En las sociedades se rumoreaba que algo muy gordo se estaba cociendo en París, algo sin precedentes, y debía estar allí. La apertura dimensional, el acceso a la sabiduría de Abraxas, se acercaba para los libres de escrúpulos morales o convicciones éticas. Cuando llegara el momento, él se haría con el cetro. Su madre siempre le llamaba «la bestia». Y tenía razón.

* * *

París, Gobelins

Lucius se miró al espejo del que, por cortesía de Rudolf Hess, era su flamante nuevo apartamento en París. Alzó su copa de vino y brindó consigo mismo mientras la criada se encargaba de colocar a su padre, en silla de ruedas, junto a la mesa en la que estaba el banquete. Había ordenado que lo trajeran desde la residencia en la que llevaba casi tres años encerrado en Berlín, para compartir con él una deliciosa cena de Navidad y de celebración de su éxito con la

Operación Netz.

—¿Qué te parece, padre? ¡Mira a dónde ha llegado tu hijo! —dijo Lucius, exultante.

Se dio la vuelta y comprobó que su padre ya estaba degustando los entrantes, cogiéndolos con los dedos, como solía hacer.

Mientras la criada salía, se sentó junto a su padre y fue destapando los diferentes platos que había sobre la mesa, al tiempo que mencionaba los nombres:

—*Eisbein*, con su acompañamiento de chucrut bien caliente y amargo, como a usted le gusta, *Schnitzel, Bretzel, Kartoffel*, unas deliciosas *Bratwurst* de primera calidad… Cena típicamente alemana, conforme a tus deseos, nada de mierda francesa, padre —anunció.

Su padre le miró desde una distancia a la vez buscada e inconsciente, producto de la edad y de una elaborada capa de cinismo que había tejido a lo largo de los años. No dijo nada; se limitó a empezar a comer, como hacía siempre, con la boca abierta. Su papada se agitaba bajo la mandíbula, que ya no era angulosa ni protuberante.

Lucius esperaba esa reacción, era habitual en él, y más en los últimos años. El viejo Gustav Fleedermaus, nacido en una comarca del Ruhr, hijo de dos campesinos, había conseguido que su pequeña empresa metalúrgica se convirtiera en la más exitosa de la región a base de trabajar las relaciones públicas y conseguir los favores de todos los cargos importantes de la zona del Ruhr. «Hijo, quédate con la gente que te haga favores», le había dicho desde que era pequeño. Y cuando conseguías favores, también tenías que devolverlos.

—Padre, ¿qué ha sido de esos clientes tan buenos que tenías? —dijo Lucius sonriendo, mientras cortaba el guiso de cerdo humeante.

Su padre apenas le miró; se limitó a hacerse el sordo, mientras masticaba, con la boca abierta, una salchicha *Bratwurst*, con una expresión que mezclaba la estupidez y el cinismo.

—No parece que vayan a visitarte a la residencia, ¿verdad? —siguió Lucius.

Su padre se deleitaba con el chucrut, manchándose de salsa las solapas de la camisa, con las comisuras de la boca llenas de baba y trozos de salchicha.

—A mí sí me visitaban —añadió Lucius, sirviéndole a su padre un pedazo de *Bretzel*, sin dejar de sonreír—. ¿Te acuerdas de eso? ¿De cuando me visitaban tus amigos?

Su padre le dedicó una mirada fugaz, casi imperceptible. Durante apenas dos segundos dejó de masticar. Después, volvió a hacerlo y se metió más chucrut en la boca.

—Está soso —juzgó, con su voz afónica.

Torpemente, con su mano huesuda y temblorosa cogió el vaso de cerveza y le dio un trago. El líquido marrón cayó por sus comisuras arrugadas y le mojó la ropa.

—¿No recuerdas a ese cliente tuyo, padre?, ¿cómo se llamaba? ¿Maxwell?

—No te oigo, hijo —dijo su padre, con un brillo de malicia en sus ojos pequeños.

Aquel hombre era el cliente más importante de su padre, el que le abrió las puertas de la gran empresa en el Ruhr. Tenía varias fábricas, un puesto importante en política y unos gustos un tanto especiales. Fue el primero. El comienzo de una pesadilla que se repetiría periódicamente, durante demasiadas noches, durante años. «No se puede tener todo, hijo, hay que elegir: integridad o poder. El audaz es el que sobrevive».

Lucius apretó la copa que tenía en la mano y bebió un largo trago de vino blanco sin dejar de mirar a Gustav. Recordó la mirada colérica, impaciente, de su padre cuando le comunicó que le habían admitido en el Partido Nazi.

—Hace años que tendrías que haber entrado ahí. Vas lento, ya te lo dije, no vas a llegar a ninguna parte —le reprochó, entonces.

—Me he hecho amigo de Hess, él coordina asuntos importantes.

—¿Y a qué esperas para dirigir el partido con él? ¿Quién lo nombra? ¿De quién es amigo? ¿Qué son esos «asuntos importantes» que coordina? ¡No sabes nada! ¡No estás preparando el terreno!

—Padre…

—Tienes que estar en el cogollo, ¡te lo he dicho mil veces, estúpido! ¡O comes o te comen!, ¡o estás el primero o te largan! Elige, de una vez, quién quieres ser: un don nadie muy digno que no se entera de nada o un jefe, ¿eres el empleaducho o eres el que maneja el cotarro? ¿Quién coño eres tú? —le decía, mientras le retorcía la oreja con sus dedos amarillentos de tabaco—. Abona el terreno. Riega todas las plantas. Y hazlo en silencio. La mano izquierda no puede saber lo que hace la derecha, ¿o es que te has olvidado?

—Sí, padre.

—Y esa voz… ¡Más honda, más fuerte! ¿Eres marica o algo así? Di, ¿eres marica?

—No, padre, no lo soy.

En ese momento, su padre le dio un bofetón que le hizo caer al suelo.

—Pues que esto te sirva de recordatorio —dijo sin que le temblara un ápice esa voz que, en realidad, y pese a sus esfuerzos por ocultarlo, era tan aguda como la suya.

Acto seguido, recogió sus cosas y se fue a trabajar, como si nada hubiera ocurrido. Y Lucius admiró profundamente esa ejecución limpia y gélida, sin atisbo de duda, sin ningún asomo moral, y odió, al mismo tiempo, el tacto de aquella mano áspera, enclenque y huesuda, la mirada impasible, los ojos que reconocía en sí mismo, la pequeñez repugnante de aquel hombre que había usado a su propio hijo como moneda de cambio para escalar. Todavía recordaba a su madre, a punto de decir algo, a punto de impedirlo, pero sin llegar a hacerlo nunca, porque siempre acababa sentándose a escuchar la radio mientras su padre le daba una palmadita en el hombro. Ahora todo quedaba lejos, y el secreto de esas horribles noches de su infancia se iría a la tumba con él.

—Está todo muy limpio —dijo, de pronto, su padre, devolviéndolo al presente. Estaba admirando el salón de aquel apartamento que Lucius había alquilado en Berlín.

—«Sé ordenado por fuera, aunque estés desordenado por dentro», eso me decías tú, padre —recordó Lucius—. ¿Quieres un poco más? —preguntó, dedicándole a Gustav una mirada amable.

Su padre asintió con la cabeza.

Lucius le echó tres cucharadas más de chucrut y otra salchicha, y le llenó el vaso de cerveza.

—Disfruta, hoy celebramos grandes cosas.

—La cerveza está buena, pero las salchichas y el chucrut no —declaró su padre, masticando. Lucius sonrió, sin dejar de contemplar a aquella figura disminuida, aquel viejo jefecillo que tantas veces le había castigado con el silencio o que le había humillado en público, que le había golpeado con la correa para que trabajara más duro, que le había abandonado, tantas noches, a una pesadilla inenarrable para un niño. Ya no resplandecía de poder; ahora era un garabato de sí mismo, rumiando y babeando sobre su propia ropa. Lucius le observó estoicamente, hasta verle apurar la última gota de su cerveza.

—Esta comida se merece un brindis, padre. ¡Brindemos! —dijo Lucius, alzando su copa de vino blanco.

Gustav le miró con cierta reserva, mientras se comía los últimos restos de comida del plato. Finalmente, sonrió con sorna. Alzó su vaso de cerveza, con gesto burlón, y lo sostuvo con su mano temblorosa. En ese momento, Lucius se inclinó y miró a su padre a los ojos.

—Brindo por que te pudras en el infierno —propuso Lucius, haciendo chocar su copa contra el vaso de su padre. La sonrisa burlona se borró del rostro de Gustav.

—Verás, no deja de parecerme curioso que alguien que ha trabajado toda su vida en la metalurgia no sepa distinguir el sabor del… arsénico —explicó Lucius, sonriendo con total impasibilidad.

Gustav dejó de masticar. En su rostro, pálido como el yeso, se habían acentuado las arrugas y sus labios se contraían en una línea casi invisible que fruncía su piel como si la hubieran cosido. Miró el plato de comida y la cerveza, alternativamente, contempló a su hijo,

y escupió lo que tenía en la boca. De nuevo, Lucius distinguió aquel brillo de cólera en los ojos, la rabia. Ni un atisbo de tristeza, solo una mezcla de estupor e ira.

—No tienes pelotas… —masculló Gustav.

—Feliz Navidad, padre —respondió Lucius.

Gustav abrió la boca, pero no pudo decir nada. Un gemido de dolor le hizo contraer el rostro y se llevó las manos al abdomen, mientras miraba con los ojos muy abiertos a su hijo.

—¡Maldito hijo de perra! —gritó Gustav. Intentó agarrar a su hijo por el cuello, pero las fuerzas le fallaron y otro calambre intenso le obligó a encogerse.

—Es un veneno limpio. Te deshace por dentro. Cuando encuentren el cadáver, el forense concluirá que ha sido una gastroenteritis por una dosis excesiva de alcohol a una edad en la que no puedes permitírtelo. Y menos con tus problemas del corazón.

—¡Eres un cabrón malparido! —masculló Gustav—. ¡Todo lo que eres me lo debes a mí!

Lucius sonrió, se recostó sobre su silla y cruzó las manos a la altura del estómago mientras observaba a su padre doblarse sobre sí mismo y provocarse las arcadas.

—Padre, no lo intentes, el veneno ya ha hecho su efecto, no va a servir de nada. La verdad es que hubiera sido muy cómodo dejar que te pudrieras en esa residencia, pero este final me parecía… más indicado para alguien como tú.

Gustav sudaba y se agarraba el abdomen. Se dejó caer al suelo desde la silla. Lucius se acercó a él y susurró:

—Mírate, ¿quién es el marica ahora?

Agarrotado, Gustav blasfemaba, gritaba de dolor y se retorcía. Le dedicó a Lucius una mirada de rabia desaforada, mascullando cosas incomprensibles mientras comenzaba a babear.

Lucius, inalterable, se sentó frente a Gustav, en su butaca de piel. Cogió un vaso, se sirvió un poco de Jägermeister y bebió un trago. Observó que el cristal tenía una pequeña mancha en el exterior y la rascó con la uña, frunciendo el ceño.

—Malditos criados, no saben mantener la cubertería como es debido.

Con los ojos nublados y encogiéndose en accesos de dolor, Gustav Fleedermaus se revolvió en el suelo, babeando y balbuceando algo incomprensible. Se puso una mano en el pecho. El ataque al corazón había llegado antes de lo que pensaba.

—A tu salud, viejo —brindó Lucius. Bebió un trago y observó el vaso por si hallaba otra mancha.

* * *

París, La Muette

«Mi querida Françoise, ¿aún te sientes melancólica y casi febril, como me confiaste en tu última carta? ¿Me distinguirás con el impúdico capricho de tu presencia esta noche, que, me atrevo a decir, ambos disfrutaremos? Adelante, mi valquiria, considera, al menos, lo que esta alma inquieta te ofrece». Cesare dejó de leer, hizo trizas la carta y la tiró al suelo con un gruñido. La tenía preparada para la baronesa de Armagnac. Ya no le importaba nada la baronesa, ni la absurda velada sexual sin sentido. Apartó con la mano todos los utensilios inútiles que tenía sobre su escritorio Luis XVI y se apoyó en él, tomando aire. Le repugnaba, le revolvía el estómago pensar en su propia falsedad, en el hedonismo frívolo que había cultivado durante años. No podía seguir sosteniendo ese cinismo canalla, no con Marguerite, que quizás incluso hubiese perdido la vida por su culpa. Se sentó frente a su escritorio, extrajo un papel y escribió hasta que logró la disculpa más depurada y desnuda que su capacidad podía procurar, con un solo tachón:

Marguerite, lo siento. Lo siento. ~~¿Podrás perdonar a este cobarde, vil y miserable, que se disfraza de oropeles inanes para encubrir el miedo a la muerte?~~ Déjame que demuestre con hechos mi arrepentimiento y mi deseo de enmendar el daño causado. Puedes estar segura de que encontraré a tu padre. Y también estaré a tu lado, como amigo, esta vez. Amigo de verdad, desde el fondo del corazón, no para utilizarte. Tal vez, en algún futuro próximo, podríamos ser amantes, pero verdaderos amantes. Con ternura. Esa es una parte de ti que acaso solo yo he visto y que te negué... Concédeme un último nuevo encuentro.

Asintió, satisfecho. Nada de juegos.

Las sombras y la bestia negra del vacío se alejaban. La otra noche se había sentido perdonado. Y ese perdón, estaba seguro, exigía una reparación por su parte, una disculpa a Marguerite. Y también un cambio de trayectoria: debía interceder cuando tuviera lugar el rito final.

Pero, ¿quién le había perdonado? «¿En quién crees, en realidad,

Cesare? ¿En qué crees? ¿Realmente sientes algo por esa chica?», se dijo.

Se levantó y bebió un trago de su copa de Sassicaia. Decidió que entregaría la carta a Marguerite en persona, iría al apartamento de Rue Mazarine que le había regalado. Después, retomaría sus estudios sobre la reliquia, pero desde otro punto de vista muy diferente. Todo aquello en lo que había creído cuando formaba parte de Ur: sus artículos en defensa de ideas que él mismo denominaba «superfascistas» e «idealismo mágico», su apoyo a los nazis cuando aún admiraba a Himmler, sus juegos con el otro lado…, le parecían cada vez más carentes de significado, desde la noche de L'Enfer y la visión de aquella figura preternatural invocada por las mismas fuerzas a las que él había alimentado con insolente júbilo. Creía haber entendido el mensaje. Algo terrible acechaba en las sombras, algo que nadie podría dominar. Decirles eso a los nazis no serviría de nada, convencidos como estaban de que abrirían la puerta a Hiperbórea, a la verdadera Thule, fuente máxima de poder y demás memeces. Pero, si se adelantaba lo suficiente a ellos, quizá pudiera controlar el cierre del círculo… y lo que ocurriese al abrir esa puerta.

* * *

París, Montmartre

Marguerite se revolvió en la cama, sudando. La habitación en la que *madame* Lamartine la había acogido distaba mucho del cuarto de sus regeneradores sueños de opio. Estaba en el sótano, en una antigua recámara que la pitonisa utilizaba para guardar las mercancías que recibía de la India. Cécile la había rescatado de L'Enfer, donde, supuestamente, había amanecido inconsciente.

Desde entonces, se sentía febril, le dolía el vientre, no podía comer y no dormía por las noches. Sentía una extraña pesadez, algo que tiraba de ella hacia abajo, desde las entrañas.

Lamartine le preparaba unos brebajes apestosos que, al parecer, tenían que hacerle algún bien, pero no era así. Ya no confiaba en nadie y se había arrancado ese colgante maloliente. Ojalá pudiera contactar con Cesare para pedir ayuda. No quería regresar al burdel de su madre, no quería seguir siendo Marguerite Lacroze. Haría lo que fuera por cambiar de piel. Todo su pasado le parecía doloroso, innecesariamente cruel.

—Cécile, me duele mucho el vientre —se quejó Marguerite, cuando Lamartine entró en la habitación con un vaso rojo lleno de una especie de barro violeta—. Es como si me estuvieran matando. Me quema por dentro…

—Tonterías. Tienes que sudar, solo así hará efecto el preparado —dijo Lamartine.

—Cécile, necesito saber qué pasó en L'Enfer… No sé… No sé cuánto llevo aquí, ¡no sé lo que me pasa! Dijiste que traerías a un médico… ¡Quiero curarme! —clamó Marguerite, sollozando.

Cécile la observó, con frialdad quirúrgica, sosteniendo el vaso con el brebaje. Sonrió y de pronto su expresión viró hacia una extraña veneración, casi fervorosa.

—Oh, pobre niña, ¿no comprendes que no estás enferma? —dijo. Tomó asiento junto a ella—. Eres tan joven. Tan joven… —le dijo, acariciándole la cara. Marguerite se apartó—. Tómate esto —insistió, ofreciéndole la bebida. Marguerite la miró fijamente a los ojos, cogió el vaso, lo sostuvo entre las manos—. Bebe, ¿a qué esperas? —insistió Lamartine, sonriente, ansiosa.

Marguerite rozó el vaso con los labios, pero, en lugar de beber, en un impulso, arrojó el contenido del vaso a Lamartine que, conteniendo la rabia, se levantó y se limpió la cara con la manga de su vestido. Marguerite trató de escapar, pero Cécile la agarró del brazo, con el rostro contraído de rabia.

—¡Desagradecida! ¡No sabes lo que estás haciendo! Por eso debo

cuidarte. ¡Y si fueras sensata, te cuidarías tú también! Lo cuidarías tú también —exclamó Lamartine, bajando su mano lentamente hasta tocarle el vientre. Aterrorizada, Marguerite se soltó y se alejó de ella —. Sí, mi niña —dijo Cécile con un entusiasmo hipnótico que hacía brillar sus pupilas—. Has sido elegida para una gran labor. El rito se cumplió en L'Enfer…

—¡No! —gritó Marguerite, negando con la cabeza—. ¡No! ¿Por qué yo?

—No eres la primera ni serás la última… La profecía ha sido dictada, hemos sido iluminados; una fuerza mayor que lo que conocemos se acerca. Y nosotros tenemos la obligación de facilitar el acceso…

Marguerite gritó tan fuerte que, por un momento, sintió que el corazón se le salía del pecho. En décimas de segundo se agachó, cogió el vaso rojo cuyo brebaje había derramado y lo rompió contra la pared. Tomó uno de los cristales puntiagudos y amenazó a Lamartine que se apartó asustada.

—¡Qué haces! —exclamó Lamartine, encolerizada—. ¡Soy la única que puede ayudarte!

—¡Cállate! —gritó Marguerite amenazándola con el cristal puntiagudo—. ¡Acércate a mí y te mataré, te juro que lo haré!

Lamartine siguió avanzando despacio.

—¡Lo mataré! —amenazó Marguerite, apuntando con el cristal a su vientre, al tiempo que contenía el llanto.

—¡No! —gritó Lamartine, deteniéndose, aterrorizada.

—¡No te acerques!

Marguerite, avanzó hacia atrás, sin dejar de señalarse el vientre con el cristal. Le sangraba la mano y las gotas empezaban a empapar el suelo. Salió a toda prisa del habitáculo y subió corriendo las escaleras en penumbra que daban al salón. Le sorprendió su propia fuerza, no sabía de dónde la estaba sacando.

La mano fría de Lamartine, como una garra, envolvió su tobillo y la hizo resbalar sobre los escalones. Marguerite luchó por soltarse. Lamartine le agarró la otra pierna. En ese momento, Marguerite se

revolvió y, con todas sus fuerzas, le dio una patada. Oyó cómo la vidente caía hacia atrás y se golpeaba contra el suelo, con un gemido. No quiso mirar, siguió subiendo las escaleras estrechas y torcidas, casi sin aire, hasta que, a tientas, tocó la puerta de madera que daba al salón principal.

—¡Te encontraré! —aulló Lamartine desde el sótano, con una voz gutural que no parecía la suya. Y con repentina seguridad, añadió—: Estamos vigilando. Nosotros siempre vigilamos.

Marguerite gritó y abrió la puerta de una patada, corrió por el salón. En décimas de segundo, el espejo, junto a la puerta de entrada, le devolvió una imagen aterradora: dos grandes ojeras negras le colgaban sobre una piel de un tono azulado, bajo la que se marcaban todos los huesos; el cabello enredado y revuelto parecía un amasijo de hilos rojos, tenía la cintura deformada, abultada de una forma irregular. No podía ser, no había pasado tanto tiempo, no podía ser verdad.

Salió y huyó corriendo por las oscuras callejuelas de Montmartre, hacia su casa, dejándose tragar por la noche profunda.

Llegó a la calle Mazarine en menos tiempo del que imaginaba. Sentía un increíble vigor que contrastaba con su aspecto y con la fiebre. Ya no le sangraba la mano. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Le estaba contando la verdad Lamartine, o se había vuelto loca?

Desesperada, corrió hacia su portal, sin dejar de mirar a su alrededor, por si la habían seguido. En ese momento, sintió algo así como un mordisco bestial en la parte trasera de la pierna. La sangre comenzó a brotar. Alguien la amordazó, poniéndole la mano en la boca. Un revólver se clavó en su espalda y percibió el inconfundible olor a vómito del aliento que recordaba bien.

—Dime dónde ha guardado Cesare las fotografías o dejaré que te desangres.

—Lucius…

—Has estado hablando de más últimamente, ¿verdad, zorrita? Y ahora, Cesare está intentando obtener pruebas. ¡Habla!

—No lo sé… no lo sé, no sé nada de eso…

Él le agarró la cara con la mano, violentamente le giró el cuello y la miró con rabia.

—Escúchame, furcia: la única razón por la que te permito vivir es porque no me interesa iniciar un conflicto con ese asqueroso italiano. Ese regalito en la pierna es para que recuerdes que no debes irte de la lengua. Y para que le digas a ese comeajos que no debe husmear donde no le importa.

En ese instante, una especie de descarga eléctrica recorrió todos los músculos de Marguerite, y abrió los ojos como si acabasen de inyectarle en vena una sobredosis de cafeína. Ardía por dentro. Le dio un codazo a Lucius en el pecho y se zafó de sus manos. Él la miró completamente desconcertado.

—¡Sucia ramera! —gritó. Le golpeó la cabeza con la pistola.

El dolor fue tan agudo como si le hubieran roto el cráneo. Cayó al suelo y él comenzó a patearle el costado y la cara. Marguerite sintió cómo se le quebraban los huesos de las costillas y le sangraban la nariz y los labios. Si embargo, no había perdido la conciencia, no se sentía vencida. De un salto, se levantó, esquivó los golpes. Podía verlos antes de que Lucius se los diera. Podía ver dónde estaba exactamente la pistola y cómo la sujetaba. Se la arrebató y le apuntó a la cabeza.

—¿Eso es todo lo que puedes hacer? ¿Y si yo fuera un hombre? ¿Me tendrías miedo o quizá sentirías deseo, *monsieur* murciélago?

Los ojos de Lucius temblaron de rabia y de estupor. Marguerite sonrió con los labios rotos. Él trató de agarrarle las manos, pero ella le golpeó en la cabeza con la pistola y le apuntó a la sien. La fuerza que sentía era superior a los nervios y al miedo. Entonces, él se detuvo, levantó las manos unos segundos, fingiendo debilidad, pero enseguida le asestó un puñetazo a la altura del hígado que la hizo doblarse. Ella se subió a su espalda, se agarró a su cuello y le mordió, y él gruñó y la empujó contra la pared. Forcejearon, entre gemidos, golpeándose contra los muros de la calle vacía, hasta que él logró quitarle la pistola.

Marguerite tenía una sorprendente claridad de movimientos, pero

también de pensamiento; recordaba cosas que ni siquiera sabía que había vivido, oído o leído, hasta los detalles más nimios, y, de pronto, sabía dónde tenía que asestar el golpe decisivo, justo en medio del saco escrotal, como le habían explicado una vez, y lo hizo con tanta fuerza que ella misma se asombró. El alarido de Lucius rompió la oscuridad de la noche. Marguerite corrió lo más deprisa que pudo.

—¡Estás muerta, puta! —aulló Lucius.

Marguerite oyó el ruido de los disparos. Dos balas taladraron su pulmón y su muslo y cayó al suelo.

Escuchó la algarabía de un grupo de gente que se acercaba, la zona de las tabernas no estaba lejos. Por un momento, pensó que Lucius se iría, pero, al escuchar los golpes de las botas sobre la acera, supo que ese cerdo no iba conformarse con disparar: necesitaba desahogar la rabia. No se movió, prefería que pensara que ya estaba muerta. Una lluvia de patadas salvajes azotó su cuerpo y su cabeza. El repentino ruido de un coche hizo que los golpes cesaran súbitamente. Lucius se alejaba. Bocabajo, sobre la acera que olía a alquitrán y a orines, esperó el final y esperó que, si realmente llevaba una criatura del infierno dentro, esas balas y la paliza terminaran con su vida.

Cuando abrió los ojos, pensó, con alivio, que estaría en el otro mundo; sin embargo, el tacto del asfalto duro y maloliente la devolvió a la realidad. Seguía tumbada en la acera. Todavía era de noche, hacía frío.

Apoyó las manos en el suelo, se dio la vuelta e instintivamente se tocó las costillas y las piernas. Sentía el cuerpo entumecido, la cara hinchada, pero no sangraba. Se miró las heridas de los disparos. En lugar de boquetes, distinguió pequeñas brechas que se estaban cerrando. No había balas dentro. Se preguntó si estaría soñando, si sería una alucinación provocada por esos brebajes de Lamartine. Lo que estaba sucediendo no respondía a ninguna ley natural que conociera.

Despacio, se levantó y caminó hacia su portal, ante la mirada de

unos borrachos que coreaban canciones; entró y subió las escaleras de madera.

La puerta de su apartamento se abrió sin necesidad de llave, la cerradura estaba forzada. Cuando entró, encontró todo el piso revuelto. La impunidad con la que habían derribado sillones, muebles y cajones, papeles y fotografías, le dolió más que las heridas. «No eres nada, no eres nadie para ellos, nadie; tú no eres nadie». De alguna forma, lo esperaba. Lucius era capaz de eso y de mucho más. Ese asqueroso nazi no iba a encontrar nada, se había deshecho de cualquier documento importante respecto a Cesare.

Sintió un calambre en el vientre que la hizo contraerse. La sensación de fortaleza estaba desapareciendo. Tenía escalofríos y volvía a sudar.

De pronto, escuchó unos pasos tímidos que se acercaban a la puerta.

—¡Marguerite! Hace tiempo que no te veía. Escuché ruidos y…

Reconoció la voz de su vecina americana, Emmeline Bailey, con quien solo había tenido contacto un par de veces. Era cantante de *jazz* y a veces volvía tarde del club en el que cantaba. Emmeline entró en el salón y se tapó la boca con la mano, observándola de arriba abajo, con los ojos muy abiertos.

—Dios mío…, ¿qué te ha ocurrido?

Marguerite no respondió. No sabía qué responder.

—Vamos, ven a mi casa —propuso Emmeline, rodeándola con el brazo y ayudándola a caminar—. ¿Quién te ha pegado? ¿Qué ha pasado aquí? —preguntó, mirando a su alrededor, desconcertada, mientras avanzaban hacia la puerta.

Al llegar al umbral, Marguerite se detuvo y se dejó caer al suelo, temblando. Rompió a llorar. Emmeline, impactada, se sentó junto a ella en el suelo y la abrazó.

Capítulo 12
Stver

Marsella, San Víctor

San Víctor era un edificio tan imponente como extraño, una construcción irregular, con torres de diferente altura, mezcla de gótico y románico, cuyos cimientos se sumergían en un mundo salvaje y olvidado, y sobre la que se contaban todo tipo de leyendas.

Mientras se acercaban a la abadía por el pequeño sendero de tierra que surcaba el campo, Ginebra arrancó una ramita de lavanda y aspiró el aroma. Agradeció el calor del sol en la nuca y en la espalda. Le dolía todo el cuerpo, a causa del atropellado viaje, primero, en coche hasta esa posada abandonada en Sant Jean du Gard y, luego, en un carro de heno hasta las afueras de Marsella, para evitar rutas que pudieran estar vigiladas.

Théo guardaba el disco, envuelto en paño, en una bolsa montañera que Urik les había dejado. Aquel enigma asombroso residía ahora en una mochila, como si fuera un bocadillo, guardando un silencio expectante, como el del mar antes de la tormenta. Ginebra podía sentirlo sin ni siquiera rozarlo.

—Todavía quedan días de luz —dijo Théo, con una mirada tan pura como la de un niño que acaba de descubrir el mundo—. Mira

estos campos de lavanda. ¡El sol brilla como nunca! Toda la belleza imaginable parece posible hoy. ¿Quién diría que se cuece una guerra?

—Théo, eso es hermoso… —dijo Ginebra sonriendo.

—Ginebra, yo creo habértelo contado todo sobre mí. Dios sabe que puedo ser muy pesado hablando. Pero tú… me has contado pocas cosas. Me da la sensación de que no confías mucho en mí o de que a lo mejor crees que voy a… reaccionar mal. No lo haría, de verdad.

—No, Théo, es solo que durante mucho tiempo me he dedicado a… borrar recuerdos. Me hacían daño. Solo así pude seguir adelante. Me encerré en mí misma y ahora no es fácil salir… La noche del Atlantis, muchas cosas volvieron de golpe. No sé si estoy preparada.

—¡Eh, tortolitos, no tengo todo el día! —les gritó Urik, que se había adelantado varios metros—. ¡Vamos, moved el culo y seguidme!

Ginebra dejó escapar una risa torpe, tímida. Creyó que Théo se burlaría de ella, como solía hacer Lucius, pero le sorprendió ver cómo sonreía y la miraba con ternura.

—Si hay algo que he aprendido en mis años de relación con Urik —agregó Théo—, es que lleva razón en muchas cosas, aunque sus métodos a veces te pongan de los nervios.

—Théo, ¿recuerdas lo que dijimos cuando estábamos en ese puente sobre el Sena?

—Hasta el final —dijo Théo, mirando a Ginebra.

Ginebra recordó las palabras de Eidna: «Debes aceptar el signo del fuego».

—Hasta el final —murmuró.

La pesada puerta de madera maciza de San Víctor se abrió despacio, con un crujido de goznes, dejando ver una rendija de oscuridad y el destello de velas lejanas. Un anciano de corta estatura y gesto áspero, con hábito de abad, los miró frunciendo el ceño y entornando los párpados. Tenía el rostro completamente arrugado y una frondosa barba blanca le caía sobre el pecho.

—*Quia non venerunt ad auxilium petunt nomine domini* —dijo Urik en voz baja.

—*Deus nunquam suos deserit ovium* —respondió el monje, muy serio, asintiendo con la cabeza. Abrió la puerta y les indicó que le siguieran.

Caminaba con dificultad, apoyándose en el bastón de grisácea madera natural que parecía flaquear aún más que él. Los condujo hacia el fondo de la abadía, una nave austera de bóveda nervada en piedra y bancos de madera. Detrás del órgano, el abad abrió una portezuela y encendió un viejo candil cuya luz reveló el pasaje que descendía hacia una especie de cueva, una antigua catacumba reconvertida en cripta. Sobre el pequeño altar, situado entre dos columnas de piedra, una talla de la virgen negra, una cruz dorada y un cáliz herrumbroso. El abad colocó una tea encendida en uno de los ganchos que sobresalían de la pared.

—Será mejor que os sentéis —dijo Urik.

Ginebra y Théo se sentaron en el suelo, y Urik frente a ellos.

—Escuchad, no sé por qué este disco conecta con vosotros, pero es justo lo que pretendemos averiguar —dijo, extrayendo el disco de la mochila—. Y, para ello, necesitaré que el canal esté abierto. Necesitaré todo vuestro amor, toda vuestra rabia, toda vuestra tristeza y vuestra alegría, toda la intensidad que podáis albergar. Abrid el corazón, pisad con fe, aunque ante vosotros haya un abismo.

Urik depositó el disco en el suelo, ante ellos.

—Se trata de que recordéis, no de que os hagáis daño, así que poned las manos a una distancia razonable del disco, veamos cómo se genera la reacción que…

Ginebra se había levantado y estaba acercándose al altar, con las manos extendidas.

—Aquí tuvieron lugar varios rituales en tiempos distintos —dijo.

Urik se dio cuenta de que estaba comenzando a entrar en trance y guardó silencio.

Ginebra recorrió la cripta con los ojos cerrados, se acercó de

nuevo al disco y colocó las manos sobre él. Sintió un dolor eléctrico y, después, una sensación de alivio.

—La lira bajo tierra y el fuego en el laberinto. Era necesario llegar al centro para poder salir. Salir es acceder. Pero hay que interpretar bien los signos. Oh, lo sabíamos, pero no lo recordábamos. Túnicas oscuras… Los hombres de la oscuridad.

Ginebra se frotó las sienes y arrugó el rostro.

—Urik, está sintiendo dolor. Deberíamos parar —advirtió Théo, alarmado.

—Creían que desde aquí existía un acceso, trataban de conectar varias vías… Querían… ellos querían… ¡No debisteis abrir la puerta! —gritó Ginebra.

—Ginebra, ¡para!… —exclamó Théo.

Lo primero que Ginebra vio al cerrar los ojos fue un túnel plateado, por el que avanzaba sin moverse. Percibía claramente la energía del disco, pero no su cuerpo, era como si toda ella fuera esa energía. Al final, se extendía un inmenso cosmos al que no cabía dar nombre alguno. Estaba plagado de formas y colores que no conocía. Ahora podía verlo todo, no solo partes, como en su sueño. Había colosos poliédricos desplegándose hacia el cielo y objetos mínimos que se desplazaban en diferentes planos. No existía comparación posible, no podía darle nombre a nada.

Las espirales que ya había visto en sueños dieron paso a un enorme campo de heno. Avanzó, bajo el cielo rojizo. Una especie de verja desconchada dividía el campo. La puerta de la verja, azotada por el viento salvaje, golpeaba los barrotes desvencijados. Olía a agua estancada. Divisó, junto a la verja, una especie de sombra, una figura alargada que llevaba una enorme capucha negra. Se asemejaba a las ilustraciones de la muerte que figuraban en los libros de relatos de terror. Escuchaba el eco de muchas voces. Voces que no eran agradables, sino oscuras. Unos hombres vestidos con túnicas negras sostenían rocas en las manos, despedazaban a una mujer sobre una especie de altar de piedra, sumergido en aguas oscuras, y se reían como viejos borrachos.

—Murieron en vida, bajo la tierra, en ese altar invertido. Ya no eran hombres —se oyó decir.

El olor a ciénaga era insoportable. La humedad le pesaba en los pulmones. Se vio a sí misma sobre el altar de piedra, mientras esos hombres se acercaban a ella. Lo peor no era lo que hacían, era lo que percibía en ellos. Se sentía suspendida en un vacío interminable. Vio al hombre que hacía el ritual en San Víctor. Igual que en su sueño, llevaba túnica y una enorme capucha negra; no distinguía sus rasgos. Alzaba las manos, sujetando el disco. El ritual tenía lugar en varios espacios y tiempos distintos, también frente a una montaña con forma de astas de toro. El hombre entonaba un mantra espeluznante. Las imágenes se superponían. Ese hombre con túnica era, a su vez, la figura encapuchada y la sombra oscura. Mil rostros se sucedían bajo su capucha negra. Sintió un pitido en los oídos, las imágenes desfilaban rápido, giraban, nacían unas de otras como si fueran muñecas rusas. De pronto, la agresiva visión subliminal de unos ojos del color del lodo, con pupilas de serpiente, le atravesó el corazón como un cuchillo.

—¡Basta!

Las imágenes cesaron.

Ginebra miró a su alrededor. «El tiempo aquí no existe. Tampoco la materia», se dijo a sí misma. Tímidamente, hundió la mano en el suelo hasta que la superficie se dividió en fibras perfectamente nítidas y flexibles que flotaban en el aire, mutando sus colores. Era imposible medir o reconocer las distancias, más que por meras comparaciones inexactas. Corrió hacia la verja que ahora estaba en llamas. Observó cómo las llamas crecían y se elevaban varios metros sobre ella. «El signo del fuego…», recordó. Respiró hondo. «Pisad con fe». Cruzó el arco ígneo y atravesó la verja.

Un inmenso espacio incoloro se abría ante ella. Tenía la sensación de estar dentro del agua y, a la vez, en el aire. A lo lejos, comenzaron a dibujarse unas figuras grandes, de rostros bellos y ojos resplandecientes. Una serenidad placentera la invadió. Vio a toda la gente que la había amado alguna vez: sus padres, Claire y

Théo. De pronto, todas las preguntas parecían tener una respuesta lógica, y sentía un amor infinito. Aquello debía de ser la plenitud.

Torres de nácar y marfil, en el centro de una estructura circular, se elevaban hacia un cielo de un azul que jamás había visto. Entonces, las sombras invadieron los puentes y los anillos. La ciudad comenzó a arder. Ginebra vio dos incendios superpuestos en una especie de calidoscopio. Uno de ellos tenía lugar en un paraje que parecía de la Antigua Grecia. Otro, en ese mundo de anillos surcados por puentes, semejante al dibujo de la Atlántida que había visto en el libro. Un laberinto ardía en llamas. Sucesivas destrucciones se proyectaban ante ella de forma fractal. De pronto, todo desapareció y se redujo a un fondo blanco.

—Tienes que volver —exigió una voz que no reconocía.

Ginebra se dio la vuelta, pero allí no había nadie.

—¿Dónde estoy? —preguntó ella.

—En un intersticio. Debes volver a través del pasaje.

—¿Qué pasaje?

—El disco —dijo la voz muy despacio—. El disco es, y ha sido siempre, el único pasaje.

Una corriente de agua o de aire la arrastró. Vio, a lo lejos, una mezquita de color tierra, con un extraño minarete al que parecía faltarle un trozo, como al texto del *Critias*. Junto a la mezquita había un templete semihundido en la tierra. Sobre ellos resplandecía un sol tan intenso que parecía una bola de fuego. Abrió los ojos y tomó aire varias veces.

—¡Debemos ir allí! —exclamó—. La mezquita. El *Critias…* Solo si sabemos interpretar los signos podremos utilizar el disco.

Miró a su alrededor. Estaba en la cripta de San Víctor. Urik y el abad estaban sentados frente a ella. Urik tomaba notas en una libreta, a toda velocidad. Théo, a su lado, trataba de calmarla y movía los labios. Al fin pudo escuchar lo que decía, mientras le cogía las manos.

—¿Estás bien? ¿Estás bien, Gin? Has descrito cosas terribles —dijo Théo, alarmado—. ¡Estás temblando!

—Ginebra, ¿puedes oírnos? ¿Cómo te encuentras? —preguntó Urik.

—Esa mirada… la mirada…

—¿Qué mirada?

Ginebra permaneció en silencio unos instantes.

—Como si el infierno se abriera y nos mirase… desde sus entrañas podridas —murmuró.

Todos guardaron silencio. Urik se agachó junto a Ginebra, le limpió el sudor con el paño mojado que le ofrecía el abad y le dio agua de su cantimplora. Ella bebió hasta el último trago.

—Los pasajes no son oscuros o luminosos —explicó Urik, incorporándose—, son solo emisores de frecuencias. Y me temo que este disco lo es. Conecta con canales, abre accesos. Pueden ser hermosos o terribles.

—Ginebra —dijo Théo, emocionado y desconcertado al mismo tiempo—, yo he recordado lo que pasó esa noche en el barco. Y sé cómo llegué a San Víctor. No estaban experimentando con medicamentos, sino con otro tipo de cosas. Querían abrir un portal; por eso nos llevaron allí, nos hicieron algo en la sangre… observaron la reacción. ¡Ahora lo recuerdo, Urik! Pero no sé qué era, no sé para qué lo hacían.

—A veces, se retrocede para avanzar —dijo el abad, acercándose a ellos—, para comprender que, en realidad, el tiempo no es lineal. Habéis visto el pasaje. Quizá tengáis que volver. Ahora ya sabéis a qué os enfrentáis.

—Creo que deberíamos salir de aquí para que Ginebra se recupere —sugirió Théo.

—No, por favor, basta de enigmas —exigió Ginebra, mirando a Urik y al abad—. ¡Necesito comprender quién era esa gente a la que he visto! ¿Quiénes eran esos hombres que hacían rituales y sacrificios y qué tienen que ver con el disco?

El abad se levantó y caminó por la cripta, apoyándose en su bastón. Se detuvo ante el altar, frente al crucifijo y la talla de la virgen negra. Su rostro cobró una expresión de gravedad.

—Los Stver. La Orden de Tarhun… durante mucho tiempo pensamos que se trataba de una leyenda. Comenzó en tiempos inmemoriales, en las tierras de Anatolia. Allí, un grupo de hombres y mujeres invocaron fuerzas que no deberían haber sido desatadas, se entregaron a las aberraciones más abominables, construyeron un altar bajo la tierra para fundirse con el barro, vendieron el alma, llegaron a un estado de degeneración tan grande que enloquecieron; muchos de ellos terminaron muriendo. Lo llamaron «el Mal de Vacío». Querían invocar a una deidad oscura, y que cobrara vida. Para ello necesitaban una reliquia.

—¿Qué deidad? —preguntó Ginebra.

—Lo ignoro. El último abad que me habló de ello murió hace años. Ya solo quedan resquicios de la leyenda, que fue pasando de generación en generación. Unicamente podemos hacer conjeturas.

—Se decía que algunos círculos de médicos y científicos que experimentaron y crearon venenos en la zona de Suiza y en Baviera podrían ser los herederos de esas… tradiciones —elucubró Urik—. Aunque no hay pruebas, no hay estudios… Qué curioso, ¿verdad? Todo podría ser un cuento.

—Hace años, en torno a 1919, unos hombres rondaron el terreno de San Víctor. Hubo profanaciones y rituales secretos —explicó el abad—. En los últimos meses ha vuelto a suceder. Este promontorio siempre ha sido anhelado por brujos y farsantes. Al principio creímos que serían grupos Völkisch, pero no era así. Entonces, no pudieron detener a los culpables y, ahora, está sucediendo lo mismo. Sencillamente, se esfuman. Creo que los Stver han vuelto. Y tengo la sospecha de que alguien de dentro, alguien de la propia abadía, está involucrado en el asunto. De hecho, será mejor que nos vayamos ya de la cripta. No quiero levantar sospechas.

Ginebra se cerró el abrigo. Théo la ayudó a levantarse y, al ver que no dejaba de temblar, le dio un abrazo. La abrazó como un niño, como un amigo de la infancia, como alguien que, por primera vez en mucho tiempo, la amaba de forma auténtica, sin la distorsión del deseo o del interés, y ella acogió el abrazo con fuerza, conteniendo

las lágrimas. Se dio cuenta de que ahora comprendía su propio don, comprendía lo que suponía para ella y, de pronto, eso había dejado de ser una condena. Sabía que estaba sola. Théo Bernard estaba con ella, pero estaba sola. Nadie en el mundo entendería jamás lo que le pasaba o lo que sentía, y no le importaba. Empezaba a encontrarse de nuevo, empezaba a volar, y ahora nadie podría matar ese sueño.

* * *

París, Monnaie

Cuando Cesare llegó a la Rue Mazarine se detuvo ante la puerta del inmueble que le había regalado a Marguerite y, por primera vez, sintió vergüenza. Si bien se trataba de una zona céntrica de París, el piso no era más que una caja de cerillas resultona que servía solamente como picadero.

Al llegar arriba llamó a la puerta. Nadie respondió y no se escuchaban ruidos. Al final del largo corredor se abrió una puerta. Una mujer negra, alta y atlética se asomó y le miró con desconfianza.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Cesare. Cesare Evola. ¿Sabe dónde está Marguerite?

—Ella me dijo que usted vendría, tarde o temprano. Aunque no es tan guapo como en la descripción que me hizo.

—¿Dónde está Marguerite? ¿Está bien?

La mujer dudó unos instantes. Parecía en lucha consigo misma. De pronto, su rostro cobró cierta serenidad y respondió, a regañadientes:

—Me dijo que le dijera que está en la Maison Le Palace, y que si

podría llevarle algo de dinero allí. Pero, si alguien le pregunta, usted no me conoce y yo no conozco a Marguerite, ni le he dicho nada de esto —añadió. Y cerró de un portazo.

Cesare, extrañado, apretó la carta en el bolsillo. Una parte de él quería olvidar el tema, pero la otra sabía que debía ir hasta el final, debía darle la carta y el dinero. Ese sería el verdadero acto de redención, la señal de que había comprendido el mensaje. Este era el momento apropiado para ayudar a Marguerite.

Bajó las escaleras y corrió hacia el Mercedes Benz 260 D que le esperaba en la esquina, con su chófer al volante.

—Llévame a Le Palace, en Suffren. ¡Rápido!

* * *

París, Maison Close Le Palace, Montmartre

Marguerite atravesó el viejo pasillo que tantas veces había recorrido en su infancia y que recordaba nauseabundo, con aquellas paredes tapizadas de terciopelo rojo oscuro, las decadentes lámparas de cristal, las chicas asomándose por las puertas, medio desnudas, para ver quién era la nueva joven que llegaba a entregarse al comercio de la carne, el olor a perfume dulzón, a efluvios corporales, a purpurina y esmalte.

Al final del pasillo su madre la esperaba con su habitual gesto de reprobación, justo como la recordaba: el pelo teñido de caoba, los ojos gatunos entrecerrados en un rictus de desconfianza, el orondo cuerpo enfundado en un traje caro de dudoso gusto, las anchas aletas de la nariz carnosa, siempre husmeando.

—Sabía que me pedirías ayuda tarde o temprano —le dijo, ufana —. Entra, desgraciada.

Marguerite subió las escaleras tapizadas de moqueta roja maloliente y entró en la habitación pequeña del segundo piso. Su madre cerró la puerta con llave.

Allí, un hombre que llevaba un maletín y revisaba su instrumental le hizo una señal para que se tumbase en la cama instalada en el centro de la habitación.

Marguerite ya sabía lo que tenía que hacer. Algunas chicas del burdel habían pasado por ese procedimiento unas cuantas veces. Se tumbó en la cama y cerró los ojos. Su madre le hizo beber alcohol.

—Será rápido —oyó decir al médico.

—Mejor —dijo su madre, sin ocultar una mirada horrorizada al cuerpo deformado de su hija—. Qué extraña es esa barriga, no había visto nada así.

El médico observó la forma del vientre y se rascó la frente, desconcertado.

Marguerite respiró profundamente, contuvo los nervios cuando sintió el instrumental frío entre sus piernas temblorosas.

—Niña, te va a doler, así que muerde esto —le dijo su madre. Y Marguerite, sin mirar, mordió el pañuelo que le ofrecía. Ella ya no estaba, solo su cuerpo participaba del ritual.

—Respira hondo y relájate —le dijo, con cierto desprecio, el médico.

—Con lo relajadas que son cuando no toca —dijo su madre, y murmuró—: hija de un malnacido irlandés tenía que ser.

En ese momento Marguerite sintió un dolor tan fuerte que todo se nubló, los oídos le pitaron como si fueran a estallar, y no fue consciente de que llamaban a la puerta con fuerza. Entreabrió los ojos, vio cómo su madre abría y hablaba con alguien. La oyó decir: «Pase, Cécile». De pronto la puerta se abrió del todo y *madarne* Lamartine entró en la habitación, profundamente horrorizada.

—¡Paren esto! —gritó.

—¡Deténgase ahora mismo! —le dijo su madre al médico, contagiada del horror de Lamartine.

—¡No! No, mamá, ¡no lo detengas! ¡Por favor, no lo detengas! —

rogó Marguerite con el hilo de voz que le quedaba—, tú no sabes que…

Lo último que Marguerite vio, antes de desvanecerse, fue a Lamartine susurrando algo al oído de su madre, convenciéndola, tranquilizándola, mintiéndole con una sonrisa de amabilidad, mientras el médico retiraba los instrumentos.

Cesare avanzó por el pasillo de la planta superior hacia la habitación en la que le habían indicado que estaba Marguerite. Había tenido que decirle a una de las chicas de abajo que era su marido para que le dejasen entrar. Al escuchar los gritos, se detuvo ante la puerta del habitáculo, con el corazón palpitando fuerte en el pecho, reprochándose la temeridad de venir a Le Palace. Se agachó y miró a través de la cerradura. Vio a una mujer con abrigo largo, de espaldas a él, justo frente a la cama donde yacía Marguerite, dormida, o quizá muerta, bajo unas sábanas manchadas de sangre. La mujer sostenía algo en sus brazos. Escuchó un ruido extraño, una especie de llanto; no parecía el llanto de un bebé, sin embargo, la mujer estaba meciendo a una criatura. Y… si esa criatura era un vástago de Marguerite… ¿podría ser hijo suyo? No, era imposible, Marguerite no podía haber dado a luz, no hacía tanto tiempo que la había visto por última vez en L'Enfer. La mujer del abrigo largo parecía preocupada. El bebé ya no emitía ruido alguno. Por el ángulo izquierdo se aproximó un hombre que llevaba un estetoscopio. Su expresión no era normal. Algo sucedía, el rostro del médico estaba contraído, parecía aterrado.

—Sobrevivirá —murmuró.

Se santiguó, se puso el abrigo y se dirigió hacia la puerta con expresión de terror. Cesare tuvo que esconderse bajo una cómoda, junto a la puerta, para que no le viera. Observó al doctor apoyarse en la pared al salir, como si estuviera demasiado impactado por lo que había ocurrido. Se preguntó qué diablos estaría pasando. Una mujer oronda, con el pelo caoba, salió de la habitación y bajó las

escaleras. Las chicas, en la parte inferior de la escalera, intentaban curiosear.

—¡Fuera de aquí, chismosas, a vuestras alcobas! ¡A seguir con el trabajo! —oyó gritar a la mujer de pelo caoba.

Se mantuvo en su escondite, debajo de la cómoda, durante unos segundos, sin moverse.

Tres hombres con abrigos grises de altas solapas que tapaban parte de su rostro, subieron la escalera y entraron en la habitación, cerrando con llave tras ellos.

Cesare se levantó, se acercó de nuevo a la puerta, sigilosamente y volvió a mirar por la cerradura. Los hombres y la mujer del abrigo, que ahora parecía más tranquila, se situaron en círculo, se arrodillaron. La mujer dijo unas palabras en una lengua que le pareció un dialecto antiguo, y los otros las repitieron, como si se tratara de algún mantra. Así hasta tres veces. La mujer sostenía un colgante, una especie de péndulo, encima del bebé, al que no podía ver. Era el mismo péndulo que le había visto a Marguerite en L'Enfer. ¿Podría ser, aquella mujer, *madame* Lamartine?

Ella se puso en pie y alzó en sus brazos al bebé, que emitía de nuevo ese llanto extraño e insidioso. Cesare, al fin pudo verlo, pero lo que vio no era exactamente un niño. Parpadeó varias veces, pegó la cara a la puerta para distinguir todos los detalles posibles a través de la cerradura, el ojo abierto hasta enrojecerse, el rostro sudoroso. La sangre se le congeló en las venas. Lo primero que distinguió fue una especie de mano retorcida. La mano o, más bien, la garra, pertenecía a una criatura muy pequeña, cuya espina dorsal se prolongaba por encima de las manos que lo sujetaban y se combaba hacia delante, desembocando en lo que parecía una cabeza de pez azulada, gelatinosa y surcada de venas verdosas y rojizas. Se tapó la boca y ahogó un grito, cerró los ojos y volvió a abrirlos, mientras se limpiaba el sudor de la frente, deseando que nada de lo que había visto fuera real. A través de la puerta se escuchaba el llanto agudo, cada vez más fuerte. Parecía dividirse en varios lamentos, de diferentes tonos penetrantes, con fluctuaciones que ninguna

garganta humana podría emitir.

Cesare se escondió, de nuevo, bajo la cómoda, respirando trabajosamente, el corazón a punto de salirse de su pecho. La mujer salió de la habitación, encabezando la comitiva, y Cesare pudo confirmar que se trataba de Cécile Lamartine. Había metido a la criatura en una especie de canasto negro, ocultándola completamente. Los hombres bajaron la escalera, escoltándola. El llanto polimorfo siguió escuchándose hasta que, en el rellano de la escalera, Lamartine tapó el cesto con una especie de tela negra. Se oyeron algunas palabras en el piso de abajo, conversaciones entre mujeres. Cuando todo estuvo despejado, Cesare se levantó, dispuesto a salir de allí a toda mecha, pero las piernas le temblaban. Aún no podía creer lo que había visto. Si aquello era real, si esa aberración realmente había llegado a nacer, algo estaba yendo demasiado lejos. Tenía que ir a la Hermandad AvGull, tenía que avisarles de lo que estaba sucediendo. No, sería imprudente. Probablemente muchos de ellos estarían enterados, incluso estarían compinchados… Debía seguir con su plan, adelantarse, controlar el ritual. Pero esto iba más allá de los nazis. ¿Qué podría hacer para salvar a Marguerite de todo aquello, para salvarse a sí mismo, para detener el horror? Se sintió mareado. Decididamente, esto ya no era ningún juego, y tampoco una búsqueda de conocimiento o de sentido. Quizá todo estaba acabando y el mundo, tal y como lo conocía, comenzaba a convertirse en la antesala de un Hades inenarrable, más oscuro y monstruoso de lo que jamás habría imaginado.

La única forma de conferir algún sentido a lo que estaba sucediendo era tratar de ayudar a Marguerite. Si ella había muerto, le daría el dinero a sus familiares. La redención debía cumplirse. Entró en la habitación. Se acercó a la cama, despacio. Desvió la mirada para no ver la sangre. Marguerite tenía un tono macilento, azulado, la cara hinchada, y estaba en los huesos. Su aspecto era sobrecogedor. Le tomó el pulso. El corazón aún latía débilmente. Seguramente le quedarían solo unas horas, quizá minutos, hasta que

la pérdida de sangre terminara con ella. Tomó aire, dispuesto a hacer algo que jamás habría hecho. Cogió las sábanas y envolvió a Marguerite con ellas, manchando de sangre sus guantes de piel de astracán. Cuando iba a alzarla en sus brazos, entró en la habitación la mujer oronda, de pelo caoba, a quien había visto desde la escalera. Reconoció a la célebre alcahueta de la nocturnidad parisina, *madame* Hildie.

—¿Qué está haciendo? ¿Quién es usted?

—Le diré mi nombre cuando me diga el suyo, *madame*.

La mujer le miró de arriba a abajo, visiblemente extrañada, tomando nota de todo su atuendo, que, a buen seguro, sabía clasificar con agudeza, como cualquier *madame* que tuviera algo de experiencia con los caballeros.

—Soy Hildegart Lacroze y tengo que darle a esa descarriada esta medicina —dijo, enseñándole una botella que contenía un líquido amarillento.

—¿Se lo ha dado la mujer del abrigo?

—Por supuesto que sí, *madame* Lamartine es amiga nuestra —dijo, debatiéndose entre la desconfianza y el respeto hacia la alta alcurnia que le intuía al inesperado visitante—. Es para que pueda dormir bien y se le pase el dolor. ¿Puede decirme su nombre, caballero?

—Como puede ver, *madame*, su hija necesita atención médica inmediata o morirá. Yo soy su marido. Y me la voy a llevar de aquí —dijo Cesare mirándola a los ojos con una dureza implacable, mientras, a toda prisa, cogía a Marguerite en brazos sorprendido de lo poco que pesaba.

Los ojos de *madame* Lacroze se llenaron de estupor.

—¿Cómo dice? ¿Su marido?

—Apártese, por favor.

Madame Hildie no opuso resistencia alguna, y Cesare salió de la habitación, llevando en brazos a la agonizante Marguerite, cada vez más pálida. El tiempo apremiaba, no podía extraer más información por el momento. Bajó las escaleras a toda prisa, mientras escuchaba

la voz de *madame* Hildie:

—¿Cómo es que no me lo dijo?

Recorrió el pasillo de la planta inferior. Algunas chicas se asomaban para ver qué pasaba, murmuraban entre ellas. Salió del burdel y entró en el coche con Marguerite en los brazos.

—¡Señor! —dijo el chófer, sorprendido y alarmado, al ver que la sangre de las sábanas empapaba la elegante carrocería del coche.

—No hay tiempo para explicaciones, llévame a casa de *monsieur* Gabagne.

—Pero señor…

—¡Rápido!

El chófer apretó el acelerador y tomó el camino más rápido hacia la casa del amigo médico de Cesare, en la parte más acomodada de la ciudad, mientras *madame* Lacroze los observaba, desde la entrada ajardinada del burdel, con los brazos en jarras.

—Debió decirme que se había casado con un rico…

* * *

Marsella, Pharo

—Algo está emergiendo —dijo Urik—. Lo percibí y no quise hacerle caso.

Théo y Ginebra, ambos ataviados con sus nuevas ropas de camuflaje, cargando con las maletas y la mochila, miraron a Urik, que se limitaba a caminar por la pequeña habitación, dando vueltas, perdido en sus pensamientos.

Georges Laurent, un amigo de Urik, les había cobijado en el piso superior de su casa, una pequeña habitación con un colchón, un sofá viejo, una mesa y un espejo roto. Al menos, estaban a salvo en

aquella zona de las afueras de Marsella.

—Cuando Urik se pone así, puede estar horas —dijo Théo, que llevaba unas gafas modelo Aviator, barba postiza y un enorme abrigo pasado de moda.

—¡Las piezas comienzan a encajar! —exclamó Urik, de pronto, saliendo de su ensimismamiento, y se dirigió a ellos con un brillo de determinación en la mirada—: Ginebra, esa iglesia inacabada, de aspecto turco, esa mezquita que viste junto a un templete… Existe. ¡Y está en Creta! He recibido hace poco la respuesta del investigador del que os hablé, Ian Brodsky. Es arqueólogo y filósofo, y está investigando en Ierápetra, Creta. Y ahora viene lo mejor: allí han localizado, hace solo unas semanas, el texto que faltaba. ¡El texto del *Critias*! ¿Veis lo que os decía? Todo comienza a encajar. ¡Ginebra, tú lo sabías antes de que Ian me lo dijera! —dijo agarrando de los hombros a Ginebra, que sonrió, desconcertada—. Ahora os contaré la otra parte: tras recibir mi telegrama urgente, Ian fue expresamente al museo de Heraclión y asegura que el disco de Festos no se ha movido de ahí en todo este tiempo. No sabe qué puede ser exactamente esta pieza que tenemos nosotros, pero, en la carta, nos implora que vayamos urgentemente a Creta. Puede ayudarnos. Puede conseguirnos refugio en Ierápetra, antigua Hierapitna, al este de Creta, pero la cuestión es cómo demonios llegaremos. Hay que encontrar una especie de salvoconducto o, al menos, un itinerario seguro. Y hará falta más dinero para que lleguéis hasta allí.

—¿Lleguéis? ¿Y qué pasa contigo? —protestó Théo.

—Yo no puedo irme, merluzo. Estoy muy ocupado intentando analizar la pieza, saber cómo diablos llegó a Koch y a San Víctor o quién era ese hombre al que vio Ginebra con el disco en las manos. Respecto a ese barco del que hablabas, Théo, no hay ni rastro. Suena a que detrás de todo esto hay alguien que sabe cómo hacer desaparecer las pistas. En cualquier caso, voy a necesitar un análisis de sangre de cada uno de vosotros. Lo haremos en el laboratorio de Georges.

—Y no piensas explicarnos por qué, ¿verdad? —dijo Théo.

—Lo sabréis todo en su momento. Hasta que las cosas se aclaren, cuanta más información podamos recabar, mejor. Es la única forma de poder atar los cabos.

—Urik, ¿es cierto que el culto Stver se infiltró en otros círculos? —preguntó Ginebra.

—Eso es otra de las cosas que quiero averiguar. Siempre pensé que se trataba de una mera leyenda. He de hacerme con algunos libros y hablar con algunas personas.

—Urik, ¿qué crees que quiere decir eso de que el disco es un pasaje? —pregunto Théo.

—¿Has oído hablar de la palabra «intersticio»?

—No.

Urik oyó el ruido de un coche y se acercó a la ventana.

—Georges ya ha llegado. Mientras os instaláis, nosotros iremos a su laboratorio a investigar la pieza. No se os ocurra salir sin la ropa de camuflaje. No estamos a salvo. Tracey ha estado indagando: ese tal Fleedermaus os busca en las estaciones de París. Y los nazis no son los únicos que andan detrás de ese objeto.

Urik bajó rápidamente las escaleras.

—Es un cruce entre dimensiones, Théo —explicó Ginebra—. Como un portal que une dos portales.

Théo dejó las maletas en el suelo y se dejó caer sobre una silla de mimbre.

—Es tan extraño, Ginebra… —dijo Théo apesadumbrado—. Creí que en San Víctor se resolvería todo…

—Théo, algo me dice que podremos interpretar el disco, una vez que hayamos visto el texto que falta en el *Critias*. Hay una conexión. He visto… paisajes que creo que pertenecen a Festos. Debemos ir a Creta. Nos harán falta pasajes para llegar allí, identidades falsas…

—Lo sé, y el dinero de Vincent no nos durará mucho más. Siempre el dichoso dinero. Parece que es lo único que circula libre por el mundo; las personas, sin embargo… A veces pienso que nací en un mundo que no era para mí. ¿Te ha ocurrido eso?

—Toda mi vida, Théo…

—Siempre pensé que yo era el raro. Aunque Urik dice que el mundo está al revés, así que, ¡eh, a lo mejor nosotros estamos al derecho, al fin y al cabo!

Ginebra sonrió.

—Parece que el mudo es de los que son como Lucius, y que los demás tenemos que vivir con su permiso. Pero no es así, Théo, el mundo no debe estar hecho a su medida, sino a la nuestra… Creo que, en algún momento, equivocamos el camino. Había otra manera. Había otro mundo posible. Y quiero pensar que lo sigue habiendo.

—Me gusta cómo hablas —le dijo Théo, con su gran sonrisa afable—. Oye, Gin, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Dime.

—He visto que siempre llevas encima aspirinas, y Urik te hace infusiones para el dolor. Yo creí que solo sentías dolor cuando tocabas el disco. ¿Has tenido alguna enfermedad? Si estás sufriendo, puedo ayudarte, yo puedo…

—No quiero hablar de eso, Théo.

Théo hizo un gesto con las manos. Sus ojos grandes y expresivos mostraron una tristeza resignada.

—Lo siento, lo siento, no volveré a preguntar. Ya sé que nunca quieres hablar de nada. No quería hacerte sentir mal.

Ginebra comenzó a deshacer el equipaje, ocultando las lágrimas, mientras Théo colocaba unas sábanas sobre el sofá donde dormiría él y sobre el colchón donde dormiría ella. Se sentía mal consigo misma: no se estaba portando bien con la única persona que le ofrecía cariño auténtico. Se acercaba el momento de hablar con él, con total sinceridad, pero primero debía hacer algo importante. Extrajo de su bolsillo el sobre que había preparado para Claire y que tenía una única palabra escrita en el remite: «Charabia». Ojalá su amiga interpretara bien el mensaje…

* * *

París, Ferrières-en-Brie

La madrugada parecía impregnada de una extraña ceniza que flotaba en el aire gélido del invierno. Los árboles dibujaban formas pintorescas en torno a aquella mansión escondida en un bosque perdido en el tiempo, una especie de páramo ancestral cuya salvaje frondosidad había escapado a las manos del hombre.

Cesare ajustó los prismáticos y observó, desde la seguridad de su coche, cobijado por los árboles, aquel imponente palacete de piedra, cuya ala lateral estaba cubierta por las enredaderas. Era de las pocas construcciones que mezclaban el gótico isabelino con el modernismo. Había dado con el emplazamiento rastreando el paradero de Lamartine, quien se había esfumado después del nacimiento de la criatura en Le Palace. Nadie sabía nada de ella o, al menos, nadie hablaba. Finalmente, *madame* de Beauharnaois, convenientemente ebria, le había hablado de ciertas reuniones a las que acudía un amigo de su marido, en un lugar señorial y retirado, al este de París: en Ferrières-en-Brie.

Debía investigar sin levantar sospechas. Estaba siendo demasiado impaciente y eso le pasaría factura… De hecho, misteriosamente, había dejado de recibir las invitaciones a las galas nocturnas de L'Enfer. Le habían excluido de la lista de los «elegidos».

En ocasiones, las luces del piso inferior de la mansión oculta por los árboles se encendían tras las gruesas cortinas, arrojando un resplandor anaranjado sobre el bosque, y algún individuo con chaqué salía de un coche y subía las escaleras principales. Daba la impresión de que estaban preparado algo, pero… ¿qué

exactamente? ¿Y quiénes eran? No había ni rastro de Lamartine.

Lo que Marguerite le había contado respecto a sus extraños síntomas y el cautiverio en casa de la médium, todavía le angustiaba. La había dejado a salvo en una casona propiedad de su familia, donde una enfermera de su confianza se encargaría de ir a cuidarla hasta que se recuperase de la intervención. Gabagne había hecho un buen trabajo. Para él era habitual arreglar desaguisados de abortos mal hechos a las amantes de sus amigos ricos, y probablemente habría pensado que se trataba de un hijo bastardo de Cesare. Jamás hubiera imaginado la realidad, y era mejor no desengañarlo.

En cuanto a Lucius, buscaría la forma de probar su agresión y el registro de la casa. Marguerite no era exactamente una espía, pero, a buen seguro, conocía más trapos sucios de la sociedad parisina que la policía; era mejor que ese cerdo arribista creyera que estaba muerta. A su vuelta haría justicia con él, aunque le valiera el desprecio de Hess, pero primero debía asegurarse de estar presente en el ritual cuando se llevara a cabo.

La carta que le había escrito a Marguerite aguardaba, todavía, en un cajón de su escritorio. No podía prometerle que se amarían en un momento tan incierto como este. Debía llegar hasta el final con Tür, no porque le importaran ya lo más mínimo las pesquisas de Hess, los estudios sobre el origen ario o esa Thule renacida como Atlántida del Reich, sino para controlar los pasos de los nazis. Sabiendo que Fleedermaus jugaba a dos bandas, tampoco podía confiar en Himmler. Lo distraía mezclando pistas reales y falsas, para adelantarse a la Ahnenerbe, mientras informaba a Hess. Por otro lado, a través de un arduo intercambio de favores, había conseguido que Marcus le prometiera datos jugosos en cuanto al origen de la reliquia.

A través de los prismáticos comprobó que, entre los elegantes coches aparcados, había varias matrículas extranjeras: de Estados Unidos, Inglaterra, Suiza… Le sorprendió ver que una de las matrículas era turca.

El coche negro que permanecía aparcado tras los arbustos, a las puertas laterales de la casa, se puso en marcha, hizo un giro y desapareció por el otro lado. Se preguntó si le habrían visto. Era imposible, había guardado suficiente distancia como para que ni siquiera imaginaran que estaba allí. ¿Qué diablos estaban preparando en esa mansión de piedra? ¿Qué estaban esperando?

Irritado por la imposibilidad de saber, arrojó los prismáticos al suelo del coche y se frotó la frente con la mano.

—Llévame a casa —le dijo a su chófer, cansado—. Por hoy ya es suficiente.

* * *

Marsella, Pharo

—Esperan el advenimiento —dijo Ginebra.

De nuevo, otra de esas frases que no comprendía. Siempre era igual. Tendría que apuntarlo en una libreta y esperar a que se conformara un significado. ¿El advenimiento de quién?

Sentada en una vieja silla, en el umbral de la puerta que conducía a la azotea de Georges, observó la lejana pantalla de cine en la que estaban proyectando una película de la pequeña Shirley Temple, y movió los pies al ritmo de *Kent Road*. No podía distinguir nítidamente las imágenes, pero sí escuchaba el sonido de las canciones. Se preguntaba cuánto tiempo hacía de la última vez que había bailado. Antes le gustaba bailar.

Tenía la espalda dolorida y picores en los brazos. No era fácil dormir en tan poco espacio, y compartirlo con los mosquitos y el moho de la humedad. Además, Urik aparecía y desaparecía cuando menos lo esperaban, mantenía reuniones de las que no les contaba

nada y aún no conocían a ese tal Georges que les estaba prestando la casa. Apuró su copa de vino para el dolor. Hoy las aspirinas no eran suficiente.

—Oye, para otra vez avísame cuando quieras bailar —le dijo Théo a Ginebra—. ¡Soy buen compañero!

Allí de pie, a la luz tenue de los candiles, Théo la miraba con esa sonrisa que le dibujaba arrugas afables bajo los ojos. Ginebra se dio cuenta de que había cierto atractivo en su mentón saliente, en sus labios bien esculpidos y en esos ojos grandes. Su nariz prominente, con esa ligera torcedura, consecuencia de un puñetazo en una pelea con un compañero del Ejército —él le había contado toda su vida a lo largo de viaje a Marsella—, tenía un cariz más viril con la barba. De pronto, Ginebra se sintió nerviosa; notó algo parecido a lo que había sentido aquella noche, durante su paseo con André Breton, pero enseguida apartó ese pensamiento. Quizá fuera efecto del vino.

—¿Sabes? Urik dice que cada vez estamos más cerca de poder marcharnos —dijo Théo.

—No lo sé. Estarán vigilando las fronteras.

—Urik tiene sus métodos. Y, de todos modos, quizás ese Lucius haya decidido no seguir con esto. Quiero decir, aunque nos busquen por la pieza, quizá Lucius no vaya a por nosotros.

Ginebra guardó silencio.

—No lo conoces —murmuró.

—Ginebra, a ti tampoco te conozco. Solo sé que tuviste una especie de historia con ese tipo cuando eras espía y esas cosas.

—No era espía, era agente… Y ni siquiera era agente de campo. Me dedicaba a investigar.

—¿Ves? No sé ni qué trabajo tenías, ni por qué sientes dolor… Y, si no lo sé, no puedo ayudarte.

—¡Nadie puede ayudarme, Théo! —gritó Ginebra.

Miró a su alrededor y se tapó la boca con las manos. Entró en la pequeña estancia y se dejó caer sobre el colchón donde ella dormía. Théo se sentó junto a ella. Desde el piso de abajo llegaba la música de la armónica que estaba tocando Urik.

—¡Ginebra, yo sí puedo ayudarte! Si me dejas hacerlo…

—Está bien… —dijo Ginebra. Le miró a los ojos, se sentó en el colchón y cruzó las piernas—. Lucius intentó matarme.

—¿Cómo?

Ginebra tomó aire y bajó la cabeza. Después, cerró los ojos unos segundos. Théo le cogió las manos.

—Fue en Londres… —reveló, con la voz temblorosa—, hace años. Cuando aún estábamos juntos, pero yo ya había descubierto la clase de persona que era. Vi cómo se quitaba de en medio a uno de sus rivales, Herman Foster… Solo tuvo que dar órdenes y mover hilos. Hizo que Foster sufriera un «accidente» que casi acaba con su vida, porque él quería afianzarse en el puesto que tenía, quería ser importante a toda costa. Por eso entró en el Partido Nazi. Entonces le dije que me iba… Ojalá ese hubiera sido el final —continuó, Ginebra. Théo apretó su mano y la acarició—. Él no quería dejar que me fuera, insistía en que debíamos casarnos y en que yo debía borrar las huellas judías de mi familia. Yo le dije todo lo que pensaba de él. Reaccionó de forma violenta, me amenazó. Y entonces… enfermé, comencé a sufrir dolores terribles, mareos constantes… No me podía mover de la cama. Lucius me convenció de que me cuidaría, de que solo él podría conseguirme a los mejores médicos. Pero esos médicos no sabían lo que me pasaba, me hacían pruebas y no averiguaban nada, y yo me sentía cada vez más débil…

Ginebra se detuvo y tomó aire. Se sentía torpe y vulnerable.

—Ginebra, estoy aquí contigo. Estoy aquí… —le dijo Théo, apretándole las manos.

—Los médicos me decían que probablemente fuera un problema nervioso, como si yo me hubiera vuelto loca. Y Lucius, por supuesto, era el instigador de esa teoría. Al fin, a escondidas y con ayuda de mi amiga Claire, logré ir a un doctor que me había recomendado mi amigo John Waxley.

—¿Qué pasó?

Ginebra tomó aire y contuvo el llanto.

—Me hizo un tipo de análisis especial, uno que no me habían

hecho hasta ese momento. Y ahí…

Théo la observó preocupado, al ver cómo el rostro de ella empalidecía súbitamente y le costaba contener las lágrimas.

—Estoy contigo —le dijo, limpiándole una lágrima que se le había escapado—. Continúa, te escucho.

—Hallaron calomelanos, un producto que contenía mercurio, difícil de conseguir por los canales habituales, pero no para alguien tan bien conectado como Lucius. El médico me dijo que hacía tiempo que esa sustancia estaba en mi cuerpo, lo estaba ingiriendo en dosis continuadas —explicó, con voz temblorosa—. Lucius llevaba meses envenenándome, mientras me decía que me quería. Su intención era eliminarme y que no quedaran pruebas.

—Dios mío, Ginebra. ¡Es terrible!

—Él tenía… un manuscrito mío. Supe que iba a sacarlo con su nombre. La jugada le iba salir fenomenal. John siempre me decía que Lucius me estaba matando. Nunca imaginé que sería literal —dijo Ginebra, y dejó escapar una risa irónica que rompió en sollozos ahogados.

—¡Hijo de Satanás! —gritó Théo, que se sentía arder por dentro.

—Aún arrastro las consecuencias. Son los dolores por los que me preguntabas. Efectos secundarios de la medicación que tuve que tomar para recuperarme, y de esa sustancia… No he hablado de esto con nadie… no podía. Ahora sabes quién es Lucius y hasta dónde es capaz de llegar.

—¡Lo mataré con mis propias manos! ¡Lo mataré!

Ginebra puso un dedo sobre sus labios.

—No, Théo —repuso. Se limpió las lágrimas y le acarició—, no dejes que te infecte.

Théo le acarició el pelo y la besó en la frente. Ella apoyó la cabeza en su hombro, y él la abrazó y la meció.

—No dejaré que te atrape. Que nos atrape. Podrás con esto. Podremos. Yo te ayudaré.

Ginebra ahogó los sollozos en el pecho de Théo, que le acariciaba el pelo con ternura. Poco a poco se fue tranquilizando,

mientras Théo reprimía sus propias lágrimas.

—Théo —dijo Ginebra, de pronto—. ¿Urik sabe que soy judía?

—Sí…, ya sabes cómo es: investigó un poco, por si eras una espía enviada por el Gobierno o algo así —dijo Théo poniendo los ojos en blanco—. ¿Por qué lo dices?

—Por vosotros. No es el mejor momento para hacer equipo con una judía.

—¿Y qué? Yo soy cristiano y hubo momentos históricos realmente malos para estar con nosotros, ¿no? Oye, ¿quieres bailar? He visto que te gusta bailar. ¡Yo no lo hago mal! Bueno, tampoco es que lo haga bien, pero, en fin… ¡Vamos, bailemos!

Ginebra sonrió y se limpió las lágrimas.

—Venga ya… —dijo.

—En serio, bailemos —insistió Théo poniéndose en pie.

—¿Ahora?

—¡Sí, vamos! —dijo Théo ayudando a Ginebra a levantarse.

Lentamente comenzaron a bailar un torpe vals, procurando no golpearse la cabeza contra el techo abuhardillado. Tropezaron con el colchón y se agarraron el uno al otro para no caer. Permanecieron unos instantes mirándose a los ojos.

—Théo —dijo Ginebra—, gracias. Gracias por… ser verdad.

—¡Exacto! ¡Esa es la clave! ¿Cómo no lo había visto hasta ahora…? —exclamó Urik, que estaba en la puerta de la estancia, mirándolos absorto, como si acabara de tener una revelación.

—¡Urik! —protestó Théo, molesto—. La gente suele llamar antes de pasar, ¿sabes?

Urik llevaba unos minutos observando a Théo y a Ginebra bailar como dos niños grandes, fijándose en sus miradas, en sus palabras. Se acercó a ellos.

—Cuando el mundo se deshace, las personas con un corazón suficientemente puro son capaces de percibir la frecuencia. Todavía no sé explicarlo, pero tal vez seáis los mensajeros, los canales, los encargados de crear… una brecha en el continuo. Al menos, así lo espero.

Théo y Ginebra miraron a Urik en silencio.

—Ya…, ¿y cómo diablos se supone que vamos a hacer eso? —dijo Théo.

—El camino no va a ser fácil. La luz es perseguida por la oscuridad.

—Yo no estoy seguro de tener ya esa luz, Urik —dijo Théo bajando la cabeza y perdiéndose en sus recuerdos.

—Tú no lo eliges, no es algo que se gane o se pierda. Forma parte de ti, lo quieras o no, como tu educación y todo lo que has vivido, desde que viniste al mundo —dijo Urik. Se acercó a Théo y le puso la mano en el hombro—. Théo, la guerra no lo mató todo en ti. No eres un tipo duro como Vincent, y eso parece una debilidad, cuando el mundo está al revés, pero, desde el punto de vista de la cordura, es tu fortaleza, la mejor de todas, la más auténtica, nunca lo dudes.

Ginebra y Théo guardaron silencio pensando en lo que Urik acababa de decir. Théo sonrió y miró a Ginebra.

—Si eso ha servido para unirnos, bienvenido sea —celebró.

Escucharon el ruido de un coche que se acercaba a la casa.

—¡Vamos, Fred y Ginger! Georges nos espera fuera con el coche. He recibido informaciones jugosas y tendremos vía libre hacia la costa.

—Urik, ¿habéis podido analizar el disco? —preguntó Ginebra, mientras se apresuraban a preparar el equipaje.

Urik guardó silencio, como si estuviera intentando recomponer un puzle.

—Hay algo que todavía no podemos clasificar o, al menos, necesitamos una mayor tecnología para hacerlo; el laboratorio de Georges se nos queda pequeño. He escrito a mi amigo, el científico Jacques Bergier, y le he enviado una muestra y estoy esperando noticias. Tal vez él pueda averiguar algo más.

—¡Más enigmas! —protestó Théo, mientras terminaba de preparar su escaso equipaje.

—Aquí no vale la razón, Théo. Y tampoco el instinto. Esto es una

cuestión de fe —repuso Urik—. Elige el camino del latido, de la intuición, de la imaginación, y elegirás bien, ¿comprendes, amigo? Y, diantres, no seréis filósofos, pero creo que de eso sabéis más de lo que yo pensaba. ¡Vamos! Poneos la ropa de camuflaje, cerrad bien las puertas y controlad el disco. No hay tiempo que perder. Tenemos que hacer el primer tramo en coche.

—¿Y después? —quiso saber Théo.

—Después, comienza la aventura.

* * *

París, embajada de Alemania

Lucius retiró lo que quedaba de su plato de carne en salsa y lo dejó sobre su mesa de trabajo. Le daban asco aquellas comidas francesas con sabores cursis que en nada podían competir con una buena *Bratwurst*.

Estaba nervioso y cansado. Y no podía permitirse estar cansado. Abrió el cajón, extrajo de su estuche el pequeño frasco que contenía el polvo blanco y trazó una raya sobre la mesa. Aspiró profundamente y se dejó caer sobre el respaldo de la silla. Todavía le dolía la herida en el cuello y sentía molestias en la entrepierna. ¿De dónde habría sacado tanta fuerza esa ramera? Se alegraba de haberla matado. Parecería un crimen normal, dada la situación. Una prostituta muerta más, y si Cesare llegaba a saberlo, no diría una palabra, no querría que el Reich se enterase de su «asunto» con la pelirroja. Desafortunadamente, era imposible saber con certeza si Cesare había hecho fotografías de su última reunión con Himmler. Tal vez hubiera sido Riemann, el ayudante de Rolf, o tal vez una falsa alarma. Esa Marguerite, como buena perra de Evola, había

hecho bien su trabajo antes de morir: no había ni rastro de documentos comprometidos en la Rue Mazarine.

Se mordió la uña del pulgar. Debía mantenerse alerta.

Gracias a sus movimientos bajo cuerda para la Operación Netz, ahora algunas de las principales fortunas francesas apoyaban a los nazis. La red de datos y conexiones con pesos pesados para ampliar el Imperio era cada vez más amplia, lo cual le valía el respeto de Himmler y de Hess. Evitaba las sospechas de Hess alimentando a su perro, Riemann, con engaños que hacían creer a Rolf que le era fiel. Jamás le había resultado difícil ganarse a la gente y convencerla de cualquier cosa. Tenía ese poder. Pero todos los hilos de la estructura debían estar igual de tensos, nada podía escaparse. Rolf tampoco. «Ninguna planta sin regar. Todo el terreno abonado», se recordó a sí mismo.

Extrajo de un cajón los registros de lo que iba sucediendo en París y que debía entregarle a Hess: acuerdos, chantajes, intercambios…

—Pamela, trae los informes del lunes —ordenó a su secretaria, una joven francoalemana apocada y poco atractiva.

Ella salió de su cubículo, que ocupaba un tercio de la sala que compartían, ya de por sí pequeña, y acudió solícita con una carta en la mano.

—Aquí los tiene, señor —ofreció ella, acudiendo solícita—. Se los he ordenado todos por fechas, y esta es una notificación que ha llegado para usted —dijo, tendiéndole un sobre—. ¿Quiere que le traiga otra tirita para su herida?

—Pammie, eres encantadora, siempre te preocupas por mí —dijo, dedicándole una sonrisa amplia y seductora, casi tierna—. Y no pareces celosa. La mayoría de mujeres lo son, ya lo ves —mencionó señalándose el cuello—. Un amigo mío me dijo, hace tiempo, que las mujeres, un día, me iban a matar —añadió con falsa resignación seductora.

—Oh, *herr* Fleedermaus, hay mujeres muy celosas, en efecto. Y usted… —dijo ella, tímidamente, bajando la cabeza—. Bueno, usted

es… es tan atractivo —confesó, con voz temblorosa, y carraspeó.

Lucius rio con ese tono humilde y campechano que sabía que les encantaba a las mujeres.

—Eso será porque no me conoces. No creas que me resulta fácil resistirme a los encantos de algunas mujeres… —añadió, mirándola de arriba a abajo. Ella volvió a sonrojarse. Entonces, Lucius adoptó un tono serio y cortante—. Plánchame la camisa —ordenó con firmeza—, debo llegar puntual a la cena de esta noche.

—Ahora mismo, *herr* Fleedermaus —respondió ella, desconcertada.

Lucius disfrutaba viéndola así, perdida en su juego, desequilibrada, aturdida. La excesiva sensibilidad de las mujeres las hacía fáciles de manejar; era sencillo volverlas locas y que ellas mismas se acabaran ganando esa fama. «¿Y yo? Yo no hice nada, señor juez, ella está como una regadera, como todas las mujeres». Casi resultaba demasiado fácil.

—Pammie —le dijo, antes de que entrara en su pequeño despacho—, se te ha desabrochado un botón de la blusa.

—Oh, lo siento, ¡lo siento! —se disculpó ella, turbada.

Lucius permaneció inalterable viendo cómo Pamela, ruborizada hasta lo indigno, trataba de cerrarse el botón con sus dedos temblorosos.

—No seas pusilánime, Pamela. No te da buena imagen —aconsejó él, con evidente desprecio, mientras abría despacio el sobre de la notificación, para alargar la agonía de Pamela—. Uno no es de piedra —añadió, de pronto, mirándola con una repentina sonrisa. Y después, en tono cortante, terminó con un «puedes retirarte».

Pamela, nerviosa, se colocó el pelo y regresó a su pequeño despacho.

Tras leer la carta que contenía el sobre, Lucius comenzó a morderse las uñas. Cogió el teléfono y marcó el número de Kumber.

—Acaban de comunicarme que Bernard y Wilde podrían estar en la región de Marsella —dijo—. Han visto movimientos sospechosos

allí. Compruébalo y haz lo que sea necesario, pero la quiero con vida.

Colgó.

Pamela, todavía sonrojada, le trajo una bandeja con el vaso de cerveza que siempre solicitaba a la misma hora.

—Me gusta tu puntualidad, Pammie. Si eres buena y terminas todo en un par de horas, te invitaré a almorzar mañana —propuso, saboreando la idea de dejarla plantada al día siguiente, y le guiñó un ojo. Pamela sonrió tímidamente—. Vamos, vamos —continuó Lucius acercándose a ella y dándole un cachete en el trasero—, las secretarias guapas que se quedan hasta tarde en la oficina siempre son recompensadas.

Pamela sonrió, tosió, tomó aire y, asintiendo varias veces, se retiró a su pequeño compartimento, tambaleándose sobre sus tacones, cargada con el montón de informes. Lucius sonrió. «Siempre demasiado fácil», pensó. «Siempre demasiado débiles». Se fijó en la forma de andar de Pamela, tratando de manejar aquellos zapatos con excesivo tacón que se había puesto con el único fin de parecerle atractiva, y en su falda nueva, que le habría costado más de lo que podría permitirse. Se preguntó qué se sentiría caminando con una de esas faldas plisadas vaporosas que se pegaban a los muslos, y con esos zapatos de tacón que hacían que las piernas fueran más bonitas. En ese instante pensó en los labios de Rolf, en sus brazos fuertes y su expresión severa, en lo sucedido en el Nachtlokal, y tuvo que calmar la excitación abanicándose con unos papeles.

Decidió entrar en el compartimento en el que trabajaba Pamela.

La secretaria golpeaba a toda prisa las teclas de la máquina. Tenía los ojos húmedos. Cuando le vio entrar, se levantó rápidamente y bajó la cabeza, estirándose la falda y la blusa.

—Pammie… —dijo él, acercándose a ella—. No habrás estado llorando, ¿verdad?

—Oh, no, *herr* Fleedermaus, yo no…

—Schsss —dijo él, poniéndole el dedo índice bajo la barbilla para

obligarla a alzar la cabeza y que la luz que se colaba por la ventana le iluminara los ojos llenos de lágrimas—. ¿Qué voy a hacer contigo? —le dijo con un tono entre lastimero y libidinoso, mientras le pasaba el dedo pulgar por los labios. Pamela se encogió de hombros, como una niña buena.

Despacio, Lucius acercó sus labios a los de ella, para alejarse inmediatamente y dejar que fuera ella la que buscara el beso. Introdujo la lengua en su boca y saboreó cada matiz de su miedo y su ingenuidad.

—Si sigues besando así, creo que puedo decir… —disfrutó de la pausa—. Sí, diré que seguirás siendo mi secretaria cuando esté en la Gestapo —anunció.

Pamela sonrió embelesada, pero se tapó la boca enseguida, consciente de la puerilidad transparente de su gesto. Torpemente, caminó hacia el otro lado del pequeño despacho y le mostró a Lucius una camisa colgada en una percha.

—Ya está planchada, *herr* Fleedermaus —anunció sin mirarle a los ojos.

Lucius la repasó con los dedos y frunció el ceño.

—Plánchala de nuevo. No debe quedar ni una sola arruga. La otra vez lo hiciste muy bien. No me defraudes, Pammie —advirtió Lucius, acariciando la camisa. Después, le pellizcó la mejilla a Pamela y salió del cubículo, mientras ella asentía y pedía perdón.

Hoy no iría de incógnito: se trataba de una cena elegante de relaciones públicas y debía representar a su mejor Lucius Fleedermaus. Recogería al director de Deutsche Bank y al marqués de Brinon, y los llevaría a cenar y a beber a los mejores lugares de la ciudad. Ese marqués engreído estaba casado con una judía, pero a nadie parecía importarle, dada su posición colaboracionista. Él no iba a ser menos: lamería el culo de ese Brinon hasta sacarle brillo y le ofrecería los frutos a Rolf en bandeja de plata

Antes de salir, con la camisa planchada por segunda vez, sin una mácula, se impregnó la boca de colonia para evitar el mal aliento, y esnifó otra raya de cocaína. «Ningún cabo suelto, ninguna planta sin

regar, ningún terreno sin abonar», se recordó a sí mismo.

* * *

Cap d'Antibes, hotel Belles Rives

Sentado bajo el sol en la mecedora de la terraza sombreada del hotel, Cesare plegó el periódico *Le Figaro* y lo dejó, con desgana, sobre la mesa de mármol, enfundó su Montblanc y cerró su cuaderno. Quedaban solo unas horas para que saliera el tren. El calor húmedo de la Costa Azul anunciaba la primavera y la terraza, poblada de flores violetas y rosadas, trazaba una realidad completamente ajena a la que él estaba viviendo. No solo no había logrado averiguar nada respecto a Lamartine, sino que ahora «ellos», fueran quienes fueran, estaban vigilándole. Extrajo del bolsillo la nota que le habían hecho llegar a su casa de La Muette, en la que solo se leía una frase escrita a máquina sobre el papel: «Primer y último aviso: no vuelva a Ferrières-en-Brie».

En las últimas semanas muchos de sus amigos y conocidos habían comenzado a evitarle, incluso en la Sociedad Teosófica y en la Hermandad AvGull. El ambiente se había enrarecido tanto que hablaban de él a sus espaldas y le ninguneaban deliberadamente. Al menos, había logrado que, antes de ser condenado al ostracismo, Marcus le diera un nombre en clave relacionado con la reliquia y el asunto Koch: Ahmet Sahin. Al parecer, se trataba de un guía turco. Junto al nombre figuraban unas coordenadas geográficas que remitían al área de Kermerhisar, todo ello cifrado con los caracteres que empleaban en AvGull.

Ahora sabía —y no estaba dispuesto a compartir esa información mientras Fleedermaus estuviera husmeando— que Koch había

obtenido la pieza en unas excavaciones en Anatolia, al sur de Turquía. Cuadraba, también, con la matrícula del coche que había visto en Ferrières.

Ante él, el embarcadero del hotel resplandecía bajo arcos de flores blancas y rosas, a modo de tarta. Los turistas montaban en las barcas decoradas con pulcras letras azules o paseaban por los jardines del hotel que, anteriormente, había sido la villa del escritor Francis Scott Fitzgerald. Las damas llevaban sombrillas, y los hombres, chaquetas de lino y sombrero panamá. Nadie se permitía una leve mancha, una arruga o un pañuelo mal doblado.

Bajo su terraza vio a un hombre que paseaba despacio del brazo de una mujer, sosteniendo una sombrilla. Reconoció rápidamente al doctor Gabagne. Siempre iba por allí en verano, acompañado por la esposa con la que se había casado por interés, para escaparse a los selectos prostíbulos de la zona. Gabagne le saludó, ufano, considerándose moralmente superior ahora que le había hecho un favor con el asunto de Marguerite. Sintió náuseas.

No se había ido de París por la nota de amenaza, ni siquiera porque le hubieran marginado, sino por asco. El asco que sentía al contemplar el lujo festivo y la absoluta impunidad con que todos aquellos ricachones malgastaban sus fortunas en diversiones vacuas. Le repugnaba esa degradación social de la que él mismo había formado parte.

¿Quiénes eran los responsables de esa amenaza en la nota? ¿Hermanos de AvGull?, ¿compañeros de la Teosófica?, ¿miembros de la alta sociedad?, ¿los mismos nazis? ¿Con quién colaboraba Lamartine? Todo estaba unido, los intereses confluían y el gran conglomerado se movía como una inmensa máquina sin ojos.

Cesare Evola, que se había creído en lo más alto, aún debía arrodillarse ante toda una superestructura que se erigía en la sombra, por encima de él, y de cuyo poder no había sido del todo consciente. ¿Cómo había podido ser tan ignorante y estúpido? Tratar de disolver esa maraña que se apoyaba en siglos de entramados era como dinamitar el hormigón con petardos. No había salida para ese

laberinto.

Recogió sus cosas y corrió a su habitación del hotel a por las maletas.

Algo le decía que la pieza que buscaba Rudolf estaba relacionada también con un laberinto; no en vano, el proyecto se llamaba Tür, «minotauro», supuestamente por conexiones aleatorias con la mitología. Tal vez no fueran tan aleatorias. Si no podía descubrir quiénes eran Lamartine y su séquito, sí podría hallar la pieza que buscaba Hess y adelantarse a sus pasos. Todo estaba conectado, y lograría dar con la clave, aunque tuviera que seguir hasta el final el maldito ovillo de Ariadna.

* * *

París, Café de la Paix

—*Herr* Fleedermaus, seré breve —dijo Riemann, con su expresión hierática y su cara de ratón, en un tono tan bajo de voz que resultaba irritante—. No es un momento fácil para nosotros en Francia, se acerca la implementación del Plan Blanco y, como sabe, debemos ser todavía más discretos. Traigo noticias de Hess, respecto al asunto Wilde. Han estado investigando a un agente del ministerio, Vincent Siena. Parece ser que tenía contacto con un tal Théodore Bernard. Tras cotejar las fotografías que usted nos proporcionó tenemos motivos para pensar que es el hombre que acompañaba a la espía inglesa en París y que podría tener en su poder la reliquia que busca *herr* Hess.

Lucius vio cómo el horizonte se abría, definitivamente, hacia la anhelada venganza.

—Ginebra Wilde no es inglesa. Es francesa. Y judía. Desde el

principio le seguí la pista en el sur de Francia —dijo Lucius jugueteando con la servilleta sobre el mármol de la mesa—. Yo sabía que ella podría estar relacionada con la desaparición de Derek Koch y con esa pieza, a pesar de lo que dijera Cesare Evola —mintió.

—Bien. Es necesario ampliar efectivos y ocuparse de que se capture a Bernard y a Wilde cuanto antes. Ordenes directas de Rudolf Hess, desde Berlín.

Lucius saboreó su trago de cerveza y agitó la copa.

—Descuide, Riemann. Supervisaré cada detalle de la operación. ¿Qué hay de ese Siena?

—Lo han cogido tratando de abandonar Francia. Ha pasado a disposición de la Gestapo, señor. Tal vez pueda colaborar con el Reich. Tiene información que puede ayudarnos.

—Excelente.

Riemann asintió, se levantó y salió del café, perdiéndose en el tumulto de la plaza de la Opera.

Lucius sonrió, observando el giro de los acontecimientos. Ya no tendría que estar dependiendo de lo que sus ayudantes, Kumber y Hans, pudieran hacer. Ahora tenía permiso para iniciar la cacería.

* * *

Isla de Montecristo

Ginebra avanzó, desorientada, por la arena blanca de la cala en la que habían atracado, cargando con su maleta, mientras Théo y Urik bajaban del carguero el resto del escaso equipaje. La velocidad del viaje le había dejado algunos moratones y arañazos.

—¿Está usted bien, señorita Wilde? —preguntó Georges, el amigo de Urik, que siempre hablaba de un modo elegante.

Era un hombre alto y delgado, llevaba gafas y el flequillo abundante le tapaba la parte superior de los ojos.

—Sí, no se preocupe, solo tengo algo de vértigo. La estrategia de difundir pistas falsas funcionó a la perfección. Quizá todavía nos estén buscando en los trenes esos sicarios de Lucius.

—Ha sido usted muy valiente. La huida por mar desde Marsella no fue fácil. Por suerte, el puerto comercial de San Remo es una zona poco vigilada, dado que no hay pasajeros, y pudimos subir al carguero a tiempo.

—Quería agradecerle que nos haya dejado su casa todo este tiempo, en Marsella.

—Oh, me hubiera gustado poder ofrecerles algo mejor. Además, no debe darme las gracias a mí, sino a Urik. Él me ayudó cuando yo lo necesité. Yo me encargaré de guiarles hacia el monasterio. El camino es intrincado y es casi de noche.

—Tenía entendido que este lugar estaba desierto, y el monasterio en ruinas —supuso Ginebra.

—No es lo que parece. Los que estamos en los circuitos alternativos sabemos de algunas celdas secretas que resistieron en pie, entre las ruinas de San Mamiliano.

—Entonces, ya ha servido como refugio de alguien, supongo.

—Así es, Ginebra. En este caso me sirvió a mí.

—¿Usted?

—Hace tiempo, tuve que huir del lugar en el que vivía y trabajaba como científico. Delaté a un cargo importante de una de las corporaciones más importantes del país y tuve que marcharme. Me fui a Francia, donde vivía la familia de mi padre, y allí encontré a Urik, o más bien él me encontró a mí. Entonces supe de más gente que estaba en casos parecidos al mío. Ese hombre que nos ha traído en su barco —dijo señalando al conductor del carguero— huyó de la mafia hace unos años. Le perseguían por haber sido testigo en un juicio. La policía le vendió, estaba compinchada con ellos. Urik nos ayudó, en su momento, y yo jamás lo olvidaré. Y, en fin, ahora estamos en la isla de Montecristo, el lugar más literario de la

Toscana.

—Pero ¿no tiene Italia un pacto de alianza con los nazis? —preguntó Ginebra.

—Pueden estar seguros de que, en esta isla, nadie va a buscarlos: el monasterio está oficialmente abandonado y conozco gente en las islas cercanas, Elba y Giglio. Por favor, permítame que la lleve yo —demandó, cogiéndole la maleta.

Théo, que caminaba unos pasos detrás de ellos, cargando con la mochila en la que iba el disco y con el resto del equipaje, miró a Georges con recelo. Era más guapo y alto que él y hablaba mejor.

—«Permítame que la lleve yo» —murmuró, con voz burlona, haciendo una mueca.

—Théo —dijo Urik agarrándole por el brazo—. Debo hablar contigo… con vosotros. Ginebra, acércate, necesito que escuchéis esto.

—Me adelantaré con el equipaje —dijo Georges, cogiendo las maletas, mientras Ginebra se acercaba a Urik.

—Escuchad, he recibido una carta de un viejo amigo. Fue justo antes de salir y solo he podido leerla en el carguero. Théo, al parecer, en el año 1919, una importante empresa estuvo investigando el efecto de determinadas sustancias en el cuerpo humano. La razón no está clara y no es oficial. El caso es que mezclaron compuestos de mercurio con otras sustancias para generar una reacción en la sangre.

—¿Mercurio? —susurró Théo, y rápidamente miró a Ginebra.

—Un empresario suizo estaba empeñado en que esos experimentos tuvieran éxito, él puso en marcha el plan, pero otros colaboraron con él. Casualmente, ese empresario coleccionaba piezas antiguas, en su mayoría minoicas. Y aquí viene lo mejor: pertenecía a una sociedad secreta, heredera de los Iluminados de Baviera, con sede en Lucerna y San Gotardo. La misma a la que pertenecía nuestro amigo Derek Koch.

—¿Se conocían? ¿Lo planearon juntos?

—Théo, solo sé lo que os estoy contando. Se fletaron varios

barcos, el tuyo no fue el único, y se hicieron rituales en lugares específicos, como San Víctor, y otros puntos geográficos, curiosamente los mismos donde se están repitiendo ahora. No he podido averiguar nombres, pero sí he atado cabos. Ginebra, lo que dijiste en la cripta tiene sentido.

—Se está repitiendo… y tengo la sensación de que sucedió más veces.

Urik asintió.

—Escuchad, ambos habéis estado en contacto con el mercurio. Así lo muestran los análisis que os hice.

—¡Los análisis eran para eso! ¿Ya lo sabías y no nos lo dijiste? —reprochó Théo.

—No sabía nada en ese momento, Théo: solo quería averiguar qué había en vosotros que pudiera conectar con el disco… Si atamos cabos es fácil ver que ellos estaban estudiando precisamente eso. De hecho, el empresario murió pocos años después por una extraña intoxicación en la sangre. Seguramente, experimentó consigo mismo, buscaba la forma de manejar la pieza y erró. ¿No lo entendéis? No lograron activar el disco, porque la clave no es solo química. No sabemos cuál es, pero no es solo…

—¡Urik, nos vamos! —gritó el conductor del carguero.

—Quién sabe hasta dónde nos puede llevar esa pieza, ¡ni siquiera hemos podido analizarla con nuestra tecnología! Hay que tener cuidado. Pero, si alguien está en el camino de averiguarlo, sois vosotros.

—¡Urik, último aviso!

—¡Ya va!

Ginebra abrazó a Urik, con lágrimas en los ojos. Théo y él se dieron unas cortas palmadas en la espalda y Urik corrió hacia el carguero.

Mientras veían el barco alejarse, Ginebra sintió un aguijonazo de dolor, y deseó poder creer en un mundo en el que hubiera paz y las personas justas pudieran respirar; un mundo en el que aún quedara algo de amor entre los hombres.

Siguiendo a Georges, subieron por el sendero de tierra de un monte donde se sostenía en pie, casi completa, una de las bóvedas del monasterio de San Mamiliano. Allí se ubicaban las celdas de piedra en las que dormirían aquella noche y las siguientes, mientras Urik encontraba la manera más segura de trasladarlos a Creta.

—Seguidme —dijo Georges—. Las celdas no son muy cómodas, pero será por poco tiempo. Intentaré conseguiros comida, aunque tenéis que ser conscientes de que no será fácil.

Ginebra se detuvo unos instantes. Una frase se abrió paso en su mente: «La muerte antes de la muerte».

—Está entre nosotros —dijo.

Théo se volvió y le dio la mano.

—¿Estás bien, Ginebra? Si estás cansada, podemos parar un rato.

—Ya nada será igual.

—¿Cómo?

Ginebra, con la mirada perdida en el horizonte, habló en un susurro:

—Datark…

Desde cubierta, observando cómo la isla iba haciéndose cada vez más pequeña en la distancia, Urik pensó en lo que había percibido al observar a Théo y a Ginebra. Tenía la certeza de que eso era lo que atraía hacia ellos la energía del disco. Y, de la misma forma, sabía que estaría atrayendo otras energías. Los vórtices buscaban canales, la electricidad se propagaba por arterias, las puertas necesitaban llaves… Una energía muy superior podría necesitar una llave realmente compleja, sublime… Un espacio sin contaminar. ¿Cómo no lo había pensado antes? La fuerza del pasaje reclamaba intensidad y polaridad clara. ¿Hacia la luz? ¿Hacia el abismo? Era irritante saber tan poco. En cuanto llegara a París se sumergiría en la investigación de nuevo. Solo esperaba que Ginebra y Théo estuvieran a salvo en ese monasterio. Se preguntó cuánto duraría aquella insólita armonía sostenida por un hilo tan leve como lo era la paz en la que el mundo

confiaba en estos momentos. Observó las nubes negras que se cernían sobre el mar. Su intuición le decía que algo que no era la guerra también estaba a punto de estallar.

Capítulo 13
Datark

París, Ferrières-en-Brie

Crowley recorrió con la mirada el enorme salón de mármol al que se accedía desde el vestíbulo de la mansión. Se asemejaba a la cripta de una iglesia, pero estaba decorado con multitud de frescos ecuestres de tema pagano, algunos cuadros simbolistas de Rops, Salvator Rosa y Khnopff, y esculturas que representaban escenas libidinosas, junto a algunas estatuillas de cultos babilónicos. Del techo colgaban dos enormes arañas de cristal con velas que permanecían apagadas. La sala únicamente estaba iluminada por seis trémulas velas, dispuestas en filas de tres sobre una sobria y antiquísima mesa central. Estaban instaladas sobre bases de vidrio rojo, en forma de úteros, en los que la cera derretida dibujaba lágrimas.

Al final del salón, en la oscuridad, se vislumbraba un altar sobre el que se erigía una desproporcionada escultura monstruosa. Alguien prendió las velas del altar, robustos cirios churrigueresco de color púrpura, y la efigie de la deidad mitad hombre, mitad bestia se iluminó, mostrando las alas desplegadas, los brazos abiertos, los ojos desorbitados en su cabeza de toro, que miraba hacia arriba

abriendo las mandíbulas como si esperase recibir agua. Las figuras ecuestres paganas de los frescos del techo, sátiros, machos cabríos, ninfas y ciervos, por efecto de la alternancia de luces trémulas y sombras, parecían iniciar una danza macabra, sus gestos se exacerbaban, las bocas y los brazos se abrían.

Una mujer vestida con un traje de terciopelo negro y un largo velo del mismo color avanzó despacio por la sala, llevando a un bebé en los brazos, envuelto en una manta. «Solo los iniciados y los que hayan bebido sangre de inocentes», recordó Crowley. Solo ellos podían participar en este ritual que se pretendía el más exclusivo y secreto de todos cuantos se habían celebrado hasta el momento. Llevaba tiempo esperando este día.

Frente a él, vestidos con túnicas oscuras, Isis de Montfaucon, su hijo, y su marido, el médico alquimista Edouard de Montfaucon, entonaban un mantra desafinado como tres imbéciles. A su lado, la baronesa de Faucauld, cuyos labios rojos destacaban bajo su capucha negra, el conde de Ferrières y uno de los miembros de la dinastía Rothsmith. Al otro lado del salón, con las mismas túnicas, un conocido banquero inglés de excelente reputación, cuyas fiestas escandalosamente inmorales eran deseadas y repudiadas, siempre en secreto, por toda la alta sociedad inglesa; un industrial alemán con ínfulas de alquimista, un ocultista austriaco que estaba entre los pesos pesados de la Sociedad Teosófica, y su esposa, presunta médium excéntrica rusa; dos empresarios americanos pertenecientes a importantes familias —habituales de las orgías más oscuras que se perpetraban en las cercanías de Hollywood, a menudo con trágicos finales— y varios financieros y médicos prestigiosos de diversa procedencia europea, algunos de ellos —Schenk, Reynolds o Magnac — formaban parte de los residuos de un grupo que había decidido vulnerar el juramento hipocrático y que, se decía, tenía un centro de operaciones en algún lugar de Suiza. A los otros, dos hombres con rasgos asiáticos, no los conocía, pero, por su aspecto, podrían ser advenedizos, de esos que proporcionaban a los ricos mercancía negra y solían estar familiarizados en mayor o menor medida con lo

esotérico. Un poco más atrás, un hombre que llevaba los ojos pintados de negro, al estilo egipcio, una especie de marca en el cuello, y sonreía de forma extraña, se tapó la cabeza con la capucha de su túnica y, con absoluta serenidad, tomó asiento. Crowley no sabía quién era, pero algo le decía que, desde luego, no se trataba de un ayudante. Pensó que todos ellos estarían sometidos a ridículas jerarquías que pretendían resultar legítimas; sociedades secretas, familias, empresas, hermandades, todo le parecía lo mismo. Cantaban abriendo mucho sus bocas, embebidos de estúpido fervor hacia ese Melekh, al que también denominaban Moloch, que para él no significaba nada. Jamás podrían entender que participaban en una pantomima, como las que él hacía para desplumar a ricos ignorantes en Ordo Templi Orientis. No comprenderían la esencia de la verdadera devoción a la miseria humana, ni que el culto a Abraxas y Thelema sería la verdadera religión universal muy pronto.

La mujer con el velo negro —en ocasiones era la propia madre del niño, que había recibido un jugoso pago por su «donación»— dejó al bebé en el altar de mármol que se hallaba bajo la estatua de ese diablo al que retrataban como mitad hombre, mitad toro alado. Encendió las dos velas que se encontraban en los laterales, hizo un gesto de reverencia y se marchó, mientras el niño berreaba.

De pronto, por encima de ese llanto irritante, se alzó un ruido extraño mucho más penetrante que el anterior, una especie de llanto que, de alguna forma, parecía doble o quizá triple. Nunca había escuchado un lamento como ese. Miró a su izquierda. Cécile Lamartine, con túnica negra, avanzaba despacio, atravesando el salón con un niño envuelto en ropajes negros de terciopelo en los brazos. Supo inmediatamente que se trataba de la criatura de la que le habían hablado. ¿Cómo, si no, podría emitir tal sonido? Hasta ahora había creído que podría tratarse de una leyenda o de una estafa. Sintió regocijo, pero también un escalofrío. Los presentes, divididos en dos columnas, guardaron silencio.

Lamartine, mirando a la criatura que llevaba en brazos con sumo fervor, hizo una reverencia al llegar al altar y abrió los ropajes negros

que envolvían el pequeño cuerpo. Cuando alzó a la criatura en los brazos y las enormes velas del altar lo iluminaron, algunos de los presentes no pudieron evitar taparse la boca e incluso dejar escapar un murmullo de asombro, más bien de conmoción. Crowley, por primera vez en su vida, supo que estaba asistiendo a un evento diferente de todos los demás. Esto sí era un ritual verdadero. ¡Cuánto tiempo había anhelado lo que estaba contemplando!: una verdadera muestra de que la bestia existía. El pequeño cuerpo azulado del nacido, que seguía emitiendo el sonido múltiple, terminaba en una especie de aleta que unía sus dos piernas. Toda su piel estaba surcada de venas que se marcaban profusamente. En el costado sobresalían algunas protuberancias que parecían huesos mal colocados. A los lados se distinguían dos garras, una de ellas terminaba en dedos puntiagudos, llamativamente largos, y la otra era apenas un apéndice deforme en el que se vislumbraban algunos dedos a medio hacer. Su cabeza, en forma de pez, se abombaba en uno de sus lados y mostraba un aplastamiento en el otro. La nariz estaba compuesta por dos fosas nasales sin relieve, la boca era una línea verdosa y torcida. Pero, sin duda, lo más inquietante eran sus ojos. Rasgados, del color del lodo y con pupilas de serpiente. Uno de ellos estaba deformado por el aplastamiento de ese lado de la cabeza. Esos dos ojos reconocían el escenario, sabían cuál era su identidad. Por un momento, su mirada se cruzó con la de la criatura. Un pitido invadió su cerebro, percibió en esos ojos la oscuridad como no la había visto hasta ahora, en toda su inmundicia y crueldad, en toda su magnifícente belleza, y no pudo evitar sentir un temblor en todo el cuerpo. Él, Crowley, «la bestia Crowley», que había corrompido a inocentes, buscado lo execrable, recorrido las más altas cotas de la miseria humana, tenía que admitir que sentía cierto pavor e incluso repugnancia. Le pareció que la criatura le sonreía de un modo retorcido, desde un infinito de barro que se perdía en las más ancestrales cotas de una perversión libidinosa. El ruido que emitía, al principio estridente, se iba volviendo hipnótico.

La baronesa de Faucauld dejó atrás su rictus de *femme fatale*

para abrir la boca y quedarse absolutamente paralizada. Después empezó a abanicarse de forma casi convulsiva. Era incapaz de disimular el terror en su rostro. El empresario inglés miraba a todos los demás, disimulando mal su inquietud, tratando, en vano, de encontrar a alguien que le dijera, con su gesto, que eso era normal, que ocurría en todos los rituales… Despacio se fue retirando hacia la puerta. Los demás habían reculado un poco y observaban absortos a la criatura, hipnotizados por su llanto que adoptaba múltiples formas. Guiados por Lamartine, volvieron a cantar, mientras ella depositaba al ser en el altar, en el recipiente de porcelana, junto al bebé humano que yacía, llorando, sobre una manta blanca.

Lentamente, al ritmo del mantra recitado por todos ellos —ahora él también lo entonaba, aunque no supiera por qué—, Lamartine extrajo una daga del interior de su túnica negra y larga y la alzó con las dos manos.

—VO'v Moghok', menk' k'ez talis yenk' ays aryunali zohy, vor du marmnov mez tas k'vo vordun. Paymanavorvatsut'yuny katarek' —dijo, y repitió, esta vez en latín—. O *Moloch, hoc tibi concedimus sacrificium sanguinis, ut des nobis in carne filium tuum. Placuit ut pareatis*. «Oh, Moloch, te otorgamos este sacrificio de sangre para que nos des a tu hijo en carne. Cúmplase lo convenido», tradujo Crowley, del latín.

Cécile Lamartine hizo descender la daga con una fuerza que incluso a él le sobrecogió, y atravesó el pecho del bebé que, instantáneamente, dejó de llorar para emitir lo que a Crowley le parecieron unos desagradables ruidos agonizantes.

La mujer de negro y Lamartine derramaron la sangre del bebé en copas de las que todos bebieron. El industrial tuvo una arcada y la escupió. Crowley bebió solo unos sorbos. Tenía que hacerlo si quería llegar a ver el poder real del Anticristo.

Una de las copas, la que tenía esculpida en oro la efigie de Daeva, fue ofrecida a la criatura. Todos se pusieron de rodillas en el suelo mientras bebía. Una serpiente negra se deslizó por el altar hasta rodear a aquel Lucifer deforme que sonrió, con la boca

manchada de sangre, mostrando unos pocos dientes puntiagudos y desiguales. Cuando la criatura alzó las garras y volvió a emitir el sonido, todos los que estaban postrados de rodillas se taparon los oídos. La frecuencia era más fuerte que nunca. Crowley dejó caer la copa, cayó de rodillas sin poder evitarlo y entonces escuchó el mensaje: «*Yes galis yem aprelu dzez het, ovk'er kendani yek', yev duk' mah kunenak' mahits' arraj*». Escuchó con total claridad esas palabras que nadie estaba pronunciando, con una voz que no era humana. Se grabaron a fuego en su memoria, como si se tratara de un mensaje específico para él. Sabía que era algún tipo de dialecto antiguo, pero no podía descifrarlo. Trató de levantarse, pero una extraña fuerza que iba aún más allá de sus nervios, mantenía sus rodillas pegadas al suelo.

De pronto, Edouard de Montfaucon se levantó, horrorizado, mientras los demás, aún de rodillas, se frotaban los oídos y parecían despertar de un sueño. Algunos de ellos incluso se habían desvanecido.

—¡No! —gritó Montfaucon, mirando a la criatura—. ¡No puedes hacer eso!

Los demás se miraban perplejos, sin entender. Era evidente que solo él y Montfaucon habían captado el mensaje. Y obviamente no eran las palabras que ese viejo médico alquimista esperaba escuchar.

—¡No es lo convenido! ¡No es lo que nos debes!

La criatura miraba fijamente a Montfaucon, como si entendiera, palabra por palabra, lo que le estaba diciendo. Esbozó una expresión burlona y comenzó a orinarse; el líquido amarillo marronáceo salía a través de un pequeño apéndice que asomaba bajo la membrana viscosa que unía las dos piernas, y se derramaba desde el altar hacia el suelo.

—¡Nosotros te invocamos a través del gran padre Moloch! ¡Hemos creado la puerta! —gritó Edouard de Montfaucon, llevado por un ataque de ira, con el cabello blanco alborotado y las mejillas enrojecidas, mientras su hijo se levantaba y trataba de calmarlo—.

¡Te hemos otorgado el poder de Enlil! —continuó, librándose de las manos de su hijo violentamente—. ¡Es lo convenido! ¡No es justo! ¡No puedes…!

Edouard interrumpió su agitado discurso para llevarse la mano al pecho, y abrió la boca como si estuviera haciendo esfuerzos por hablar. La mujer de negro se apresuró a socorrerle, pero Lamartine hizo un leve gesto y esta se detuvo inmediatamente, volviendo a su posición hierática junto al altar. La criatura observaba atentamente, sin moverse, con la línea dela boca torcida hacia un lado y babeando, relamiendo libidinosamente los restos de la sangre que había bebido. Crowley se levantó despacio —ahora sus rodillas se lo permitían, pero le temblaban las piernas—, sin dejar de mirar a la criatura, tratando de definir su expresión. Pensó que la imagen de un viejo corrompido y medio muerto, masturbándose ante alguien que agonizaba, podía ser lo más parecido a aquel gesto. Solo Isis Antoinette acudió en ayuda de su marido, cuando este cayó al suelo y comenzó a convulsionar. Su hijo intercambió algunas miradas con Lamartine y, entre el terror y la devoción, permaneció instalado en una esquina del salón, de pie, con la mirada perdida. Ante los ojos de todos y sin que nadie interviniera, *monsieur* Montfaucon falleció en el suelo, junto a las escaleras que conducían al altar. Isis comenzó a llorar. Lamartine se acercó a ella y le susurró al oído algo ininteligible, consolándola, guiándola, convenciéndola. Pero Isis negaba con la cabeza.

—No ha sido como otras veces —la oyó gemir casi en un murmullo, asustada, interrogando con los ojos a Lamartine.

La médium la hizo callar con un leve movimiento de sus manos, y siguió hablándole al oído, hasta que la vieja anfitriona de rituales dejó de sollozar. Se puso en pie, de forma casi automática, hizo una reverencia ante la criatura y, ya sin derramar una lágrima, salió del salón.

Los demás invitados repitieron su inclinación y la siguieron, unos aún incrédulos, otros asustados, otros sonriendo nerviosos, disimulando su desconcierto y tropezándose con los muebles, entre

débiles murmullos inconexos, mientras Lamartine cogía a la criatura y la envolvía en terciopelo negro para llevársela. Cuando todos hubieron abandonado la sala, el hombre con los ojos pintados, el único que parecía haber conservado la calma, se detuvo justo antes de salir del salón, y le miró fijamente, solo unos instantes, desde la oscuridad que le procuraba la gran capucha de su túnica. Apenas fueron unos segundos, pero Crowley supo inmediatamente que ese hombre le había reconocido.

Dos ayudantes con trajes negros entraron en la sala, cada uno se situó a un lado de la puerta y se quedaron mirándole, invitándole a que se marchara cuanto antes. Las huellas serían borradas y aquella sala quedaría clausurada hasta la próxima ceremonia. Los que entraran en la casa del conde de Ferrières no sabrían de su existencia. La criatura y Lamartine ya no estaban. Prefirió no levantar sospechas y salió del salón, dejando atrás el cadáver del médico alquimista que permanecía en el suelo junto al altar, el rostro ya del color de la cera, los ojos abiertos y aún rojos, como si fueran a estallar. Pobre Montfaucon, no sabía que no era posible pactar con el mal. La única forma de obtener todo el poder era vencerlo. Solo se le podía vencer poseyéndolo, ocupando su lugar. Y eso haría él.

Una vez en la estancia principal, se dio cuenta de que los demás invitados habían desaparecido. Se escuchaba el ruido de los coches arrancando a toda velocidad, fuera de la casa. Miró hacia el fondo del salón del ritual, ya vacío, y, antes de que cerraran las puertas, distinguió la estatua de Moloch en la oscuridad.

—Melekh, ídolo sin brillo, muy pronto me adorarán a mí —susurró.

* * *

Anatolia, montes de Tauro, Tarso

—¡El toro! Claro, esa era la clave, ¿cómo he podido estar tan ciego? —exclamó Cesare observando los picos de las montañas de la cordillera de lauro, que tenían forma de cuernos, desde la ventana de su hotel.

Pensó en la gran civilización minoica. Así la había bautizado *Sir* Arthur Evans en honor al mítico rey Minos. No dejaba de asombrarle que un animal como el toro, que había inspirado la taurocatapsia y devociones luminosas, hubiera servido también como ídolo de cultos terribles. Rápidamente pensó en el antiguo rey Thoas, rey de los tauros, y los cultos hititas, y ello le llevó al Moloch de los fenicios o los cananeos, la deidad diabólica de los cuernos, representada como un toro gigantesco.

De pronto, una idea atravesó su cerebro con la fuerza del rayo. El toro se asociaba con la deidad de las tormentas para los hititas. Recordó las sucesivas tormentas eléctricas que habían tenido lugar en París. Tenía que haber una conexión. No era el laberinto del minotauro a lo que jugaban en Ferrières-en-Brie, sino a algo mucho más oscuro.

Alguien llamó a la puerta, y Cesare abrió sin disimular su irritación.

—¿Quién diablos…?

Un jovencísimo botones, que le miraba con timidez, le tendió un sobre y se fue.

Cesare lo cogió y, al ver que el remite correspondía a uno de sus hermanos de AvGull, rápidamente abrió el sobre y extrajo un papel con un texto sobrio: «Estimado Cesare: ignoro tu cometido en Turquía, pero los hermanos de la Sociedad Teosófica no sabían nada de tu desplazamiento… Esperamos noticias. Guárdate de actitudes reprobables, estás bajo observación. No puedo decir nada más».

Cesare se quedó unos segundo pensativo. Arrugó el papel en la mano.

Kurt, ese alemán exrosacrucista, estaba escalando puestos en la

Teosófica a costa de ser un buen recadero de los jefes.

Cualquier actitud al margen de las órdenes de los puestos más altos de la jerarquía era castigada de un modo sutil e indirecto a través de mediadores. Siempre había alguien que desempeñaba ese papel, a cambio de subir unos peldaños, y ese mediocre de Kurt lo hacía a la perfección. No había dudado ni por un momento que le vigilaban desde lo de Ferrières-en-Brie, pero no sabía que las redes llegaban tan lejos como para averiguar su paradero en Turquía. Una vez más, había pecado de ingenuo. ¿Realmente no habría un solo hueco de aire?

Preparó su mochila y salió. Tenía una cita con Ahmet Sahin, ese misterioso hombre cuya identidad le había revelado Marcus.

Cuando llegó a Kemerhisar, antigua Tyana, cerca del Paso Gülek, apenas encontró unas cuantas casas pequeñas y algunos comercios donde le miraban como si fuera un extraterrestre. Estaba en una de las ciudades más antiguas de la Capadocia. El polvo de las continuas excavaciones flotaba en el aire. Visitó el museo Nigde, recorrió el acueducto romano y descendió por una callejuela empedrada y polvorienta hacia la cafetería en la que había fijado el encuentro con Sahin. Entró, despertando la curiosidad mal disimulada de los camareros, y tomó asiento en una silla oxidada, junto a la mesa pegada a la ventana. Un hombre enjuto y larguirucho, con la piel cobriza, los ojos verdes aceituna y las arrugas de expresión grabadas a fuego por el sol, se sentó frente a él y le saludó con un corto apretón de manos.

—Sahin, encantado de conocerle —dijo Cesare—. No tenemos mucho tiempo, así que seré muy directo. Marcus me dijo que usted podría hablarme de una pieza que vino a buscar Derek Koch, hace meses —dijo, sin dejar de mirar a los ojos al tímido guía. Sahin se mantuvo en silencio. Parecía asustado.

—Quiero que sepa que no pretendo meterle en ningún lío. Y que, obviamente, yo sabré recompensarle —dijo Cesare, poniendo sobre la mesa su cartera, lo cual pareció tranquilizar al turco.

—No fue hace meses —corrigió Sahin—, fue en 1919.

—¿Cómo dice?

—Sí, yo era casi un crío, pero ya trabajaba como guía. Derek Koch vino a buscar una pieza concreta. Una pieza que tenía un poder especial.

—¿Qué poder?

—No lo sé, señor.

—¿Qué pieza es?

Sahin miró a su alrededor.

—Es… una especie de disco de piedra, con símbolos. Usted conoce… hay una copia en el museo de Heraclión.

—¿Se refiere al disco de Festos?

—Sí, el disco de Festos es una copia en barro. Fue algo que se guardó en secreto. Nosotros, los habitantes de estas regiones de Anatolia, desde hace generaciones, lo sabemos. Koch lo sabía. Pero esta pieza… es distinta, y no se ha expuesto jamás en ningún museo. Yo solo sé que es muy antigua. Y que no fue fabricada aquí.

—¿Dónde fue fabricada?

—No lo sé. Alguien la trajo, hace muchos siglos. Hasta que Koch vino a buscarla nadie ha querido tocarla. Está maldita.

—¿Qué quiere decir?

—Fue utilizada por gentes… que hacían cultos al diablo. Gentes de Arsínoe, aunque entonces se llamaba Patara.

—¿Quiénes eran?

Sahin tardó algunos segundos en responder, estaba eligiendo las palabras.

—Hace siglos de eso. Solo sé que tenían el mal de vacío y que dejaron estas tierras. No sé si hay conexión con ese alemán, Koch, o con quien le acompañaba.

—¿Quién acompañaba a Koch?

Sahin bajó la cabeza, nervioso. Cesare extrajo de su cartera unos cuantos billetes y, discretamente, se los ofreció a Sahin.

—Koch vino con un hombre suizo que parecía experto en temas de arte y arqueología. Fue la primera vez que me pidieron una expedición a ese sitio en el que estaba la pieza. Decían que llevaban

mucho tiempo esperando que las circunstancias fueran las adecuadas para recuperarla.

—Necesito nombres, Sahin. ¿Conocía usted a ese hombre suizo?

—Creo que se llamaba Nikolas. No me dijo su apellido. Pagaron muy bien. Yo solo… me encargué de guiarlos hasta donde estaba la pieza.

Cesare se echó hacia atrás en su silla.

—¿A dónde los llevó, Sahin?

El guía bajó la cabeza y permaneció en silencio. Cesare sacó de su cartera más billetes y se los entregó, por debajo de la mesa.

Sahin los contó. Miró fijamente a Cesare.

—¿Le han hablado alguna vez de las Puertas Cilicias?

Capítulo 14
Lucerna 666

París, Cabaret du Néant

—Datark, así es como lo llaman —dijo, en un susurro, Connell.

—Buen nombre para el hijo de la bestia —opinó Crowley, y brindó con su amigo inglés, al que le temblaba el pulso, bajo la lámpara de huesos humanos que presidía aquella «sala de intoxicación» del célebre *cabaret* sepulcral de París—. ¿Es algún dialecto del Medio Oriente?

—No lo sé. Ellos lo decidieron.

—¿Lamartine y los suyos? ¿Quiénes son? Rosacruces, teósofos, masones, miembros de la vieja Aurora Dorada, los conozco a todos —interrogó Crowley con displicencia.

Connell le miró, algo molesto. Aunque la sala del *cabaret* estaba prácticamente vacía a aquellas horas, echó un vistazo a su alrededor, fingiendo que se limpiaba con la servilleta, antes de hablar con un hilo de voz:

—No debería decírtelo… Pero es una orden mucho más antigua que todas las que conocemos.

—¿Cultos babilonios, hebreos, druidas…?

Connell se mordió el labio inferior. Cogió la estilográfica que

llevaba en el bolsillo de su chaqueta y escribió en una hoja de su agenda unas letras. Miró a su alrededor mientras se guardaba la pluma, arrancó la hoja y, poniendo su mano encima, se la pasó a Crowley. Este, con gesto de escepticismo, mientras se limpiaba la boca con la manga de su chaqueta, leyó: «Lucerna 666».

—¿Qué coño quiere decir esto? Creí que me estabas hablando de algo ancestral.

—Schssss, no se te ocurra subir la voz, maldita sea, sabes lo que me juego.

—No te preocupes, a los galos no les gusta el inglés —repuso Crowley bajando el tono de voz—. Oye, si me vas a acabar guiando hacia lo que ya conozco…

—Escúchame, los bávaros que residen en Lucerna son los herederos. Algunos de sus descendientes se establecieron allí y conocen las claves. Pero esto se remonta mucho más atrás.

—¿Cultos primitivos?

—Si no bajas la voz, me largo ahora mismo.

—Disculpa, disculpa —dijo Crowley en voz baja—. Cuando estudiábamos juntos no eras tan reprimido.

—No me siento cómodo con este tema —admitió Connell. Su frente comenzaba a perlarse de gotas de sudor.

—Entonces interpreto que no te gustó el giro de los acontecimientos en Ferrières, querido amigo… Supongo que estarás enterado.

—Lo estoy —dijo Connell visiblemente irritado.

—¿Fue intencionado?

—Las cosas no salieron como quería Montfaucon.

—Pero sí como quería Lamartine, ¿no es así? —inquirió Crowley mirando a los ojos a su amigo.

Connell asintió con la cabeza. Estaba sudando, pero en el restaurante no había calefacción y las calles de París estarían a unos siete grados.

—Ellos… —balbuceó Connell visiblemente nervioso—. Lamartine forma parte, pero hay mucho más. Si realmente quieres saberlo, ve

a ver a María Orsic, dale esa clave —dijo señalando el papel—. Ella te explicará todo.

—Dime al menos qué tipo de alquimia utilizaron para…

—Es todo cuanto puedo decirte, Aleister. Sabes que tu alojamiento en París corre de mi cuenta, pero si me preguntan, negaré que te conozco. Y te aconsejo, por tu propio bien, que vuelvas a Escocia cuanto antes —zanjó Connell, mirándole a los ojos. Acto seguido, se levantó, le dio la mano cortésmente, dedicándole una mirada fría de sus ojos azules irlandeses, y salió del restaurante.

Crowley miró el papel intentando encontrar sentido a aquel lugar y a aquella fecha: Lucerna 666. Esperaba que no fuera un burdo truco con esa cifra del Apocalipsis para principiantes.

Tendría que hablar con Haushofer y Hess e informarles sobre su situación en París para congraciarse con ellos. Debía conseguir el máximo poder en poco tiempo, y para ello les daría algo de información, pero jamás les diría una palabra de Datark ni de sus verdaderas intenciones.

* * *

Isla de Montecristo, San Mamiliano

Ni siquiera el potente sol, que por las mañanas entraba por los ventanucos, lograba calentar las gélidas y húmedas celdas que, durante las noches lluviosas en la isla, se convertían en un congelador. Ginebra encendió la estufa de queroseno y se sentó en el catre suspendido de la pared con ayuda de dos cadenas. Llevaban semanas allí y no tenían noticias de Urik.

Sobrevivían con la poca comida que les quedaba. André Breton siempre decía que era necesario recordar el derecho a vivir y no a

sobrevivir, como las larvas. Vaya ironía.

La isla de Montecristo, el mítico islote del que hablaba, de pequeña, con Claire, se había convertido en el único lugar en el que había podido volver a escribir. Allí, sobre una banqueta, a la luz de una vela, con libreta y lápiz prestados por Georges, entre esas montañas que le infundían una tristeza densa, estaba creando poemas que hacían su efecto terapéutico.

La luz de los relámpagos y de la luna le confería a la celda un resplandor lívido inquietante. El mar rugía embravecido por la tormenta.

—Perdona, Gin, ¿puedo pasar? Aquí no hay puertas, y…

—No te preocupes, siéntate aquí conmigo —dijo ella.

—¿Estás bien? —preguntó, sentándose junto a ella en el catre suspendido de la pared.

—Estoy intentando descifrar el significado de lo que dije el otro día. «La muerte antes de la muerte»… Volví a ver aquellos ojos…

—No pienses en ello.

Ella apoyó la cabeza contra la pared de piedra y permaneció en silencio.

—¿Por qué no me dejas alguno de los poemas que estás escribiendo? —preguntó Théo—. Sé leer, Georges no es el único. Sé que lo hace todo bien y que quizá podrías enamorarte de él, pero…

—Théo, no podría enamorarme de él —dijo Ginebra riéndose—; además, Georges es homosexual, me lo contó el otro día, cuando vino a vernos. Y, para que lo sepas, te he escrito un poema a ti.

—¡Quiero leerlo!

—Ahora no es el momento… Lo metí en un sobre que me dejó Georges. Lo guardé en tu mochila. Prométeme que lo leerás más adelante, cuando estemos tranquilos en Creta, si es que llegamos…

—De acuerdo, te lo prometo.

—Dios, qué frío hace. Aquí siempre llueve por las noches. ¿Has salido? Tienes el pelo empapado.

—Debería cortármelo.

—¡No! Aunque solo sea por esa manía que le tienen los nazis al

pelo, déjatelo largo.

—¿Largo hasta los pies?

—¡Hasta que arrastre! —exclamó Ginebra. Los dos rieron y, de pronto, se quedaron callados, pensativos, tratando de evitar el llanto.

—Ojalá pudiera traerte algo de comer…, pero no queda nada y, con la tormenta, no es seguro que Georges pueda venir —dijo Théo, y guardó silencio unos segundos, perdido en sus pensamientos—. Gin, no pude salvar a mi madre. No pude hacerlo. Murió de pulmonía, en un cuartucho de nuestra casa vieja. Mierda… Me pidió que le enseñara unas acuarelas que había pintado y le dije que me dejara en paz, que no iba a volver a pintar, que eso era para mujeres. Era lo que le oía decir a los hombres en el bar, a mi padre… Me alisté, me alejé de ella… No hice lo suficiente por ella, no lo hice. Si hubiera ganado más dinero… Podría haber trabajado, ¡podría haber robado! Podría haber…

—Eh, eh, Théo, escucha: eras un crío, te alistaste muy joven, no tenías otra salida. Y tú nunca hubieras robado. Tú resplandeces.

Théo besó a Ginebra en la mejilla. Ella apoyó la cabeza en su hombro.

Permanecieron en silencio, escuchando el ruido de la lluvia.

—Sabes, yo… no pude despedirme de mi padre —dijo Ginebra—. Recuerdo que… la noche anterior, él me había preguntado algo y no le respondí. Estaba enfrascada en un trabajo del colegio y no le respondí, Théo…, terminé ese maldito trabajo y me quedé dormida. Al día siguiente, cuando llegué a casa, ya había sucedido. Lo que hubiera dado por poder responderle, solo volverme y responderle con una sonrisa… —dijo cerrando los ojos—. Al menos, pude acompañar a mi madre hasta el final, pero siempre me pregunté si podía haber hecho algo más por ellos, si fui suficientemente responsable…

—Nunca me lo habías contado…

—Ojalá pudiéramos volver atrás —deseó Ginebra.

—Gin, tú sí resplandeces. Desde que te conocí supe que no eras

como los demás. Era como si tuvieras un halo alrededor… Puedo imaginarte con tus seres queridos, estoy seguro de que no debes lamentar nada. No podemos volver atrás, nadie puede. Somos humanos y debemos seguir adelante.

Guardaron silencio. Théo rodeó con el brazo a Ginebra.

—En mi celda hace aún más frío. Si al menos hiciera calor y pudiéramos bañarnos en la playa…

—Podemos hacerlo. Cierra los ojos.

Ambos cerraron los ojos, y una parte de la isla, la más original, la más onírica, la que yacía, como una oración dormida y apasionada, en las ruinas de San Mamiliano, latió en las cálidas aguas del mar que imaginaban. El beso llegó con la naturalidad de una lluvia de primavera, bajo los truenos y el rumor lejano de las olas. Los dos se miraron sorprendidos.

—Ginebra —dijo Théo, con los ojos llenos de lágrimas—, yo… creo que te q…

Desde el exterior, llegó la voz de Georges.

—¡Rápido! ¡Rápido! ¡Tenemos que irnos!

* * *

París, Bercy

Claire observó unos instantes a Suzanne Michel mientras golpeaba su libreta con el bolígrafo, mordiéndose el labio inferior. Ninguna de ellas había tocado el café, que se enfriaba sobre la modesta mesita de madera. Envuelta en su chal, sentada en un viejo sofá, en medio del desorden de la casa, Suzanne luchaba contra los accesos de llanto.

—Suzanne, ¿está segura de que, el día de la desaparición de

Renaud Lambert, hubo empleados que no fueron a trabajar al área de Inteligencia del ministerio?

—Completamente, Claire. Ese día hubo llamadas de última hora. Alguien, muy arriba, sabía que algo iba suceder, y avisó a los altos cargos. Por eso Koch no estaba a allí cuando mataron a Renaud y Jean. Él fue más tarde.

—¿Cómo sabe eso?

Suzanne se limpió una lágrima con el pañuelo que arrugaba en la mano.

—Yo trabajaba junto a la sala de las telefonistas. El científico era Renaud, pero los de administración, a veces, sabemos mucho más sobre lo que se mueve dentro de las instituciones. Yo hablo con mucha gente a lo largo del día, y tengo buena memoria. Sé que nadie me apoyará, pero yo hago esto por la memoria de Renaud. Él era inocente. Su único error fue toparse con ese maldito disco de piedra o lo que fuera. Y estar rodeado de cobardes. ¡Nadie ha hecho nada! Y a mí no me quisieron escuchar. Cuando usted se puso en contacto conmigo, tuve esperanza por primera vez…

—Sé cómo se siente. Quiero que sepa que yo me estoy jugando el trabajo e, incluso, probablemente, la vida con esta investigación a espaldas de mi departamento. Necesito saber todos los detalles posibles acerca de esa pieza que estaban investigando.

—No tengo ningún problema en contarle todo lo que sé: la pieza la trajo ese cerdo de Koch. Perdone que hable así, pero él tuvo la culpa. Quería que la investigaran. Renaud me lo contaba todo. Esa pieza la encontraron en Turquía, pero se la quedó un tal… bueno, un ricachón suizo. Koch trabajaba para él. Años después, ese hombre murió y Koch robó la pieza y la trajo al laboratorio. Le dijo a Renaud que era la más extraña que había visto, que tenía materiales desconocidos, que tenía… propiedades, poderes, algo así, pero que había que buscar la forma de activarla.

—¿Activarla?

—Dijo que, si lograran activarla, sería capaz de producir una energía desconocida hasta el momento. Solía hablar de la cantidad

de cosas que podría hacer la ciencia con una energía así. Se lo confesó solamente a Renaud, le hizo creer que lo hacía por amor a la ciencia, pero, en realidad, quería vendérsela a los nazis. Renaud decía que se les había ido de las manos, que jamás lograrían manejarla y que les consumiría antes de eso. No sé qué era esa cosa, pero a él sí le estaba consumiendo. Renaud tenía pesadillas y alucinaciones. Lo achacaba al contacto con la pieza, y a que Koch le había suministrado algo, sin su permiso. Se le empezó a caer el pelo, estaba adelgazando. Él decía que el origen de esa reliquia era imposible de determinar, pero que había sido usada para cosas horribles y que tenía una energía oscura. Estaba obsesionado con… encontrar información sobre una especie de personaje histórico.

—Háble me de ese personaje. ¿Qué relación tiene con el disco?

—Yo… Renaud estaba muy mal, entonces. Realmente no sé si…

—Todo lo que pueda desvelarme es importante, Suzanne.

—Era… un hombre egipcio, creo. Al parecer, había sido poderoso en la antigüedad y había empleado esa pieza para cosas abominables. Decía que… Oh, pobre Renaud, decía que ese hombre había llegado a adoptar formas diferentes, que era capaz de abrir portales, lo definía como un verdadero monstruo. Nunca supe si era verdad o formaba parte de su delirio, porque jamás me dijo su nombre. Además, poco después de empezar a analizar la pieza, comenzaron a seguirles. Jean Faure no sabía ni la mitad de cosas que Renaud y, aun así, también le siguieron a él.

—¿Quiénes? —dijo Claire, mientras tomaba notas a toda velocidad.

Suzanne se limpió las lágrimas.

—Me hablaba de policías de incógnito, de agentes… incluso había dejado de trabajar con ayudantes porque la investigación era cada vez más peligrosa. Ahora sé que debería haberle creído. Derek les presionaba, a él y a Jean Faure, pero se guardaba información. Renaud acabó odiándolo, quiso dejar la investigación. Decía que todo aquello estaba cubierto de mierda. Pero Derek le amenazó con revelar nuestra relación. Ya sabe, los dos éramos empleados del

ministerio. Ahora ya no me importa, yo misma he dejado el trabajo. Todo allí me recuerda a él.

Claire terminó de tomar notas y mordisqueó el bolígrafo.

—Suzanne, ¿podría…?

—Renaud era un buen hombre —interrumpió Suzanne, cediendo a un acceso de llanto.

—Estoy segura de que lo era, Suzanne —afirmó Claire, tendiéndole un pañuelo.

—Nos íbamos a casar…

Claire bajo la cabeza y esperó unos segundos a que Suzanne se restableciera.

—Suzanne, no sé si puedo expresarle cuánto lo siento. Creo que no hay palabras en estos casos… Debe disculparme, pero tengo que volver al ministerio: he de evitar que sospechen, y que eso la salpique a usted, o todo esto no habrá servido de nada… ¿Podría recordar el nombre de ese suizo del que me hablaba para el que trabajaba Koch?

Suzanne asintió y se levantó con la torpeza de movimientos de quien ha ganado peso de forma reciente y no está acostumbrada. Entró en una habitación y salió ojeando un cuaderno.

—¡Lo sabía! Renaud siempre apuntaba este tipo de cosas en su cuaderno —dijo acariciándolo con una sonrisa triste—, lo apuntaba absolutamente todo, era muy metódico. Y olvidadizo. Cuando desapareció, registraron su casa, la revolvieron entera, pero no sabían que se había dejado este cuaderno en la mía la noche anterior. Solo yo sabía lo despistado que era —dijo. Se limpió las lágrimas con el pañuelo y repasó con el dedo índice las notas del cuaderno—. Aquí está, el nombre es Nikolas Schenk: era un empresario farmacéutico que residía en… Lucerna. Y aquí viene también «San Gotardo. Laboratorios», no sé qué será eso.

—Suzanne, ¿puedo pedirle que me deje ese cuaderno?

—Oh, mi pobre Renaud ya no podrá utilizarlo. Ya no le sirve de nada —lamentó ella, entregándole el cuaderno y cerrándose el chal.

—Gracias, Suzanne, de corazón. No sabe lo valioso que es esto.

—Claire, yo solo quería aportar información, quería ayudar. Cuando ocurrió, traté de hablar con gente del ministerio, con la policía… No me lo permitieron. Sé que debe de ser algo muy gordo y a nadie le interesa que yo hable. Me da igual si me buscan, me da lo mismo. Solo puedo confiar en usted. Por favor, ¿me dirá qué sucedió? Yo sé que los mataron. Los cuerpos desaparecieron, pero sé que fue así. Me gustaría poder velar al que iba a ser mi marido en paz.

Claire asintió, poniendo la mano sobre el brazo de Suzanne. Ojalá pudiera decirle a esa mujer algo más, pero no podía darle ningún alivio. Seguramente la estarían siguiendo a ella también. Solo podía confiar en que todo esto sirviera para algo.

—Le prometo que le diré lo que pueda averiguar.

—Tenga mucho cuidado, Claire. A mí me da igual perderlo todo, ya no me queda nada, pero usted…

—He estado teniendo cuidado, Suzanne, mucho. Pero recordé lo que me dijo una vieja amiga: a veces, intentando evitar que nos maten, nos morimos nosotros, lentamente… Si tenemos que perder, al menos que sea luchando, ¿no cree?

Suzanne sonrió entre lágrimas y la abrazó.

Claire recorrió el camino hasta el ministerio pensando en todo lo ocurrido en los últimos días, en Ginebra y en su posible paradero. Tenía la certeza de que la seguían, e incluso había encontrado un micrófono instalado en su casa. Sabía lo de la detención de Siena y la implicación de los nazis en la búsqueda de una extraña pieza que parecía ser la clave de todo. Según informaciones clandestinas, los nazis estaban en Marsella. Por otro lado, Waxley informaba sobre movimientos extraños en la alta sociedad inglesa, desplazamientos a París, transacciones, pactos. Todo indicaba que algo grave se estaba cociendo, estuviera o no relacionado con la guerra. Si ella empezaba a ser incómoda podrían acusarla de cualquier cosa para quitársela de en medio, pero ya no le importaba, tenía que seguir adelante y averiguar qué relación existía entre los acontecimientos. Aunque solo fuera por Ginebra, por Suzanne y por ese Renaud al que no conocía,

pero respetaba. Llegó al despacho en el ministerio, miró a su alrededor y revisó los documentos que había estado investigando.

—Claire, ¿aún estás aquí? —le dijo su compañero Étienne. Ella dio un respingo—. Creí que yo era el único masoquista que trabajaba hasta tarde.

Rápidamente, Claire metió los documentos en un cajón y lo cerró.

—Escucha, Étienne, necesito que me des acceso a los archivos de la sala 2.

—Claire, sabes que no puedo.

—Es urgente, Étienne, de lo contrario no te lo pediría.

—Son los Código Cinco. Me juego el cuello, si…

—Asumo las consecuencias. Me conoces, jamás te incriminaré.

—No puedo, y menos ahora…

—Por favor, Étienne.

Étienne dudó unos instantes, entre la preocupación y el fastidio.

—Bien, lo haré porque te debo una. Pero yo no sé nada de esto.

—Gracias. No sabes hasta qué punto es importante. Por favor, démonos prisa.

Capítulo 15
La partícula azul

París, Quai de Conti

Urik y Jacques Bergier caminaban por el muelle, al borde del Sena, cerrándose las chaquetas, sorprendidos por el repentino frío. Ambos se apartaron del bullicio y tomaron asiento en el suelo del muelle, sobre el Sena.

—Vaya, hace demasiado frío para un mes de agosto en París, ¿no crees? —dijo Jacques—. O eso, o es que he estado demasiado tiempo fuera. Me alegro de haber vuelto, sinceramente, aunque no es el momento más alegre. No dejo de oír rumores de guerra. Parece que es cierto que van a invadir Polonia. Urik, esos alemanes tienen más canales de financiación de los que pensamos. Están creando un monstruo, y Goebbels está al mando de la propaganda…

—Goebbels y su aguja hipodérmica. No queda prensa libre en Alemania, aunque me atrevería a decir que tampoco en el mundo, pero eso es otra historia.

—Y no te he contado las últimas noticias que me llegan desde Berlín. Al parecer hay varios campos de trabajos forzados…

—¿Campos de trabajo?

—Campos de judíos trabajando como esclavos para empresas

alemanas nazis y para compañías extranjeras. En algunos casos, incluso han trasladado sus sedes al área de los campos —informó, sin disimular su preocupación. Urik bajó la cabeza y se metió las manos en los bolsillos, sin dejar de observar el río, con una mueca de consternación en el rostro y la mirada perdida—. Se dice que se deshacen de ellos después. Es terrible, Urik. Por eso es necesario moverse. Tengo que hablarte de una nueva organización de inteligencia que se está configurando para resistir al avance alemán, con el apoyo de Jean Moulin, y de la que formaremos parte varios científicos y filósofos. Lo han denominado Marco Polo. En clave: «Polus». ¿Te gustaría unirte?

Urik permaneció en silencio unos segundos, observando el Sena.

—Es curioso cómo todas las gotas de agua fluyen hacia el mismo lugar sin saber qué las mueve ni a dónde van —reflexionó—. Fluyen hasta que se precipitan en el vacío. Pero no importa. Ninguna se plantea el origen o el final del recorrido. Jacques, me conoces. Y sabes que jamás seré una tuerca del engranaje. De ninguno, tampoco del vuestro, porque créeme que terminará siéndolo. Toda estructura de poder, toda jerarquía, se pudre. Pero tú podrás contar con mi ayuda. Siempre he valorado la amistad de un hombre que piensa por sí mismo, y no traicionaré eso.

Bergier asintió a regañadientes. Urik siempre había sido un rebelde, pero, con el paso del tiempo, sus ideas habían tomado caminos que se separaban de cualquier credo político y, aunque él consideraba eso una equivocación, su compatriota ucraniano se empeñaba en ir por libre. Había sido demasiado sincero demasiadas veces, y había aceptado las consecuencias de forma valiente. Podría disimular su brillantez bajo un disfraz de viejo chiflado, pero tenía una capacidad para analizar la realidad y dar en el clavo, a veces incluso adelantándose a los acontecimientos, que le fascinaba.

—Me alegra contar contigo, Urik —respondió Jacques, sonriendo, al tiempo que le daba una palmada en el hombro a su amigo.

—Y, bien, pasemos ahora a lo que querías decirme sobre el disco.

Jacques asintió, miró a su alrededor y bajó la cabeza metiéndose

las manos en los bolsillos.

—Verás, Urik: lo que voy a decirte no tiene… una explicación lógica —dijo casi en un susurro—. A veces, cuando las cosas se salen tan increíblemente de lo normal, la ciencia, sencillamente… no encuentra razones, no tiene explicaciones.

—Nada de lo que está sucediendo es fácil de explicar, ¡vamos, escupe!

—Está bien, la cuestión es que… analicé concienzudamente la muestra que me enviaste. Lo hice en el laboratorio de un amigo en Bruselas, en la más estricta intimidad. No te preocupes, no ha habido filtración alguna. Al principio, solo hallamos elementos normales de la composición y otros que revelan que la pieza es antiquísima, tanto que podría ser anterior a la civilización minoica. Lo cual ya es formidable. Pero, había algo más, algo que nuestra tecnología no es capaz de discernir, y te estoy hablando de uno de los laboratorios más avanzados de Europa. Se trata de una partícula de color lapislázuli que, sencillamente, no está clasificada. Al no poder desentrañarla, lo que hice fue experimentar con ella para ver qué reacciones podía generar. Al principio no hallé nada, pero recordé lo que me dijiste respecto a trazas de mercurio en la sangre de Ginebra y Théo, y entonces… En fin, pasé muchas noches en el laboratorio, experimentando, y… Urik, ' no sé cómo decirte esto. Esa partícula, a la que he denominado «Azul», en combinación con el mercurio, es capaz de generar transmutaciones absolutamente extraordinarias. Cosas que… sencillamente, no podemos explicar, no podemos definir desde lo que conocemos, y mucho menos dominar. Es decir, estamos hablando de una potencia nunca antes conocida por el hombre.

—Jacques, ¿estás seguro de lo que…

—Urik, lo que te estoy diciendo es que la energía de esa pieza es capaz de transformar el berilio en sodio. ¿Sabes qué tipo de reacción nuclear sería necesaria para eso? Ni siquiera un acelerador de partículas de nuestra época podría lograr algo así. Es inconcebible, es algo que jamás se ha conseguido, es… Imagina lo que podría

llegar a hacer y las aplicaciones en el terreno de la física cuántica. Supongo que has oído las teorías de Lev Shtrum…

—Por supuesto, y he estado leyendo sobre la paradoja de Einstein, Podolsky y Rosen.

—Ignoro si esos teoremas servirían para comprenderlo. ¡No sabes el poder que tiene! Llegué a sentir miedo. Si contara algo de esto me tacharían de loco y me expulsarían de la comunidad científica. Esa pieza no debe caer en manos de los nazis, bajo ningún concepto.

—Escúchame, Jacques, la pieza solo parece tener cierto efecto cuando la manejan Ginebra y Théo, y creo que va más allá de algún tipo desconocido de reacción al mercurio. Tengo razones para pensar que la forma de activarla no tiene que ver solamente con lo que los científicos podamos hacer o conocer…

—¿Ya está saliendo tu faceta filosófica y poética, Urik? No te preocupes, yo también la tengo.

—Si esa forma de energía es tan evolucionada como dices, entonces quizá responda de un modo más complejo del que pensamos, quizá necesite un canal específico que va más allá de números y ecuaciones. ¿Crees que eso es posible? Todavía estoy atando cabos y reflexionando sobre ello, pero creo poder llegar a alguna conclusión…

—Amigo, sea lo que sea, la carga que llevan Ginebra y Théo, en este momento, tiene un peso demasiado extremo. Espero que no se vuelva contra ellos. Debo seguir estudiando la muestra para extraer conclusiones más amplias.

—Eso tendrá que esperar, Jacques, porque ellos están en Creta ahora —informó Urik—. Tenemos razones para pensar que existe una conexión con el texto perdido del *Critias* que ha localizado Ian…

—¿El *Critias*? ¿Qué relación podría tener?

Urik se fijó en un hombre que, desde el otro lado del muelle, los miraba disimuladamente desde hacía un rato.

—Vayamos a mi casa, debemos hablar de muchas cosas, tengo que escribir urgentemente a Ian Brodsky. Y además quiero

enseñarte un maletín que puede interesarles a tus amigos de Polus.

Capítulo 16
El secreto del *Critias*

Creta, Ierápetra, Kato Mera

—Esta luz amarilla no deja de asombrarme. Es tan diferente de la de París… —dijo Ginebra, mientras atravesaban la tierra ardiente de la ciudad más meridional de Europa, hacia la plaza central, donde se encontraba la iglesia turca.

El viaje desde la isla de Montecristo, con parada en Sicilia, no había sido fácil, y Théo había vomitado varias veces a causa del movimiento del mar. En Cefalú, Sicilia, un frío inusual allí les había congelado, y Ierápetra les recibía con una ola de calor húmedo que parecía ir en aumento.

—El clima en el mundo entero se ha vuelto loco. En fin, al menos, aquí, no tenemos que llevar la ropa de camuflaje —dijo Théo.

Ambos se habían vestido con las ropas más anchas y frescas que llevaban en las maletas, y con sombreros de paja, y habían dejado el equipaje en la consigna de la estación. El calor hacía temblar la imagen del horizonte. Las chicharras cantaban tan fuerte que Ginebra tenía que subir el tono de voz para hacerse oír.

—Théo, no hemos tenido tiempo de nada durante el viaje, pero

quiero que sepas que yo a ti también —aseguró Ginebra, mirándole a los ojos.

Théo, desconcertado, estaba a punto de preguntar, cuando de pronto supo a qué se refería y sonrió.

—Gracias, es importante para mí.

—Tendría que haber llegado ya el amigo de Urik.

—Yo estoy deseando que terminemos de investigar para darme un baño en la playa —confesó Théo, abanicándose con el sombrero.

—¿Dónde crees que nos alojará Ian?

—No lo sé, pero es una pasada que tengamos identidades falsas, como los espías.

Ginebra dejo escapar una carcajada.

Atravesaron la plaza blanca, vacía de gente, hasta encontrarse con la extraña construcción de color arena. Ante ellos se erigía la antigua mezquita turca de Ierápetra, junto a un templete semihundido.

—Es como en mi sueño. A la torre de la mezquita le falta el final del minarete —dijo Ginebra.

Théo observó la estructura, tapándose la frente para que no le deslumbrara el sol.

—Y tiene una forma rarísima. Mira esos arcos en la parte delantera… Juraría que no son iguales.

—Sí, es como si hubiera estado cubierta por un muro o por una valla… Tiene una especie de… doble pared… y es asimétrica. Y la puerta principal es demasiado pequeña. Realmente esto no parece una mezquita.

—No parece una mezquita porque no lo era —dijo una voz profunda.

Ambos se dieron la vuelta sobresaltados y vieron a un hombre robusto y alto, con la cara rubicunda redondeada y tostada por el sol, las manos rollizas cruzadas sobre el pecho, por encima de la prominente barriga, mirándolos con serenidad y una sonrisa bonachona bajo su poblado bigote rubio.

—Me llamo Ian Brodsky. Bienvenidos a Ierápetra.

* * *

París, embajada de Alemania

Lucius revisó las carpetas que llevaría a Alemania con los documentos cuidadosamente clasificados: los pertenecientes a la Operación Netz, los derivados de la investigación secreta que estaba haciendo sobre Heydrich, para evitar que el jefe de la Gestapo en Berlín quisiera serlo también en París, y los de la búsqueda de Ginebra.

Desde Marsella no llegaban buenas noticias: no había ni rastro de Wilde ni de Bernard, a pesar de que habían franqueado la frontera con Italia; estaban peinando la Toscana y tenían controlados los puertos de salida de Francia. No podía interrogar a Claire, toparía con los altos cargos del ministerio, aunque no sería por mucho tiempo. La invasión de Polonia estaba al llegar y después caería Francia.

¿Dónde diablos habría podido ir esa judía pobretona? ¿Tendría, el tal Bernard, contactos importantes? Su amigo Vincent Siena, con las debidas técnicas de tortura, había cantado como un pajarito y ahora estaba claro que Bernard tenía en su poder la pieza de Koch, la que ansiaba Hess. Sin embargo, ante la dificultad para encontrarlos, estaba tratando de hacer dudar a Rolf de que esa fuera realmente la reliquia que necesitaba.

Había aplicado el debido correctivo a Kumber, y había encomendado a sus nuevos efectivos seguir con la búsqueda en territorio italiano. Le frustraba enormemente tener que marcharse a Berlín, pero la cercanía del Plan Blanco, la invasión de Polonia, requería que pusiera pies en polvorosa. En pocos días, en París, los

miembros del Partido Nazi no serían bienvenidos ni siquiera con identidades falsas. Quedarse era demasiado arriesgado, habría que esperar a la victoria definitiva. En París ya era el intermediario de toda gestión financiera o social que tuviera que ver con el Partido Nazi, por parte de los grandes empresarios. No olvidaba su objetivo primordial en este momento: Rolf debía ayudarle a quitarse de en medio a Heydrich en su ascenso hacia la gloria en Francia.

Su secretaria salió tímidamente del cubículo en el que trabajaba, y caminó hacia él. Llevaba la falda que él le había dicho que se pusiera y tenía los ojos llorosos, porque la había reprendido por ir demasiado corta. Lo primero que haría cuando volviera, triunfante, de Berlín, sería nombrar a Pamela su secretaria oficial. Tendría diversión para rato.

Salió del despacho, pensando en su cita secreta con Odette Hellweger, hija de un rico empresario y menor de edad. Un blanco fácil. Si lograba encandilarla lo suficiente, a su vuelta de Alemania la tendría a punto de caramelo. Quizás incluso la dejara embarazada antes de irse. Así, esa puta cara le aseguraría el ascenso social. Comprobó que llevaba en el maletín el regalo que pensaba hacerle para que se quitara la ropa lo antes posible, y pulió la excusa que pondría para perderla de vista antes de la cena.

* * *

Creta, Ierápetra, Kato Mera

—¡Así que os conocéis desde hace diez años! Qué callado se lo tenía Urik —dijo Théo, sin dejar de abanicarse con el sombrero.

—Nos conocimos en las inmediaciones de Hertfordshire, Inglaterra, en uno de los viajes exploratorios de ese viejo ucraniano,

que es un maldito sabio. Entonces todavía trabajaba como científico y daba clases. Le estuve enseñando la cueva templaría de Royston. Volvimos a coincidir en Latrum y en Jerusalén. Después, él se retiró a ese exilio autoimpuesto.

—Urik me dijo que tú eras caballero templario —dijo Théo.

—Théo… —le reprendió Ginebra. Ian sonrió.

—Lo era. Y todavía trabajo con algunos de ellos. Se integraron en mi equipo de investigación. Creedme, no tiene tanto glamur como hacen ver en los relatos de ficción.

—¿Qué pone ahí? —dijo Ginebra observando absorta la fachada —. Hay algo escrito en esa pared, bajo los arcos, sobre la puerta principal.

—ינל זעיש תבעל תא זוחא המיסחה שרוגי «Quien ose pasar el umbral, será expulsado» —tradujo Ian. Ginebra y Théo le miraron en silencio—. Cuando decía que esto no era una mezquita es porque, antiguamente, no lo era —explicó Ian—. Se construyó como fortaleza. Pero no como una cualquiera. Ierápetra, en la Edad Clásica, era la ciudad más fuerte de Creta del este. Seguro que no lo sabíais. Es difícil imaginarlo cuando se ve esta ciudad por primera vez, tan pequeña y abandonada. En 1798, Napoleón Bonaparte se refugió en casa de una familia, aquí en Ierápetra, después de la batalla de las Pirámides de Egipto. Preguntaos por qué. Y poca gente sabe que la nobleza veneciana buscó en Ierápetra algo que iba más allá del dominio del Mediterráneo. Buscaba un arca. No la de la alianza, sino un antiguo cofre en el que estaba escondido el texto que faltaba en el relato de Platón.

—El texto final del *Critias* —murmuró Ginebra.

Ian asintió.

—Y por eso estamos aquí —dijo, sacando de su bolsillo una pequeña llave oxidada y dirigiéndose a la extraña puerta lateral—. Alguien sustrajo ese texto del manuscrito original del *Critias* y lo mantuvo, durante siglos, en Egipto, creemos que, primero en Sais y, tiempo después, en Alejandría. Allí lo localizó un erudito arqueólogo griego y lo custodió en la ciudad que entonces era la más floreciente

de Creta, Ierápetra. Para que no volviera a correr peligro, se construyó una fortaleza a la que un comité de hebreos, griegos y egipcios denominó Jilúf, un nombre de origen hebreo que alude a la sustitución de un templo por otro: el Serapeo de Alejandría, en Egipto, por el cretense de Ierápetra. Después, este templo pasaría a ser una fortaleza y, finalmente, ya en el siglo XIX, una mezquita turca. Hoy alberga únicamente muebles y objetos carentes de interés. Nadie sabe que en el subsuelo reside el mayor de todos los secretos: el mensaje que Zeus les dio a los diez mandatarios de la Atlántida.

—¿Los diez mandatarios? —preguntó Théo.

—Sí, ¿lo recuerdas, Théo? —preguntó Ginebra. Y recitó—: «Con este fin reunió él a todos los dioses en su mansión más noble y bella: esta se halla situada en el centro del Universo y puede ver desde lo alto todo aquello que participa del devenir. Y habiéndolos reunido, les dijo…». Fin del texto.

—¿Te lo sabes de memoria? —preguntó Ian, asombrado.

—¡Claro!, hace tiempo que trato de entender la conexión del *Critias* con el disco —señaló Ginebra.

Ian miró a su alrededor y, cuidadosamente, abrió la pequeña puerta.

—¿Y entramos en un lugar como este antes de que anochezca? ¿Es seguro? —dijo Théo, cogiendo de la mano a Ginebra.

—Créeme, Théo —respondió Ian—, si realmente quieres guardar un secreto, ponlo a la vista de todos. Seguidme. Siento lo del calor sofocante. No es normal en estas fechas.

La puerta se abrió del todo con un chirrido y entraron en la pequeña mezquita que guardaba en su interior un buen bloque de muebles y estanterías viejas, objetos de oficina y otros utensilios, tapados con sábanas polvorientas.

—Bajo las sábanas, escondidos en los muebles viejos, hay algunas reliquias del dominio turco y veneciano. Pero los italianos y los ingleses no han puesto todavía sus garras aquí dentro. De hecho, el acceso está prohibido. La protección de este lugar viene de muy

arriba —indicó Ian—. Solo espero que la madre Grecia, patria de la filosofía, no corra peligro… Dicen que esos sucios nazis podrían llegar aquí. Espero que se quede en una falsa alarma.

Ian los condujo, a través de mesas empolvadas, cajas, escombros y telarañas, hasta un rincón de la estancia.

—Ian, entonces, ¿la Atlántida fue real? Pero Zeus no lo es… Y ¿cuál es la conexión del disco con este texto?

—De acuerdo, Théo, algo que debéis saber es que el mensaje de Zeus a los atlantes es, en realidad, mucho más que eso —dijo Ian, bajando la voz—. Se trata de un mensaje simbólico y la identidad del mandatario también lo es. Mi grupo de investigación y yo sostenemos la teoría de que la Atlántida fue real y ese mensaje revelaría, en realidad, la mayor fuente de energía de todos los tiempos, aquella de la que se nutrieron los atlantes para crear su floreciente imperio, aún más poderoso y adelantado de lo que imaginamos. Al parecer, esa energía se desbordó y los destruyó, a causa de su deseo de llegar cada vez más lejos en el poder y la gloria de su imperio. De ahí que lo escondieran. Tal vez Platón estaba dando demasiadas claves… cifradas.

—No había oído hablar de eso —dijo Ginebra.

—Hay muchas teorías, pero es la que pienso que tiene mayor fundamento. A partir de lo que nos ha contado Urik, creemos que el *Critias* guarda relación con los símbolos del disco y ello nos guiará hacia la fuente de energía.

Junto a un armario desvencijado lleno de papeles amarillentos, arrinconada contra una ventana polvorienta, había una cómoda tan anodina y cubierta de telarañas que nadie hubiera reparado en ella. Ian la retiró, respirando trabajosamente, y les señaló una trampilla que había justo debajo, en el suelo.

—*Et voilà* —anunció, limpiándose el sudor de la frente. Al abrir la trampilla la débil luz que se colaba a través de los cristales polvorientos iluminó una escalera estrecha—. Bajaré yo primero. Al fin y al cabo, como no pierda peso, la diabetes me matará antes que los nazis.

La escalera descendía hacia un angosto subsuelo húmedo, atestado de muebles. Ian apartó las telarañas y encendió una bombilla que colgaba del techo. Se agachó y, con la ayuda de Théo y Ginebra, apartó uno de los tablones de madera que hacían las veces de tarima. Debajo había un pequeño cofre.

—Ponlo sobre esa mesa, Théo —dijo Ian, señalando una de las mesas polvorientas, en medio de un ataque de tos que le hacía llorar. Théo colocó el cofre, no más grande que una caja de zapatos, sobre la superficie de madera. Ian extrajo de su bolsillo una cajita de alabastro de la que sacó una pequeña llave plateada. La encajó en la cerradura y el cofre se abrió casi como un resorte.

Los tres juntaron sus cabezas sobre el cofre para ver bien el contenido. Sobre un fondo de terciopelo color cereza vieron una hoja de papiro guardada en un recipiente de cristal.

—Dios mío —murmuró Ginebra.

Ian se colocó unos guantes negros y extrajo con sumo cuidado el papiro amarillento con letras escritas en una tinta casi borrada.

—Miradlo bien, porque solo vais a ver esto una vez en vuestras vidas —anunció Ian, sin dejar de observar la hoja—. Se trata de un papiro del manuscrito original del *Critias*. La escritura del propio Platón.

—¿Qué pone? —preguntó Théo.

Ian leyó:

—«Hombres necios, sin fe ni esperanza. Habéis abierto un pasaje y desconocéis el destino. No hallaréis la respuesta porque la entrada está abierta, pero no la salida. Y el fuego no procurará otro amanecer, si los actos…». Esto que viene a continuación es ininteligible, pero aquí continúa —precisó Ian, y continuó—: «De la tierra y del cielo vendrá el movimiento de los soles, los habéis hecho girar y, sin embargo, la razón os es ajena. Del mar surgirá la última respuesta. Más allá de la dríada y la roca, siguiendo las grietas calizas, la flor azul. Quien tenga entendimiento hallará la barca, el pasaje se abrirá para quien descubra los signos del barro milenario, agua dulce para los puros, turba y hierro para los que…». Lo que

sigue es incomprensible. Continúo: «Más allá del camino del fuego. La sombra se erigirá eternamente para las almas impías. Haced girar los ejes y el hombre vivirá su nueva edad. Así habló Zeus a aquellos hombres necios. Escuchad esta palabra porque el secreto se revelará a quien sepa transitar el laberinto».

Cuando Ian dejó de leer los tres guardaron silencio.

Ginebra tenía los ojos llenos de lágrimas. Sabía que todo lo que había oído tenía sentido, lo sabía, pero debía encajar las piezas. Théo parpadeó varias veces como si estuviera asimilando la información. Estaba empapado en sudor; allí abajo el calor no era intenso, pero la humedad ahogaba.

Con sumo cuidado, Ian volvió a depositar el papiro en el recipiente rectangular de cristal, lo cerró, hizo lo mismo con la tapa del cofre y echó la llave.

—Estamos intentando unir los elementos y seguir la pista. Turba, dríada, grietas, agua dulce, hacer girar los ejes… Dríada viene de *Dryas octopetala*. Es una flor de ocho pétalos. Curiosamente, me dijo Urik, está representada en el centro del disco. Solo crece sobre tierra caliza, y hemos localizado todos estos elementos en la región de Burren, Irlanda, no muy lejos del Ness, cuyas paredes también son calizas. Allí hay yacimientos de turba y agua dulce.

—La flor… Es una flor azul —dijo Ginebra, que parecía estar percibiendo algo— y dudo que sea un elemento de la geografía. Está en el disco. Está fuera, pero creo que también está dentro.

—Bueno… —dijo Ian, desconcertado—, podemos hablar de ello, Ginebra. Pero lo cierto es que hay vibraciones telúricas en algunas de esas áreas que os menciono, y minerales poderosos. Lo lógico es seguir esa línea y atenerse a la ciencia. Por eso investigamos en esa región. Y parece que los nazis también. Todo esto es máximo secreto. Le he enviado un telegrama en clave a Urik con los datos. Ayudadme con esto.

Ian devolvió el cofre a su lugar y, entre los tres, pusieron el tablón encima.

—Desgraciadamente, sospecho que algunos de los investigadores

que han trabajado conmigo podrían haber filtrado algo de información a la Ahnenerbe —explicó Ian apesadumbrado, limpiándose el sudor—. Algunos tienen doble pertenencia a sociedades como la Teosófica y los rosacruces o la masonería y la OTO, incluso estaban infiltrados en la antigua Thule. Pero, gracias a Dios, la filosofía no les va mucho a los nazis. Mientras busquen el arca de la alianza en el Tíbet estarán lejos de preguntarse por este papiro. Salgamos de aquí.

Una vez fuera de la mezquita, Théo sintió que el calor había aumentado; la ropa mojada se le pegaba al cuerpo.

—Ian, ¿esa fuente de energía de la que hablas sería más fuerte que el petróleo? —preguntó Théo.

—No es una fuente de energía… —dijo Ginebra—. Es una puerta.

Capítulo 17
La Orden de Tarhun

París, Vendôme, 3 de noviembre de 1939, 3:00 am

—Siéntate, Aleister. Te estaba esperando —dijo María Orsic.

La figura esbelta y joven de la médium croata, que permanecía de espaldas a él, mirando por la ventana del salón, le sorprendió aún más que el largo de su melena rubia ondulada que llegaba hasta el suelo.

Avanzó despacio, oyendo cómo crujía el parqué de la antigua casona de Connell en la que María Orsic pasaba unos días como invitada. Ella no se movió. Solo llevaba puesto un camisón de seda de manga larga, sobre el que la melena dibujaba ondulaciones que le trajeron a la memoria el famoso retrato de Leonor de Aquitania. Sin embargo, había algo más moderno y anguloso en Orsic, y menos delicado. Su delgadez era extrema, los huesos se transparentaban bajo la seda del camisón, sobresalían en sus tobillos y pies, y aunque había algo turbador y agresivo en esas protuberancias, emanaba una especie de serenidad oscura que hacía difícil concebirla como una chalada que creía en extraterrestres. Crowley tomó asiento en una de las grandes butacas que se hallaban junto a la enorme chimenea del salón. Cuando Orsic se volvió y le miró,

pudo ver en su hermoso rostro los signos de la edad.

—Sé que es una hora un poco rara para las visitas —se justificó Crowley—, pero usted sabe el significado que…

—Sí, conozco el significado de la hora ritual, y sé por qué has venido —dijo ella. Sus ojos claros le atravesaron como dos puñales de agua.

—Me costó decidirme, lo confieso —dijo Crowley pugnando por escapar al influjo de la extraña belleza de aquella mujer—. Pero, desde mi conversación con Connell, el otro día, estaba bastante intrigado. Ignoraba que la sociedad Vril estaba ahora en París.

—No todos, solo algunos de nosotros. Los que aceptamos la deriva.

—¿La deriva?

—La deriva de los acontecimientos —dijo Orsic. Con suma placidez avanzó por el salón, con sus pies descalzos y huesudos en los que aún se podían ver señales de su antigua profesión de bailarina, y tomó asiento frente a él, en la butaca pareja, junto a la chimenea—. Nosotros pretendíamos una unificación germana —explicó con su voz suave y un gesto inalterable—, pero eso no ha sucedido y ahora las fuerzas se mueven hacia otro lado.

—¿Hacia dónde exactamente?

—Dime la clave.

Crowley, sorprendido, en un acto reflejo, se echó hacia atrás en su butaca.

—Lucerna 666… —murmuró Crowley.

Orsic cerró los ojos y tomó aire.

—Lo que pretendes descubrir no debe saberlo nadie. En el momento en que el conocimiento te sea revelado, deberás guardar silencio. Y reverenciar a Datark.

—Descuida.

Orsic le miró a los ojos.

—¿Eres conocedor de los antiguos cultos hititas?

—En cierta medida.

—Entonces habrás oído hablar de la Orden.

—¿Qué orden?

—La Orden de Tarhun.

* * *

Sur de Turquía, montes de Tauro, Puertas Cilicias,
3 de septiembre de 1939, a la misma hora

Cesare observó la extensa cordillera que se alzaba más allá del valle de Chemchemal.

—Así que estos son los montes de Tauro…

—Sí, señor, los confines de Anatolia. Justo antes de llegar al lago Van. Al norte, tenemos el Tigris…

Cesare no percibía, en aquellas montañas, ningún mensaje amigable; al contrario, parecían estar expulsándolo de allí. Mientras caminaba junto a Sahin, un aire gélido le atravesaba el pecho, como si una corriente fría llegara de alguna parte. Al fin, llegaron a un desfiladero en el que se divisaban dos bloques de montañas divididas por un corredor de tierra que parecía conducir al fin del mundo.

—Las Puertas Cilicias, señor —dijo Sahin.

Cesare observó el estrecho sendero que se habría paso entre las montañas.

—¿Y qué hay al otro lado?

—El yacimiento de Jarmo —reveló Sahin, con expresión sombría —. Ahí es a donde vamos.

* * *

Creta, Ierápetra, 3 de septiembre de 1939, a la misma hora

—¡Las Puertas Cilicias! —gritó Ginebra, levantándose de la cama.

Théo, que dormía en una cama plegable y tenía los riñones hechos polvo, abrió un ojo y luego el otro.

—¿Cómo? —preguntó, medio dormido.

Ginebra subió la persiana de la habitación de la casa de Ian en la que se alojaban, a pie de mar, cerca de la fortaleza de Kales. La luna llena iluminaba el Mediterráneo oriental.

Una palabra salió de sus labios:

—Enlil.

—¿Qué es Enlil? —preguntó Théo.

Ginebra se apretó la cabeza con las manos y gritó.

* * *

París, Neuilly, 3 de septiembre de 1939, a la misma hora

Cuando el libro golpeó el suelo, Urik abrió los ojos y se dio cuenta de que se había quedado dormido leyendo. Se levantó de la mecedora y cogió la carta cifrada que le había enviado Ian con el texto que faltaba en el *Critias*, y leyó: «De la tierra y del cielo vendrá el movimiento de los soles, los habéis hecho girar y, sin embargo, la

razón os es ajena. Del mar surgirá la última respuesta. Más allá de la dríada y la roca, siguiendo las grietas calizas, la flor azul. Quien tenga entendimiento hallará la barca, el pasaje se abrirá para quien descubra los signos del barro milenario, agua dulce para los puros, turba y hierro para los que… Más allá del camino del fuego. La sombra se erigirá eternamente para las almas impías. Haced girar los ejes y el hombre vivirá su nueva edad».

Una vez más, intentó unir los cabos, encajar las piezas.

* * *

París, Vendôme

—El culto al dios Tarhun, que muchos vinculan con el posterior Moloch, se dio durante siglos en la zona de Turquía, aunque proviene de ritos aún más antiguos —explicó María Orsic, sin moverse. El fuego de la enorme chimenea le concedía un aspecto grave e imponente. Sus manos huesudas suspendidas sobre los brazos de la butaca eran frágiles y agresivas al mismo tiempo. Había encendido una larga pipa que parecía de origen indio, y estaba fumando algo que olía a ungüento. Su pelo se derramaba a ambos lados de la butaca, como si estuviera sentada sobre un amplio manto de flecos—. Tarhun es Teshub, el dios del trueno… —explicó. Y expulsó un largo hilo de humo de color verdoso—, dios del cielo, de la tierra y de la tempestad, según los hititas.

—Dios del clima —precisó Crowley.

Orsic asintió.

—Su hijo es Enlil —añadió.

—Pero Enlil es una deidad del panteón sumerio… —repuso Crowley, extrañado.

—Los miembros de la Orden de Tarhun fundieron los cultos sumerio y anatolio en esa deidad. Enlil es, para ellos, el hijo de Tarhun, adorado desde tiempos inmemoriales en el sur de Turquía, y lo entendían como un dios que cuidaba de ellos, del clima, de que tuvieran agua y prosperidad —narró Orsic.

—Imagino que ahora viene el «pero», ¿es así? —aventuró Crowley.

—Dentro de los Tarhun hubo una rama que se dedicó a cultivar el oscurantismo: los Stver. Ellos entendían a Tarhun de un modo mucho más oscuro, como una representación de Moloch.

—Los Stver… —murmuró Crowley, sin disimular su turbación—. Siempre creí que eso eran historias de los pueblos del Este, sin más. «Los Sombra», así se les conocía.

Orsic asintió. Lentamente, dejó salir el humo y continuó hablando.

—Enlil, hijo de Tarhun, el hombre-toro, era, para ellos, una deidad diabólica y guerrera, nacido de Moloch, el dios devorador.

—Ese culto se realizaba en los montes de Tauro, ¿no es así?

—Sí, en la antigua Patara. Pero, para rebelarse contra los otros Tarhun, los Stver realizaban sus cultos bajo tierra, más allá de las Puertas Cilicias. Los Stver han aguardado siglos para traer a Enlil a este mundo. Creían firmemente que se encarnaría en ese nacido al que llaman Datark, y que este les proporcionaría poder, a cambio de sacrificios. Conspiraron para traer al mundo a una criatura de sombra, y así ha sido.

—Y supongo que Lamartine es una de ellos —intervino Crowley.

—La fuerza que se ha desatado es mucho más poderosa de lo que pensaban. Ni siquiera Cécile Lamartine, la Stver que se encargó de lograr el recipiente, sabe hasta qué punto.

—¿El recipiente?

* * *

Sur de Turquía, montes de Tauro, yacimiento de Jarmo

Cuando llegaron al antiguo yacimiento de Jarmo, tras atravesar las Puertas Cilicias, la oscuridad de la piedra obsidiana, unida a la profundidad angosta de la cantera, le produjo a Cesare un escalofrío. El olor era semejante al que había creído percibir en L'Enfer, una mezcla entre lodo y azufre… Se internaron en el agujero y Cesare siguió al guía, Sahin, hacia un punto en el que aún llegaba la luz exterior, aunque la humedad era pesada y gélida.

Sahin desenterró algunas de las piedras y las colocó en un paño blanco que le mostró a Cesare.

—Observe estas figuras talladas en obsidiana. Según los estudios, podrían datar incluso del año dos mil antes de Cristo.

Cesare revolvió las figuras, localizó una que parecía estar abombada, le quitó la tierra húmeda con los dedos y la observó. Era una mujer embarazada, pero el cuerpo era demasiado delgado y el vientre hinchado estaba algo torcido, como si estuviera hecha por un niño o por un demente. Inmediatamente recordó las palabras de Marguerite sobre su extraña barriga de embarazada, los síntomas que había padecido, su extrema delgadez…

La segunda figura parecía una especie de virgen negra pagana, reclinada, con las manos en cruz sobre el pecho y una serpiente enroscada en las piernas, y la otra era una cabeza de toro deformada, con un rictus diabólico y los cuernos levemente retorcidos. Parecía más un león rugiendo que un toro y los ojos eran los de un insecto… o los de un pez. En un movimiento reflejo, la dejó caer al suelo, como si le hubiera mordido, al recordar la imagen

de la criatura.

—¿Puedo llevarme estas piezas?

* * *

París, Neuilly

—¿Qué es lo que no encaja? —se preguntó Urik, caminando de un lado a otro del salón—. Los Stver están relacionados con los antiguos cultos hititas… pero ellos viraron hacia la oscuridad, ellos hacían invocaciones de demonios.

Tracey, con unos cuantos rulos puestos, se asomó al salón, cerrándose la bata, extrañada al escuchar la voz de su tío a aquellas horas de la noche.

—Tío, ¿te pasa algo? ¿Tienes insomnio otra vez? Puedo prepararte una infusión…

Urik rebuscó en el montón de libros que tenía sobre la mesa y después en las estanterías, hasta que encontró uno especialmente grande, tan antiguo que se estaba deshaciendo. En la portada del libro pudo leer «Ars Goetia» en tipografía antigua.

—La edición perdida del *Ars Goetia*, la más antigua… —dijo Urik —, recoge partes de esos rituales, incluía teorías y conjuros más extensos referentes a la apertura de portales…

Lo abrió. Una nube de polvo grisáceo invadió el aire. Tosió varias veces, mientras buscaba, entre las páginas amarillentas, algo que no sabía explicar.

—Ya está hablando solo de nuevo —le dijo Tracey a su novio.

* * *

Creta, Ierápetra

—Los caminos se bifurcan —murmuró Ginebra, con los ojos cerrados —, pero solo uno lleva al centro del laberinto, al fuego. Veo… un toro noble, brillante, que trota libre, y veo otro que es adorado por muchos. Tiene alas, pero no vuela, tiene sangre en las mandíbulas. Le entregan ofrendas de sangre…

* * *

París, Vendôme

—Una mujer que haya recibido el veneno de la serpiente —dijo Orsic.

—El veneno de una vipera albizona… Así lo indica el *Ars Goetia* —citó Crowley recordando, al fin, de dónde venían esas remotas palabras.

—En el lugar en el que la piedra es negra —interrumpió Orsic.

—Una mujer beberá de la serpiente… —siguió él.

* * *

París, Neuilly

—Será poseída por las sombras —murmuró Urik, leyendo uno de los párrafos del *Ars Goetia*.

* * *

Creta, Ierápetra

—El hijo de Moloch ha venido a la tierra en su vientre —susurró Ginebra, encogida sobre la mesa del escritorio, garabateando palabras incomprensibles sobre un folio, entre ellas «Enlil», mientras Théo trataba de calmarla—. Y su reinado no tendrá fin…

* * *

Sur de Turquía, montes de Tauro, yacimiento de Jarmo

Cesare avanzó entre la oscuridad y vislumbró, al final del yacimiento, que estaba en cuesta, una enorme hendidura en la que destacaba

un bulto de piedra.

—¿Qué es aquello? —le preguntó a Sahin que iluminaba el camino con la linterna.

—Yo no me adentraría ahí, señor.

* * *

París, Vendôme

—¿Fue en las aguas negras de Enlil, en los montes de Tauro? —inquirió Crowley impaciente.

—La mujer no fue llevada allí. Las aguas de Enlil vinieron hasta ella. El veneno de la serpiente también. Lamartine dispuso los medios adecuados en el momento preciso. Y esa misma noche, en L'Enfer, el punto elegido, se fraguó el inicio. —¿Y dónde se produjo el parto?

—En el lugar más vulgar; el lugar a la vista de todo el mundo, pero siempre en la sombra.

—Un burdel…

Orsic asintió.

—¿Y por qué el nombre de Datark? ¿Por qué «Lucerna 666»? —preguntó Crowley.

—A su tiempo, querido Alister —respondió la vidente. Se levantó y se situó frente a la chimenea—. Muéstrame que eres digno de la revelación.

* * *

Sur de Turquía, montes de Tauro, yacimiento de Jarmo

—¿Qué hay allí? —preguntó Cesare, perplejo, tapándose la boca con un pañuelo.

—Señor, por favor, le ruego que no siga.

Cesare sintió un escalofrío que recorrió su cuerpo, como una descarga. Por un momento deseó que amaneciera. Se arrepentía de haber venido antes del alba, pero era la manera de asegurar que nadie le siguiera. Continuó avanzando. La humedad se hacía cada vez más pesada, y penetraba hasta los huesos.

—No siga, señor. Está llegando al final del yacimiento —dijo Sahin apretando el gorro entre las manos—. Dicen que comunicaba con las aguas negras.

—¿Las aguas negras de Enlil? ¡Eso es una leyenda!

Cesare, decidido a llegar hasta el final, avanzó con su linterna y descendió por una rampa de piedra húmeda hasta que sus pies se hundieron en el barro. Estaba en la oscuridad más absoluta. Le limpió el polvo con las manos al montículo de piedra, ayudándose con el pañuelo que llevaba en su mochila, hasta que descubrió una especie de altar invertido con la silueta de una serpiente enroscada en la base. Dio un paso atrás y la enfocó con la linterna.

—¿Qué puede ser esto?

—Esto era, antes, la ciudad de Patara, señor. Y eso es un altar —añadió Sahin desde la parte alta de la rampa—. Los oscuros hacían rituales allí. Utilizaban la reliquia. Les echaron de Patara. Por eso nadie viene hasta aquí. Es mejor que nos vayamos.

—Las ruinas de Patara… Hay signos en esta piedra… Veamos. Es una lengua antigua… Es armenio…

Cesare entornó los ojos y siguió con los dedos la inscripción, justo por encima del cuerpo enroscado de la serpiente.

—«Desde la sombra…» —tradujo Cesare.

—Señor… Por favor —rogó el guía.

—«En este altar… ofrecemos la… ¿la carne?». —¡Por favor, salga de ahí!

—No, carne, no, «la sangrada…».

—¡Ese altar está maldito!

—«¡La sangre!».

* * *

París, Vendôme

Crowley se tendió ante los huesudos pies de Orsic y los besó.

—Por favor, confía en mí, soy digno del conocimiento. Jamás me revelaré contra ti, ama, autora, deidad. Serás divina por siempre. Juro fidelidad absoluta.

Orsic le puso la mano en la cabeza. Crowley sintió un cosquilleo.

—No eres digno de mi confianza, inglés, pero formas parte del ciclo cósmico y de los hermanos de Saturno. No eres puro, y sin embargo, debo aceptar, aunque ello suponga traicionarme. Es parte de la constelación.

Crowley sonrió para sus adentros. Lo había conseguido.

—Dime, por favor —dijo rogando, en el suelo, con el mismo tono de veneración—. Responde a mis preguntas. Datarle, Lucerna…

* * *

Sur de Turquía, montes de Tauro, yacimiento de Jarmo

La linterna le temblaba en las manos, el olor era nauseabundo, pero Cesare se tapó la boca con el antebrazo y se empeñó en continuar descifrando el mensaje. Tenía que llegar hasta el final de aquello.

—«Te invocamos… oh, dios del trueno» —descifró, finalmente—. Dios del trueno… de la tempestad… ¡El culto a Tarhun! La leyenda de los Stver… ¡Los Sombra! Entonces era verdad. Existen. Hacían sus sacrificios aquí. El signo del toro hizo que unieran a Tarhun con Moloch. Lo pervirtieron, lo adaptaron a sus intereses. Ellos han traído a esa criatura al mundo, ¡son ellos! Pero ¿por qué?

* * *

París, Vendôme, 3:33 am

—Datark es el vacío entre dos sucesiones de astros y de mundos, el abismo solo posible a partir de una larga degradación, el abismo que aparece tras la caída de los hombres. Es la nada en la que se engendra el señor de la tormenta, tras los sacrificios de sangre. El primero es el de la propia madre; luego, sangre de inocentes.

—Pero el ritual se pronuncia desde las aguas negras y la piedra oscura… —murmuró Crowley—. Hace falta obsidiana. Hace falta el altar.

—Pecas de impertinencia —interrumpió Orsic mirándole de forma oscura y amenazante, mientras tomaba asiento de nuevo—. En el año 647, cuando comenzaron las guerras contra los califatos, muchos miembros de la Orden de Tarhun fueron perseguidos, y los Stver se marcharon a buscar refugio en otras tierras. Un mecenas ávido de poder, los alojó en su castillo de Lucerna. Allí, en el

subsuelo de San Gotardo, en las mazmorras reconvertidas en laboratorios, inauguraron, en el año 666, un nuevo comienzo. Juraron vengarse del mundo que los había recluido. Los Stver, auspiciados por los descendientes del mecenas, la saga de los Schenk, han custodiado durante siglos los secretos alquímicos de las prácticas rituales de los montes de Tauro, han perfeccionado las mezclas, han realizado pruebas… Y han elaborado la esencia hasta lograr la alquimia perfecta, aquella que crearía la imagen en carne de Enlil.

* * *

Sur de Turquía, montes de Tauro, yacimiento de Jarmo, 5:33 am

Cesare empezaba a sentir un dolor de cabeza agudo, acentuado por el extraño olor. El guía había desaparecido y quizá no le estuviera esperando fuera, y él no sabría orientarse en aquellas montañas. A toda prisa terminó de anotar las inscripciones y guardó la libreta en su bolsa.

—Está bien. Larguémonos de aquí —decidió.

Antes de subir la cuesta hacia la salida del yacimiento, le pareció notar que algo se movía. Enfocó las paredes de aquel averno con su linterna. No había nada. Creyó escuchar un débil ruido de agua fluyendo. Sus pies estaban cubiertos de una extraña viscosidad mugrienta. De pronto, en la parte más baja del altar invertido, distinguió otro grabado.

Limpió el polvo con el pañuelo, tosiendo, y leyó: «*Yes galis yem aprelu dzez het, ovk'er kendani yek', yev duk' mah kunenak' mahits' arraj*».

—«Vengo a habitar entre vosotros los que vivís, y tendréis la

muerte antes de la muerte» —tradujo.

Una risa lejana, aguda y vieja, llegó desde algún lugar. Se le erizó el vello. Las paredes, a la débil luz de la linterna que comenzaba a apagarse, parecían un espeso musgo negro que crecía en su oscuridad para absorberle la vida y la cordura, como una boca muerta sedienta de latido. Rápidamente, corrió hacia la cuesta y se arrastró hacia arriba, sintiendo que escapaba de la misma oscuridad que había percibido en L'Enfer.

* * *

París, Vendôme, 3:33 am

—Pero tengo entendido que hace falta una reliquia para abrir la puerta —formuló Crowley—. La alquimia no basta.

—La reliquia elegida fue interpretada por el código oculto del *Ars Goetia* primigenio. Y la reliquia abrió la puerta —dijo Orsic.

—¿Qué reliquia?

* * *

París, Neuilly, 3:33 am

—Ellos trataron de abrir la puerta con el código equivocado. El código del *Ars Goetia*, al igual que las ecuaciones de los científicos, no funciona, porque ese no es el camino, no es para lo que el disco

fue concebido. No es el *Ars Goetia*, es el *Critias*, y no son las ecuaciones, es… otra cosa —susurró Urik, chasqueando los dedos en busca de aquello que no sabía expresar. Arrojó al suelo el *Ars Goetia* y leyó un fragmento del texto del *Critias*—: «Agua dulce para los puros, turba y hierro para los que»… Para los que no sepan encontrar el camino del fuego, atravesar las llamas. El fuego purificador… Hay que pasar al otro lado. Pero no es con ecuaciones, no es con conjuros herméticos…

* * *

París, Vendôme, 3:33 am

—La reliquia elegida procede de una antigüedad desconocida para el hombre, de una civilización perdida. A través del imperio de Djeser llegó a manos de los Stver. Una llave puede abrir diferentes puertas. Ellos han realizado su interpretación, abrieron su puerta. Trajeron al hijo de la Bestia a este mundo. Pero el poder destruirá… Y así debe ser —dijo Orsic en un tono grave. Se levantó, cogió su pipa apagada y la arrojó a la chimenea. Las llamas se alzaron con tanta fuerza que por un momento Crowley creyó que saldrían de la chimenea y devorarían el salón. Orsic no se movió. Las llamas, poco a poco, recuperaron su cadencia.

—¿Destruirá a los Stver? —preguntó Crowley. Orsic observó el fuego.

—A todos nosotros —dijo lentamente.

* * *

París, Neuilly, 3:33 am

—La interpretación no es la correcta porque el disco no solo es un pasaje, es… ¡Claro! ¡Lo tenía delante todo este tiempo, pero no era capaz de verlo! ¡Es un catalizador!

Urik, conmocionado, se dejó caer en el sofá, mientras Tracey le observaba con la taza de té en la mano, asustada.

—Está peor de lo que pensaba —murmuró arqueando una ceja.

—Ellos analizaron el disco —dijo Urik, levantándose y andando de un lado al otro de la habitación—, los científicos del empresario suizo y después también los del equipo de Koch. Sabían que reaccionaba a compuestos del mercurio, pero, apegados como estaban a lo material, se centraron en la parte biológica. Olvidaron la espiritual, ¡olvidaron la poesía! Ellos aplicaron ecuaciones y fórmulas, pero el disco es un código que solo se descifra desde el sentimiento correcto. ¡Porque no es solo un código!, porque no es solo un pasaje, ¡es un catalizador!, y la interpretación correcta de los símbolos y las imágenes depende también de ese sentimiento. Ginebra es poeta, ella entenderá lo que quiero decir. ¡La pureza! ¡Por favor, Tracey, toma nota de todo esto!, ¡debo escribirles rápidamente!

—Un poco más despacio, tío, por favor —pidió Tracey, que había dejado la taza de té en la mesa y tomaba notas a toda prisa, mientras su novio bostezaba y se iba a la cama.

—Solo un alma iniciada en el amor, un alma pura, que actúe desde la verdad, puede activar la frecuencia del catalizador y descifrar el código auténtico. La brecha en el continuo… ¡Dios!, lo

sabía, lo había visto, pero no estaba uniendo bien los puntos. ¡Son las variables inesperadas, las notas fuera de partitura, las grietas de luz que el algoritmo no puede controlar! Solo a través de ellas es posible revertir la ecuación, evitar que el mundo se convierta en una totalidad oscura e informe. El disco responde de formas diferentes a energías diferentes, como si fuera un espejo de partículas. Y ese espejo refleja la luz o la oscuridad. De alguna forma, no sé cómo, la luz encontró a Théo y a Ginebra a través del disco. ¡Hay que revertir la ecuación!

—A ver, repite…

—Estoy seguro de que ese era el camino, eso era lo que buscaban cuando crearon el disco originalmente. Era lo que trataban de indicarnos, lo que nos dicen en el texto. Si creemos que la Atlántida existió, hemos de comprender que se trataba de una civilización más avanzada que requiere códigos avanzados. Pero allí erraron el camino. No abrieron la puerta adecuada.

* * *

Creta, Ierápetra, 4:33 am

—No lo hicieron, porque los hombres corrompidos por el poder tomaron el mando, fueron ellos quienes abrieron la puerta incorrecta —dijo Ginebra—. El disco fue forjado a partir de una energía increíble que desconocemos, y que funciona de una forma distinta, para ser interpretado desde la luz. De lo contrario, solo podrá tener un poder de destrucción. Y después de la destrucción de la Atlántida, el disco y el texto se perdieron. Ese hombre egipcio… Creo que él descubrió cómo usar la pieza, pero hacia el lado inverso de lo que los atlantes pretendían. Llevó a muchos hacia la oscuridad, los

mató por seguirle. Lo veo… pero no logro situarlo en el tiempo… Aparece en varios espacios, en diferentes épocas.

* * *

París, Neuilly

—A lo largo de los siglos la pieza ha sido erróneamente interpretada, tanto desde la ciencia y el ocultismo, como desde el mundo financiero. Por eso es preciso crear otra puerta, otra diferente. Pero ¡no podemos hacerlo!

* * *

Creta, Ierápetra

—¡Podemos hacerlo! —gritó Ginebra. Miró a Théo como si acabara de salir de un trance—. El disco es un mapa, solo hay que avanzar por las casillas correctas, saber interpretarlas. Por interpretarlas hay que entender sentirlas. No son ejes mecánicos, ¡no lo son! El laberinto no se recorre desde una cuadrícula, es otro tipo de laberinto. ¡Hay que volver! ¡Hay que abrir el pasaje! ¡Volver a viajar!

—¿Como en San Víctor o en los sueños que hemos tenido? Oye, Gin, yo no quiero volver a viajar, ya estuvimos allí, ¿recuerdas? Y prefiero pasear por los bulevares de París, sinceramente.

Ginebra se acercó a Théo y le cogió las manos.

—En San Víctor vi un lugar en el que todo cobraba sentido.

—Gin, pero no sabemos si eso va a suceder. La última vez que usamos el disco solo nos caímos al río… y perdimos la conciencia del tiempo.

—Théo, no tengo la solución —dijo Ginebra volviendo en sí—. Ojalá supiera explicarlo. De pronto veo todo con la claridad del día, y luego, enseguida, se vuelve difuso. Sé que todo eso que están buscando los nazis e Ian… no servirá de nada. ¿Y si Zeus quería indicarles que había otro pasaje posible y que había que encontrar la barca idónea?

* * *

París, Neuilly

—Es el amor… La barca de la que hablaba el texto robado del *Critias*… es el amor, ¡el amor! Es el amor, Tracey —dijo Urik bailando por el salón ante la estupefacción de su sobrina—. Tengo que escribir a Ian, y ellos tienen que usar el disco, tenemos que… ¡tenemos que crear la puerta!

* * *

Creta, Ierápetra

—Crear la puerta… No sé si algo de esto tiene sentido… y me duele

la cabeza —susurró Ginebra, dejándose caer sobre la cama.

Théo observó los dibujos que había hecho Ginebra y lo que había escrito.

—No, Ginebra, ¡tiene sentido! Y lo averiguaremos. Copiaré esto en un cuaderno.

En ese instante alguien golpeó la puerta. Ambos se sobresaltaron.

—Soy yo, Ian —dijo la voz.

Théo abrió. Ian los miró a los dos, con gesto de preocupación.

—Acabo de escucharlo por la radio y quería avisaros —dijo—. Francia ha declarado la guerra a Alemania.

Capítulo 18
«Tú ya eres mi esclavo, puerco»

París, Montmartre

Al entrar en la casa de Lamartine, Crowley percibió un extraño aroma que no supo definir. Se quitó el sombrero y el abrigo y los colgó en el perchero, mientras se miraba en el espejo del *hall*. Las ojeras delataban su noche de borrachera en el Néant.

El pasillo empapelado de flores con fondo color crema conducía a un salón decorado de un modo clásico, con adornos cotidianos que hacían juego con el diseño discreto del papel de las paredes y contribuían a la aburrida atmósfera de normalidad. Lamartine permanecía sentada en la mecedora que estaba junto a la mesa camilla del salón, haciendo un bordado en un primoroso bastidor.

—Adelante —dijo, sin dejar de mecerse lentamente mientras cosía.

Crowley entró en la estancia principal, preguntándose si toda la visita iba a transcurrir de un modo tan apestosamente vulgar. No había nada de especial en ese salón perfectamente ordenado. Tenía una forma semicircular y las sillas estaban dispuestas alrededor de la mesa, sobre cuyo mantel color crema había una bandeja de flores con un pequeño ágape inglés. Un reloj de cuco marcaba los

segundos. Lamartine, vestida con un pulcro y sedoso vestido color crema que combinaba con el mantel de la mesa camilla, cosía plácidamente, meciéndose en su silla de madera, de alto respaldo redondeado. Llevaba un moño bajo y unos candorosos rizos color miel se escapaban del recogido a la altura de sus orejas. En la gramola que reposaba junto a los ventanales, tapados por densas cortinas, sonaban viejos éxitos de principios de siglo.

Podría ser la vivienda habitual de cualquier ama de casa un tanto casposa.

—¿Quiere un poco de té? —dijo Lamartine a modo de saludo, señalando la tetera que aún humeaba sobre la bandeja de flores, junto a un pequeño plato de pastas y tostadas con mantequilla.

—No, gracias, me asquea el té —dijo Crowley. Observó algunos de los cuadros en la pared. Había algo extraño en esas paredes. Le daba la impresión de que, si se fijaba más…

—Siéntese, por favor —dijo Lamartine.

Crowley tomó asiento en una silla junto a la mesa. Percibió un olor que no identificó inmediatamente, pero que le resultaba extremadamente penetrante.

—¿Le ha costado mucho encontrar la casa? —preguntó Lamartine con una deliciosa sonrisa que achinaba sus ojos casi glaucos. Crowley reparó en que su pintalabios y su pelo hacían juego con el mantel y el papel de las paredes, como si todo estuviera diseñado para evitar las discordancias.

—No… Mire…, *mademoiselle* Lamartine…

—Cécile —corrigió ella.

—Cécile —dijo Crowley, algo molesto, y carraspeó—, ¿me permitiría ser franco? Tengo mucho que hacer y no me gustaría dar rodeos.

—Me advirtieron sobre su carácter, un tanto… particular, *monsieur* Crowley —pidió Lamartine, sin dejar de coser ni de sonreír —. No tengo ningún problema en ser franca con usted.

—Eso me complacería mucho. Verá, me interesa… tener aliados que estén familiarizados con el manejo de la percepción

extrasensorial —continuó Crowley—. Yo dispongo de una información que opino le resultaría interesante y creo que nuestros planes, nuestros propósitos para este mundo desgraciado y decadente, podrían confluir.

—¿Y de qué manera podrían confluir, señor Crowley?

—Podríamos aportarnos mucho, ustedes y yo.

—¿Ustedes? —preguntó Lamartine, sin dejar de coser.

—Veo que el hermetismo de su grupo es admirable —dijo Crowley disimulando su profunda exasperación—, y comprendo su desconfianza, pero cuando les explique de qué manera nos podemos ayudar y entiendan de qué información puedo disponer, gracias a mis contactos con los nazis, no pensará igual.

—Explíqueme, entonces, de qué se trata —dijo ella, con un tono cínico que no pasó desapercibido para Crowley.

—Antes, necesito… una prueba de confianza por su parte. Me gustaría entender…

—¿De verdad no quiere tomar nada? ¿Ni un poco de té, ni una rebanada de pan con mantequilla?

—No, no se preocupe. Como le dije, prefiero ir al grano. Cécile, esa criatura… ¿está aquí? ¿Puedo verla ahora? —preguntó.

Lamartine siguió cosiendo y meciéndose. Permaneció callada unos segundos escuchando la canción que sonaba en la gramola:

—*Come Josephine in my flying machine* —canturreó expulsando el aire por la nariz, sin abrir la boca.

—Cécile… —insistió Crowley bajando la voz—, quiero ver a Datark con mis propios ojos, quiero rendirle pleitesía al verdadero rey —mintió.

—¿Le gusta la música de principios de siglo? —preguntó Lamartine, y le miró a los ojos con sus iris de hielo— *Come in my flying machine* —cantó, siguiendo la armonía, mientras cosía, sin dejar de mirarle—. *Going up up she goes*.

A Crowley su expresión y esa forma de cantar se le antojaban cada vez más inquietantes.

—Cécile, verá, tengo la total certeza de que podemos ayudarnos.

Esa reliquia que sirvió para realizar el ritual podríamos utilizarla en nuestro propio beneficio, ¿comprende?

—Esa canción se hizo muy popular en el año en que el Titanic se hundía —dijo Lamartine, que parecía perdida en sus propios pensamientos—. Resulta curioso, ¿verdad? Una canción de 1910 que cobró fama en 1912 y que casualmente habla de una ambiciosa máquina voladora —dijo con gran tranquilidad, sin levantar la vista de su costura—. El mundo estaba en pleno furor industrial, el hombre era capaz de crear máquinas impresionantes, barcos colosales, titánicos…

—Cécile, yo…

—Pero los grandes colosos a veces son los primeros en hundirse. Y las máquinas voladoras caen… Invariablemente —dijo. Alzó la cabeza y le miró fijamente a los ojos—. Cuanto más damos por sentada nuestra victoria, más cerca estamos del abismo.

—¿Es una amenaza?

La mirada de Lamartine se hizo más fría y penetrante, pero sus labios sonreían.

—Tómelo… como una moraleja. Una fábula.

Crowley sintió la necesidad de desviar la mirada. Estaba empezando a sentir cierto poder hipnótico en aquellos ojos que parecían agua estancada. Miró de nuevo los cuadros, que, esta vez, le parecieron más ásperos e inquietantes. Todos los hombres de los retratos iban vestidos de negro.

—¿Parientes suyos? —preguntó Crowley.

—Cómplices, propiciadores, mecenas… —dijo Lamartine lanzándole una mirada cargada de significado.

—Entiendo. ¿Y qué hay que hacer exactamente para ser uno de esos «propiciadores»? O más bien, ¿a quién hay que financiar?

—No sea descortés, *monsieur*, no le conviene —dijo Lamartine, con voz cantarina, sin apartar los ojos de su labor.

—Hay una cuestión que todavía no comprendo, *madame* —insistió Crowley, cada vez más irritado, apoyándose sobre la mesa y mirándola fijamente, con claro afán de provocar—: ¿quién aportó el

semen? Está claro que el recipiente fue una mujer, pero ¿de dónde sacaron al donante? ¿Y la reliquia? Oiga, deje de hacerse la estúpida conmigo, no tengo las consideraciones que otros gilipollas tienen con las de su sexo, hábleme claro. ¿Dónde tienen a la criatura?

—¿Qué criatura?

—¡La que vi en ese maldito ritual! ¡El Anticristo! —gritó Crowley reprimiendo el impulso de abofetear a aquella mujer—. ¡Yo estuve en ese salón!, ¡estuve en el jodido ritual! Vi a la criatura, ¡incluso pude olería, maldita sea!

Lamartine chasqueó la lengua y esbozó una sonrisa.

—¿Está usted seguro de lo que vio?

—¡Lo vi con mis propios ojos! ¡Y vi cómo moría Montfaucon!

Lamartine le atravesó con su mirada. En sus pupilas, que ahora le parecían casi felinas, como dos dagas sobre la clara niebla de los iris, brillaba una luz que resultaba agresiva y asfixiante. Crowley se dejó caer sobre la silla, casi como si esa mirada se lo estuviera ordenando. Le dio rabia su propia impotencia. En un arrebato de ira, se levantó, se agarró la cabeza con las manos para evitar golpear a Lamartine, y golpeó la mesa con los puños. Cogió un vaso de cristal y se echó un pequeño chorro de té. Bebió rápido. Tenía la boca seca como una caja. Miró, desafiante, a Lamartine.

—Usted solo sabe lo que cree que vio —dijo Lamartine con una sonrisa de indiferencia—. Esto no es una sociedad como las que conoce, Crowley. Usted no sabe nada.

—¡Sé más que usted! ¿Cree que saldrá bien parada de todo esto? Ha desatado un poder que usted misma no sabe entender. Deje que alguien que sepa guiarse en esos lugares sea su aliado y ayudante. Usted aspira al conocimiento máximo, a la estratosfera del esoterismo, al punto en el que el bien y el mal no significan nada, a la oscura piedra primigenia. Y yo también…

—Usted quiere el poder, Crowley —cortó ella.

—¿Acaso usted no lo quiere? —murmuró Crowley.

—No lo entiende —dijo Lamartine, dejando la labor de costura sobre la mesa y mirándole. Mientras hablaba, desde una frialdad

acuciante, la habitación se llenaba de una repentina penumbra. Entonces, Crowley lo supo, como si un rayo nítido hubiera atravesado el centro de su cerebro: aquella habitación estaba dividida en cinco partes. La mesa era el centro de un pentáculo—. Todavía no lo ha entendido —añadió, con sus frías pupilas convertidas en dos dagas. Y comenzó a desabrocharse la blusa de su vestido color crema—. Todos nosotros anhelamos el advenimiento del mundo nuevo —afirmó, y al abrirse la blusa mostró una carne de tono azulado, y unos pechos deformes y negruzcos en los que se marcaban unas venas gruesas que le recordaron a las de la criatura. Crowley retrocedió hasta toparse de espaldas contra la ventana—. Yo soy todos. Y todos son yo. En el mundo nuevo, la sombra avanzará y los Stver no tendrán límites. Todos seremos uno, y solo habrá una mente. No habrá más división. Hemos entregado todo para que él venga —dijo. Sus pupilas le parecieron ahora dos líneas verticales bífidas. Pero no era solo eso. Había algo más en esa mirada: una agresividad que no había conocido en ningún hombre o fiera, que no había visto en ningún lugar… excepto aquel día en el ritual, en los ojos de Datark. La mirada de Lamartine era la de una fiera asustada y violenta que se removía, con una rabia corrompida, en las raíces más inmundas de un odio antiguo y olvidado.

—Serpiente… —murmuró Crowley.

—Y a usted le fascina eso —dijo Lamartine. Su voz era ahora tosca, ronca, algo afónica—. ¡Usted, Crowley, no sabe nada! ¡No es nada! Solo podrá ayudarme si renuncia a su ser. Admita, de una vez, que Dios no le ama, admita que es usted una bestia, igual que yo —dijo con un tono libidinoso, regodeándose en el placer que le causaba lo que estaba diciendo—, y podremos negociar…

—Datark, ¿por qué no te muestras? —clamó Crowley, tratando de dominar su miedo—. Deja de usar ese cuerpo, ¡sé mi aliado!

El labio superior de Lamartine se contrajo en una mueca desagradable. Las pupilas felinas vibraron.

—¡Tú ya eres mi esclavo, puerco! —dijo una voz que no salía de los labios de Lamartine, sino que parecía venir de una catacumba

podrida, de un anciano enfermo y lascivo.

Crowley negó con la cabeza mientras se alejaba, la oscuridad se hizo infinita, distinguió el olor que no había sabido reconocer al entrar: azufre… Comenzó a escuchar un mantra.

—Pero de dónde…

De pronto le pareció que el salón comenzaba a girar. El pavimento se alzaba bajo sus pies, las dimensiones se confundían mientras esa especie de cántico siniestro cobraba un volumen insoportable y las figuras de los retratos se deformaban. Miró a su alrededor, tapándose los oídos. Gritó y, al caer al suelo, derribó una de las sillas.

Cuando abrió los ojos pudo ver la silueta de Lamartine. Le observaba desde arriba, vestida con pulcritud, dedicándole una sonrisa lacónica.

—*Monsieur* Crowley, ¿qué le ha sucedido? —preguntó Lamartine que volvía a tener sus rasgos normales, el rostro imperturbable, los perfectos rizos sueltos sobre las orejas, la labor de costura entre sus manos.

Crowley se levantó, miró a su alrededor, miró a Lamartine, alejándose de ella.

—¡Vuelve a mostrarte, diablo!

—Crowley, creo que está delirando. Le obsesiona la idea de que existe una especie de… ¿cómo lo ha llamado antes?, ¿Anticristo? ¿Tiene idea de cómo suena eso? Crowley, ¿qué bebió usted antes de ir a ese ritual? ¿Lo recuerda?

—No juegues conmigo, maldito bastardo, ¡yo no bebí nada, y no he bebido nada ahora!

—Oh, yo no diría lo mismo —replicó Lamartine, señalando la tetera.

—Usted… ¿usted quiere hacerme creer que el té tenía alguna sustancia rara?, ¿que sus pupilas no eran las de una maldita serpiente?

—Vemos lo que queremos ver… —afirmó ella, y sonrió—. Las deliciosas hierbas de la India que me trajeron ayer han tenido sobre

usted más poder del que esperaba. No es veneno, no se preocupe, solo algo que le demuestra que la percepción sensorial es algo muy relativo.

Crowley ahogó un rugido.

—¡Averiguaré la verdad!

—¿No le parece que al realizar un ritual resulta mucho más práctico suministrar opiáceos a los asistentes que mostrarles un monstruo? ¿No le parece que sería una actitud más inteligente, cuando se trata de perpetrar una demostración de poder? ¿No es el gobierno sobre la mente el verdadero poder?

Crowley avanzó despacio hacia ella.

—Quiere confundirme…

—Si tan seguro está de esas visiones, ¿por qué no pregunta? Tal vez alguien haya visto algo…

—¡Conseguiré pruebas! ¡Téngalo por seguro! Orsic es amiga mía.

—Muy bien.

—De acuerdo, me largo de aquí —finalizó Crowley, saliendo del salón. Se sentía mareado y solo esperaba no caer redondo en el suelo—, ya veo que no debería haber venido.

—Y, sin embargo, lo ha hecho —dijo Lamartine volviendo a sentarse y tomando entre las manos su bastidor.

Crowley se detuvo en seco. En ese momento, su mente le devolvió la frase, tan nítida como si lo estuviera oyendo a su lado: «Tú ya eres mi esclavo, puerco».

—¡No! —gritó, mirando a su alrededor—. ¡No soy esclavo de nadie, maldita bestia! ¡Tú sí serás el mío! ¡Y el de Abraxas! Ya lo verás. Ya veremos quién gana, Cécile. O Datark… o quien diablos seas —amenazó Crowley.

Ella sonrió, de esa forma sombría e inquietante, y sin dejar de coser, pero sin dejar de mirarle, comenzó a cantar:

—*Up, up a little bit higher. Oh, my, the is on fire. Come Josephine in my flying machine Going up all on, goodbye…*

Crowley se alejó de ella despacio, sin poder dejar de contemplar aquel espectáculo perturbador. Cogió su chaqueta y su sombrero y

salió dando un portazo. Una vez en la calle sintió que el líquido pesado y grumoso del té colapsaba su esófago y su garganta. Vomitó en la calzada. Una pareja murmuró a sus espaldas y él profirió un insulto y les saludó quitándose el sombrero manchado de vómito. Sentía todo el cuerpo revuelto y una furia en su interior que le quemaba las entrañas.

¿Podía ser cierto? ¿Podría haber sido todo una alucinación? ¿Y el encuentro con Orsic? No, él sabía la verdad, lo demás eran trampas venenosas. Sí, eso era. Debía desoír esas voces. Ahora lo único importante era buscar aliados.

* * *

Uzbekistán, Samarcanda

Las calles de Samarcanda estaban repletas de comerciantes, carros, hombres que gritaban y vendían, otros que rezaban, mujeres que llevaban cestas en la cabeza, niños con tinajas de agua.

En los días anteriores se habían desatado extrañas tormentas de granizo, pero ahora la niebla cargada de arenisca le confería al paisaje un tono ambarino y desagradable. Aceleró el paso hasta acceder a la plaza de Registán. Las dos mezquitas enfrentadas parecían dos esfinges interrogándole, y una tercera le miraba de frente, como si quisiera darle una respuesta. «Pero no hay respuestas. Y sí demasiadas preguntas», se dijo. Caminó y se sentó en un banco junto a una de las farolas divididas en varios brazos que sostenían los candiles.

Apoyó los codos en las piernas y miró al suelo, cerró los ojos tratando de atar todos los cabos. Desde Tarso, le había enviado un telegrama urgente a Hess haciéndole creer que el disco de Festos de

Heraclión era la reliquia que buscaba, y no la que Koch había rescatado en Jarmo. De ese modo, si llegaban a perpetrar el ritual, estarían utilizando una copia. Y una copia no podía ser peligrosa. Mientras tanto, él se centraría en la búsqueda de la verdadera pieza. Tal vez el inicio de la guerra le diera ventaja, iba a mantener a los nazis muy ocupados.

—Señor, ¿tiene un dinero? —le preguntó un niño, en una imitación del inglés que apenas era un balbuceo.

Cesare alzó la vista y vio a un pequeño de unos cinco años, casi en los huesos. Se dio cuenta de que estaba ciego. Le dio unos francos.

Un leve destello, desde el mosaico de la mezquita, le cegó unos instantes. Cerró los ojos y se protegió con la mano. Cuando abrió los ojos, algo había cambiado en medio del tumulto, un elemento que permanecía inalterable y que ejercía sobre él una presión que le resultaba incómoda. Rápidamente supo que un hombre le estaba mirando. Llevaba una túnica de hilo blanco, con bordados dorados y negros. En el cuello tenía una marca oscura. El hombre le miraba fijamente, a través de la neblina anaranjada, sonriendo casi con descaro. Ese hombre le conocía. Y quería que él supiera que le conocía. Se acercó despacio, con deliberada seguridad, hasta estar a dos palmos de él. Su presencia emanaba algo que no sabía descifrar, pero le producía una mezcla de sensaciones desagradables. El signo que tenía en el cuello, de cerca era una especie de grabado, parecía alguna palabra aramea.

—Caballero, si su intención es espiarme, puede decirles a sus amigos que no hay nada aquí que pueda interesarles.

Cesare le dio la espalda a aquella tenebrosa presencia y comenzó a caminar.

—Usted quiere saber sobre la criatura… —afirmó el desconocido.

Cesare se dio la vuelta, perplejo.

—¿Quién es usted?

—Tengo muchos nombres —dijo el extranjero. Y sonrió muy despacio.

Capítulo 19
Nachtlokal

París, Châteauneuf-en-Auxois

Marguerite se sentó en la cama con sumo cuidado. Todavía sentía algo de dolor en el vientre, en la zona de los puntos, pero los demás síntomas habían desaparecido. Sentía una paz interna que, por primera vez en mucho tiempo, le proporcionaba alivio.

«Perdona mi cobardía, aquella noche en L'Enfer», le había dicho Cesare, antes de irse. «Nuestros caminos se separan aquí, pero quiero que sepas que estaré pendiente de lo que necesites. Cualquier cosa».

Había insistido en que su chófer vendría buscarla cuando estuviera bien y quisiera irse. Cuando quisiera. Le daba libertad para estar en aquella casa de campo enorme y lujosa el tiempo que juzgara conveniente. Nadie había hecho algo así por ella antes.

«Creo que tú has hecho más por mí que yo por ti, Marguerite. Y no me refiero a esos impíos secretos con los que comercié un tiempo —le había dicho Cesare—. Me refiero a mí. Por ello… Gracias».

Recordó el beso en la frente, antes de irse. Jamás había conocido esa ternura en Cesare.

Se limpió las lágrimas y se miró al espejo. Su rostro había

recuperado el color, aún estaba muy delgada pero sus ojos volvían a brillar. No había querido contarle a Cesare la pelea con Lucius, solo que le habían registrado la casa.

Antes de salir de su refugio lujoso, cogió de la mesilla el sobre en el que Cesare le había entregado la identidad de su padre, junto con unos cuantos billetes. En el dorso ponía «Mr. O'Reilly», y lo guardó en su bolso.

Miró por la ventana. Estaba a las afueras de París, en la campiña, y la casa pertenecía a la familia Evola. Era lo único que sabía. Con el dinero de Cesare podía ir a algún lugar desde el que partir de cero. Ese médico, Gabagne, le había dicho que, debido a las complicaciones durante la intervención, no podría tener hijos, así que no existía ya la opción de casarse; ¿qué hombre iba a aceptar a una mujer con su pasado y que no pudiera darle descendientes? No tenía estudios, ni profesión, y Cesare no pensaba quedarse con ella. Seguramente, no volvería a verle. Ya había tranquilizado su conciencia, ya había hecho lo que tenía que hacer por aquella pobre pelirroja abandonada, y con eso era suficiente. Y ella, ¿podía pedir más? ¿Debería pedir más?

Estaba habituada a que el dinero fuera lo único que recibía de los hombres.

Cuánto le hubiera gustado que Cesare la abrazara y le prometiera amor eterno, que su vida sirviera para algo más que para ser constantemente humillada. Ni siquiera su padre la había querido: era el triste producto del desahogo sexual de un irlandés en un burdel, como quien se suena en un pañuelo sucio. No significaba nada para nadie. No existía. Se miró las manos y el cuerpo: durante años la habían tocado, invadido, manejado como a una muñeca, un utensilio para el placer, para extraer información, para incubar monstruos. «No lo pienses. No pienses en eso, no pienses en Lamartine o te volverás completamente loca».

Observó el lago entre los sauces que rodeaban la casa, y le pareció irreal. ¿Cómo podía existir tanta belleza, tanta condenada armonía y, a la vez, tanta abominación en el mundo? El lago se

mantenía sereno y transparente entre los árboles mecidos por el viento. Se acordó de Ofelia, un personaje de algún autor que ahora no recordaba, pero sí recordaba su final. No le extrañaba que Ofelia hubiera elegido semejante paraíso para su descanso final.

«Las flores, mira las flores… son tan bonitas… el agua tibia se acabará, el horror se acabará, necesitas dormir, dormir».

* * *

Berlín, Kalckreuth

—¡Mi querido amigo! —dijo Lucius acercándose sonriente a Rolf, que le observaba tratando de mantener una expresión severa.

—¡*Heil* Hitler! —dijo Rudolf.

—¡*Heil* Hitler! —respondió Lucius elevando el tono de voz por encima del de Hess.

Los ecos de ambos saludos golpearon las paredes del sótano, absolutamente vacío y reservado para ellos, a excepción de una mesa sobre la que reposaban algunas cajas y objetos que Lucius había desordenado intencionadamente, junto con una botella de Jägermeister y dos vasos.

—No me parece muy buena idea venir aquí —dijo Rolf—. Antes era uno de esos asquerosos antros nocturnos, como los que había en Schöneberg. Deberíamos haber quedado en mi despacho.

—Vamos, ¿crees que eso sería más discreto? Ya sabes que las paredes oyen. Nos han reservado esta parte del local con total intimidad. Ya sabes que ahora pertenece a un miembro del partido, y es de mi confianza. Tengo entendido que la Operación Caso Blanco está siendo un verdadero triunfo.

—Así es. La Blitzkrieg avanza con firmeza, según lo planeado.

Polonia se rendirá pronto. Estamos preparando el Plan Amarillo para la caída de Francia.

—Y allí estaremos nosotros, Rolf. Cuando yo sea jefe de la Gestapo en París, tendremos un impresionante campo de acción.

—No será fácil. Heydrich es un hueso duro de roer. Más de lo que pensaba.

—Lo sé —respondió Lucius. Le dio la espalda a Rolf y se dirigió hacia la mesa. Se sirvió un vaso de Jägermeister mientras meditaba, a la velocidad de la luz, los siguientes pasos—. Pero Heydrich no es muy buen líder. Comete fallos que no están a la altura del Reich. He tenido noticias privilegiadas. ¿Quieres un trago o prefieres agua?

—No, gracias. No tomaré nada —dijo Rudolf mirando con cierto asco el desorden de la mesa. Lucius ocultó una sonrisa. Sabía que lo ideal para descentrar a Rolf era obligarle a moverse en un ambiente levemente caótico—. Lucius, ante todo quiero felicitarte por el éxito de la Operación Netz. Has sido más rápido y eficiente de lo que pensábamos. Sin embargo, últimamente ha habido mucha… distancia entre nosotros.

—Sí, la ha habido, Rolf.

—Has tenido algunas ofertas por parte de Himmler, según creo —le lanzó Rolf, con evidente tono de reproche.

—¿Y no te alegras de ello? ¿No se trataba de facilitarte las cosas para que puedas tener todo el poder, amigo mío? Mis éxitos son los tuyos. Los nuestros —dijo Lucius acercándose a Rolf y poniéndole la mano en el hombro.

Rolf permaneció impasible.

—Lucius, respeto mucho la amistad que nos une, y sé que has estado trabajando para ayudar al Reich en todos los sentidos, pero tus tratos, cada vez más habituales, con Himmler me preocupan. Sé que habíamos hablado de ascenderte en la Gestapo, pero, como sabes, Heydrich es la mano derecha de Himmler y… son hábiles con la manipulación. En fin, en virtud de nuestra amistad, creo que debo ser sincero y… aclarar si tus objetivos siguen siendo los que eran.

Lucius frunció los labios. Se alejó de Rolf. Sabía que era esencial

castigarlo con el silencio. Por muy inalterable que pareciera Rolf, en el fondo bullía una inseguridad que él era muy capaz de remover y hacer estallar como una olla a presión.

—Rolf, te aseguro que mi intención al querer conseguir el cargo en la Gestapo está muy lejos de ayudar a Himmler. Que yo ocupe un puesto de poder nos ayuda a nosotros. El futuro es París, es el trampolín al resto del mundo, creí que tú también lo entendías y que así lo habíamos planeado. Y el primer paso para llegar ahí es entrar en la Gestapo en Berlín. Tú mismo me lo dijiste. Me han ofrecido colaborar en la vigilancia y gestión de los prisioneros de Columbia Haus, mientras esté en Berlín. Gracias a ello, he entrado en la oficina principal de seguridad del Reich (RSHA). Es un triunfo de los dos, no solo mío. Comprende que si públicamente no me llevo bien con Himmler, despertaría sospechas. Precisamente quería saber si sigo contando con tu apoyo frente a Heydrich. Parece que ya no merezco tu confianza.

—Lucius, yo no desconfío de ti. Sé que tu objetivo son nuestros planes en Francia. Sin embargo, otros miembros del partido… Otros podrían…

—¿Y quiénes son esos otros, Rolf? Antes hablábamos de esos otros. Hablábamos de Himmler, de Cesare, de los movimientos dentro del partido. ¿No has pensado que hace tiempo que temo que me estés ocultando cosas? —dijo Lucius, impostando su mejor tono de ofensa.

—¿Yo a ti?

Lucius bebió un pequeño sorbo de Jägermeister y caminó despacio por la sala, con movimientos seguros, dejando ver su decepción.

—Yo creí que teníamos un pacto, Rolf, una especie de plan conjunto. Ya sabes que lo interesante de esto es la información que puedo suministrarte. El escalón que sube uno lo sube el otro, ¿no era eso? Antes no nos escondíamos nada el uno al otro. Tampoco posibles… sociedades secretas.

—¿Cómo?

—No lo sé, Rolf. Yo no quisiera creer que formas parte de una hermandad de la que no me has dicho nada. Creo que el nombre era algo así como AvGull.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Qué más da.

—Lucius, dímelo.

—De vez en cuando, a Heydrich se le escapan cosas —dijo Lucius, caminando en círculos en torno a Hess—. No sabes cómo me sentí cuando Heydrich me dijo… Me sentí como un estúpido, sin verdadera información de lo que ocurre, de lo que mi propio amigo está emprendiendo. Y no creas que me sentí traicionado, sino triste, triste por la falta de confianza, porque tú y yo éramos un equipo y ahora…

—¡No existe ninguna hermandad! ¡Heydrich miente, no te oculto nada! —explotó Rolf visiblemente nervioso. Lucius sonrió para sus adentros.

—Claro que no, amigo mío —dijo, cogiendo entre sus manos el rostro de Hess, casi con violencia, y mirándole a los ojos—. Lo sé. ¡Lo sé! Quieren separarnos. Esos buitres quieren cizaña entre nosotros, ¡solo eso! No la habrá. Por mi parte, Rolf, ¡te juro que no la habrá!

Lucius fingió el suficiente grado de emoción como para que sus ojos se humedecieran y Rolf pudiera percibir convicción.

Hess se alejó un poco, le dio unas palmadas en el hombro a Lucius. Carraspeó y, de pronto, lo abrazó. Una reacción como esa significaba total renuncia a la imagen de tipo duro. Lucius sonrió. Prolongó el abrazo, sin ceder inmediatamente, solo poco a poco. Después borró la sonrisa y miró a Hess, de nuevo, con una expresión de emoción, pero, a la vez, de hombría. Hess, nervioso, se sirvió un vaso de Jägermeister. «Bingo», pensó Lucius.

—Rolf, mis encuentros con Himmler no esconden nada, pero sí hay algo que debo contarte… Bueno, tú sabes que mi padre estuvo enfermo. Antes de perder la vida, su deterioro era cada vez más evidente. Himmler me habló de un médico… excepcionalmente

bueno, y me ofreció ayuda —dijo repitiendo el guión que había inventado, palabra por palabra.

—No sabía nada de eso. Yo podría haberte conseguido a cualquier médico, Lucius.

—Lo sé, pero no quería crearte dificultades, mis problemas no son importantes al lado del proyecto Tür. Ya sabes que sigo con la búsqueda de Wilde y Bernard, a pesar de la guerra. Cedí a la ayuda de Himmler para no molestarte, y esto me avergonzó. Eso es todo lo que ha habido entre Himmler y yo. Él no me ha prometido nada, ascendería antes a su peor enemigo que a mí. Y, finalmente, ya ves, no me sirvió de nada. Perdí a mi padre.

Lucius fingió tristeza y, rápidamente, volvió a su gesto severo, tomó distancia, caminó hacia la ventana, se paró ante ella y cruzó las manos tras la espalda, fingiendo que contenía la emoción, sin mirar a Hess. Sabía que le estaba observando, que estaba pendiente de sus palabras, pero también de su fisonomía.

—Lucius, discúlpame. No lo sabía. Podríamos haber instalado a tu padre en una residencia mejor, en Berlín…

Lucius movió una mano en señal de silencio. Ese leve gesto de sus dedos calló inmediatamente a Hess. Esa era la señal. Hess estaba rendido, entregado. Era de nuevo el niño bueno en busca de aprobación y no el jefe con su subalterno.

—Por eso, amigo mío, me duele esta ofensa —dijo con la maestría y la seguridad de quien ha adivinado ya el final de la película—. Que tú puedas pensar que yo te he traicionado, después de aquella noche en el Nach…

—No menciones eso, Lucius —dijo Hess. Bebió de un trago el Jägermeister que quedaba en el vaso y lo dejó en la mesa, contrariado por haber sucumbido al alcohol.

Lucius miró a Hess, que ahora era incapaz de mantener el rostro inalterable y se acercó a él.

—Rolf —dijo en un susurro—. Fueron momentos importantes para los dos. ¿Acaso podrías negarlo? —añadió acariciándole levemente la mano derecha.

Hess dio un paso hacia atrás, pero Lucius no cedió, se acercó de nuevo a él y, muy lentamente, le acarició la cara.

—Lucius…

—Rolf, dime que tú no has echado de menos esa noche. Dímelo, dime que jamás has pensado en ello, que no te has excitado ni un poco, y me iré.

—Yo…

En ese momento Lucius se acercó a Rolf y le tomó la cara entre sus manos.

—¡Lucius! —gritó Hess, pero en lugar de separarse, se acercó más, nervioso hasta temblar.

—¡Dime que te deje en paz! ¡Dime que me vaya! —gritó Lucius rozándole los labios a Hess.

—¡Vete! ¡Lárgate! ¡Lárgate de aquí! —gritó Hess, acercándose aún más a Lucius, con las mejillas color púrpura y los ojos humedecidos por la excitación.

En ese momento, Lucius le besó. No encontró resistencia alguna, aunque percibió claramente el temblor, la tensión y la rigidez de Hess. Despacio, introdujo la lengua en su boca mientras le ponía la mano bajo la cintura y la deslizaba hacia la ingle. Hess agarró a Lucius con violencia, lo alejó, pero, inmediatamente, lo atrajo hacia él y acarició su espalda y su cuello. Lucius introdujo la mano derecha bajo los pantalones de Hess, que apoyó la cabeza en su hombro y emitió una especie de gruñido. En lucha consigo mismo, agarraba a Lucius del cuello, como si fuera a ahogarlo, y, a la vez, se abandonaba a la caricia con gemidos que se acercaban al orgasmo. Tomó la otra mano de Lucius, se la puso en la cara, después en la boca, y comenzó a chuparle el dedo pulgar casi con desesperación, absolutamente rojo, sudando. De pronto, entre la rabia, el deseo y la impotencia, apartó la mano de Lucius, lo agarró de las solapas del uniforme y, de un empujón, lo alejó de él.

—¡Ya basta, Lucius! —gritó—. ¡Basta! ¡Es una aberración!

Enfurecido, Rudolf Hess tiró al suelo todo lo que había sobre la mesa, dando un grito. Se pasó la mano por el pelo varias veces,

mientras el Jägermeister chorreaba en el suelo. Poco a poco, respirando trabajosamente, logró recuperar la expresión neutral. Lucius retrocedió e hizo una señal de desagravio. Caminó por la sala, de espaldas a él, sin evitar una sonrisa. Al fin, Hess dejó de tomar aire y consiguió hablar.

—Lucius, yo…, lo siento si has tenido la sensación de que desconfiaba. Eres esencial para el partido. Y para mí… —dijo, con la voz temblorosa y la gorra militar entre las manos. Rápidamente, carraspeó. Todavía estaba ruborizado y tenía el cabello corto revuelto—. La guerra ha prevalecido sobre todas las cosas y las pistas contradictorias nos frenaron, pero me alegra que sigas adelante con la búsqueda de Wilde y Bernard.

Consígueme esa pieza para Tür, y yo me centraré en que no tengas obstáculos, incluido Heydrich. En este momento, la prioridad es la guerra, pero no descuidaremos Tür.

—Estoy contigo, Rolf. Y con Tür —dijo Lucius, con fingida solemnidad—. Y me alegra que haya buenos profesionales en el equipo. Evola parece una buena adquisición…

—Creí que no confiabas en él.

—Tú confías, Rolf. Y eso hace que yo confíe —dijo poniéndose la mano en el pecho—. No cuestiono ninguna de tus decisiones. No lo haré jamás. Eres un líder brillante, el líder que yo desearía como *Führer*.

Rudolf dejó escapar una sonrisa desaforada que, rápidamente, reprimió. Sus ojos refulgían.

—Hace tiempo que no tengo noticias de Cesare —informó—. Al parecer está fuera de Francia y no me informó sobre ello. Si no aparece en breve, tendré que tomar medidas.

—Por supuesto, Rolf. Cuenta conmigo en cualquiera de los casos.

—Bien, sigue adelante —dijo Hess, con firmeza, poniéndose su gorra militar—. Y no te preocupes por Heydrich, no será un obstáculo. Haz lo que tengas que hacer.

—Gracias, Rolf —respondió Lucius, que no cabía en sí de gozo.

Con un saludo militar, Hess salió rápidamente de la sala.

Lucius sonrió, brindó consigo mismo y se bebió de un trago su Jägermeister. Había conseguido permiso y respaldo, ya no solo para vigilar a Heydrich, sino para desacreditarlo ante el Reich. Rolf le ayudaría. Su plan había salido bien: interceptar el telegrama de Cesare Evola a tiempo le había facilitado información sobre esa especie de hermandad que poco le importaba, pues no era más que una de las locuras esotéricas de Hess. Tenía suficientes amigos en todo tipo de sociedades de élite, protestantes y católicas, como para controlar todos los movimientos. Respecto a la reliquia, Cesare emplazaba a Rolf a tener una conversación urgente. Tarde o temprano sabría el porqué.

Salió del local por la puerta trasera y caminó hacia la sede de la Gestapo en Prinz-Albrecht-Straße.

Por la ventana vislumbró a Bess, ese perro de Heydrich que le espiaba constantemente.

Llevaba días preparando el plan, observando la relación entre el jefe de la Gestapo y Bess. Aunque la fidelidad de Bess hacia Heydrich parecía admirable, había descubierto leves fisuras. Solía ocurrir. Y él se encargaría de convertir esas grietas en abismos insondables.

Por otro lado, se había ganado a Dussman, un jovencísimo miembro de las SS, al que utilizaría para sus planes con Himmler y Heydrich. Si Dussman consideraba la posibilidad de delatarle, ya había preparado lo necesario para extorsionar a ese joven cuyas tendencias íntimas no le gustarían mucho al Reich.

Accedió a la sala en la que iba a comenzar a trabajar como colaborador de la Gestapo, siempre bajo la atenta mirada de sus superiores.

—¡*Heil* Hitler! —saludó Bess, desde su mesa.

—¡*Heil* Hitler! Precisamente quería hablar con usted, Bess. Me han notificado cosas verdaderamente increíbles sobre su excelente labor en el partido. ¿No se lo ha dicho ya Heydrich? Permítame que le sirva una copa.

* * *

Berlín, Mitte

Rudolf sentía que sus músculos estaban paralizados. Ni siquiera el traqueteo del coche, hábilmente conducido por su chófer, conseguía relajarle. Tenía la sensación de haberse confiado una vez más, de haberse entregado a Lucius, como lo había hecho aquella vez en el Nachtlokal. «En realidad, ¿no lo haces siempre, maldito cobarde? ¿No acabas cayendo una y otra vez en su juego?», se dijo. Pero ¿cómo podía saber si realmente era un juego? Lucius le había brindado su ayuda, tras la condenada noche fatídica. Si no hubiera sido por él, habría perdido su puesto y su prestigio de un plumazo, y no habría obtenido la información secreta que necesitaba para afianzar su relación con el *Führer*.

Aquella noche en la intimidad de la sala privada del Nachtlokal, en un barrio oscuro de Berlín, después de varias copas, las cosas se habían desmadrado y esa bestia que llevaba dentro había salido del todo. Su padre le hubiera arrancado la piel a tiras si hubiera sabido lo que ocurrió. Después de aquel beso húmedo de Lucius, sencillamente había perdido la cabeza y, durante toda la noche, se sucedieron encuentros sexuales con jóvenes de las SS. Estaba tan borracho que no recordaba si Lucius había participado o no, pero sí recordaba su cuerpo desnudo, la firmeza y el vigor en cada parte de él, como correspondía a un hombre del Reich. Su pelo rubio corto casi al cero, la estructura craneal amplia, el rostro germano, sin rastro de barba ni de mácula. Y esos brazos fuertes, la forma en que le abrazaba… Cerró los ojos, maldijo y se obligó a sí mismo a mantener la compostura. Pegó la cabeza a la ventanilla y cruzó las

piernas. No, Lucius no le delataría. De hecho, le había ayudado a borrar las huellas. Y él no había vuelto a beber jamás, desde entonces. Todo estaba controlado. Lucius no le estaba traicionando. Sus piernas comenzaron a temblar. Hess frenó el temblor golpeándose la rodilla con el puño. Podía contar con Lucius.

Sin ninguna duda. Podía contar con Lucius.

* * *

París, Anvers

Kumber golpeó la vieja puerta de madera húmeda varias veces con la aldaba mientras maldecía cada minuto de su existencia bajo el yugo impenitente de Lucius. Un error, un solo error en su vida le había valido semejante castigo: la falsificación, al entrar en el Reich, de unos papeles para erradicar su procedencia judía. Lucius lo había sabido y desde entonces era el esclavo de ese maldito bestia, cuyo sadismo llegaba más lejos que el de Heydrich. Cuando cumplía con el plan de forma impecable, le premiaba, pero los castigos eran desorbitados.

La puerta se abrió con un ruido de goznes oxidados. En la penumbra del otro lado, más allá de la neblina, se veía solamente la mitad de un rostro que parecía maquillado con polvos blancos. Percibió un aroma extraño.

—Oficial Kumber —se presentó—. ¿Es esta la casa de *madame* Eidna? —preguntó, con la voz un tanto temblorosa.

—¿Qué quiere? —respondió una voz femenina aguda y nasal, con acento del este.

—Tenemos razones para pensar que una espía a quien busca la Justicia estuvo aquí. Se llama Ginebra Wilde. Quiero hablar con

Eidna.

El rostro permaneció imperturbable unos segundos y, de pronto, sonrió. Al acercarse a la luz, Kumber pudo ver a una chica joven, empolvada, con un ojo de cada color y una sonrisa inquietante que parecía taladrada en su cara y dejaba ver una fila de dientes amarillentos, negruzcos y desnivelados.

—Eidna no está. Pero yo puede ayudar. Yo digo a ti —dijo la chica, con su voz congestionada y aguda.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Kumber, desconcertado.

—Soy Linka. Yo acompaño, usted viene. ¡Yo sé! ¡Yo digo! —respondió ella. Salió de la casa, cerró la puerta y cogió del brazo a Kumber, con sus manos regordetas y pringosas.

Kumber se soltó con vehemencia, pero siguió a la chica, que cojeaba y se limpiaba las manos en el vestido, hasta la esquina del callejón. Allí se detuvo, miró a su alrededor. Tenía la nariz tan empolvada que Kumber podía percibir el olor del maquillaje barato y también a algo parecido al rábano, mezclado con ese olor ácido que se producía cuando las personas tenían una muela picada. Hizo una mueca.

—¡Habla pronto, muchacha!

—Estuvo aquí. Chica que tú buscas. Ya tiempo pasó. Vino sola.

—¿A dónde fue?

—Yo digo. Si me das un beso —dijo Linka, y sonrió tan ampliamente que sus ojos, demasiado juntos, parecieron desparramarse sobre la nariz.

—¡Lárgate! —dijo Kumber. Dobló la esquina del callejón y caminó por la calle adyacente.

Había avanzado solo unos metros cuando se dio cuenta de que Linka le seguía. Tenía una expresión inquietante en su rostro, como si estuviera segura de que él se detendría y la escucharía tarde o temprano.

Kumber se acercó a ella, alzando el brazo, en señal de amenaza. Estaba dispuesto a pegarle.

—¡He dicho que te largues! —gritó.

—Yo tengo noticia de Ginebra —dijo rápidamente Linka—. Yo miro por rendija. Yo sabe lo que Eidna dice. Yo sabe dónde está.

—No voy a besarte, si es lo que quieres. Me das asco, ¿entiendes? ¡Asco!

Ella sonrió. Pero sus ojos, de diferentes colores, fríos como el cristal, no sonreían. El oficial, sin saber muy bien por qué, comenzó a sentirse realmente incómodo.

Kumber pensó que, si lograba entregar a ese cerdo alemán algo de información útil, sería suficiente. En cuanto Lucius decidiera poner fin a su extorsión y dejar de encomendarle el trabajo sucio desde Berlín, dejaría el partido y se iría a su tierra. Solo pensaba en poder ver a su familia, sin miedo a que alguien llamara a la puerta y se lo llevara preso.

—Canta, chica —ordenó él, dándole unos francos.

—Sitio de mar. Eidna sabe. No dice, pero yo pone oído en todas partes, en paredes, en puertas. Yo oye todo. Sitio de mar, en isla cerca de volcán. Eidna ha visto.

Kumber apuntó los datos. No tenía ni idea de qué se cocía en casa de esa vieja hechicera de Anvers, solo quería largarse. Esa desagradable zíngara le producía escalofríos, y la información podía cuadrar con la que les había llegado desde Grecia. A partir de ahí, los nuevos efectivos de Lucius se encargarían enteramente de la cuestión.

—Está bien. Adiós.

Se alejó de Linka. Cuando miró hacia atrás, se dio cuenta de que le había seguido. Estaba allí, detenida sobre la acera, solo a unos pasos, sonriéndole con sus dientes negruzcos y amarillentos. Sintió que un escalofrío poderoso le recorría la columna.

—¡Vete, muchacha! —gritó.

—Si me das un beso…

Capítulo 20
Ocho pétalos

Creta, Heraclión

La ciudad de Heraclión era como una de esas estructuras imposibles de Escher. Sus calles se empotraban unas contra otras en un firme empeño de continuidad insatisfecha; los edificios surgían de los diferentes ventrículos de la ciudad como alveolos ciegos. El aire era cada vez más caliente y pegajoso y los turistas se arrastraban por las calles abanicándose.

Habían ido allí para visitar el museo de Heraclión, pero acababan de cerrarlo por la ola de calor acuciante que la ciudad sufría. Desde la noche de las revelaciones, Ginebra había pasado los días leyendo y estudiando para dar una interpretación adecuada al *Critias* y al disco, pero en realidad «sabía» cuál era la interpretación y algo le decía que, si iba al lugar correcto, sucedería tal como ella lo visualizaba. Sin embargo, Ian seguía empeñado en desviarlo todo hacia los estudios de sus compañeros templarios en tierras escocesas.

—Nos quedaremos sin ver el disco de Festos —aseguró Ian—, pero os diré que ya no importa. Ayer Konstantinos Antzas me confirmó que el disco no se ha movido del museo en ningún

momento, y otro colega me reveló su composición y es perfectamente normal para una pieza cocida en barro.

Por eso, y después de la carta que me ha enviado Urik, creo que es falso o que se trata de una copia.

—¿Qué dice Urik sobre el disco? —preguntó Ginebra.

—Los análisis revelan que vuestro disco tiene una composición que va más allá de lo que los científicos pueden entender o explorar, gracias a algo que han denominado «partícula azul». Estoy seguro de que podemos conectar eso con nuestras exploraciones geológicas en Burden, aunque parece que Urik no está de acuerdo, él propone… otra vía. De hecho, Ginebra, junto con su carta, me ha enviado una nota especialmente dirigida a ti. Dice que tú lo entenderás, que sabrás «verlo desde la poesía». En fin, nuestro amigo a veces es un poco soñador, y habla en clave. Los genios tienen sus excentricidades.

Ian le tendió a Ginebra un sobre que ella guardó en el bolsillo, sin dejar de abanicarse con las manos.

Al salir de la iglesia de San Tito, donde la flor de ocho pétalos estaba representada en varias vidrieras, se refugiaron en una taberna. Olía a calabacín, a queso frito y a sandía, todo ello mezclado con el vapor salino del mar que hervía bajo el sol.

—Ni en el peor mes de julio de hace una década se había visto esto por aquí, imagínense a mediados de septiembre —les dijo el camarero, y se santiguó mirando los ventiladores del techo que funcionaban con la potencia máxima—. Esto no es buena señal. Y las tormentas tampoco lo fueron. No te preocupes, Ian, os pondré más agua, *tzatziki* y *gyropitas* y estaréis como nuevos.

—Añade, de paso, *saganaki* y *colokizakia*, ¿quieres? —pidió Ian —. Dejaremos para otro día las visitas a Cnosos y Festos. Si vamos allí ahora, con este calor, moriremos. Y no es un decir.

—Ian, creo que he comprendido algunas cosas sobre lo que vi y dibujé —dijo Ginebra mostrándole el cuaderno en el que ella y Théo habían apuntado todo—. Verás, hay poetas que hablan de turba cuando se refieren al caos o a la oscuridad o el apego a lo terrestre.

Por otro lado, la flor, la *Dryas octopetala*, también crece en Turquía y en otras zonas. Quizá no se está refiriendo a una flor como tal —explicó Ginebra.

—A lo mejor se refiere a los ocho puentes de la Atlántida —intervino Théo.

—O tal vez… se refiera a la no linealidad del tiempo —especuló Ginebra.

—¿Cómo? —dijo Théo.

El camarero se acercó con los platos humeantes de calabacines, queso rebozado, pan de pita con carne y salsa clásica griega, y los dejó con habilidad sobre la mesa.

—He estado leyendo sobre la simbología del número ocho. Y, si recordamos también algunos poemas de Novalis…

—Pero, Ginebra, esa simbología podría remitirnos a muchas cosas —dijo Ian—. No hace falta que te diga que la poesía no es ciencia. El problema es cómo saber que estamos acertando. «Haced girar los ejes y el hombre vivirá su nueva edad». Le he dado mil vueltas a este condenado texto y he buscado todas las relaciones posibles con el disco. Mi equipo cree que debemos llevar el disco al área que han localizado, pero no puedo llegar a una conclusión, es imposible.

Ian resopló y comenzó a devorar con hambre y rabia su *gyropita*.

—No son ejes literales, nada es literal, Ian. Existen correspondencias, como en el poema de Baudelaire, pero hay que descubrirlas. Fíjate, la madrugada en que tuve las visiones, el 3 de septiembre, dibujé un laberinto, una lira… montañas con forma de asta de toro, la llama… Recordad el texto del *Critias*: «El secreto se revelará a quien sepa transitar el laberinto». Pues bien, uniendo todos los trozos, he visto la conexión entre ese laberinto, Festos, y lo que les ocurrió a los minoicos. Los minoicos hacían rituales en el anfiteatro de Festos, cuando su civilización era grande y floreciente. He leído sobre ello, pero también he visto el anfiteatro, lo «he visto», Ian. He visto un laberinto de fuego en torno a él. Esa frase, «más allá del fuego», ¡tiene sentido! En el centro del laberinto, bajo

un arco octogonal, alguien sostenía el disco. Y de la tierra sacaban algo que parecía una lira. Lo he visto tan claro como te veo ahora a ti. Creo que, de ese modo, a través de esos rituales, abrían una puerta.

—La lira… —intervino Théo—. ¿Las liras estaban hechas de mercurio?

Théo y Ginebra se miraron.

Ian dejó de mojar el pan en el *tzatziki* y señaló un apunte en el cuaderno.

—¿Dónde has escuchado esta palabra? «Datark» —preguntó.

—No lo sé, forma parte de lo que vi el otro día, de madrugada.

—Significa «vacío» en armenio —dijo, pensativo—. Y Enlil… Urik me habla de ello en su carta, creíamos que eran leyendas, la Orden de Tarhun, las aguas de Enlil… Me cuesta creer que sea real. En fin, todo esto es una especie de rompecabezas, pero, Ginebra, tú has logrado que lleguemos hasta aquí. Urik no hubiera sospechado la conexión del disco con mis investigaciones sobre el *Critias* si no hubiera sido por ti, así que creo que tú nos llevarás al centro del laberinto de fuego. No me cabe duda. Y estoy seguro de que en algún momento podrás venir con nosotros a las excavaciones de Burren. Nos gustaría que vinierais los dos. La transmisión de energía que genera el disco en vuestras manos sería vital para probar nuestra teoría respecto al punto geográfico concreto.

Ginebra guardó silencio, mientras Ian se limpiaba el sudor de la frente.

—En fin, voy al baño, a ver si puedo refrescarme un poco con el agua del lavabo.

Ginebra comenzó a leer la carta que Urik había escrito especialmente para ella. Théo le dio un beso en la frente y se levantó en busca del aire de uno de los ventiladores. Hacía rato que percibía un movimiento extraño y discordante y no sabía qué era. Miró a lo lejos: una plaza pequeña, edificios, árboles, calles vacías a causa del calor. No distinguía nada sospechoso. Volvió a sentarse y pidió otra jarra de agua y más retsina.

Una radio comenzó a sonar en el mostrador, donde los camareros se abanicaban con las cartas y los trapos. Hablaban de un volcán que había estallado, provocando muertes. Repetían la palabra Nisyros.

—El Nisyros ha entrado en erupción… —murmuró Ginebra—. Es el momento, Eidna lo dijo: «Tú debes discernir… Sabrás cuál es la verdad. Cuando el hombre de sombra se acerque, cuando la tierra estalle y el cielo se rompa igual que el suelo, lo verás. Lo sabrás».

—¿Ver qué, Ginebra? —preguntó Théo.

—He visto el cielo romperse en París, he visto las grietas en la tierra, he visto las sombras. Y ahora el volcán. Todo nos está hablando. La carta de Urik me ha confirmado lo que debemos hacer —dijo, volviendo a meter en el sobre los papeles—. Solo encontrando el otro acceso, solo cruzando con la verdadera barca, podremos ver… Y el disco volverá a ser acogido en su origen. Los ejes no son ejes y la barca no es una barca… y además en Burren querrán usarnos como cobayas para investigar. Ian está equivocado. ¡Sé dónde está el pasaje! ¡Tenemos que ir a Festos!

—¿A Festos? —dijo Théo— Ginebra, con este calor puede ser peligroso cualquier movimiento al aire libre.

—¡Tenemos que hacerlo cuanto antes!

—De acuerdo… se lo diremos a Ian, y…

—No, Théo, esto no puede saberlo nadie. Solo nosotros, de lo contrario no funcionará. Le dejaremos una nota a Ian. Iremos al atardecer, cuando el sol no es tan fuerte. Sé por dónde tenemos que acceder. Es como si… como si el disco quisiera guiarme.

—¿Estás hablando en serio?

—No había hablado más en serio en toda mi vida.

* * *

París, Montmartre

Crowley cayó al suelo del callejón y rodó unos metros por el asfalto, sobre la nieve sucia.

—¡Y no vuelva por aquí! —gritó el camarero del Cabaret du Néant, sacudiéndose las manos.

—¡Qué te jodan! —gritó, levantándose trabajosamente, con una mano sobre las costillas y la otra sujetando botella, mientras el camarero cerraba la puerta trasera del local—. ¡A ti y a tu *cabaret* de mierda! —masculló, incapaz de pronunciar bien las erres.

Con la chaqueta arrugada, la camisa rota y el pelo sucio, Crowley caminó tambaleándose hasta llegar a la esquina con la avenida principal. Tenía que dejar de dedicar sus fuerzas a beber, tenía que intentar averiguar algo, pero ¿cómo diablos? Todos los amigos a los que había tratado de sonsacar parecían un muro de silencio últimamente. Orsic había salido del país tras la declaración de guerra, los miembros de las sociedades le evitaban, y *madame* de Montfaucon había negado todo cuanto él recordaba de la noche del ritual. La versión oficial era que *monsieur* Montfaucon había muerto en su casa de un infarto. Nadie decía una palabra.

Caminó entre la gente, sin querer percatarse de las miradas de asco ni de los que se apartaban a su paso. Se sentó en un banco frente al Moulin Rouge y apuró su botella de licor. Por un momento creyó ver a ese hombre que parecía egipcio observándole. «Maldita sea, el jodido *delirium tremens* viene a por mí», se dijo, y soltó una carcajada sonora que rompió en un ataque de tos.

El viento frío le hizo cerrarse la chaqueta. Tenía que buscar refugio. Aunque el septiembre parisino solía ser cálido, estaba empezando a nevar y no sabía dónde se había olvidado el abrigo. Dejó la botella sobre el banco, cruzó la acera y buscó una taberna. Encontró una bastante grande, justo al lado del Moulin Rouge, donde aprovechaban la fama del *cabaret* para atraer a los imbéciles

que salían borrachos y sacarles los últimos cuartos.

Se sentó en un rincón, detrás de una de las columnas, y pidió un *whisky*.

—¿Cree que eso es lo que más le conviene? —dijo alguien.

La voz, clara y aguda al mismo tiempo, sumamente andrógina, venía de algún lugar detrás de él. Se dio la vuelta. Un hombre vestido con túnica blanca y dorada, y una capa negra, se quitó la capucha, dejando ver una cabeza calva por un lado y trenzada por el otro. Tenía los ojos, muy rasgados, perfilados de negro y los labios pintados de un rojo oscuro, casi morado. En el cuello llevaba tatuado un extraño signo.

—Ehh, yo lo conozco —dijo Crowley, señalándole torpemente. El hombre asintió y se sentó junto a él—. Ya sé de qué le conozco. Me está siguiendo desde nuestra gran fiesta en Ferrières-en-Brie, ¿eh? Oiga, si viene a tomarme el pelo, lárguese de aquí. Ya lo han hecho antes sus amigos. —El hombre de la túnica mantuvo su expresión serena, sin inmutarse—. Todos son una panda de cobardes. ¡Malditos cobardes ricos, sin agallas! Yo no estoy loco, ¿sabe? ¡Yo estoy perfectamente cuerdo! —afirmó, dejando escapar pequeñas moléculas de saliva en todas las direcciones—. Oiga, ¿quién coño es usted? ¿Por qué estaba en Ferrières ese día? ¿Es ayudante de alguno de esos? ¿Amante, quizá?

El hombre hizo un gesto a uno de los camareros que, inmediatamente, se acercó solícito, casi asustado, con servilletas y un vaso de agua, como si ya conociera sus requerimientos. Se lo ofreció a Crowley, e intercambió unas palabras con el encargado del bar, tan solícito como el camarero. Realmente daba la impresión de que todos allí trabajaban para él. Se preguntó hasta dónde llegarían los tentáculos de aquel individuo.

—No sé si es uno de esos Stver, pero Lamartine sí lo es… Usted vio a esa criatura… La vio, ¿verdad? —preguntó Crowley. El hombre de la túnica no se movió y guardó silencio. Sus ojos perfilados de negro no decían nada.

—De acuerdo, como no me dice su nombre le llamaré «el

egipcio». Oiga, egipcio, ¿por qué son todos tan hijos de puta?, ¿por qué lo niegan?

Apartó el vaso de agua y se bebió de un trago todo el *whisky* que quedaba.

—Usted, señor Crowley, quiere entrar —dijo el hombre de la túnica con esa voz suave que hacía que sintiera ganas de pegarle, y, a la vez, poseía un desagradable efecto hipnótico.

—¿Cómo dice?

El egipcio sonrió de nuevo con exasperante tranquilidad.

—Señor Crowley, quizás usted no ha elegido la puerta correcta.

Crowley le miró a los ojos, sin disimular su desconcierto.

—¿Y tú vas a decirme cuál es?

—Eso depende de usted.

* * *

París, Hot Club, Rue Calais

Emmeline saludó a su amigo Jack con un abrazo. Jack era músico y ambos habían actuado, anteriormente, en el Hot Club, cuando todavía estaba en el hotel Claridge, en los buenos tiempos. Comenzaron a charlar sobre sus recuerdos de la etapa floreciente del club en París y de cómo el anuncio de la guerra había afectado al ambiente nocturno y a la vida cultural, incluso lo que vendían los libreros estaba controlado. Hablaban con una cadencia musical rápida y efervescente, como si aún siguieran cantando y tocando sobre el escenario. Marguerite miró a Jack y recordó las últimas citas que habían tenido. Jack era el único hombre que le había hecho preguntas sobre su vida, sobre lo que le gustaba y lo que quería. Ni siquiera sabía las respuestas. Jamás había pensado que a alguien

pudieran interesarle.

—Marguerite —le dijo Emmeline, sentándose junto a ella en torno a una de las mesas—, tengo que pedirte perdón, porque… no me porté muy bien contigo.

—¿Por qué dices eso?

—Cuando volviste a tu casa de Mazarine, yo… no sé, tenía miedo, había oído cosas… Pero cuando vi que tú sola estabas tratando de ordenar el piso, después de lo que ocurrió… tenía que ayudarte. Y tendría que haberlo hecho antes. Tuve miedo.

—Emmeline, gracias a ti he conocido a Jack. Eso… eso… no voy a olvidarlo nunca. Me acuerdo mucho de ese día en el club. Yo no tenía ganas de nada, yo… no estaba bien. Y cuando Jack apareció… Nadie había hablado conmigo así antes.

—Jack es de los románticos, de los que se enamoran. Y es una persona realmente especial.

Marguerite miró a Jack y ambos se sonrieron. Los pensamientos enfrentados, las dudas, el miedo, comenzaron a hacer ruido en su mente, pero los silenció y trató de serenarse. Con Jack se sentía fuerte. Ahora, el opio con el que tantas veces había pensado adormecerse hasta desaparecer se estaría pudriendo en alguna de las cloacas de París. Todo eso estaba ya tan lejos de ella que le parecía un mal sueño. Quería que fuera un mal sueño. Se preguntó qué estaría haciendo Cesare y si alguna vez pensaría en ella. Ahora, ya tendría su conciencia tranquila.

—¿Sabes, Em? Marguerite baila muy bien —dijo Jack, tomando asiento junto a ellas. Apenas cabía entre el pequeño asiento y la mesa, dada su estatura—. El otro día fuimos a bailar. Fue genial.

—No… No, no. No, no… no tengo estudios… No he estudiado baile. No he estudiado nada… —dijo Marguerite.

Jack sonrió.

—El otro día estuvimos hablando de que bailar es como volar. Y ella vuela.

Marguerite miró fijamente a los ojos de aquel músico que tenía una mirada transparente y fascinante, la piel de ébano y las manos

grandes y cálidas. Sentía tantas ganas de llorar de emoción que no sabía si podría contenerse.

—Lo pensaré —dijo, riéndose, ruborizada—. Para ti sí bailaría, Jack…

—No. Debes hacerlo para ti misma —dijo Jack. Sonrió y le dio un beso en la mejilla—. Besos de estrella.

—¿Qué?

—Tus pecas. Me encantan. Son besos de estrella.

Marguerite se tapó la cara con las manos y sonrió. Algunos hombres le habían sugerido darse baños de leche con esponja de lufa para quitarse las pecas. A Lucius le daban asco. La había llamado «pecosa psicótica». Todavía podía sentir el olor desagradable de su aliento, sus caricias ásperas, su violencia. Jack jamás la había tratado de aquella forma. Emmeline los miró a los dos con una sonrisa.

—Bueno, el club va a cerrar, pero ¿qué tal si seguimos la fiesta en mi casa? Tengo una amiga americana que espera una buena despedida de París, así que…

—¿Qué te parece, Marguerite? —le peguntó Jack.

Marguerite los miró sorprendida. No estaba habituada a tomar decisiones, ni a que alguien considerase lo que tenía que decir.

—Oh, sí, claro, claro…

Al salir del club, el amanecer, de un extraño color ceniza, le confería a la nieve acumulada en las calles un tono triste y hosco. Todos se cerraron los abrigos y caminaron deprisa.

—¿No hace demasiado frío para esta época? —preguntó uno de los músicos de la banda de Emmeline.

—En París siempre hace frío… —dijo Emmeline.

—Pero no tanto —corrigió Jack—. Yo he vivido aquí toda mi vida, y esto es muy extraño. Parece que estamos en enero.

—Bueno, así, quizá vea nevar por primera vez —dijo la amiga americana de Josephine, riendo.

—Por mí puedes quedarte con toda la nieve de París, Debbie. La palabra lo dice: «Invierno, infierno» —dijo Jack.

—¡Qué exagerado! La nieve tiene su encanto. En Los Ángeles la echamos de menos.

Los miembros de la banda siguieron hablando del clima mientras Jack se quedaba atrás con Marguerite. Ella le cogió la mano.

—Nos buscaremos problemas, Marge —dijo Jack, fijándose en cómo les miraban los que se cruzaban con ellos—. No quiero que tengas problemas por mi culpa.

—No me importa, Jack, no me importa eso —repuso ella sonriendo. Jack la besó en la frente. Emmeline y su amiga Debbie, en la oscuridad de la noche, por aquella calle poco transitada y, sin que nadie se diera cuenta, se habían dado la mano.

—Marguerite —empezó él—. Toda mi vida he estado esperando que aparecieras.

—Jack, por favor, dime que lo dices de verdad…

—¡Claro que es verdad! ¿Crees que miento?

—No, tú no… no mientes… Sé que no mientes. Jack, yo… desde que estoy contigo ya no estoy siempre hecha un lío, ya no tengo ese ruido horrible en mi cabeza.

—No es por mí, es por ti. Has pasado por cosas muy duras. Pero tú eres inteligente, eres valiosa y eres más fuerte de lo que crees, y lo has demostrado. Un día descubrirás tu fuerza, Marguerite. Mi margarita —añadió, trazando con el dedo índice caminos entre las pecas que surcaban su rostro—, al fin un sueño que se ha hecho realidad.

Ambos se abrazaron y, mientras él le limpiaba las lágrimas y la tranquilizaba con su mirada serena, oscura y agradable, Marguerite sintió que el amor no era algo que solo sucediera en las películas. No le importaban las miradas de desaprobación de los demás. Sí, quizás era posible, quizá pudiera llegara estar en paz consigo misma. Y a lo mejor podría llegar a ser cantante, y bailar. Le pareció que lo que había vivido, desde su infancia en el burdel hasta el horrible nacimiento de aquella criatura, era un mal sueño, una suerte de pesadilla que iba desapareciendo entre suaves brumas, mientras las luces de las farolas iluminaban su rostro, que ya no le parecía feo

porque estaba surcado de besos de estrella.

Capítulo 21
La casa del reloj de sol

París, Place du Calvaire

Crowley caminó despacio hacia la casa situada en la cumbre de la pendiente más pronunciada de Montmartre, bajo unos pinos abandonados que ya no olían a nada. Todos conocían la casa del reloj de sol, la mansión Moreau. Era propiedad de uno de los antiguos miembros de la Sociedad Teosófica, un oscuro médico alquimista retirado desde hacía años, a causa, se decía, de una depresión provocada por la muerte de su hija. Allí le había citado ese extraño egipcio, poniendo final a su conversación en la taberna cercana al Moulin Rouge, sin más explicaciones. Probablemente, ahora sí, este era el camino hacia los Stver y todo lo que representaban. No podía decirle nada de esto a nadie, desde luego no a Hess ni a Haushofer, a quienes daba solo las migajas. Seguiría los pasos que le indicara ese siniestro maniquí con túnica, hasta que confiaran en él y entonces pisaría el acelerador y comenzaría con la estrategia final. Dejaría que esos imbéciles siguieran reverenciando a sus criaturas, si es que existían. Dentro de poco, él sería el único ídolo.

La entrada era reconocible únicamente gracias a los célebres

búhos de piedra que, en otro tiempo, habían hecho las delicias de los paseantes. El abandono se hacía evidente en las manchas de humedad de los muros principales y en el espeso polvo que cubría las ventanas. En el frontal, el reloj de sol había quedado oculto por los pinos que, desordenados, engullían la fachada principal y hacían que la espesa polvareda de los cristales no llamara la atención. En los dorados años veinte, cuando el esplendoroso jardín estaba cuidado y los símbolos herméticos de la puerta principal eran visibles, Víctor Moreau era uno de los médicos de mejor reputación de París. De alta cuna, bien parecido y con un matrimonio burgués que lo había elevado a la gloria económica y social, su coqueteo con lo esotérico se consideraba parte de su atractivo. Su inmersión en la oscuridad empezó después, cuando una enfermedad más cruel que el mismo diablo retorció los huesos de su hija como si fueran barro y la dejó postrada en una cama. Se dice que, por las noches, los aullidos de dolor de la joven reverberaban en todas las paredes de la casa. Cuando las más altas instancias de la medicina se mostraron inútiles y su esposa cayó en la desesperación, Moreau decidió tratar a su hija con mezclas alquímicas que elaboraba en el sótano de su propia casa. Crowley sabía, por testimonio fidedigno de un amigo común, que aquellos brebajes nunca consiguieron su verdadera finalidad, pero sí produjeron determinadas mutaciones en el cuerpo de la niña, como por ejemplo que el color pálido de la piel tornara hacia un tono grisáceo y que sus venas se volvieran protuberantes, convirtiéndola en una especie de monstruo. Los últimos días de Charlotte Moreau fueron especialmente estremecedores. Sin fuerzas para gritar, su espalda retorcida y combada y sus extremidades contraídas la redujeron a un bulto siniestro bajo las mantas. Murió en posición fetal, con los ojos desorbitados de dolor. Ni siquiera pudo tener paz en esos últimos instantes. Después de aquello, Moreau dejó de comunicarse con sus amigos y se recluyó en la casa. La mayoría de la gente dijo que había perdido la cordura y, poco a poco, la caprichosa sociedad parisina se olvidó de él.

Crowley se acercó hasta la verja principal y observó la extraña

arquitectura de la casa, semiluminada por algunos candiles que le daban a la fachada un aspecto aún más siniestro. Las vidrieras ambarinas de la enorme puerta verdosa estaban diseñadas para mutar según la luz y, ahora, en medio de la oscuridad, refulgían, como si fueran los amenazantes ojos de un felino o de una serpiente.

—Ya no es lo que era, pero sigue resultando imponente, ¿verdad, *monsieur* Crowley? —dijo alguien cuya voz le resultó familiar. Se dio la vuelta, sobresaltado. Tras él estaba aquel extraño individuo egipcio, ataviado con túnica y capa negra.

—Vaya, ya le echaba de menos después de nuestra fiesta del otro día.

El egipcio abrió la verja sin necesidad de llaves. Antes de entrar, miró fijamente a Crowley.

—¿Está usted seguro de que realmente me vio? —dijo, esbozando una sonrisa inquietante. Con suavidad, se deslizó hacia el descuidado jardín interior.

—Sígame —murmuró.

Crowley se llevó la mano al bolsillo de su abrigo y comprobó que llevaba la pistola. Lo siguió hasta la puerta de la casa. El egipcio llamó tres veces con la aldaba.

—Oiga, no me ha dicho usted su nombre —exigió Crowley.

—No le hará falta saber mi nombre. Y tampoco le hará falta la pistola que lleva en el bolsillo.

Crowley se preguntó cómo demonios lo habría sabido.

La puerta se abrió con un desagradable chirrido y entraron. El interior de la mansión resultaba tan sombrío, decadente y misterioso como el exterior. Apenas una mesa redonda, una cómoda extremadamente antigua y unas sillas modernistas desvencijadas, llenas de polvo, poblaban el salón en penumbra que olía a humedad. La lámpara, envuelta en telarañas polvorientas, en la que solo dos velas permanecían encendidas, se balanceaba colgando del techo oscurecido por las manchas de humedad.

Las escaleras finalizaban en una oscuridad densa e intrigante.

Los escalones crujieron cuando Víctor Moreau surgió de ella como un espectro y comenzó a descender, llevando un candelabro en la mano. Sus cabellos aceitosos y grises, el rostro prematuramente envejecido, sembrado de arrugas profundas, y sus anteojos espesos contribuían a la imagen de mendicidad que proyectaba aquel hombre que, en los felices veinte, había sido una de las figuras más elegantes de la Ciudad de la Luz. Moreau instaló el candelabro en el centro de la mesa. No le dirigió una palabra.

El extraño andrógino se quitó la capa, dejando ver una túnica blanca y dorada, tomó asiento y le indicó a Crowley que se sentara. Él volvió a reparar en el indescifrable signo que llevaba tatuado en el cuello.

—Ese signo que…

—¿Quiere usted beber algo, Crowley? —interrumpió el egipcio, con su desagradable sonrisa.

—Lo que beban ustedes, estimado amigo —respondió.

Debía procurar seguir todos los pasos, todo lo que ellos estipularan, pero mantener la conciencia en todo momento.

Moreau colocó unos vasos azulados con extrañas formas romboides sobre la mesa vacía y polvorienta, junto al candelabro. Crowley pudo comprobar que sus ojos estaban perdidos en un horizonte que solo él conocía; un débil destello, instalado en esa fina línea que separaba la cordura de la locura, los iluminaba de una forma inquietante.

Moreau murmuró algo para sus adentros, se alejó hacia la oscuridad del final del salón y regresó con una especie de vasija. Vertió un líquido negruzco en los vasos romboides, pronunciando una especie de mantra en un idioma que, a Crowley, una vez más, le pareció armenio antiguo. Había estado investigando ese idioma desde el día del ritual en Ferrières-en-Brie, y había logrado retener unas cuantas palabras, pero, aun así, solo pudo traducir algo semejante a «danos tiempo». «¿Danos tiempo? —se preguntó—. ¿Qué podía querer decir?».

El hombre de la túnica bebió el primer trago. Después lo hizo

Moreau. Ambos miraron fijamente a Crowley, que no dudó en beber.

—Bebemos las aguas negras de Enlil para recibir a su encarnación, Datark —dijo el hombre de la túnica, invitando a Crowley a que apurase el vaso. En su mirada había una especie de agresividad subyacente. Crowley, sin dejar de mirarle a los ojos, bebió lo que quedaba.

El asqueroso sabor a aguas subterráneas, a algas y a lodo le revolvió el estómago.

Sobre ellos, la lámpara se balanceaba de forma extraña, como si una fuerza externa la empujara. Se preguntó si ya habría empezado a alucinar.

Ambos hombres pusieron las manos en paralelo sobre la mesa y Crowley los imitó.

El rostro del hombre de la túnica cobró una forma siniestra, dos sombras se dibujaron bajo sus pómulos. Los ojos pintados se volvieron más rasgados aún, con un ribete conjuntivo rojizo sobre las ojeras. Los dientes, negruzcos por el jugo negro, se estrecharon y se afilaron. En medio del juego de luces y sombras de la lámpara y las trémulas velas del candelabro, su rostro parecía una aparición subliminal que se dibujaba y desaparecía en cuestión de segundos. En una de esas fugaces apariciones, el rostro se mostró completamente pálido, cadavérico; los ojos abiertos, los labios replegados sobre los dientes, la mirada llena de rabia, como una fiera a punto de atacar. Crowley recordó la mirada agresiva, corroída de maldad de Datark, en la que también residía, muy al fondo, el miedo, un miedo atávico, ancestral como el hambre. La misma mirada que había percibido en Lamartine. Crowley ahogó un grito de terror. La lámpara se detuvo y las velas dejaron de temblar.

La cara del hombre de la túnica comenzó a reflejar un sinfín de rostros que desconocía, los colores de los elementos de la casa se estaban mezclando. La atmósfera tenía un velo pajizo, como si estuviera mirando a través de una cámara sobre cuyo objetivo alguien hubiera puesto una media marrón.

De pronto, algunas de las personas que fugazmente había visto

reflejadas en el rostro de aquel hombre estaban de pie ante él, moviéndose por el salón, como si fuera un efecto óptico.

—¿Qué coño me habéis dado? —murmuró.

Algunos de ellos iban vestidos como a principios de siglo, con el traje de chaqueta negro y el bigote típico de principios del siglo XX; otros, como en el siglo XIX. Dos mujeres, vestidas con el atuendo de los años veinte y bandas de colores sobre el pelo corto, le sonrieron desde un mueble bar con varias vitrinas y múltiples opciones de bebidas. La casa estaba en todo su esplendor, se veían los atrevidos decorados en el techo y las paredes, las lujosas lámparas modernistas, extrañas figuras geométricas y símbolos herméticos tallados en muebles y mesas, cenefas doradas, retratos colgados en la pared, todo se estaba estrenando, y esas personas parecían estar celebrándolo. Sobre el enorme espejo que presidía la pared colgaba un letrero *art déco*: «Gloria a Enlil».

—¡Por el advenimiento de Enlil! —dijo uno de los caballeros elevando su copa.

—¡Por el advenimiento! —respondió el otro.

Ambos brindaron. Las mujeres bailaban, se cruzaban unos con otros con la mayor naturalidad, recorriendo la estancia. En la escalera, ahora resplandeciente, con barandillas doradas y pomos adornados con esmeraldas, unos músicos tocaban bajo la brillante lámpara que refulgía en todo su esplendor *art déco*. En el rincón derecho, sentados en enormes sofás de terciopelo azul, un grupo de personas conversaban animadamente. Sus atuendos no eran de los años veinte, sino mucho más antiguos. Aquella gente parecía haber salido del siglo XIII. Junto a ellos, *madame* Lamartine se transformaba en otra mujer, y después en un joven. Había varias personas vestidas igual que el egipcio. Con sorprendente lucidez, Crowley hizo un rápido cálculo mental: imperio egipcio de Dyeser, tercera dinastía, así iban vestidos. Recordó inmediatamente las palabras de Orsic: «A través de Djeser llegó, desde una civilización perdida…». Ahora sabía, con abrumadora certeza, que el culto a Enlil y a Moloch se remontaba aún más allá de los hititas, al igual que la

reliquia. Pero ¿qué papel representaba el egipcio? Moreau, acompañado de su hija y su mujer, le miraba. De pronto supo de qué forma los descubrimientos de Moreau les habían servido a los Stver para traer a Datark, al nuevo Enlil, hijo de Tarhun, al mundo de los vivos, y qué otros descubrimientos habían ayudado a los Stver en Lucerna, en el empeño de cerrar un círculo abierto desde tiempos inmemoriales.

Moreau no había sido el único que había hecho un pacto con el diablo. Las luchas de poder se habían sucedido a lo largo de eones, desde las civilizaciones perdidas, pasando por la época de los faraones, el Medievo, el descubrimiento del Nuevo Mundo. Vio las traiciones, las endogamias, los rituales, la expulsión de los Stver de Patara, los laboratorios de Lucerna… Vio la dilución de cada una de esas personas en muchas otras. Porque sí, ahora lo sabía, lo sabía, como si un rayo acabara de atravesarle el pecho. Todos ellos eran uno.

En ese momento, en una especie de espejismo abismal, los cuerpos, entre risas y murmullos incesantes, conformaron una misma figura geométrica que, ante sus desconcertados ojos, tomó la forma del egipcio.

Algo en su estómago se soltó, el cuerpo le dio la vuelta y sintió unas ganas incontenibles de vomitar. Corrió, escaleras arriba, al baño, mientras todo se difuminaba a su alrededor. Buscó el baño, pero no sabía dónde estaba. Vomitó sobre un suelo invisible. Iodo era oscuridad.

A gatas, primero, luego sosteniéndose a duras penas, se abrió paso entre unos muebles que sin embargo no lo eran. Recorría un pasillo estrecho en el que, a ambos lados, enormes estanterías se multiplicaban, adquirían formas romboides, se alargaban en el espacio y el tiempo. Libros prohibidos, ediciones perdidas, secretos de diferentes culturas, antiguos conjuros, respuestas a infinitas preguntas. Todo se daba al mismo tiempo, mientras las formas geométricas mutaban y se reproducían a varios niveles por los que él transitaba sin moverse. «Me voy a volver loco», pensó Crowley.

Todo lo que deseaba estaba allí, al alcance de su mano. Pero por un momento temió quedarse encerrado en esa angustiosa sucesión fractal, en el sueño de otro sueño.

Una figura alargada y oscura señaló una puerta desdibujada en un fondo oscuro.

—Has elegido.

—¡No he elegido! —replicó Crowley, preso de un mareo intenso y desquiciante.

La puerta se hizo más grande y ancha ante él. Supo que sí lo había hecho. Había elegido. Y supo muchas más cosas sin necesidad de que nadie se lo explicara. La puerta era la de la casa de Moreau. Y, en realidad, él había estado siempre dentro.

* * *

Berlín, Mitte

—Cesare, espero que comprendas que estoy teniendo una deferencia contigo —dijo Hess, desde el otro lado de su imponente mesa de trabajo, perfectamente ordenada, sin disimular su indignación—. Durante meses no he sabido nada de ti y, de pronto, te presentas aquí para decirme que la clave es… el disco de Festos.

—Rudolf, insisto en que, lamentablemente, mi telegrama no llegó a tu despacho… No recibí respuesta alguna. Ignoro por qué, pero dispongo de los registros de envío —dijo Cesare extrayendo de su bolsillo los resguardos y poniéndolos sobre la mesa de Hess—. Te he trasladado con absoluta fidelidad las informaciones obtenidas por la Ahnenerbe, y espero que no albergues ninguna duda respecto a mi honradez. Todas las líneas trazadas llevan al disco de Festos. He sido fiel a nuestra causa, a nuestra Hermandad. Aquí están los informes

de mis comprobaciones —señaló dejando una carpeta gris sobre su mesa—. Si no te interesa, me iré.

Hess vaciló unos instantes. Finalmente, asintió.

—Han sido meses duros, Cesare. La guerra nos mantiene realmente ocupados. Por eso es necesario darle un impulso a Tür. Ya sabes que trabajamos con los mejores geomantes, así que, cuando esté en nuestras manos ese disco del que hablas, y me aseguraré de que así sea, haremos las comprobaciones adecuadas en los escenarios elegidos. Durante estos meses hemos intentado averiguar el paradero de la reliquia en diferentes localizaciones, sin resultado alguno, de modo que debo agradecerte tu información. Aunque Lucius está siguiendo una pista en Grecia, ha desplazado a efectivos allí y tiene policía encubierta. Por cierto, hemos tenido noticia de movimientos… poco habituales en la alta sociedad. Obviamente sabemos que puede haber gente poderosa interesada en conseguir la pieza, al igual que nosotros, ¿sabes algo de eso?

Cesare negó con la cabeza.

—En cualquier caso, Crowley está investigando sobre ello.

Cesare se mordió la lengua, de lo contrario le hubiera dicho a Hess que existía toda una estructura de alquimistas, magos, médicos, financieros, empresarios y Dios sabía qué más, que querían cerrar su propio círculo a través de la pieza y habían perpetrado el advenimiento de una especie de anticristo. Solo deseaba que Lucius no diera jamás con el paradero de esa pieza. Buscó una excusa para despedirse, se colocó el sombrero y la capa y se dispuso a regresar a un París golpeado por la guerra y que, probablemente, ya no lo adoraría nunca más.

Solo en el despacho, Hess ojeó con avidez los informes de Cesare y realizó una rápida llamada a Haushofer.

—Escucha, voy a presionar para que la fase de Creta se adelante… Sí, exacto, la Operación Mercurio. Ya te explicaré. Programa la fecha del ritual. Hablaremos pronto.

* * *

París, Montmartre, Place du Calvaire, mansión Moreau

Cuando Crowley despertó, la luz del amanecer se colaba por las estrechas rendijas de las persianas torcidas que permanecían bajadas de forma permanente.

Pestañeó varias veces. Poco a poco, todo a su alrededor cobró nitidez.

La casa estaba tan polvorienta y abandonada como cuando había entrado en ella de madrugada.

Moreau, desde la oscuridad del final de la escalera, le observaba. Le pareció que empatizaba con él y, a la vez, le compadecía. Sintió rabia. Por un momento, distinguió a Lamartine detrás de Moreau, junto a él, en él.

Percibió tantas cosas al mismo tiempo que tuvo que cerrar los ojos y se puso una mano en el corazón. Respiró hondo. Se sentía perfectamente bien y, al mismo tiempo, como si le hubieran golpeado; estaba tranquilo y nervioso, formidablemente fuerte y débil. No comprendía nada.

—Se acostumbrará —le dijo el egipcio, con su desagradable sonrisa, abriendo la puerta. Crowley no pudo evitar sobresaltarse, juraría que él no estaba allí cuando despertó.

—Y por supuesto, todo lo que he visto fueron alucinaciones —ironizó.

—No sé a qué se refiere.

—¿Y qué hay de la reliquia? ¿Dónde la guardan?

—Hace usted demasiadas preguntas, Crowley. A su debido tiempo, algunas de ellas tendrán respuesta. Acompáñeme. Tenemos

cosas que hacer —dijo el egipcio sin perder un ápice de su seguridad.

Crowley pensó que pronto serían ellos los que le siguieran. Le excitaba estar al borde del poder secreto más estremecedor del que la humanidad sería testigo. Cuando estaba atravesando el umbral de la puerta, percibió un sobrecogedor llanto de bebé que llegaba desde algún lugar en el piso de arriba. Sonrió.

* * *

París, Montmartre

Claire, sentada en el suelo, a la luz de una lámpara de mesa, esparció sobre la alfombra, junto a los platos de la cena, todos los recortes, entrevistas, informes y demás documentación que había recopilado respecto al caso Koch, sin que sus superiores se enterasen. Se le caería el pelo si supieran que había entrevistado a testigos supuestamente «inexistentes» o que había investigado un Código Cinco.

Ahora sabía que lo que los poderosos perseguían con tanta voracidad, la razón de tanto oscurantismo, era una pieza de descomunal valor que databa de tiempos más antiguos de los que podían registrarse. Se consideraba el verdadero disco de Festos, pues el del museo de Heraclión era, al parecer, una de las copias que se habían realizado en barro, junto con otras no recuperadas, repartidas por el mundo, y que no tenían las propiedades que la pieza original poseía. Ese tal Nikolas Schenk provenía de una saga de empresarios, médicos y farmacéuticos, sumamente poderosa, de origen suizo, vinculada con prácticas que vulneraban el juramento hipocrático, como la creación de venenos en Baviera y de

experimentos ilegales en el subsuelo de San Gotardo que aún se investigaban en secreto, aunque, dada la impunidad de los sospechosos, no serviría de nada. En los apuntes de Renaud quedaba clara la secuencia de acontecimientos: los Schenk cobijaron a los Stver cuando estos fueron expulsados de Patara. El disco se perdió en las aguas negras de Enlil, en Patara. No pudo ser recuperado hasta mucho tiempo después, cuando Nikolas viajó allí con Koch. En la línea siguiente ponía algo así como «esa bestia podía adoptar otras formas», pero le pareció que sería una especie de delirio, pues no tenía relación con lo que estaba narrando.

«¿Y por qué "no pudo ser recuperado" antes el disco?», se preguntó Claire, «¿quizá por la consistencia del terreno?».

Nikolas utilizó la reliquia, gloriosamente rescatada, para hacer diferentes experimentos. Renaud apuntaba algo incomprensible sobre una reacción química necesaria y un código. Tras la muerte de Nikolas, Koch había visto una forma jugosa de enriquecerse gracias a la reliquia. Se propuso investigarla, extraer la máxima información posible y venderla a los nazis.

Claire se tumbó boca abajo en el suelo, sobre los recortes y volvió a revisar, una vez más, el cuaderno de Renaud Lambert mientras mordisqueaba el bolígrafo.

Buscó con el dedo índice las referencias sobre ese misterioso personaje egipcio al que mencionaba numerosas veces. Según el relato de Renaud, aunque la antigüedad era aún mayor, los primeros signos que se tenían de la existencia del disco databan del imperio del faraón Djeser, quien, al no poder manejarlo, lo había escondido en la pirámide de Saqqara, custodiado por varios guardas, en torno a 2.600 años antes de Cristo.

Renaud aseguraba que Djeser contaba con un hombre de confianza, alguien que se había criado con él y era su mano derecha. En este punto, introducía textos que había copiado de alguna referencia histórica: «Se decía que ambos eran tan crueles que gozaban con la tortura, pues de esa manera habían sido educados por los impíos antecesores de Djeser. Ambos practicaban

rituales oscuros y enterraban vivos a los esclavos». El extraño personaje decidió traicionar a Djeser robando el disco de su custodia en la pirámide, tras matar a todos los guardas, para hacerse con el poder absoluto. Claire buscó página por página, hasta que encontró las referencias a su estatus poderoso, a su huida de Egipto, a su cultivo de una magia negra primitiva.

—Así que vendiste tu alma al diablo, ¿eh, amigo egipcio? —murmuró Claire, que estaba agotada de días de trabajo e investigación constante, pero sencillamente no podía parar de leer.

Por alguna razón, el científico se había obsesionado con la búsqueda de información sobre el personaje, de quien, sin embargo, no figuraba nombre alguno. Anotaba dónde había sido visto tras la huida. Aparecían datos como «Patara» y «yacimiento de Jarmo», pero eran apuntes sueltos.

—Vamos, dime tu nombre —susurró mientras mordía su sándwich.

De pronto, reparó en que, en la siguiente página, había una fecha rodeada varias veces con un rotulador rojo: 2658 a. C. Al lado, Renaud constataba que el personaje egipcio había sido encontrado muerto en la península de Anatolia, al parecer en un «gran río de profundos torbellinos, que los dioses llaman "Janto" y los hombres "Escamandro"». La palabra «muerto» estaba en mayúsculas y se repetía varias veces, subrayada hasta la saciedad.

En la otra página se repetía «Khadim» y había confusos apuntes sobre diversas identidades. Al lado, señalaba: «Llevaba el signo de los siervos de Enlil. Y lo grabó en los que le siguieron, los Stver, los Sombra…». Claire ató cabos mentalmente.

—Dios mío, Ginebra —dijo, retirando el plato del sándwich, sin dejar de contemplar esas últimas palabras—. Dónde te has metido.

«Lo llamaban el signo del vacío. En armenio: Datark».

—¿Es ese tu nombre? —musitó Claire.

Uno de los troncos de leña que ardían en la chimenea crujió de forma extraña y ella giró la cabeza. Las llamas se reflejaron en sus grandes ojos azules. Se volvió y siguió leyendo.

Un poco más abajo en la esquina del cuaderno, en letras torcidas, como si lo hubiera escrito delirando, una última anotación que le sorprendió aún más por el tiempo verbal empleado: «He visto su verdadero rostro».

Capítulo 22
El centro del laberinto

Creta, Festos, 22 de septiembre de 1939

La enorme bola de fuego anaranjada que era el sol del atardecer griego se escondía en el horizonte, pero el calor seguía siendo denso y pesado. Las chicharras cantaban y las ramas de los árboles crepitaban de sequedad.

Théo contempló el recinto de ruinas de la antigua Festos, como un viejo laberinto de piedra deslavazado, semihundido en la arena. Ya lo habían recorrido entero, sin encontrar absolutamente nada, pero Ginebra insistía en explorar el área perteneciente al antiguo anfiteatro.

—Gin, sigo pensando que no ha sido buena idea venir aquí sin Ian, tendríamos que haber esperado un poco más.

—Es el momento Théo. Además, tú dijiste que nos seguían.

—Vi algo en… Heraclión, pero quizá lo imaginé.

—Es ahora, Théo. Y somos nosotros los que tenemos que hacerlo, sé que es así.

Mientras la ayudaba a buscar la localización que había visualizado, Théo pensó que Ginebra podía llegar a ser realmente obstinada. Vivían en esa pequeña casa junto al mar, estudiando

sobre el enigma del disco. Él había encontrado trabajo en la construcción y enseñando a niños a pintar; mientras que ella daba clases particulares, paseaban por la playa. Eso había sido suficiente para él, pero ella… no parecía estar feliz en las situaciones normales. Siempre había cierta melancolía en su corazón. Théo se preguntó si alguna vez podría ayudarla a liberarse de esa tristeza o si, al hacerlo, le estaría quitando su don para la poesía, para ver más allá. Quizá, él no estaba siendo suficiente para ella, quizá los sueños de Ginebra iban más lejos. Era como si intuyera una apertura al infinito que la reclamaba constantemente. A veces se preguntaba si estaba amando a un ser extraterrenal que venía de algún mundo diferente.

¿Cómo habría podido pensar que una mujer tan compleja podría quererle? Desde la noche de las visiones ella no había podido dormir bien, ni estar tranquila. Mientras la veía buscar a un lado y a otro, bajó la cabeza, impotente, y se sentó sobre una piedra.

—Tiene que ser aquí. Yo lo vi aquí —dijo ella—. Dicen que los minoicos vivían en paz, no construían fortificaciones, valoraban la armonía. Mucha gente los considera herederos de los atlantes, o inspiradores de la historia e Platón, en caso de que no exista. Yo sí creo que existe, Théo.

—Gin, el calor no disminuye mucho y yo me estoy licuando.

Ginebra se alejó sola por el sendero de piedra y hierba hacia la valla que separaba el recinto de las ruinas del monte.

—Lo he visto cientos de veces en las imágenes, Théo. Era aquí, tiene que estar aquí.

Théo observó de nuevo la montaña que se erigía frente a ellos, como si estuviera coronando el recinto de Festos. Tenía dos picos paralelos puntiagudos que se elevaban igual que dos astas de toro. Curiosamente, el disco del museo había sido encontrado muchos metros más hacia el este, en el borde de una especie de valla de piedra, pero ella no había percibido nada especial en esa zona. Otra prueba de que, como decían Ian y Urik, se trataba de una copia.

—¡Fue justo aquí! Aquí terminaba el anfiteatro. ¡Por aquí caminaban con las antorchas! —insistió ella.

—¿Los minoicos?

—Hombres y mujeres danzando… Saltaban por encima del toro. Taurocatapsia. La llama grande, al final… Tenían que traspasar la llama.

Ginebra se sentó en el suelo, tocó la tierra y las piedras con las manos.

—Justo antes del final, un laberinto de arbusto y piedra… Había teas por todas partes, todos llevaban antorchas, pero también había oscuridad. Y en la tierra, debajo de la tierra había liras y las liras eran mercurio —dijo, hundiendo sus manos en la tierra—. Tenían que atravesar el laberinto. El ganador, el iniciado, saltaría la llama, pero llegó la destrucción. La tierra se mueve. Todos gritan. Durante semanas, el clima se descontrola, ¡como ahora! Las casas se caen. El laberinto de fuego… El que llegara al centro atravesaría la puerta. La barca es una sustancia espiritual y material, brilla como el sol.

Ginebra sacó las manos de la tierra. Tenían un tono rojizo.

Théo se puso en pie y comenzó a sentir que en su interior vibraba la misma fuerza que mostraba Ginebra, el mismo entusiasmo por seguir el hilo que ahora sí parecía llevar a alguna parte.

—Salta entre los cuernos, atraviesa la llama, el gran ojo. Una puerta… pero no es real… no es de madera ni metálica, es… un portal… entre dimensiones… —dijo Ginebra. Cerró los ojos y se tapó la frente con la mano—. Lo que ocurrió aquí ya había pasado antes. Y sucederá otra vez, si no comprendemos, si no somos capaces de ver…

—Oh, Gin, ¿qué estamos haciendo? —se lamentó Théo—. ¿Por qué siempre parece que llegamos, que no nos queda nada, pero todo se va en menos de un segundo, todo el sentido desaparece?

—Es como cuando escribes poesía… atrapas el sentido, atrapas lo inefable… solo unos segundos, la revelación dura unos segundos, la entrevisión… —dijo Ginebra.

—Aquí no hay ninguna puerta —dijo Théo secándose el sudor. Había empezado a ver ondulaciones en la tierra que sospechaba eran espejismos—. Deja que te limpie las manos, se te han quedado

un poco rojas —propuso, pero Ginebra se apartó, abrió los ojos y respiró hondo. Le miró desde una serenidad inusitada.

—Sí la hay. Hay una puerta. Déjame el disco, Théo.

—Puede ser peligroso…

—Théo, por favor, déjame el disco. Si no abrimos la puerta, no podremos acceder.

—¿A dónde conduce esa puerta, Ginebra? ¿A dónde va?

—Las espirales son el laberinto. Haz girar el eje y abrirás la puerta.

—¿El eje? —El eje somos nosotros. Nosotros somos el mercurio y la poesía.

Théo sacó el disco de la bolsa y Ginebra lo cogió y leyó, impaciente, los signos. Nunca había visto a Ginebra en ese estado.

—Son versos… Solo los versos llevan a la visión fugaz del otro lado. Hay que saber nombrarlos desde las claves que nos ha dado el *Critias*. ¡Los signos son versos!

Théo pensó que definitivamente el calor estaba afectando a Ginebra. Trató de abrazarla, pero ella se soltó, empeñada en leer el disco. Sudando a chorros, tocaba los signos con los dedos y murmuraba, cerrando los ojos.

—Gin, ni siquiera Ian ha sabido descifrar eso…

Théo se echó las manos a la cabeza y miró a su alrededor. No quedaba nadie allí, la subida repentina de la temperatura había expulsado a todos, excepto… Al otro lado del recinto alguien los observaba.

—¡Gin! —dijo agarrándola del brazo—. Esos hombres… van vestidos como los nazis… ¡Son ellos!

Ginebra se soltó, le miró con los ojos llenos de lágrimas, con esa mirada urgente y a la vez lejana que parecía estar más allá del presente, negando con la cabeza.

—Son las sombras. Las sombras…

Théo se volvió y vio una sombra alargada que se hacía cada vez más oscura. De pronto, todo el espacio soleado comenzaba a teñirse de oscuridad.

—Es ahora. ¡Es ahora! —gritó Ginebra—. ¡Coge el disco! ¡Vamos, antes de que lo olvide! ¡Lo he visto!

Théo, estupefacto, no podía dejar de observar cómo la oscuridad avanzaba lentamente, adueñándose de la tierra.

—¡Gin, te lo ruego, vámonos! —pidió Théo.

—¡Théo! —exclamó ella abriendo los ojos y clavándolos en sus pupilas con una seguridad que parecía venir de algo más allá del tiempo—. Necesito que me veas. Necesito que recuerdes quién eres. ¡Confía!

Théo guardó silencio y miró fijamente a Ginebra. Asintió con determinación y tomó el disco con las dos manos.

Ginebra comenzó a hablar. Lo que decía le resultaba incomprensible, lo pronunciaba cada vez a mayor velocidad. Mientras percibía la intensa vibración del disco, Théo creyó escuchar, a lo lejos, una especie de canto, una música lejana. De pronto, vio las antorchas y a los antiguos habitantes de aquel lugar. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Vio cómo se acercaban, a través del recinto, los hombres de Lucius. No necesitó mirar, simplemente los veía. Y vio lo que había ocurrido en Festos siglos atrás.

En ese instante, como si se tratara de un cometa, cayó junto a ellos una rama prendida de fuego. El fuego comenzó a extenderse rápidamente, rodeando las piedras del antiguo anfiteatro, escondidas bajo la maleza, trazando formas laberínticas en el camino por el que Ginebra había dicho que pasaban las procesiones minoicas con antorchas. No tardó en rodearlos.

Escuchaba a Ginebra, pero también a las personas que había con ellos, veía su dolor, lo sentía. La tierra se estaba desvaneciendo.

Las llamas crecieron, se conformó una gigantesca estructura de fuego en torno a ellos. Todo Festos parecía haberse transmutado en un laberinto ígneo. Ginebra siguió pronunciando los versos una y otra vez. La brecha en el continuo estaba abierta. Entonces lo vio: aquello no era un teatro, era una especie de altar junto al laberinto. Y la lira se volvía líquida, se hacía plateada y después azul, se

disolvía en la tierra, en las entrañas del disco y en su propia piel, en sus venas.

«¿Tenemos que llegar al centro?», preguntó Théo. Y se dio cuenta de que no había movido los labios.

«Ya estamos en el centro», respondió Ginebra, sin hablar.

Un sonido de caballos se entrelazó con gritos y con lo que parecía una tempestad. La gente corría, Festos estaba en llamas. Ginebra y Théo vieron cómo enterraban el disco. «Ellos lo sabían, por eso lo enterraron. Conocían su poder».

Las llamas habían desaparecido. Estaba en el agua. A una velocidad de vértigo, aquellas aguas la trasladaron hacia una visión: una estructura asimétrica, alargada, en la que había varias ventanas ojivales. No era un monasterio, sino una vivienda, en medio de un bosque. Dentro, las habitaciones se multiplicaban hacia el infinito, como si hubiera varios espejos superpuestos. El fractal la absorbió, le mostró cristales ambarinos que se sucedían, búhos de piedra, un reloj de sol grabado en una fachada, unos laboratorios subterráneos, una casona de piedra y gentes vestidas como en la Edad Media.

Estaba sudando y tenía frío, estaba dentro y fuera de su cuerpo al mismo tiempo. Finalmente vio al hombre de la túnica que hacía el ritual en San Víctor y que, a la vez, estaba en los laboratorios subterráneos, a la vez en las montañas de asta de toro, en la casona de piedra, en la casa del bosque. Tenía facciones orientales. De pronto, vio a unos hombres egipcios sacando el disco de la tierra, los contempló guardándolo en un cofre, en una pirámide, y vio cómo el disco llegaba a manos de ese hombre. Sonrió y sus ojos rasgados se transformaron en una mirada de lodo cargada de odio y de terror, su rostro en el de una fiera. Ginebra gritó.

Corrió hacia la valla golpeada por el viento, en medio del prado. La atravesó.

La tierra se hundió bajo sus pies, pero no cayó, se elevó.

—¡Ginebra! ¿Dónde estás?

—¡Théo! —gritó Ginebra al verle acercarse a ella desde un agua invisible.

Se dio cuenta de que podía respirar con especial facilidad y de que su cuerpo pesaba poco. Aunque había agua a su alrededor, no estaba mojada. Se hallaba sobre una superficie lisa de un extraño material blanco que se hundía en un agua cristalina. Se abrazaron.

—Ginebra, te quiero, ¡te quiero! Sabía que estabas conmigo, pero temía perderte —gritó Théo.

—¡Yo también te quiero, Théo! Creo que lo hemos hecho, hemos llegado al centro del laberinto, ¡hemos encontrado la puerta! —dijo Ginebra apretando el disco contra su pecho.

—¿Dónde estamos? —preguntó Théo. La luz comenzó a llegar desde varios frentes, iluminando una estructura blanca tornasolada que ninguno de los dos reconocía. Más allá, el horizonte permanecía desdibujado—. Dios mío, siento algo que no había sentido nunca. Es como si…

—Como si todo estuviera bien —completó Ginebra.

Una ráfaga de luz abrió un intersticio y el paisaje cobró nitidez. Frente a ellos se desplegaba una majestuosa construcción de puentes y anillos sobre los que había edificios de tonos blancos, negros y azulados, bajo inmensos puentes que unían unos anillos con otros. Amarradas al embarcadero, unas naves de tonos plateados brillaban al sol. Algunos hombres salían a navegar, otras personas paseaban, recorrían los puentes elevados. Llamaba la atención el tamaño enorme de todos ellos. En el centro de la constelación había una figura azul lapislázuli que tenía una forma parecida a una flor. Una mujer que llevaba un cántaro de cristal e iba vestida con ropajes marrones y grises pasó junto a ellos. La mujer le pareció desmesuradamente alta; era morena y llevaba el cabello rizado recogido al estilo de las mujeres minoicas que había visto en las pinturas de los libros y en las paredes de Cnosos. En sus ojos no había impaciencia ni extrañeza, sino una mirada afable y a la vez auténtica. Se dio cuenta de que se encontraba sobre la parte más estrecha de uno de los anillos.

—Son anillos de marfil blanco —confirmó Ginebra acariciando la superficie blanca, sin dar crédito a lo que veía.

—No siento el cuerpo —reveló Théo—. Quiero decir… lo siento, pero… mejor que nunca. Es como… como si no tuviera tripas. ¡No sé cómo explicarlo!

Ginebra asintió sin dejar de mirar a su alrededor.

—Parece imposible. Es una especie de… transfiguración.

Avanzaron hacia el centro de la construcción, conmocionados por lo que veían, lira una flor de ocho pétalos, de tonos azulados. La flor parecía no tener materia.

—No sé qué lugar es este, Gin —murmuró Théo estupefacto—. Pero eso parece energía. Debe emanar de alguna parte.

—De sus habitantes, Théo… —dijo Ginebra sin entender por qué —. Esa es la clave, la barca no es una barca, los ejes no son ejes, la puerta no es puerta… Y la flor no es una flor, sino otra interpretación del tiempo, una suma de constantes sostenidas por la gravedad, trascendiendo el espacio, gracias a la única variable que puede posibilitar tal cosa: el amor. El amor con el que todos los seres humanos son capaces de actuar, y en el que deberíamos vivir en todo momento, la verdadera omnipotencia de Dios, el verdadero poder… No era el poder material. Eso quería decirles Zeus a los atlantes.

Théo miró a Ginebra y sonrió, con lágrimas en los ojos. Era como si toda la belleza que estaba contemplando se uniera a ese mensaje.

—¡Quiero recordar siempre esas palabras!

—Mira esos barcos. Su aleación tiene mercurio, ahora lo sé. El disco necesita el mercurio para funcionar, a través de esa partícula azul o como la llamen. Jamás llegaremos a entender esa partícula porque es capaz de ser lo que somos, de habitar en nuestra sangre, de entrelazarse con nuestros átomos y latir. El disco fue creado a partir de esa energía increíblemente evolucionada. Necesita que se giren los ejes auténticos, no hacia la oscuridad, sino hacia la luz. El disco viene de aquí, los minoicos son los herederos, no los creadores. Por eso en las imágenes se juntaban todas las civilizaciones y todas las destrucciones. Théo, siento que aquí tengo las respuestas a todas las preguntas; es demasiada información,

pero a la vez es fascinante. Ahora puedo atar los cabos, todo está conectado, ¡es maravilloso!

Ginebra dejó escapar una carcajada. Estaba llorando y riendo a la vez.

Théo la abrazó, conteniendo las lágrimas. Se miró las manos. Su piel parecía haber rejuvenecido diez años.

—¿Cuánto tiempo llevamos aquí? —preguntó.

—¡No lo sé! No tengo la sensación de estar en el espacio-tiempo que conocemos. ¡Creo que hemos trascendido el tiempo! —exclamó Ginebra.

—La estructura es como la que vimos dibujada, pero ¡mucho más impresionante! —dijo Théo mirando a su alrededor.

Frente a ellos, dos hombres que vestían ropajes anchos, uno de ellos con túnica azul marino, el otro, con una camisa blanca ancha, les miraban y hablaban. No parecía que estuvieran cuchicheando, más bien querían conocerlos. Ambos llevaban el cabello largo. El que parecía más mayor, moreno y de cuerpo extraordinariamente grande, se acercó, se inclinó y les preguntó algo en una lengua que ninguno de ellos entendía.

—¿Qué ha dicho, Gin?

—Ni idea… Se parece al griego, pero no es igual. Creo que intenta ser amable.

El hombre sonreía de un modo suave y sincero, en sus ojos de un castaño intenso no había un resquicio de oscuridad. A ellos se unió una mujer, igual de grande.

Ginebra distinguió en sus rostros una mezcla de rasgos que le recordaban a las esculturas griegas y etruscas, y a las pinturas de los minoicos. Sonrió.

—Creo que nos preguntan si necesitamos algo, quieren ayudarnos —dijo ella, tratando de entenderse por medio de signos.

—Desde luego, no son como esos extraterrestres monstruosos que narran en los libros. Ginebra, quiero quedarme aquí, con ellos —musitó Théo.

—Quizá por eso estamos aquí, para quedarnos. Creo que

podemos entenderles. Théo, ¿no tienes la sensación de que tu cerebro funciona más rápido o algo así?

—¡Sí! Y de que podría hacerlo todo, saberlo todo. Todo lo que pueda haber soñado alguna vez es posible aquí.

—El disco está empezando a vibrar —dijo Ginebra que apretaba el disco contra su costado. El otro hombre, también de enorme tamaño, se acercó a ellos. Ambos tenían una mirada sorprendentemente limpia y agradable, sus ojos eran grandes y en ellos brillaba una pureza tan radical y sencilla que resultaba emocionante y casi turbadora. Pero, de pronto, no podían oírlos.

—Théo, no puedo moverme —dijo Ginebra— El disco está vibrando…

—¡No! ¡No me quiero ir de aquí! —gritó Théo.

—¡Yo tampoco! Pero ¡no sé cómo pararlo!

—Los versos, ¡recita otra vez esos versos!

—No los recuerdo… ¡No los recuerdo! —gritó Ginebra, desesperada.

Ambos trataron de poner las manos sobre el disco. Los trazos de la maravilla que tenían ante ellos comenzaban a deshacerse.

Con preocupación, el hombre alto volvió a preguntarles, pero ni Théo ni Ginebra podían escucharle, y tampoco articular palabras.

Ginebra se dio cuenta de que la mano de Théo se desdibujaba. Ya no la sentía. El suelo bajo sus pies se había borrado. Frente a ella, en el horizonte, superponiéndose sobre la ciudad de marfil, divisaba la valla en el prado y las llamas. La sombra se dibujaba tras ella.

—¡Basta!

Los anillos concéntricos de la Atlántida se transformaron en espirales que se movían como hélices, y se entrecruzaban.

Una sensación de mareo le cerró la boca del estómago. Quiso llamar a Théo, pero no podía emitir ningún ruido. Solo escuchaba esa maldita reja de madera, chocando con la valla, movida por el viento. Aparecieron las formas extrañas, las geometrías imposibles; el prado desapareció y todo quedó cubierto por una nebulosa

blanquecina. «Ahora sí, esto debe de ser la muerte», se dijo. Pero notó el tacto del suelo pétreo y sembrado de hierbajos bajo su cuerpo, que parecía pesar toneladas. Le dolía tremendamente la espalda, tenía frío, el estómago revuelto y un zumbido molesto en los oídos. Se movió y miró a su alrededor. Estaba de nuevo en el anfiteatro de Festos. ¡Habían vuelto! Suspiró entre el alivio y la más profunda amargura. Théo se acercó a ella, trabajosamente. Se incorporó y la ayudó a levantarse, la abrazó y la besó.

—Ginebra, ¿estás bien? ¿Ha sido real?

—No lo hemos soñado, Théo.

—Siento el cuerpo como si lo tuviera al revés. Y me duele la cabeza.

—Creo que todo lo que hemos visto forma parte de una especie de constelación, pero no solo espacial, también temporal… Esa construcción central de la Atlántida es el epicentro. Es a donde lleva la barca, la conexión. Todos los signos marcan puntos del camino y algunos de ellos he podido verlos. Y entendí los versos, entendí las claves, ¡todo encajaba! ¡Allí lo entendía todo! Maldita sea, ahora todo está borroso, no logro recordar… ¡No logro recordar!

—Pero Ginebra, tú lo dijiste. La «entrevisión»… siempre es fugaz. «Es como en la poesía», eso dijiste.

—No…, yo quiero recordarlo todo. ¡Lo estoy olvidando! Dios, ¡Tenemos que volver! ¡Tenemos que volver! —gritó Ginebra.

—Eh, Gin, mírame —dijo Théo, tomando a Ginebra de las manos —. Estamos juntos. Estamos bien. Eso es lo que importa. Tenemos que recuperarnos, Gin.

—Quiero volver, quiero estar allí, quiero quedarme allí… —murmuró ella, llorando, sin dejar de temblar.

—Mírate, estás temblando —dijo Théo, abrazándola—. Ya no hace calor, mi vida. ¿Ves? Es una buena noticia, el clima ya no está tan loco. Escúchame, Gin, descubriremos la manera de volver. Yo también lo deseo. Lo lograremos…

—¡Théo! ¡Ginebra!

Instantáneamente, Théo reconoció la voz de Ian y miró a su

alrededor.

Ian, con los ojos tremendamente abiertos, le miraba como quien observa a una aparición.

—¡Demonios, Ian! Qué susto me has dado —protestó Théo.

Ian no parecía escucharle. Se acercó a él, lentamente; con manos temblorosas le agarró por los hombros y le miró a los ojos, como si no creyera que estaba delante de él. Théo se dio cuenta de que tenía ojeras y le había crecido la barba más rápido de lo habitual.

—Théo… —repitió Ian—, Ginebra… —añadió al ver a Ginebra acercarse tambaleándose. Dio unos pasos hacia atrás—. ¡Gracias a Dios! —exclamó, con lágrimas en los ojos.

—¿Qué ocurre, Ian? —preguntó Théo desconcertado.

—¿Cómo habéis vuelto hasta aquí? ¿Dónde diablos os habéis refugiado? ¿Cómo habéis podido hacerme eso? ¡Por qué me la habéis jugado así!

—Cálmate, Ian, solo vinimos a explorar por aquí esta tarde. Decidimos que era mejor venir solos, porque…

—¡¿Esta tarde?! ¿De qué me estás hablando, Théo? ¡Os teníamos por muertos!

—Ian, vinimos esta misma tarde, te dejamos una nota avisándote —reiteró Théo—. Decidimos investigar un poco más y nos quedamos algo más de tiempo…

—¿Trece malditos meses te parecen «algo más de tiempo»?

Ginebra y Théo se miraron.

—¿Cómo dices? —preguntó Théo.

—Théo, habéis desaparecido durante más de un año. ¡Hace trece meses que no sabíamos nada de vosotros!

—Théo… —interrumpió Ginebra—, recuerdas cuando me preguntaste «¿Cuánto tiempo llevamos aquí?».

—¿Qué? Pero es imposible, Ginebra, es…

—¿Recuerdas lo que sucedió cuando caímos al río en el Pont des Arts? No fue una pérdida de conciencia por el golpe, ¡hubo un lapso de tiempo! —exclamó Ginebra.

—Durante meses vinimos a buscaros, día tras día a esta explanada, porque nos dijeron los guardias que os habían visto entrar, justo el día del incendio —dijo Ian, sin salir de su estupor—, para irnos con las manos vacías y sin la más mínima pista. ¡Hace tiempo que dejamos de buscaros! ¡Os dimos por muertos! Hoy hemos vuelto por una corazonada que tuvo Urik. Se empeñó en que viniéramos de nuevo. ¡Que me aspen si ese condenado ucraniano no es un brujo!

—Ian… —dijo Théo frotándose la cara—, espera un segundo, ¿quieres?, espera… espera un segundo. Aquí hay algo que no comprendo. No puede ser. Ginebra, no puede ser…

Ian permaneció en silencio unos segundos, mirándolos a los dos.

—Ginebra, Théo —dijo, extrayendo de su mochila un diario enrollado—, no sé si os han secuestrado y drogado, o si esto es un maldito fenómeno paranormal, pero quiero que miréis esto atentamente. Este es el periódico de hoy.

Abrió el periódico y se lo mostró a ambos. Ginebra lo agarró incrédula.

—«Tras más de siete meses de invasión, el Gobierno de Vichy…» —leyó—. Los nazis han invadido París… —murmuró Ginebra, tapándose la boca.

—Mirad un poco más arriba, por favor —les indicó Ian.

Théo y Ginebra buscaron con la mirada la cabecera del diario. Impresa en letras negras, una cifra les congeló la respiración: 16 de febrero de 1941.

Ginebra se dejó caer al suelo, mientras Théo ojeaba el diario, obnubilado, y miraba a Ian, ansiando que le dijera que era una broma.

—Bueno, amigos renacidos —dijo Ian—, tengo dos órdenes para vosotros: primero, nos largamos de aquí antes de que pilléis una pulmonía, vais casi desnudos. Y, la segunda: ¡contádmelo absolutamente todo!

TERCERA PARTE

La última puerta

Capítulo 23
Samael

París, sede de la Gestapo, Rue Lauriston, febrero de 1941

Lucius se contempló en el espejo de su nuevo despacho, con su radiante uniforme de jefe de la Gestapo alemana en Francia. Se había ganado el sobrenombre de «el sanguinario» por parte del pueblo, y «el hombre de acero» por parte del Reich, y los judíos le apodaban «Samael». Nunca actuaba solo, tenía a su cargo manadas de perros fieles que ladraban con que moviera un dedo, y él podía dedicarse a las grandes ejecuciones y a las decisiones importantes. Nada escapaba a su control. En París, nadie respiraba sin que él le concediera permiso.

Sus músculos se marcaban bajo el uniforme perfectamente planchado y decorado con las insignias ganadas por salvarle la vida a Heydrich. Se le escapó una sonrisilla burlona al recordar cómo había conseguido implicar a Dussman en un escenario en el que el chico era un saboteador interno, y él quien se encargaba de salvar a Heydrich y al Reich. Tanto Himmler como Hess le protegían, y habían eliminado todo posible obstáculo a su ascenso, incluido ese sucio Bomelburg, a quien mantenía vigilado de cerca. Conforme subía escalones, los peces gordos franceses iban poniéndose a sus pies,

incluido su futuro suegro, el francoalemán Hellweger, de nobles ancestros. Él era el niño mimado del Reich ahora. Él era el Reich.

Pletórico, atravesó el enorme espacio de su despacho, escuchando, con orgullo, cada golpe de talón de sus botas sobre el suelo para recibir a sus subalternos. Les obligó a cuadrarse ante él para pasar revista. Era necesario que todo estuviera controlado, pues sabía que Rolf seguía vigilándole. Pero ahora las tornas habían cambiado. Ahora él tenía el mando en París, él daba las órdenes, y hacía funcionar a su regimiento de policías con absoluta disciplina militar y, cuando algún clavo quería sobresalir, no dudaba en dar un martillazo.

—Oficial Weber, dúchese. No tenemos por qué aguantar ningún tipo de peste cuando no estamos entre judíos —añadió, mirando a los demás con una sonrisa burlona.

Todos, sin excepción, rieron a carcajadas su ocurrencia. La humillación pública era, siempre, el arma más efectiva a pequeña escala. El joven, un tanto rebelde, bajó la cabeza, sonrojado y pidió perdón.

Lucius sonrió mientras meditaba el siguiente paso. Caminó, con las manos a la espalda, mirándolos a todos detenidamente.

—Veamos, veamos, ¿para quién será esta vez la insignia dorada? —dijo, sosteniendo en la mano la insignia que concedía por los trabajos bien hechos. Finalmente, se detuvo delante de uno de ellos, el hijo de Schneider, gran amigo de Rolf.

—Schneider, felicidades, te has ganado esta insignia simbólica por el trabajo impecable que has hecho esta semana, controlando a los *Judenräte* —declaró, poniéndole la insignia en la solapa.

—Muchas gracias, *herr* Fleedermaus, es un honor, señor —respondió el joven, nervioso y entusiasmado.

Lucius le dio un simpático cachete en la cara y, después, inició un nuevo paseo, con las manos a la espalda, mirándolos de arriba a abajo. Se detuvo ante Müller, observó su uniforme, sus solapas, su cuello; descendió hasta sus piernas y pies, y, con la punta de su bota, golpeó levemente la de él, dos veces.

—Müller, ¿qué le dije de las manchas en las botas?

El aludido, rápidamente, se agachó a limpiarse la bota, en la que apenas se vislumbraba una pequeña mancha terrosa. Lucius no dejó de observar cómo se tensaban sus músculos mientras limpiaba con ahínco. Era el más atractivo de sus subordinados, tanto que le costaba pasar revista cuando él estaba presente, lo cual despertaba su rabia y, a la vez, su más profundo deseo. Habría que bajarle los humos al guapito. El chico limpió su bota hasta que la dejó reluciente. Cuando terminó, Lucius, tratando de mantener la compostura, le dijo:

—Tienen permiso para marcharse.

Los oficiales saludaron inclinando la cabeza, con un obediente golpe de tacón, y se dirigieron hacia la salida, dándole palmadas en el hombro al ganador de la insignia y despreciando a Weber, que, disimuladamente, se olía el uniforme.

—Müller —dijo Lucius, alzando el tono—, usted se queda.

Müller tragó saliva, se dio la vuelta, regresó al centro de la sala y adoptó de nuevo su posición: derecho, pies juntos, mirando al suelo, mientras los demás salían. Lucius se acercó a él, con las manos a la espalda, esforzándose por aparentar indiferencia. Hasta con cara de miedo estaba irresistiblemente atractivo.

—Müller, hoy se encargará de limpiar todas las botas de sus compañeros y las tendrá listas antes de las nueve de la noche.

El soldado bajó la cabeza, aguantando la rabia, y asintió.

—No le veo muy conforme, Müller —dijo Lucius.

—Oh, sí lo estoy, señor.

—No te he oído bien.

—Sí, lo estoy, señor. Conforme, señor.

—Te quedarás una hora más, para compensar ese afán de rebeldía.

—Señor, sí, señor… —dijo Müller, con la resignación de quien ya se sabe irracionalmente señalado por su jefe.

—A partir de ahora «mi señor» para ti.

—Señor, sí, señor. Perdón, mi…

—¡Mi señor, he dicho! ¡Repítelo! —gritó, con las mejillas enrojecidas a escasos centímetros del rostro de Müller, casi rozando su nariz.

—¡Mi señor, lo siento, mi señor!

—¡Otra vez! —gritó, y al ver como algunas gotas milimétricas de su saliva caían en los labios de Müller, se excitó aún más.

—¡Mi señor, lo siento, mi señor!

Lucius se alejó de Müller, ahogando el latido que sacudía todo su cuerpo.

—Estás descuidando el uniforme últimamente —dijo con falsa calma.

—Perdóneme, mi señor —rogó Müller, quebrándose—, mi mujer está enferma, perdóneme, mi señor…

Lucius hizo una mueca de asco, controlando un acceso de furia por la mención de la mujer que disfrutaba de Müller en la intimidad.

Se acercó de nuevo a él hasta rozar su rostro.

—Una hora más —dijo en un tono lascivamente lento, como si degustara cada una de las sílabas. Y guardó silencio sin dejar de mirar a Müller, paladeando cada milímetro de frustración y miedo en su respiración—. Te quedarás una hora más. Así aprenderás que lo primero es el Reich y la fidelidad a los superiores. ¿Estás de acuerdo, Müller, o tienes alguna objeción que hacer?

—Mi señor, a sus órdenes, mi señor —contestó Müller, conteniendo el temblor de su barbilla.

—Límpialas ahí mismo, en el jardín —ordenó Lucius, señalando la ventana, despectivamente—. Fuiste limpiabotas cuando eras un muchacho, así que no te costará. Después, limpiarás las mías. Lo harás con un… tratamiento especial —añadió, sonriendo mientras saboreaba la perspectiva—. Nada más que añadir.

El soldado asintió, rojo de ira y tristeza, asombrado de que Fleedermaus supiera ese detalle de su pasado, del que se avergonzaba. Hizo el gesto de permiso y salió del despacho.

Lucius, sonriendo, se sentó tras la enorme mesa oscura, de madera maciza (más que una mesa parecía un muro, un altar, pero

un altar imponente, que provocaba temor) que ahora era su lugar de trabajo en aquel salón enorme y poderoso, y contempló el jugoso almuerzo que le traían todos los días a las doce, ni un minuto más tarde. Le dio un portentoso bocado a la *Bratwurst* en panecillo y, mientras masticaba, se acercó despacio a la ventana. Brillaba el sol. Hasta el clima se había enderezado para acompañarle. Se situó tras la cortina y observó al soldado Müller, que limpiaba las botas en el jardín, como él le había indicado. Müller sudaba y se pasaba la mano por el pelo. Imaginó a qué sabría aquel sudor. Mordiéndose la uña del pulgar, se fijó en sus pantalones, en cómo se ceñían a sus músculos mientras abrillantaba las botas, en la entrepierna abultada…

—Señor, aquí tiene los informes que me pidió y una notificación urgente —dijo Pamela.

Lucius se sobresaltó y bajó rápidamente la persiana, sin poder ocultar su nerviosismo.

—¡Lárgate, Pamela! —gritó—. ¡Fuera!

Pamela dejó los informes sobre la mesa y salió corriendo del despacho, aguantando las lágrimas. Lucius se limpió el sudor de las sienes con el pañuelo, tiró lo que quedaba de su almuerzo al suelo, recuperó la compostura y eliminó de su mente todo pensamiento, como siempre hacía. Precisamente, había utilizado aquella habilidad para deslumbrar a esos budistas a quienes idealizaban Rolf y Hitler, haciéndoles creer que se trataba de una técnica de meditación aprendida en el Tíbet. La gente creía lo que se le decía.

Se sentó ante su mesa, perfectamente ordenada, buscando, instintivamente, el pequeño frasco en su estuche de lápices, arrojó el escaso contenido que quedaba, sobre su mesa, y lo aspiró por la nariz. Tenía que conseguir más, cuanto antes.

Revisó los informes que le quedaban por leer sobre el inicio de las deportaciones al campo de Drancy en pocos meses, y reparó en la notificación urgente de la que le había hablado Pamela. Al leer la nota, el estómago se le revolvió y comenzó a sudar: indicios de Bernard y Wilde, esta vez en Ierápetra. ¿Cómo era posible? Esos

dos, sencillamente, se habían esfumado hacía más de un año, después de aquel extraño incendio en el recinto cretense, en septiembre del 39. Tras mandar a todos los efectivos allí, y peinar cada rincón de la isla de Creta, les habían dado por muertos. Ni rastro de la reliquia que supuestamente tenían en su poder. La posibilidad de reaparición le encendió como si le hubiera estallado dentro un paquete de dinamita.

Ya no había ni rastro de antiguas melancolías inútiles. Ya, ni siquiera sentía rabia por el desprecio de aquella traidora, solo afán de venganza. Si la invasión de París no le hubiera tenido tan ocupado, él mismo se habría encargado de aquel asunto, personalmente. Demasiado trabajo. Pero todo tendría su momento. Los siguientes pasos que pensaba dar el Reich en Grecia le vendrían bien para rastrear Creta hasta encontrar a esos dos y darles su merecido. Y lo haría a fuego lento. Arrugó el papel de la notificación, lo dejó caer sobre la mesa y cogió un pañuelo de su cajón. Le sangraba la nariz.

Capítulo 24
La variable oculta

Creta, Ierápetra

Ginebra terminó de leer la correspondencia que había llegado desde París: cartas escritas con impaciencia y celeridad, con la inconfundible caligrafía irregular de Urik, haciéndoles todo tipo de preguntas y buscando una explicación racional a lo sucedido. Quería saber cada detalle de lo que habían experimentado. Les hablaba de teorías de famosos físicos, en relación con las propiedades del disco, y otras cosas que resultaban difíciles de comprender. Ella le había trasladado todo lo que recordaba, que cada vez era menos. Después del inexplicable «viaje» en Festos, tanto ella como Théo habían tenido síntomas de enfermedad, migrañas intensas, dolores, mareos y vómitos. Pero ahora se sentía mucho mejor e, increíblemente, los dolores crónicos que antes sufría estaban desapareciendo. Era como si su cuerpo se hubiera renovado. Théo aseguraba que ya no le molestaba la rodilla, aunque los *tinnitus* y vértigos ocasionales eran diarios para los dos.

Théo mostraba un comportamiento extraño y, en realidad, ella también. Era como si ya no pudieran ser felices, tras haber visto y sentido esa ciudad maravillosa, esa posibilidad de plenitud, esa

infinita armonía. Pero Théo intentaba adaptarse, y lo conseguía. A ella le resultaba más difícil.

—Ginebra, ¿tú me quieres? —le preguntó, una mañana, en la playa de Ierápetra, junto a la casa de Ian.

—Ya sabes que sí.

—¿Por qué no lo noto nunca? Has cambiado mucho conmigo…

—Théo, estoy tratando de recordar… He olvidado cosas que sabía cuando estaba allí, cosas que dije… Entendí los versos y cuál era la interpretación, cuál era el camino, el enlace con el *Critias*. ¡Todo tenía sentido!

—Gin, no podemos volver a intentar esa locura, ya has visto las consecuencias.

—¿Y si podemos aprender a controlarlo?

—Sé que tú misma no crees eso. Dijiste que todo había sido fugaz.

—En efecto, estamos aquí encerrados en nuestro espacio tiempo, no podemos concebir el resto. Intentar manejarlo supone demasiado riesgo, pero… no tenemos nada en Francia, y menos ahora que la han invadido. No tenemos nada aquí. Podríamos correr el riesgo.

—Ginebra, el problema no solo es la muerte, es que podríamos quedar dañados de por vida, ¿no lo ves? Urik nos ha avisado de ese peligro…

—Quizá merecería la pena…

—¿En serio?

—Desde este lado no podremos acceder. No podremos mantenerlo en el tiempo. Necesitaríamos estar muertos para comprender algo de todo esto, estar al otro lado, para que los accesos fueran algo más que visiones fugaces.

—¿No te importaría morir?

—Creo que no.

Ginebra observó el horizonte de agua azul, la muralla de Kales, a la derecha, y, a lo lejos, una ermita azul y blanca construida sobre un brazo de tierra que entraba en el mar. Más allá, los montes de Selakano. Todo parecía sorprendentemente irreal ahora.

Théo observaba el mar, perdido en sus pensamientos. Él, que nunca estaba callado, últimamente guardaba largos silencios.

—Vámonos de aquí —susurró, de pronto—. Olvidemos todo esto. Quizá sea la única forma de ser felices.

—No sé si yo te haría feliz, Théo. No sé qué hago yo en este mundo…

—Mejorarlo, Gin. Mejorarlo.

Pero ella no sabía cómo mejorar el mundo y ya no le importaba. Solo quería volver al único lugar en que las cosas tenían sentido.

Estaban en marzo y, en Creta, el tiempo era cambiante. Los fenómenos climáticos incomprensibles ya eran continuos en casi todos los lugares del globo. En Ierápetra, el viento arrastraba, casi siempre, un polvo rojizo, y las tormentas de arena eran cada vez más habituales.

Cuando volvieron a la casa, desde la playa, Ian les recibió con noticias.

—Ginebra, respecto a esas construcciones que viste durante el suceso de Festos… Urik ha estado investigando: una de ellas está en París, responde a la descripción de la casa Moreau, cercana a Place du Tertre. La otra, la de las ventanas ojivales, parece que está ubicada en Boleskine, Escocia. No han sido simples visiones. Algunas amistades de Urik le han informado de que en Boleskine se cuece algo. De hecho, fue la residencia de Alister Crowley, el célebre ocultista. Si existe alguna relación con la casa de Moreau, lo descubriremos. Urik está investigando…

Ginebra sintió un escalofrío al escuchar el nombre de Crowley. No le gustaba lo que percibía en ese mago con el que se había cruzado una vez en Londres.

—¿Y cómo podemos saber que estamos seguros aquí, que los nazis no siguen vigilando? —preguntó Théo.

—Ese Fleedermaus no paró hasta que no registró Creta entera, pero, tras vuestra desaparición durante el incendio de Festos, y el conflicto griego con Mussolini, lo dieron por perdido, como os dije. En este momento, parece que su prioridad es anexionarse

Yugoslavia. De hecho, desde la Operación Lustre, hay tropas británicas aquí, en respuesta a la fallida invasión italiana. Por eso he podido quedarme… Los aliados por fin parecen haber despertado y han tomado la iniciativa, aunque no os voy a engañar: en breve, los nazis darán el paso.

—Se han adueñado de París. Ya no nos queda nada —apuntó Ginebra.

—Ginebra, respecto a eso… Debes saber que Lucius está, en este momento, al mando de la Gestapo y que, bajo cuerda, es la mano derecha de Pétain en el Gobierno de Vichy, en el París ocupado… Los judíos lo llaman «Samael».

Ginebra se pasó las manos por el pelo y suspiró.

—Era cuestión de tiempo… Oh, pobre Claire. ¿Cómo podría saber si está bien?

—No hay forma de saberlo. Cualquier movimiento que hagamos es sumamente delicado y nos puede delatar. Urik está siendo muy cuidadoso. Estamos buscando un salvoconducto, posiblemente hacia América, pero es muy difícil de conseguir. Tranquila, Ginebra, todo indica que la búsqueda de la reliquia por parte de los nazis lleva tiempo paralizada. Aun así, ya he buscado una residencia en Ágios Nikólaos para que estéis más seguros, por si vuelven a Ierápetra.

—Debería hablar con John Waxley, debería encontrar la manera de hacerlo sin llamar la atención. Pero creo que nada de esto me importa lo suficiente…

Ginebra miró hacia el mar a través de la ventana. Las olas se alzaban. Se estaba levantando viento. Una vez más creyó ver la silueta de aquel hombre egipcio dibujándose, por un instante, en el horizonte. A pesar de las palabras de Ian, tenía la sensación de que se hallaban ante un engañoso estado de calma que presagiaba la mayor de las tormentas.

* * *

París, Neuilly

Urik tiró al suelo los interminables textos de artículos científicos que él y Jacques habían estado repasando, apagó su pipa, se levantó y caminó por el salón de su casa, inquieto, mientras Bergier permanecía sentado, leyendo. Llevaban días sin dormir, tratando de dar una explicación al salto temporal de Ginebra y Théo.

—Urik… por más que te enfades no lograrás comprender lo que ha pasado.

—No pretendo comprender, pretendo, más bien, sentir…

—Ya estás con esas cosas. Yo también soy un místico, no lo olvides.

—Tu eres un estudioso de la mística, que es diferente. Precisamente a eso me refiero. Ese disco requiere otra clave. Desde el ser. Como demuestra lo que ha sucedido.

—Pero ¿y si no viajaron a ningún sitio? ¿Y si lo que ocurrió fue que la reacción del fuego y el cinabrio de la tierra los dejó inconscientes? Ginebra habló de una tierra rojiza y el cinabrio es sulfuro de mercurio. No debería haber restos de ese mineral allí, pero, si así fuera, ¿y si el calor…

—Jacques, ya lo hemos hablado: Ian peinó el recinto de Festos, en varias ocasiones. Allí no había nada. Si tu hipótesis es cierta, ¿qué ocurrió con los cuerpos? ¿Se teletransportaron y luego volvieron a donde estaban? No… la explicación es otra.

—Urik, no creo que los agujeros de gusano sean la respuesta… Acelerando uno de los extremos del agujero a velocidades cercanas a la de la luz, se podría crear una diferencia temporal entre ambos

extremos, permitiendo viajes al futuro. Pero no al pasado.

—Lo sé, pero ¿quién habla de agujeros de gusano? Fíjate en la paradoja Einstein-Podolsky-Rosen sobre el entrelazamiento cuántico —dijo Urik. Se acercó a la pequeña pizarra, junto a la repisa rebosante de libros, e hizo un dibujo, para mostrárselo a Jacques—. Dos partículas han estado conectadas, y cuando se separan, una vez que se mide el estado de una de ellas, el estado de la otra se define instantáneamente, de tal manera que el cambio repentino en el estado de la partícula A afecta instantáneamente al estado de la partícula B, sin importar la distancia entre ellas —dijo, señalando los elementos dibujados en la pizarra—. ¿No sería un modo de explicar el tránsito en el tiempo, el concepto de no localidad, la instantaneidad de la información? ¿Y no podría ser eso equivalente a un desplazamiento a la velocidad de la luz? No tendría que ser necesariamente hacia el futuro, puesto que los cambios afectan a cualquiera de las dos al mismo tiempo. Tú dijiste que la partícula azul del disco era capaz de generar la potencia necesaria para transformar el berilio en sodio… Y eso tendría aplicaciones en la física cuántica.

—Bueno —dijo Bergier, pensativo, dándole una calada a su cigarro—. Lev Shtrum hablaba de los taquiones, unas partículas que se mueven a la velocidad de la luz… podría ser lo más parecido a esa clase de potencia, pero no está suficientemente probado. En cualquier caso, haría falta generar una reacción en el laboratorio. No serviría con los componentes de mercurio en la sangre, ni con que Ginebra bañara sus manos en cinabrio…

—No, desde el campo que conocemos. No, desde lo que la ciencia puede medir. Pero, ¿y desde lo que no puede medir? ¿Y si la explicación de todo esto estuviera en la patafísica?

—¿La ley de las excepciones? ¿Esa de la que hablan los surrealistas?

—Sé que puede sonar raro, pero intenta aplicarlo al ámbito en que nos movemos: el propio Einstein afirma que debe haber algo más profundo; algo que la teoría cuántica no está considerando. El

entrelazamiento cuántico muestra que existe una variable oculta. Y bien, ¿y si esa variable oculta no tiene que ver con lo que la ciencia que conocemos puede medir? ¿Y si hay otro camino diferente al de las reacciones químicas tal y como las conocemos? ¿Y si esas mismas reacciones químicas que medimos en el laboratorio se produjeran… de otra forma, porque están en una esfera espaciotemporal que escapa a lo que podemos comprender desde la nuestra?

Bergier miró unos segundos a Urik y no pudo evitar una sonrisa de admiración.

—Eso sería, sin duda, apasionante. Pero, ¿cómo demostrarlo?

—No podemos porque somos seres temporales, y estamos de este lado del poliedro dimensional. Pero lo sucedido, Jacques…, ¡lo sucedido nos demuestra que hay otro camino!

—No me hablarás de condenados fenómenos extraterrestres…

—¡No! Te hablo de una civilización más adelantada, situada en algún lugar del tiempo no lineal… Quizá no sea el pasado, quizá la Atlántida es el futuro. Quizá no es ni una cosa ni la otra, porque «pasado», «presente» y «futuro» son denominaciones que hemos puesto nosotros. ¡No sabemos nada, Jacques! Ginebra apenas recuerda, pero hizo algunas revelaciones interesantes, nada más volver, que iban en esa línea. Imagina que existiera una ciencia lo suficientemente avanzada como para estar imbricada en la propia textura humana, en nuestra mente, en nuestro espíritu.

—Urik, nadie más que yo desearía creer eso —dijo Bergier. Se levantó y caminó por el salón con las manos en los bolsillos—. Sabes que he tratado de realizar estudios que no han sido bienvenidos por lo innovadores que resultaban…, he trabajado con Helbronner y hasta con Fulcanelli, he investigado sobre la transmutación alquímica en relación con la física, aunque no creo que esto sea lo mismo. Y desde el plano físico en que estamos, con nuestras posibilidades… Por mucho que soñemos con ello, es imposible comprobarlo…

—Pero, si no soñamos con ello, no lo comprobaremos nunca, ¿verdad? El primer paso para que algo se cumpla es poder

concebirlo. El primer paso para demostrarlo, es querer captar lo inefable. ¡Es un procedimiento poético, Jacques!

Jacques sonrió y encogió los hombros conteniendo su propio entusiasmo.

—Tengo que concederte que sería, sin duda, una perspectiva increíble. Pero no te mortifiques más, Urik, estamos al borde, y siempre estaremos al borde. No podemos cruzar al otro lado. ¿Por qué no volvemos a centrarnos en la red Polus? Eso sí está nuestro alcance.

—No me gusta la palabra «red» —dijo Urik.

—Pues no utilizaremos esa palabra, viejo cabezota… Oye, Polus es un equipo en el que trabaja gente distinta, por un tiempo definido. Es cierto que está jerarquizado, pero… no somos totalidad, como los nazis.

—Lo seréis.

—Urik, el mundo que conocemos, desgraciadamente, funciona así.

—Lo sé, Jacques, pero ya has visto que la física puede sorprendernos. La vida puede sorprendernos, ¿verdad? ¿No podemos cambiar el mundo? De acuerdo, pero quizá podamos encontrar otro, dentro de este. Algo que no vemos, pero siempre estuvo ahí, y que percibimos solo en tactos atemporales, desde otra concepción del tiempo, a través de la poesía. Quizá podamos traerlo, construirlo. Y… lo sorprendente es que será posible —dijo Urik, y quiso creer sus propias palabras.

Capítulo 25
Los días de luz

Creta, Ierápetra

Ginebra acarició el disco varias veces, sentada sobre la arena de la playa, frente al mar que rugía bajo la oscuridad de la noche, La última que pasarían en Ierápetra, antes de refugiarse, por seguridad, en Ágios Nikólaos.

Ya no experimentaba dolor al tocar el disco, solamente una leve vibración. Pero, por más que se concentraba, no lograba ninguna conexión, ni recordar los versos que, en Festos, había percibido nítidamente. Solo veía algunas imágenes borrosas que siempre terminaban con el hombre de la túnica. Era como si ese hombre quisiera darle algún mensaje. A veces le parecía que él también la veía a ella, y eso la aterraba.

—¡Ginebra!

Se volvió, sobresaltada. Théo se acercaba, caminando sobre la arena, desde la casa de Ian. Su gesto había cambiado en los últimos días: estaba siempre enfadado y más taciturno y apagado que de costumbre.

—¡Te dije que no debías usar el disco! —le expresó.

—Tú no quieres intentarlo, así que… —dijo ella levantándose—.

No entiendo por qué tienes tanto miedo. Antes no eras así…

—Tú tampoco, ¡has cambiado mucho!, ya ni siquiera me hablas…

—Te empeñas en eso…

Ginebra caminó hacia la casa, dejando a Théo atrás.

—¡Es la verdad! Siempre estás triste —dijo él, siguiéndola—, parece que no me soportas…

—Tú sí que has cambiado. Ya no eres el mismo, Théo. Antes no eras así, eras un hombre espontáneo y seguro de ti mismo, con la ternura de un niño… ¡eras como el sol! Y ahora te has vuelto huraño, desconfiado, estás lleno de inseguridades. ¡No te reconozco! —dijo ella, y siguió caminando hacia la puerta de la casa que daba a la playa.

—Yo he hecho todo lo que he podido para que pudiéramos ser felices juntos, Ginebra, pero tú no lo eres… Quizá sea ese cerdo de Lucius… O seguramente es que no he estado al nivel que esperabas.

—¿Al nivel? ¿De qué hablas? ¿Qué nivel?

—He sido un iluso… eso es todo.

Entraron en la casa de Ian. Ginebra colocó el disco en su sitio, en la caja fuerte dentro del armario, y se dejó caer sobre el sofá del salón.

—Théo, no sé qué nos ha hecho ese viaje, pero no hemos sido los mismos después de Festos… Ninguno de los dos. Yo solo quiero volver a la luz, volver a conocer las respuestas.

—¡No las tendremos nunca! Es mejor aceptarlo. Mierda, otra vez este condenado vértigo. No me lo he quitado de encima desde que volvimos.

—Nunca estaremos bien, porque logramos salir del tiempo. Fuimos absolutamente libres. ¡Libres! Por una maldita vez, ¡y conocimos la belleza! —dijo ella, rompiendo a llorar—. Y ahora estamos dentro, otra vez. Dentro de esto…

—Eso no debería parecernos tan horrible, estando juntos… Pero no está siendo así.

—Entonces, quizá ya no podamos ser los mismos. Tal vez debamos estar solos —consideró Ginebra, apoyando los codos sobre

las rodillas y bajando la cabeza—. Los dos. Estoy cansada de todo, hasta de mí misma.

—Está bien —dijo Théo. Cogió la mochila que tenía sobre la mesa, se la colgó a la espalda y salió dando un portazo.

* * *

Ierápetra, Baritaki

Théo caminó por las calles empedradas y terrosas de Ierápetra sintiendo que su mochila pesaba más que nunca, que los pies se le hundían en el suelo. El viento, caliente como si saliera de la boca del infierno, cada vez era más fuerte. Todos los recuerdos de la guerra, de su infancia y de los años en la buhardilla, se agolpaban en su cabeza. Ginebra merecía un hombre cultivado y sereno, que no arrastrara culpas, ni cargara con tanto dolor. Debería alistarse y luchar con los suyos. Debería acabar con Lucius, aunque él muriera en el intento, para que Ginebra pudiese vivir en paz, de una vez.

Percibió un temblor en el suelo. Un golpe de viento caliente mezclado con tierra le cegó los ojos. Empezó a toser. El polvo ocre invadió la calle.

Avanzó, sin saber muy bien si volvía o se alejaba. Los pensamientos se cruzaban en su cabeza. Se cubrió los ojos y, para protegerse del viento, se ovilló en un portal cercano a la iglesia, donde los habitantes de Ierápetra hacían cola para entrar, persignándose.

«Pero ¿qué diablos está ocurriendo?», se dijo.

Extrajo de su mochila una linterna. Al sacarla, cayó al suelo un sobre de color azul. Recordó que Ginebra había guardado ahí el poema que le escribió en San Mamiliano. Ya no importaba si era el

momento de leerlo o no, porque quizá no volviera a verla. Rompió el sobre y sacó el papel.

* * *

París, Epinettes

Marguerite se miró al espejo mientras se ponía el sombrero de lana verde que le había regalado Jack, y sonrió. Se cubrió con una enorme bufanda de lana, se puso el abrigo y salió de la habitación, modesta pero bastante confortable, en una residencia en la que le daban alojamiento a cambio de su trabajo como limpiadora. Fuera, bajo la luz de las farolas, la calle parecía la estepa rusa; la nieve había llegado a los dos metros de altura en algunas esquinas. Pero esta noche estaba decidida a llegar al Hot Club para darle una sorpresa a Jack asistiendo a una de las últimas actuaciones que haría allí. Desde la ocupación, todo había cambiado. Ahora el Hot Club tenía que subsistir en la clandestinidad, en un pequeño hotel de la Rue Chaptal, y Josephine y Jack apenas podían dar conciertos. Decían que los nazis llamaban «negroides» a los cantantes de *jazz*, y los consideraban «filojudíos estadounidenses». Más de una vez, Jack había tenido que recurrir a tocar en la calle con su saxofón.

Por otro lado, a ella le daba miedo que Lucius la reconociera y supiera que no estaba muerta. Afortunadamente, los cambios radicales en el clima hacían que saliera cada vez menos. Normalmente, Jack la recogía en coche e iban a su casa.

Marguerite tomó el sendero que unos policías habían despejado con palas, donde algunos jóvenes jugaban con bolas de nieve, y caminó con cuidado, para no resbalar. Al llegar a la Rue Chaptal, vio, a lo lejos, cómo se acercaba al club un pequeño grupo de gente.

Reconoció a algunos músicos que tocaban con Jack. Iba a saludar con la mano cuando vio que un coche negro se acercaba a ellos y frenaba bruscamente. Bajaron varios hombres. Reconoció los abrigos y uniformes de los policías de la Carlingue —así era como llamaban a la Gestapo francesa—. Dos de ellos extendieron el brazo y comenzaron a disparar. Marguerite se tapó los oídos y se pegó a la pared. Todo sucedió muy rápido: gritos, gente corriendo y una voz alemana que se alzaba por encima del resto: «¡Fuera simios de la Francia aria!». Marguerite, paralizada, observó cómo los policías entraban de nuevo en el automóvil, entre risas. Bastaron unos segundos para reconocer a uno de los hombres que había disparado: era Lucius Fleedermaus. Le vio sonreír mientras se guardaba el arma humeante en el cinturón. El coche aceleró, salpicando a Marguerite de barro helado. Al llegar a la esquina, entre risas, dejaron caer por la ventanilla unos botellines de cerveza que se rompieron contra el suelo, y se alejaron a toda prisa, carretera arriba.

Permaneció paralizada, de espaldas contra la pared, unos instantes, tratando de recuperar el aire. Un pequeño corro de gente comenzaba a congregarse en torno a la puerta del club, miraban al suelo, señalaban. Dos policías de las brigadas especiales francesas, que habían llegado en un coche de patrulla, se aproximaban por la otra calle.

Marguerite se acercó despacio, con las piernas temblorosas. Tres cuerpos inertes yacían sobre la nieve de la acera. Se fijó en uno de ellos, el de un hombre alto y grande, con un abrigo gris, cubierto por una bufanda, tendido junto a una funda de saxofón. La sangre se extendía por la nieve, dibujando formas, como si unas rosas rojas crecieran en medio de las dunas.

Cuando reconoció el abrigo y la bufanda y las manos grandes y oscuras extendidas sobre la nieve, se dejó caer, sobre sus rodillas.

—¡Eh! ¡No lo toque! —le gritó uno de los policías.

—¡Cállese! —gritó Marguerite.

El silencio se hizo entre los presentes, junto con algunos

murmullos de asombro y otros de desprecio, mientras Marguerite acariciaba con su mano temblorosa el rostro de Jack, se echaba encima de él, abrazándolo, y le besaba en la frente.

Los dos policías se acercaron a ella. Uno de ellos era rechoncho y fuerte. El otro, más tímido y pálido, parecía estar en lucha consigo mismo.

—Señora, apártese, tenemos que llevarnos el cuerpo —dijo el más corpulento, sin disimular su desprecio.

—¡Yo los he visto, los he visto! Eran de la Gestapo, ¡ha sido Lucius Fleedermaus! —gritó ella.

—¡Cállese! —gritó el policía, completamente rojo, mirando en dirección al corro de curiosos—. ¡Está diciendo estupideces! ¡Y ustedes, despejen esto! ¡Fuera!

El otro policía, aún más pálido de lo que ya estaba, hizo una mueca de resignación, tragándose su propia rabia, y miró a Marguerite con una tristeza auténtica y contenida.

—¡Vamos, llevémonos esto de aquí! —ordenó su compañero.

Marguerite comprendió. De rodillas, sobre la nieve, impotente, miró a Jack por última vez, mientras los oficiales franceses tapaban el cuerpo y todo rastro de lo sucedido, como quien recoge la basura.

—Necesita una manta —murmuró Marguerite—, necesita… necesita una manta. ¡Jack odia el frío! ¡El odia el frío! —gritó.

El policía rechoncho la agarró violentamente y la arrojó a la calzada. Ella resbaló en la nieve y cayó al suelo. Los presentes se disgregaron, mirando a Marguerite entre la pena y la vergüenza.

Ambos policías se alejaron, con los cadáveres, hacia el coche de patrulla.

—¡El odia el frío! —gritó Marguerite, tirada en el suelo, mientras el viento helado silenciaba el último eco de su lamento.

* * *

Creta, Ierápetra, Kales

Ginebra avanzó despacio por el largo brazo de tierra que entraba en el mar, hacia la ermita construida al final del cabo, que, como un vigía silencioso, la acompañaba en silencio. El aire suave, cargado de aromas, mecía su vestido de algodón blanco y negro. El temporal parecía haber pasado y el viento ya no soplaba con fuerza salvaje. Olía a sal, pero también a ceniza y a madera quemada. Ginebra percibía una alerta inminente, pero no quería irse de allí. Por alguna razón, se sentía segura junto a esa ermita blanca y azul, en aquel saliente de tierra que se sostenía como un hilo de barro cobrizo sobre el mar, bajo el crepúsculo violeta. Las aguas la habían hipnotizado.

Cerró los ojos y sintió una serenidad dulce que borraba sus lágrimas. Quizá, si se hiciera al mar con un barco, este la llevaría lejos, a otra ermita nostálgica del infinito, erigida sobre el agua, en la que podría empezar una nueva vida, lejos de todo. Tenía que haber alguna parte del mundo en la que no fuera perseguida ni traicionada. Alguna parte del mundo parecida a esa Atlántida que había conocido. A unos cuantos metros, cerca de la fortaleza de Kales, los militares hacían guardia. Era consciente de la presencia de militares italianos, desde el último intento de invasión por parte de Mussolini, pero ya no le preocupaba si eran aliados de Lucius o no.

«¡Ginebra!», escuchó de pronto. Pensó que se trataba de un engaño de su mente.

Se dio la vuelta. Cubierto de polvo rojizo, con la mochila al hombro y los cabellos despeinados por el viento, se acercaba un hombre al que reconoció enseguida.

—Théo…

—¡Ginebra! —gritó Théo, acercándose a ella a toda prisa. Se limpió la cara con la manga de su camisa sucia y Ginebra pudo ver el destello del mar gris en sus ojos enrojecidos y cansados que la

miraban con un amor infinito—. Ginebra, por favor, perdóname. Los dos nos perdimos, después del viaje, del salto en Festos…

A lo lejos, una leve columna de humo se levantaba tras el valle. Unos caballos majestuosos, color azabache, escapaban de algún lugar. Galopaban libres, sin arneses ni monturas, hacia la ladera, bajo las gaviotas.

—Nunca podremos volver… —murmuró Ginebra—. Y tú deberías quedarte donde quiera que hayas ido. ¿Para qué estar aquí, Théo? —dijo, mirando al mar.

—No fui a ningún sitio, Ginebra, la tormenta de arena me arrastró. ¡Ginebra, tu poema!, ¡tu maravilloso poema…!

—Qué importa ya la poesía —interrumpió ella. Le dio la espalda al mar y comenzó a caminar, por el cabo, hacia la tierra firme.

Théo la miró, con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Recuerda quién eres! —le dijo. Ginebra se detuvo. Lentamente se volvió y miró a Théo—. Así terminaba tu poema, y eso me dijiste en Festos, ¿recuerdas? —añadió Théo, acercándose a ella—. ¡Yo lo he recordado! ¡Y lo he comprendido todo! He sido un imbécil por estar tan inseguro. Ginebra, la única verdad eres tú, somos nosotros. Estaba dispuesto a matar a Lucius con mis propias manos, pero he comprendido que la verdadera batalla la estamos haciendo aquí; la única guerra posible es desde el amor, desde lo que somos capaces de crear. Y te juro, Ginebra, que vamos a vencer. Hay que soñar y creer en lo que soñamos, porque es la única forma de avanzar. Quizá no logremos el sueño grande, pero, si estamos en el camino, habrá muchos sueños más pequeños que se harán realidad, ¿no es así? Si no podemos ir a la Atlántida crearemos la nuestra. Antes solías decir que era posible. Si vuelves a creer en ello, si lo haces con la fuerza suficiente, lo será.

—Théo… —dijo ella con los ojos llenos de lágrimas—, siento haber estado tan obsesionada con la idea de volver, perdóname, yo…

Él le puso un dedo sobre los labios, sonrió y se arrodilló ante ella, rebuscó en sus bolsillos; varias cosas cayeron al suelo, hasta que

encontró una especie de cordel desgastado y lo miró con impotencia. Rápidamente, lo anudó en forma de círculo y se lo mostró a Ginebra.

—Ginebra, ¿quieres casarte conmigo? ¿Con este pobre torpe que ni siquiera tiene un anillo para ofrecerte?

Ginebra permaneció unos instantes mirando a Théo, sin poder disimular su emoción y la profunda ternura que sentía.

—Te quiero, Théo.

Él se incorporó, conmovido, se abrazaron y el beso llegó de una forma tan dulce que no fueron conscientes de que las olas golpeaban cada vez con mayor fuerza el espigón. Ginebra percibió que Théo volvía a ser la persona que había conocido en el Atlantis, ese hombre que vivía desnudo, a quien admiraba por lo que era capaz de soñar; ese hombre que jamás rivalizó con ella ni trató de manejarla, que la amaba libre, y que era capaz de ver más allá.

Théo cogió de la mano a Ginebra y ambos corrieron contra el viento que volvía a levantarse, cargado de polvo rojizo, hasta llegar a la ermita. Las olas se alzaban y entraban en la tierra, olía a humo. Entre los dos, apartaron el gran cerrojo de madera que sellaba las puertas y entraron en el templo.

—No sé si sería tu boda soñada, Gin, pero este es un espacio sagrado. ¿Qué te parece?

—Me parece el lugar ideal para un cristiano y una judía.

Entraron y caminaron hacia el altar de la pequeña ermita que olía a incienso y a lirios.

—Con este anillo, Ginebra, yo te desposo —dijo Théo poniéndole el cordel en el dedo—. Y espero que un día podamos comprar uno de verdad, si es que queda en pie algo en esta ciudad… Da igual, porque nosotros no somos de aquí y no podemos fingir que lo somos. Nosotros venimos de algún lugar en las estrellas, de esa Atlántida que vimos. O quizá seamos dos pobres ingenuos. Pero da igual, yo quiero pensar que… aún quedan días de luz.

—Aún quedan días de luz, Théo —asintió ella, limpiándose las lágrimas.

—Vincent siempre me decía que debería volver a alistarme, que debería ser más duro, que debería ser como el resto… ¿Sabes qué?, creo que no quiero serlo. No quiero, Ginebra. Creo que hay otra manera, hay otro camino. Quiero poder ser yo, quiero…

—Poder ser —terminó Ginebra. Sonrió, acariciándole a mejilla a Théo, que le besaba la mano—. «Quieto, corazón mío, no levantes polvo. Que el mundo encuentre tu camino» —susurró, mirando a Théo a los ojos—. Rabindranath Tagore sabía lo que decía…

Cuando Théo estaba rozando sus labios, la puerta de la ermita se abrió violentamente. Un hombre con la cara y las ropas manchadas de hollín los miró, desconcertado.

—Eh, ¡márchense de ahí! —exclamó—. ¿Es que no saben que hubo una explosión de combustible? ¡Los montes de Ierápetra están en llamas!

Unos metros más atrás, un carro de caballos atravesaba a toda mecha el sendero que iba hacia la fortaleza de Kales. Su conductor gritaba sin cesar: «¡Fuego!».

* * *

Creta, Museo Arqueológico de Heraclión

Si alguien le hubiera dicho a Konstantinos Antzas lo que aquel día de abril iba a suceder, probablemente, en lugar de levantarse de la cama, hubiera tirado el despertador al patio maloliente de su piso barato, cercano al puerto de Heraclión.

Pero nadie le dijo nada a Konstantinos y, como cualquier día de abril, se levantó a las seis de la mañana. Siempre se levantaba a las seis de la mañana, a menos que su mujer le hubiera estado gritando la noche anterior, por las cosas de siempre: beber demasiado,

malgastar el dinero, regresar tarde… Normalmente, encendía un cigarro y se dejaba caer en la butaca de las esquinas rotas, mientras la escuchaba hablar. Sabía que tenía que dejar hablar a Lidia. Tenía que dejar que hablara hasta que se quedara seca, hasta que la voz le saliera afónica y ya no quedaran argumentos, y, entonces, el propio cansancio la hacía recular, y empezaban las palabras de consuelo mutuo, un «buenas noches» agotado, y Konstantinos iba a la nevera a buscar unos *yalatzi* y queso feta del día anterior, lo engullía con una cerveza y se quedaba dormido pensando en su hijo Néstor, su único orgullo, el niño de quien dijeron que llegaría lejos, porque era brillante. Ahora, Néstor reparaba los coches de los ricos y los turistas en un taller, con un mono azul lleno de manchas de grasa.

A las siete y media, Konstantinos ya estaba en el museo. Era hora de abrir las puertas al servicio de limpieza y dar el acostumbrado paseo para comprobar que todo estaba bien. Jarrones, botijos, cuencos, muñecos de barro… Sí, tenían una antigüedad de siglos, pero vinieran de Festos, de Cnosos, de los yacimientos de Malia o del condenado Titicaca, no servían para nada más que para estar ahí, tras un cristal ante el que se quedaban embobados los visitantes, que cada vez eran menos, debido al clima y a los ataques militares. Vasileios, el director del museo, decía que era importante tenerlos contentos. Vasileios ganaba miles de dracmas más que él, estaba en el museo el tiempo justo como para contemplar sus malditos trofeos arqueológicos y salir volando en su Alfa Romeo, y jamás pagaba las multas. Tampoco las de la conciencia. Como cuando le negó la ayuda para llevar a Néstor a un colegio mejor. «Es mejor que aprenda a hacerse a sí mismo», le había dicho, con jovial indiferencia.

Konstantinos pensaba en estas cosas mientras recorría la sala principal, comprobando que todo estuviera en su sitio. Llevaba trabajando más de veinte años en el museo y jamás había visto el más mínimo cambio en ninguna de esas figuras inmóviles. A sus espaldas estaría el disco, el famoso disco de Festos, esa especie de

galleta grande con dibujitos, pero que era, sin duda, la joya de la corona del museo, esa que su jefe contemplaba con minucioso orgullo. No le vendría mal que, alguna vez, alguien…

Cuando se dio la vuelta, Konstantinos tardó unos segundos en comprender lo que estaba viendo o, más bien, lo que no estaba viendo en aquella urna. El soporte en forma de «Y» que normalmente sostenía el disco estaba vacío. El disco no estaba.

Parpadeó varias veces. «No puede ser», se dijo, «¿qué broma es esta?». Perplejo, Konstantinos se acercó, casi hasta pegar su nariz contra el cristal, para confirmar que sus sentidos no le engañaban. Escudriñó un lado de la vidriera, después, el otro, se agachó con bastante esfuerzo y se incorporó, respirando trabajosamente, levantándose el gorro para secarse el sudor de la frente.

Miles de pensamientos pasaron por su cabeza en menos de un segundo: ¿y si habían decidido moverlo? ¿Y si, sin que él lo supiera, se lo habían llevado a una de esas exposiciones temporales? Imposible: nada se movía de esa sala sin que él lo supiera. Ese pequeño museo abigarrado era su microcosmos, su viejo vergel, lo único que le quedaba. Ese cubículo de mármol y cristales donde se encerraba nueve horas al día, treinta a la semana, era suyo, maldita sea, nadie podía entrar ahí, así como así, y mover las piezas, «llevarse» una pieza, ¡por el amor de Dios! En veinte años, ese disco no se había movido de su soporte a pesar de las numerosas solicitudes de museos, incluso de los más importantes del mundo. ¿Le culparían a él?

De pronto, Konstantinos percibió que, en el cristal de la urna vacía, algo brillaba de forma extraña. Parecía una especie de… Y en ese instante Konstantinos lo vio. Vio claramente el círculo entero dibujado en el cristal, perfecto y nítido mientras en su cabeza terminaba de trazarse otro círculo también. La escena se construyó en menos de dos segundos, las manos enguantadas y hábiles de un tipo haciendo el agujero en el cristal y extrayendo el disco a través de él. Así de rápido, así de fácil. Su jefe iba a sentirse como si le hubieran arrancado las pelotas.

Sin dejar de mirar el cristal, sin pestañear, la boca medio abierta, las gotas de sudor resbalando por su rostro, se quitó el sombrero, lo apretó entre sus manos y emitió un grito que mezclaba varios sentimientos, varias heridas: «¡El disco! ¡Se han llevado el disco!».

* * *

Creta, Ágios Nikólaos

Aquella noche, el lago Voulismeni, de paredes rojizas, restos de un cráter volcánico, parecía más hondo que nunca. El gran espejo líquido se encendía con las luces de los comercios y restaurantes cercanos y vibraba con la música de acordeones y violines que algunos viejos músicos bohemios tocaban junto a las mesas en las que cenaban las parejas.

Ginebra, hipnotizada por el ondulante reflejo de la luna en el agua, permanecía en silencio.

Desde la acelerada huida de Ierápetra, a causa del incendio forestal, no habían salido del pequeño apartamento que Ian les había facilitado en Agios Nikólaos, hasta que el intenso calor les había obligado a ir a refrescarse al piano-bar, en la parte inferior del edificio.

Los ventiladores, situados en todas las esquinas del local, funcionaban sin pausa. Los clientes pedían agua helada y jugaban a echarse los cubos de hielo por la espalda.

—¿No les parece increíble? —les dijo el camarero mientras les servía—. Ayer hacía un frío de invierno y hoy nos asamos como pollos. Tormentas de arena, incendios en los montes, los volcanes y las centrales estallan… Solo faltan las plagas de langostas. Esto es el Apocalipsis. Menos mal que, al menos, los italianos nos han dejado

en paz.

En el pequeño escenario, alguien tocaba al piano *Let's misbehave*, rodeado por un corro de gente borracha que coreaba la canción con un entusiasmo desquiciado, como si fuera el fin del mundo y hubiera que cantar a toda costa.

Théo agarró a Ginebra del brazo.

—Gin, vámonos, nos están vigilando.

—¿Cómo?

—Hazme caso. Disimula. Salgamos de aquí.

Juntos, se perdieron entre el tumulto y accedieron a la parte trasera del local, una salida que los clientes y forasteros no conocían, y subieron las escaleras hacia el primer piso, donde se alojaban. Una vez dentro, cerraron la puerta y la atrancaron con una cómoda. Rápidamente, ambos buscaron sus correspondientes armas y se situaron a los lados de la puerta, como habían ensayado.

Cuando el timbre sonó, ambos se miraron. Théo le indicó a Ginebra que no hiciera ruido.

—Ginebra, soy Claire.

En ese momento Ginebra reconoció la voz de su amiga.

Théo le indicó con gestos que no se moviera.

—¿Ginebra? —preguntó la voz al otro lado de la puerta.

Esta se giró despacio y se acercó a la mirilla, mientras Théo negaba con la cabeza. Claire estaba sola, al otro lado de la puerta, con gesto de preocupación.

—¡Es Claire! —gritó Ginebra.

Ginebra y Théo retiraron la mesa de la puerta y abrieron. Claire entró y abrazó a Ginebra.

—¡Gin, tenemos que irnos! —exclamó. Sudaba y sus ojos expresaban verdadera preocupación.

—No deberías estar aquí, ¡es muy arriesgado!

—Los nazis han destinado a varios agentes políglotas del ministerio, para preparar el siguiente avance aquí y cooperar con los italianos —explicó Claire, rápidamente—. Por eso vine. A través de una filtración supe que os estaban buscando.

Os han estado siguiendo. Sé lo del disco, Dios, Ginebra, no hay tiempo ahora, pero tenemos que hablar. Confía en mí, tengo cubierta la puerta del sótano del piano-bar, comunica con la otra calle, podremos salir por ahí. ¡Larguémonos!

En ese momento el cristal de la ventana se rompió, y un hombre con pasamontañas negro introdujo el brazo por el agujero, buscando la abertura. Théo le disparó en la mano y los tres corrieron escaleras abajo. Atravesaron el sótano, lleno de cajas y mercancía del bar, hacia la otra salida, y lograron acceder a las callejuelas traseras. Un hombre, en medio de la penumbra de la noche, les seguía. Ginebra no le veía bien, solo distinguía la silueta de su abrigo. Cada vez se acercaba más a ellos. Se volvió y le apuntó con su revólver. El hombre buscó su pistola, pero Théo se le echó encima para bloquearlo, forcejeó hasta que logró que tirara el arma y cayera al suelo. Corrieron hasta alcanzar la playa, y se sentaron en el recodo más escondido, bajo las palmeras. Los tres estaban sin aliento.

—¿Sabéis en qué lío os habéis metido? —dijo Claire, bajando la voz—. Escuchadme, durante todos estos meses he estado investigando el caso del disco, de forma clandestina, uniendo piezas, ¡creedme, me costó lo mío! Y he estado trabajando en la Resistencia al mismo tiempo. John Waxley, a través del MI6, está proporcionando agentes infiltrados ingleses para ayudarnos en París. Todo esto me ha ayudado a acceder a cierta información y a mantenerme a salvo… pero sé que me estuvieron vigilando. El caso es que tengo que deciros algo: Vincent Siena os vendió, lo contó todo, registraron la casa de Théo y tu buhardilla, Ginebra.

—¡¿Vincent?! —exclamó Théo.

—Sí, Bernard, tu amigo trabaja ahora para la Gestapo en París.

—¡Eso es imposible!

—Es posible, puedes apostar por ello.

—Claire es de confianza, créeme —intervino Ginebra, mirando a Théo con tristeza—. Dios, lo siento, Théo…

—La cuestión es que los nazis están a punto de invadir Creta. Ellos ya sospechan de mí, no me importa si me cogen, solo quería

avisaros. Saben que estáis vivos, Lucius untó a todo el mundo cuando estuvieron rastreando por aquí, tienen topos en todas partes. Están detrás de la reliquia, se trata de un proyecto que obsesiona a Rudolf Hess. Van a invadir Creta y van a por vosotros. ¡Tenéis que salir de aquí lo antes posible! La invasión oficial puede ser mañana mismo —dijo Claire.

—Si ese cerdo de Lucius está aquí, lo mataré con mis propias manos —sentenció Théo.

—Lucius reina ahora en la Gestapo de París y, en realidad, todos saben que él es quien toma las decisiones en Vichy en lugar de Pétain —explicó Claire—. Está muy bien protegido, tiene a todo el mundo a su favor, y lo temen más que a Heydrich. Está mandando a cientos de personas a los campos de concentración. Nuestra única esperanza es que Bömelburg termine, por fin, alzándose contra él. La Resistencia está intentando… Bueno, no hay tiempo de hablar, ya os lo contaré. Tuve acceso a los informes confidenciales y a archivos de Renaud Lambert… ¿Conocéis las propiedades que tiene ese pedazo de piedra que tenéis en vuestro poder?

—Créeme, Claire, las conocemos —confirmaron Ginebra y Théo mirándose.

—Tenéis mucho que contarme, eh… El caso es que, por lo que he podido saber, hay dos líneas de investigación dentro del Partido Nazi, la de Hess y la de Himmler, y Lucius está en ambos bandos. Eso explicaría que hayan robado el disco del museo, y que también estén tras la pista del que tenéis vosotros. Hess no quiere que nada se le escape. Desde luego, el asunto es muy gordo. Con razón hay gente de la alta sociedad metida en el jaleo.

—Aunque en realidad, ya todos son lo mismo… —dijo Ginebra.

—La idea es que John nos ayude a llegar a Inglaterra. Pero para ello tenemos que llegar a la estación. Nos van a recoger en la plaza central y ya es la hora. No hay tiempo que perder. ¡Seguidme!

Cuando salieron de la arena y pisaron el asfalto un temblor sacudió el suelo e hizo que perdieran el equilibrio. Ginebra apretó el disco contra su pecho. Una grieta se trazaba bajo sus pies, estrecha

pero nítida, como un torpe subrayado en negro sobre el suelo de la plaza. El temblor hizo que perdieran el equilibrio.

—¡Por aquí! —gritó Théo.

Torpemente, corrieron hasta una plaza cercana que se hallaba despejada de edificios.

—¡Contra la piedra! —gritó Claire.

Los tres se sentaron en el suelo, pegados, de espaldas contra la piedra de la fuente, mientras la gente gritaba y corría sobre las grietas finas que dividían las baldosas.

Ginebra sentía la vibración del disco, como si fuera una prolongación de la tierra. Un trueno tan profundo que parecía la trompeta del Apocalipsis dio paso a una lluvia implacable.

El fenómeno duró solo unos minutos. La lluvia cedió justo cuando el suelo dejaba de temblar, pero ella sabía que el peligro no había terminado.

—Vámonos de aquí —susurró Ginebra—. Vámonos…

—Deberíamos esperar un poco más —repuso Théo—. Por lo que sé de terremotos, después de la sacudida grande, hay…

Antes de que Théo pudiera terminar la frase, tres oficiales nazis les rodearon, apuntándoles con enormes escopetas. Uno de los oficiales sonrió a Ginebra.

—Me parece que mi jefe te está buscando —dijo, con un inconfundible bisbiseo gutural alemán que a Ginebra le revolvió el estómago y le llenó los ojos de lágrimas.

Théo le dio la mano y ella la apretó con fuerza.

—Es el final —musitó.

* * *

París, La Muette, jardín de Ranelagh

Cesare caminó, con las manos a la espalda, por el salón. Finalmente, se sentó sobre el sofá Luis XVI, color crema, y miró de nuevo a Crowley, mientras agitaba su copa de vino. Tenía que hacer creer a ese inglés podrido que estaba a su favor. Era la única manera de llegar al meollo de las cosas. Ya tenía controlados los pasos de los nazis, esta era su oportunidad de conocer y controlar a los otros.

—Crowley, su propuesta es, sin duda, apetecible —dijo Cesare—. Sin embargo, déjeme decirle que no sé si entiende usted la fuerza de lo que está manejando.

—La entiendo —afirmó Crowley, con una voz en la que se hacían evidentes los efectos del alcohol y el tabaco—. Y por eso mismo confío en usted para unirse a mi proyecto. Necesito contar con hombres brillantes que conozcan los rudimentos del esoterismo. Sé que usted se ha apartado bastante de la Sociedad en los últimos meses. Justamente, lo que necesitamos es discreción. Debemos ser sumamente discretos. Tal como lo han sido ustedes robando ese… disco de Festos.

Cesare frunció el ceño.

—Disculpe, pero no entiendo a qué se refiere.

—Vamos, Cesare, no se haga el tonto, estamos entre amigos. Recuerde que yo también tengo mis contactos. Haushofer, Hess… estoy bien informado. Y sé que el ritual perpetrado por Hess no tuvo éxito alguno. Porque esa pieza no es la auténtica.

Cesare bebió un trago mientras intentaba ganar tiempo. Todavía recordaba la parada en Samarcanda y el encuentro con aquel extraño egipcio a quien Crowley conocía.

—Él nos ha elegido a los dos —indicó Crowley, como si le leyera el pensamiento.

Aquel extraño individuo de la túnica, bajo una especie de poder hipnótico, había estado a punto de conseguir que aceptara una cita en la casa del reloj de sol.

—Era cuestión de tiempo que nos encontráramos. Y es cuestión

de tiempo que usted se una a nosotros. Sé que estuvo usted escarbando sobre la criatura y sobre Lamartine. Chico curioso… —dijo, chasqueando la lengua, con esa mueca de picardía turbia y vulgar que Cesare no soportaba—. Escuche, París es de los nazis y por eso, usted y yo, estamos bien situados. Es el momento de dar el paso. Es el momento del verdadero ritual.

—El de los Stver… Y, por lo que veo, usted tiene trato con ellos…

—Creí que estábamos de acuerdo en que queremos una nueva sociedad en la que impere el poder de los iniciados. Usted y yo lo somos —dijo Crowley.

—¿Hasta dónde llega esa especie de grupo Stver? ¿Se trata de gente de la Teosófica o están implicadas otras sociedades?

—Probablemente tenga usted razón en todo y en nada de lo que está diciendo, Evola.

Cesare, sin disimular su hartazgo, dejó la copa de vino sobre la mesa de mármol.

—No deseo más acertijos, Crowley —se sinceró levantándose y mirándole a los ojos.

—Cesare, usted ha investigado mucho, ha luchado y ha trabajado, y ahora va a obtener su recompensa. Permítase disfrutarla. Si confía en mí, le diré el día y la hora exactos en los que está prevista la invocación, con la verdadera reliquia.

—¿Qué invocación?

—Datark —respondió Crowley, y caminó hacia la ventana.

—¿«El vacío»? ¿Eso tiene algo que ver con la criatura?

—Más de lo que usted cree. Si se une a mí, no habrá un secreto que no quede desvelado, pero debe confiar… Debe beber el agua negra de Enlil, como hice yo.

—¿Eso se lo dijo el hombre de la túnica?

—Evola, hace tiempo que conozco sus estudios, sus escritos. Muchos de ellos, brillantes, si me permite. Hay cosas que no puedo compartir con nuestros queridos amigos, Hess y Haushofer. Esos dos idiotas creen que tienen dominada la cuestión, pero siguen dando palos de ciego. En cambio, usted y yo, querido amigo Evola,

podemos gobernar el mundo. Si empleamos bien nuestras fuerzas. Si las unimos. Tengamos contentos a los nazis y a Los Sombra, hagamos creer a los Stver que estamos con ellos. Es la única forma de llegar al gran ritual. Y entonces, usted y yo nos repartiremos el pastel.

—¿De verdad cree que podrá engañarles?

—Cesare, no debe preocuparse por nada de eso. A partir de ahora estará protegido.

—¿Y la verdadera reliquia? Tengo entendido que se hicieron con ella los nazis.

—Estamos haciendo lo necesario para que esté en nuestro poder. Y lo estará.

Cesare tragó saliva. Recordó el ritual realizado junto a Hess y los miembros de la AvGull en el área elegida, la que ellos consideraban como los restos de la antigua Thule. El disco de Festos, extraído del museo, no había funcionado, y ahora Hess no confiaba en él. En París había vivido como una sombra durante los últimos meses, condenado al ostracismo por los mismos que le encumbraron. Solo tenía dos caminos: aceptar la propuesta de Crowley o marcharse a Italia y esconderse en su casa de campo el resto de sus días. Pensó en una tercera alternativa para su destino: buscar a Marguerite, vivir con ella el romance que nunca fue, olvidar lo demás. No, no podría vivir ajeno a la oscuridad que, de algún modo, había contribuido a desatar.

—En cualquier caso, tengo la teoría de que hace falta un códice, una interpretación de los símbolos, con la que no hemos dado —dijo Cesare.

—¡Bravo! Le diré algo al respecto: esa interpretación está en una versión antigua del *Ars Goetia* que solo los Stver saben interpretar. En esa versión hay algo más que una lista de entidades demoníacas: hay instrucciones y conjuros esenciales para lo que nos proponemos. Les haré creer que usted es uno de nosotros. Cuando llegue el gran ritual, nos haremos con la reliquia y todo será nuestro —le dijo Crowley, y Cesare guardó silencio—. Cesare, ¿quiere contemplar la

verdadera puerta, el pasaje, la entrada? ¿Quiere cerrar el círculo?

Cesare no quería hacer nada de eso, pero, en virtud de lo que había vivido, debía impedir que alguien como Crowley lo hiciera.

—¿Qué cree que llevo intentando toda mi vida? —respondió, fingiendo convicción.

Crowley sonrió.

—Consígame información sobre los movimientos de la Ahnenerbe de Himmler, Cesare. Y yo le conseguiré la gloria.

Cesare Evola cogió la copa de vino tratando de evitar que le temblara la mano, brindó con Crowley y bebió un trago, sin dejar de mirarle. Sus ojillos torvos de borracho no le transmitían ninguna confianza, pero era el único camino. Al fin y al cabo, ¿qué podía perder a estas alturas? Si no intervenía en esto, el poder de la reliquia acabaría en manos de los Stver. La máxima oscuridad, la que conoció en L'Enfer, penetraría por ese pasaje y se cerniría sobre el mundo. No podía dejar que ellos ganaran.

—Está bien, Aleister. Cuente conmigo —dijo a regañadientes.

Crowley sonrió despacio, dejando ver sus rojas conjuntivas bajo los ojos.

—Se alegrará. Se lo garantizo —dijo, levantándose y tendiéndole la mano.

Al estrechar la mano del inglés, Cesare percibió algo extraño, como si su temperatura no fuese la habitual del cuerpo, como si estuviera tocando otro tipo de materia… inerte.

Crowley se puso el sombrero, saludó con una pequeña inclinación burlona y salió de la casa.

Cesare no lo acompañó a la puerta. Se quedó allí parado, degustando el carísimo vino que le estaba sabiendo a rayos. Percibió que la tierra se movía. No era la primera vez que pasaba: en las semanas anteriores habían tenido lugar temblores de magnitudes muy distintas alrededor del globo. Algo dentro de él cedía también a las vibraciones.

Se preguntó si sería capaz de ingerir ese líquido negro de Enlil, si estaría vendiendo su alma al diablo, si sería demasiado tarde para

recular una vez que estuviera metido en el asunto. Pero sentía que solo él podía parar a los Stver, solo él sabría llevar ese poder hacia sus verdaderos cauces.

A través del cristal de la ventana comprobó que seguía nevando. En pleno mes de mayo… Había empezado por la mañana con una ola de frío imprevista, tras las lluvias y los tres días insólitamente veraniegos. El clima seguía siendo una clara señal de que debía actuar. «Tarhun, nos darás la paz que nos debes», pensó. Miró al techo y clamó a la fuerza superior con la que había hablado, cuando rogaba por que hubiera un dios.

—Solo espero estar procediendo como creo que es justo. No quiero volver a sumirme en el abismo. No dejes que así sea —rogó. Y sus manos temblaron al mismo tiempo que el suelo.

Al subir al coche que le esperaba, Crowley se dio cuenta de que una parte de él se resistía a volver a la pensión. Sin saber por qué, le dijo al cochero que le llevara a la casa del reloj de sol, en Montmartre. La casa Moreau.

«Maldito cerdo, me estás esperando allí, ¿verdad?», se dijo, pensando en cómo el egipcio siempre lograba localizarle y, de alguna forma, controlar sus movimientos. Estaba admirado y consternado ante el poder de la cabeza visible de Los Sombra. «Los Stver no reinan en mí», se dijo, mientras percibía el leve temblor de la tierra. «No soy ellos». Trató de repetir esta frase en su cabeza, pero no era capaz. «Vamos, dilo, ¡dilo! No soy ellos».

—Yo soy ellos —murmuró, de repente, contra sí mismo.

—Señor, ¿ocurre algo? —dijo el chófer.

—Nada… —dijo Crowley horrorizado—. Todo bien. Son estos… temblores de tierra. Me alteran. Siga adelante —ordenó.

Se dijo que eran solo vacilaciones absurdas. Las controlaría, de ahora en adelante. Cesare no debía notar nada extraño. Las alianzas eran necesarias para el desenlace y tenían un único propósito: que él se alzaría con el poder definitivo. Sonrió, pero la sonrisa se le

congeló en la cara. De pronto, como en una revelación instantánea, supo lo que representaba el extraño signo en el cuello del egipcio. Lo vio tan claro como estaba viendo el paisaje parisino: no era una palabra ni un símbolo, era una marca. Una marca como las que se hacían, con pigmentos y bronce candente, en la dinastía Djeser, dos mil años antes de Cristo. La marca de los esclavos. Cuando vio, a lo lejos, la casa de Moreau, sintió ganas de gritar.

* * *

París, sede de la Gestapo, Rue Lauriston

Müller avanzó por el enorme salón, como un autómata, manteniendo escrupulosamente la línea recta, tal como le habían enseñado. Después de limpiar todas las botas del regimiento, exhausto, había podido ver, al fin, a su mujer, solo durante media hora. Después, Fleedermaus le había ordenado presentarse, sin demora, en su despacho. Tenía que limpiar sus botas. El recuerdo de Irma sudando de fiebre en la cama parpadeaba en su mente, como si se hubiera convertido en una película que se negaba a terminar del todo. Igual que la vida de su mujer. Pero sabía que tenía que hacer exactamente lo que le dijera su jefe. No podía quedarse sin trabajo. No ahora. Irma necesitaba su medicación.

En el silencio del enorme despacho, irrumpió el ruido de los tacones de la secretaria, Pamela, que disimulaba, con maquillaje, los cardenales en su rostro. Algunos oficiales decían que Fleedermaus le pegaba y que la había violado más de una vez.

—*Herr* Fleedermaus, la judía Wilde ya está en París. Me lo acaban de notificar. También han traído a Bernard. Han llegado esta mañana, los trajeron en barco —dijo Pamela, y ante un levísimo

gesto de su jefe, se retiró haciendo una especie de reverencia.

Lucius sonrió. Por un momento, a Müller le pareció que el pecho de su jefe se hinchaba. Estaban solos de nuevo. Fleedermaus se frotó las manos y puso los pies sobre la mesa. Le observó sin reparo, desde su trono tras la descomunal mesa de madera lacada que se encontraba estratégicamente situada al final de la sala interminable.

—Puedes acercarte —le dijo, con aquella voz que a veces sonaba grave y agresiva y otras veces aguda e hiriente.

Müller avanzó, con la cabeza baja, mirando al suelo, como Fleedermaus les indicaba.

—Ven aquí, a mi lado —le dijo.

Müller se acercó a un metro de su superior, hasta sentir su aliento agrio.

Lucius cogió su copa de vino blanco y, agitándola, casi ceremoniosamente, giró sobre su butaca.

—Agáchate —le ordenó, con suma frialdad, señalando sus pies.

Müller sabía lo que tenía que hacer. Dobló la temblorosa rodilla izquierda y la apoyó en el suelo. Adoptó la postura que solía tomar cuando era solo un crío y limpiaba las botas de los caballeros en las calles.

Lucius le arrojó un trapo que él extendió sobre su muslo, con habilidad profesional, y después apoyó su pierna sobre el paño. A Müller le pareció que esa bota enorme, acordonada, con hebillas en los laterales y de gruesa suela, pesaba toneladas sobre su muslo tembloroso.

—Puedes empezar. Y ya sabes cómo tienes que hacerlo —ordeno Lucius.

Müller bajó la cabeza despacio. Trató de humedecer la lengua, pero no tenía saliva, su boca parecía estopa.

—He dicho que empieces.

—Mi señor, sí, mi señor.

Müller cerró los ojos e hizo lo posible por acumular un hilo de saliva. Se inclinó, sacó la lengua. Temblaba.

—¿A qué estás esperando? ¡No tengo toda la mañana!

—¡Mi señor, sí, mi señor!

Sudando, Müller volvió a sacar la lengua y la acercó hasta rozar la bota de Fleedermaus.

—¿Voy a tener que aumentarte el castigo, Müller?

Lucius acercó su bota a los labios de Müller. Muy despacio, apretó la suela contra su labio inferior hasta abrirle la boca.

Müller aguantó la arcada, decidió que aquello debía pasar rápido si quería irse cuanto antes y comenzó a lamer a toda velocidad el empeine de la bota, los cordones y la parte superior.

—Así me gusta —dijo Fleedermaus—, los laterales también —añadió. Ahora su voz sonaba algo más aguda. Se decía que era amanerado, que había sido asesino a sueldo, que era de la mafia… Se decían muchas cosas que no llegaban a oídos de «el murciélago» por el temor inmenso que todos le tenían, pero él pensaba que, simplemente, no era humano.

—Müller, esto deja mucho que desear —reprochó Lucius mirándose la bota—. ¿Y los bordes? ¿Qué me dices de los bordes? Aún están sucios.

Müller aguantó otra arcada, bajó la cabeza y lamió la parte de la bota que lindaba con la suela. Sintió un sabor a alquitrán, a barro, al estiércol que usaban para el césped, al producto con el que limpiaban el suelo de la sala.

—Eso está mejor —dijo Lucius saboreando cada palabra—. Pero ¿sabes qué, Müller? Esta vez quiero que queden como una patena. No están quedando como una patena, Müller. Mira esas hebillas, aún les falta brillo. Piensa un poco. ¿Qué más puedes hacer?

Müller no contestó.

—Tienes labios gruesos como los de los negros. Probablemente por tu baja procedencia. Labios preparados para trabajar. Usalos.

Müller, respirando trabajosamente, tomó aire, se inclinó y chupó la bota, ayudándose de sus labios ajados por el frío, mientras su superior lo observaba y bebía de su copa de vino blanco. Chupó con los labios y la lengua toda la superficie, los laterales, las hebillas, los cordones y los talones, tratando de evitar la suela. Cuando la vio

brillar, subió la cabeza.

Su primer impulso fue escupir, pero sabía que no podía hacerlo y mucho menos vomitar.

—¿A qué esperas? Traga. La saliva tiene que estar limpia para que la bota quede bien.

Müller temblaba de pies a cabeza, apenas podía sostenerse allí, arrodillado y aguantando el peso de la pierna de Fleedermaus.

—He dicho «traga».

Müller sabía lo que le pasaría si no cumplía, sabía cómo eran los castigos de «el murciélago», lo que era capaz de hacer, lo que podía hacerle «a él». Cerró los ojos y tragó.

—Abre la boca, soldado, quiero estar seguro de que te lo has tragado.

Lucius levantó su mano enguantada e introdujo sus dedos, índice y anular, en la boca de Müller. Despacio, los deslizó por debajo de los labios, por la lengua. Müller aguantó, dócilmente, hasta que terminó la morbosa exploración.

—Está bien, buen chico, Müller. Puedes seguir.

Desconcertado, temblando, con la ropa mojada de sudor, Müller se quedó paralizado, mirando la bota, deseando no escuchar lo que sabía que estaba a punto de escuchar.

—Vamos, Müller, sabes que una bota no está limpia si no se le da un buen repaso a la suela —dijo Lucius mostrándole el reverso de la bota—. Dale ese repaso. Y quiero que sea a conciencia. Dedícale su tiempo, lo harás dos veces para que nos aseguremos del resultado —ordenó despacio, saboreando cada palabra mientras sostenía su copa en la mano—. Sé buen chico o tendrás que limpiar mis otros pares de botas, una por una. Y, créeme, tengo muchas botas —añadió, y bebió otro trago de su vino blanco.

Capítulo 26
Los vórtices infraterrenales

París, Montmartre, Place du Calvaire

Aquella noche, en la casa de Moreau, reinaba una atmósfera aún más oscura de lo habitual. El cielo tenía un extraño color gris negruzco, marmóreo, sin fisuras entre las nubes. El frío era como el que podría hacer cualquier día de diciembre, no en París, sino en Moscú, y los temblores de tierra, aunque muy leves, se sucedían sin cesar. El egipcio, sentado en torno a la polvorienta mesa camilla, parecía tan tranquilo como si siempre hubiera estado en su casa. Crowley se fijó especialmente en la señal de su cuello. Un ayudante les sirvió dos copas de licor oscuro y pastoso, mientras la figura desvaída y cansada del doctor Moreau circulaba por el salón como una sombra.

Crowley alzó su vaso para brindar y se encontró con los ojos inquisitivos del egipcio. Unos ojos rasgados y pequeños que le interrogaban y a la vez parecían saberlo todo acerca de él. Por un momento, el mago inglés sintió que le temblaban las rodillas. Ni siquiera su flema británica podía ayudarle a disimular los nervios. ¿Y si conocían sus intenciones? ¿Y si tenían vigilado a Cesare, incluso en su propia casa? Se dijo a sí mismo que era imposible.

—Crowley, el gran plan está cercano a su cumplimiento —dijo el egipcio, con una sonrisa tan vaga que bien podía ser una mueca—. Muy pronto, les haremos volver. Y cerraremos el ritual.

—Lucerna…

—Nuestros ancestros de Lucerna. Nuestros protectores, nuestros amados padrinos. Estarán presentes, y sus almas serán transmigradas. Ellos también harán la travesía, presenciarán la encarnación y abrirán la puerta con nosotros.

—¿Tenemos los recipientes?

—Serán los cuerpos de los científicos de los que ya hablamos. Solo nos falta la ofrenda, el sacrificio de luz, el último recipiente. Ya falta poco. Hemos investigado el terreno, conocemos los elementos. Mis ayudantes llevan mucho tiempo explorando.

—¿Será en San Víctor?

—No. Las pruebas que se hicieron allí fallaron. Existe otro lugar que tiene un mayor poder que San Víctor. Está conectado con los vórtices. Y usted debería saberlo…

—Boleskine… —susurró Crowley. El egipcio asintió despacio y bebió un trago de su licor oscuro, sin dejar de mirarle a los ojos.

—Lo sabíamos desde hace algún tiempo, pero debíamos disponer de los elementos necesarios. La pieza no estaba aún en nuestro poder. Hubo… interferencias. Más poderosas de lo que pensamos. Pero ahora, están neutralizadas. Esos individuos están en manos de los nazis, y la pieza que portaban se halla en poder de Haushofer y Hess, lo que quiere decir que está en nuestro poder. Para ello, necesitamos su intervención, Aleister. Todo está planeado: Hess irá a Escocia, y necesitamos que sigas las instrucciones escrupulosamente. Estamos mejor orientados, tenemos la información y conocemos el punto clave mejor que ellos. Tendrás que ser preciso y hábil.

—Descuida. Ese disco es nuestro. Pero ¿por qué un disco de piedra? ¿Qué es lo que tiene de especial?

—No es cualquier piedra, y los grabados que tiene fueron falsamente interpretados como un simple juego. No lo eran. El disco

es un mapa de las cinco espirales. Otras civilizaciones, más débiles, como los atlantes, los interpretaron como una elevación de lo no material hacia lo espiritual, una especie de exploración de la unión de lo humano con lo divino…, y construyeron sus ciudades según ese esquema. Para nosotros, esos círculos son lo contrario: un descenso hacia los cinco vórtices infraterrenales que unen los puntos de acceso: el antiguo laboratorio en el subsuelo de Lucerna, la casa de Moreau, en París; la cripta, de San Víctor, en Marsella; las orillas del poderoso Usumacinta en Piedras Negras, Latinoamérica, y el más poderoso de todos: la casa Boleskine.

—Vórtices infraterrenales —repitió Crowley.

—Hay ejes concretos que unen momentos concretos. En el espacio y en el tiempo. Muy pocos lo saben. En Lucerna estudiaron sobre ello. Egipcios, minoicos, hititas…, ninguno de ellos aprendió a manejar ese poder. Nosotros, al fin, podemos hacerlo. Hemos acumulado siglos de conocimientos, de estudios, de experimentación. Nosotros podemos unir los puntos y lograr que se produzca el cruce de ángulos. Usted mismo lo intentó…

—¿Cómo?

—En Boleskine.

—Me gustaría atribuirme ese mérito, amigo, pero yo solo hice una invocación.

—Usted ha sido un inglés muy irresponsable, Crowley —sentenció el egipcio mientras sus pupilas cobraban forma gatuna—. Jugó con la magia negra, ignorando que existía un vórtice. No se dio cuenta del gran poder que reside en esa casa, en esa tierra. —Crowley quiso responder con una de sus réplicas ingeniosas, pero se dio cuenta de que era incapaz. Había una parte de él que luchaba por insultar a aquel impertinente, pero la otra quería ceder ante el poder del egipcio, casi como si fuera una necesidad—. Escuche, Crowley, esa casa está construida sobre tierras rituales. Ritos paganos ancestrales se realizaron allí, después de que el primer alquimista vendiera su alma en el pentágono trazado sobre la tierra de Boleskine. Descubrió que existía un acceso al pliegue temporal,

un pasaje. Por eso construyó una propiedad que se mantuvo vacía durante siglos, hasta que fue vendida y despojada de su poder.

—De acuerdo —se oyó decir Crowley, al tiempo que asentía de una forma innecesariamente gregaria.

—El ritual transcurrirá en los cinco puntos, pero el núcleo estará en Boleskine, ínverness. Vincularemos todos los vórtices desde ese centro.

—¿A dónde lleva ese pasaje? —preguntó Crowley. El egipcio le miró a los ojos durante unos segundos—. Vamos, ahora soy de los vuestros, puedes decírmelo. Los nazis sostienen que es la unión con la verdadera Thule, con el mar de los mil años… Al menos eso es lo que sé, a través de mis conversaciones con Hess y Haushofer. Y la Ahnenerbe lleva tiempo buscando una puerta.

—No nos interesa ninguna Thule. Tampoco nos interesa la Atlántida, querido Crowley —desveló el egipcio, sonriendo de forma siniestra—, esa civilización, que muchos creen ficticia, fue real, pero se extinguió por su debilidad, por su excesiva confianza en el ser humano. Nosotros contribuimos a hacer creer que nunca había existido, porque su ejemplo nonos interesa. Ellos pusieron la filosofía por encima de las ecuaciones, se dejaron llevar por la poesía. Nosotros seguimos un camino muy distinto. Existen otros ejes, otros pliegues en la materia del espacio tiempo. No nos interesan. Nosotros reinaremos aquí, seremos más fuertes, abarcaremos el mundo entero desde la más oscura de sus vísceras. Nadie, ningún individuo ni civilización, escapará a Datark, cuando logremos conectar los cinco vórtices.

Crowley asintió despacio.

—¿Y los Montfaucon? ¿Qué papel tienen en todo esto?

—Los Montfaucon, descendientes de nuestros ancestros de Lucerna, y otros miembros de toda Europa, junto con los Schenk, Magnac, Reynolds y algunos otros, proporcionaron siempre el sustento para nuestras actividades. Hubo un pequeño problema con Montfaucon padre, pero se solucionó. Ahora, todos están en camino. Algunos de ellos ya han llegado.

—¿Todos?

—Entre nuestras filas hay jueces, médicos, financieros, nazis, políticos, científicos, ingenieros, empresarios, con cargos importantes en las más altas esferas… No hay nada a lo que no tengamos acceso, ninguna formación o sociedad en la que no estemos nosotros.

—Mi conexión con Boleskine… Fueron ustedes los que me buscaron a mí…

—*Voilà*. De todos los magos farsantes que hay en este planeta, usted es el único que ha tenido conexión con estos valles sagrados.

—¡Yo no soy un mago farsante! —protestó Crowley. Trató de dar un puñetazo sobre la mesa, pero algo se lo impidió.

El egipcio sonrió.

—No se preocupe, dentro de poco conocerá lo que ahora no puede ver. Para entonces, ya habrá comprendido que lo que decimos es la única verdad. No será necesario que se defienda. Nosotros velamos por usted. Todo lo que hacemos es por su bien. Lo que decimos es lo que usted mismo dice. Está empezando a comprenderlo, a sentirlo… Déjese llevar, deje que su conciencia sea la nuestra y verá como todo es más fácil.

Crowley sintió que un escalofrío le recorría la columna y el corazón se le encogía. En su interior, una lucha se instauraba, entre lo que se proponía hacer en su fuero interno y lo que repentinamente sentía cuando ese hombre hablaba. A lo largo de toda su vida se había revelado fieramente contra cualquier tipo de figura paterna que pretendiera dañar su libre albedrío, y, ahora, no encontraba el valor.

—¿Cómo podemos estar seguros de que esa pieza es la correcta? La que los nazis robaron del museo no funcionó.

—Hace tiempo se hicieron una serie de falsificaciones del verdadero disco para proteger el original. Una de ellas terminó en el museo de Heraclión, una vulgar copia en barro a la que llamaron «disco de Festos».

—Intuyo, entonces, que la verdadera pieza no fue fabricada en

Festos.

—Allí la utilizaron, pero llegó a ellos desde otras latitudes. No solo temporales, sino espaciales.

—¿De dónde…

El egipcio miró a los ojos a Crowley, callándolo al instante. Se levantó y caminó por el salón.

—El disco que llevaban esos sujetos franceses a los que han cogido en Creta es la única pieza, el auténtico disco que hará girar los ejes que nos interesan.

—¿Quiénes son esos… sujetos franceses?

—Ella ha logrado asomarse al vórtice, nos ha visto. Percibo una fuerza intensa en ella. Pero no tiene poder, no forma parte de un grupo.

—¿Es una vidente?

—No es como Lamartine. Percibo algo muy distinto. Algo que nos gustaría poder entregar a Datark. Sería una ofrenda soberbia. Como sabe, debe haber un sacrificio de luz. Así se hizo en Egipto y en Patara, y así se hará —dijo, mirando al exterior a través de las pocas franjas abiertas que dejaban las persianas desvencijadas.

—¿Usted estuvo en el yacimiento de Jarmo? —preguntó Crowley.

—Oh, por supuesto, estuve. Y no estuve.

—¿Conoce a Nicolas Schenk?

El egipcio se dio la vuelta y se acercó a él, observándolo como si fuera un microbio.

—Yo soy Nicolas Schenk, yo soy Cécile Lamartine, yo soy Víctor Moreau. Fui Khadim Rahman y soy Datark. Y ellos son yo, al igual que usted.

—Pero…

Crowley buscó las palabras, solo halló un vacío poblado de sinsentidos en su mente.

—La pieza estuvo, durante siglos, en Patara, en el yacimiento de Jarmo, pero no siempre estuvo allí —explicó el egipcio—. Por eso no pudieron recuperarla. Tenía que ser en el momento preciso. Es difícil que usted llegue a concebir cómo funcionan los pliegues

espaciotemporales de los que le hablaba. Los atlantes lo comprendían bien, forjaron el disco conforme a ello.

—Fue allí. Entonces es más antiguo de lo que…

—No hablamos de un tiempo lineal. Es pronto para que entienda eso. Cuando lo haga, su idea de la realidad no volverá a ser la misma —afirmó. Y guardó silencio unos instantes—. Todavía no hemos logrado dominar esa energía azul que los atlantes manejaban, pero no nos interesa. No para nuestros objetivos. Nosotros aplicamos otro código. Y conseguimos hacer algunos desplazamientos. Es la parte que nos interesa para las transmigraciones. La reliquia es el mapa y la llave, y será activada conforme a las claves del *Goetia*, los cálculos precisos y los cinco vórtices conectados.

—¿Cuándo será?

—El gran ritual tendrá lugar el 6 de junio. La fecha indicada en el *Ars Goetia*, en que los astros nos serán favorables, la que suma «nueve», el número del cierre de ciclos, de la totalidad, del final del tránsito.

—6 de junio de 1941… —murmuró Crowley.

—Así es, todo está dispuesto y usted nos acompañará a Boleskine. Será un placer volver a casa, ¿verdad, Aleister? —manifestó el egipcio, que parecía ser consciente del conflicto interno de Crowley y disfrutaba torturándolo.

Crowley asintió y se levantó, tratando de disimular el deseo acuciante de salir de aquella casa. Se puso la levita y el sombrero.

—Tengo que disculparme, he de hablar con mucha gente, mover hilos —dijo Crowley comenzando a notar los efectos del licor oscuro —. Le mantendré informado. Nos encontraremos aquí.

El egipcio sonrió, tomó asiento y dejó escapar una risita, como si acabara de escuchar a un niño pequeño.

—Todavía no lo ha entendido, ¿verdad, Crowley?

—¿Cómo?

—No hace falta que nos busque. Sabemos dónde está —dijo. Y bebió un trago sin dejar de observarle con una sonrisa de

superioridad burlona—. Siempre sabemos dónde está.

En ese preciso instante, como si hubiera recibido un golpe, Crowley empalideció mientras los ojos del egipcio, que cobraban una gravedad astuta, impasible, mecánica, le revelaban que sabía absolutamente todo, que sus pasos habían sido registrados y que no hacía falta dar explicaciones porque todo cuanto sucedía, todo cuanto él estaba haciendo, incluso a espaldas de los Stver, ocurría en favor del gran plan. Recordó las palabras de la vidente Orsic acerca de una especie de constelación en la que él interpretaba un rol. «Eso soy para ellos, un peón, un estadio de su plan», se dijo, mientras se dirigía a la puerta que, una vez más, se abrió con un insoportable ruido de goznes.

No dejaría que eso le pusiera un yugo en el cuello. Él haría su propio plan.

Salió de la casa, embozándose en su levita, y caminó hacia su coche. Creyó escuchar un balbuceo agudo, no de niño sino de enano, y recordó el llanto de la criatura. Repentinamente le atravesó, como un estilete ardiendo, una frase lacerante, avasalladora: «Tú ya eres mi esclavo, puerco». Miró hacia atrás, a su alrededor, temiendo haber perdido la cordura definitivamente. Allí no había nadie.

Una vez dentro del vehículo se dio cuenta de que todo su cuerpo temblaba.

—Señor, puedo dejarle una manta que tengo en el asiento delantero —dijo el conductor—. Con este clima tan extraño…

—No se preocupe por la temperatura de mis pelotas. Soy inglés —zanjó, fríamente, Crowley, de forma despectiva, y se subió el embozo de su levita casi hasta la nariz. Pero en su interior, como una punzada cruel y traidora, la voz de su conciencia, cada vez más terroríficamente diluida, le decía que no temblaba solo por el frío.

* * *

París, sede de la Gestapo, Rue Lauriston

Théo se dejó caer al suelo de su celda en los calabozos de la Gestapo, y apoyó la cabeza en las manos. No podía dejar de pensar en Ginebra y en lo que Lucius podría estar haciéndole.

Las celdas eran pequeñas, con olor a humedad y a orín. Apenas había un saliente romo para sentarse y las rejas estaban oxidadas.

—Lo peor es que es imposible contactar con John Waxley desde aquí —dijo Claire, que permanecía tumbada en el suelo con una mano rota y la cara inflamada por los golpes de los nazis durante el interrogatorio. De nada le había valido alegar que trabajaba en el ministerio—. Espero que mi mensaje desde Creta le llegara, o que alguno de los infiltrados del MI6 esté al corriente —añadió, con un hilo de voz.

—Siento tanto lo que te ha ocurrido, Claire… —lamentó, agachándose junto a ella y poniéndole la mano en el hombro.

—Yo tendría más miedo de lo que te van a hacer a ti —murmuró Claire, con los ojos entrecerrados—. Si sabe lo vuestro…

Théo iba a responder, cuando Vincent Siena apareció ante ellos, al otro lado de las rejas, vestido con el uniforme de la Gestapo. Llevaba el poco pelo que le quedaba cortado al cero y caminaba despacio. Su mandíbula, con la característica cicatriz, estaba perfectamente afeitada. En sus ojos no había brillo alguno. Con movimientos mecánicos abrió la puerta de la celda y dejó que un oficial entrase para sacar a rastras a Théo, que se resistió y miró fijamente a los ojos a su amigo.

—¿Cómo has podido? —murmuró, con la voz quebrada de llanto.

El oficial de las SS le dio un puñetazo en el estómago.

—Mejor que te calles. Ahorra fuerzas para el interrogatorio que te espera ahora. Y para los que vendrán después. Va a ser duro —le dijo, riéndose, y le escupió en la cara.

Vincent bajó la cabeza, se puso la gorra de policía de la Gestapo y cerró la puerta.

* * *

París, sede de la Gestapo, Rue Lauriston, despacho de Lucius

Lucius caminó despacio por su despacho, trazando un círculo en torno a Ginebra, que permanecía sentada en una butaca, en el centro de la sala, con las manos esposadas. Sus captores la habían sacado a punta de pistola del barco en el que había dormitado, entre llanto y desesperación, en un compartimento húmedo y frío, y la habían trasladado a Lauriston en coche. Las calles de París, por primera vez, le habían parecido tristes y sombrías, como una cárcel. No había visto a Théo desde que los apresaran en la plaza de Agios Nikólaos. Le dolía todo el cuerpo, pero estaba segura de que nada sería tan horrible como lo que le esperaba ahora.

—Estás todavía más pálida de lo que recordaba, querida Ginebra… —dijo Lucius, sonriendo. La miró desde la impunidad que le daba su uniforme, con las manos a la espalda, ufano de saberla a su merced. Tenía algunas arrugas y el pelo más corto, pero seguía esmerándose por tener buen aspecto, e incluso sonreía como si intentara seducirla de nuevo. Lo traicionaban sus ojos pequeños, siempre alerta, llenos de rabia y de miedo. Ginebra se preguntaba cómo había podido caer en las garras de Lucius alguna vez, cómo había podido enamorarse de ese monstruo. Su mirada albergaba

más oscuridad que antes. La humanidad que aún residía en él cuando lo conoció, el lado empático que se empeñaba en matar, finalmente se había extinguido.

—Y veo que no has cambiado —prosiguió Lucius—, siempre tan ingenua. Lo suficiente como para confiar en Théo Bernard. —Ginebra miró fijamente a Lucius—. Querida, ¿cómo crees que llegué hasta ti en Creta? Bernard te ha estado vendiendo, igual que Siena le vendió a él. Son iguales.

—Eso no es cierto.

—¿Cómo, si no, sabríamos dónde estabais y qué habíais hecho los días anteriores?

«Tenías untada a media isla, como haces siempre», pensó Ginebra. No pensaba hablarle de que se lo había dicho Claire.

—Con la cantidad justa de dinero todo el mundo hace lo que debe… Por ejemplo, ese ridículo amante tuyo, Bernard. Ha estado dispuesto a confesarlo todo. Hubiera vendido a su madre. Théodore Bernard ya está libre. Tan tranquilo, de camino a su buhardilla. No negaré que se resistió, al principio, pero… solo hubo que negociar lo suficiente, insistir un poco… y cantó como un pajarito.

—Eso no puede ser cierto.

—Lo es, Ginebra. Deja de pensar que tienes el poder de saberlo todo. No es así —dijo Lucius, y sus ojos cobraron un aire de condescendencia—. Eres todavía una niña, ¿verdad? Para el simpático Théo ha sido muy fácil engañarte. —Lucius extrajo un sobre de su bolsillo y de él sacó unas fotografías en blanco y negro —. Supongo que no te había contado que estaba casado —dijo, sonriendo.

Ginebra sintió que se le congelaba el pecho. Lucius le mostró una fotografía: Théo vestido con traje y corbata, sorprendentemente joven, en la puerta de una iglesia. Una mujer de blanco le cogía del brazo. En la parte de atrás ponía «Noelle Dubois».

—No me importa su pasado —dijo Ginebra.

—Esto no es el pasado de Bernard, es su presente. ¿Acaso pensabas que su mujer había muerto? —se burló. Ginebra bajó la

cabeza, aguantó la respiración para no gritar. No quería escucharle —. Sigues siendo muy despistada. ¿Te acuerdas cuando tenía que encargarme yo de los temas de organización porque eras un desastre? Es curioso, las mujeres servís para organizar, normalmente. Tú te empeñabas en crear. Como si eso pudierais hacerlo bien.

—¿Qué tal funcionó mi novela con tu nombre, maldito enano envidioso? —se oyó decir Ginebra, mirándole a los ojos, sin saber cómo se estaba atreviendo a pronunciar esas palabras. El rostro de Lucius cobró un color escarlata. Sus ojos brillaron con más agresividad que nunca. Se quitó uno de sus guantes y le dio una bofetada a Ginebra.

—¡Te lo advierto, zorra judía, no vuelvas a desafiarme! ¡No vuelvas a hacerlo! —le gritó.

—Algún día nos encontraremos al otro lado, Lucius —auguró Ginebra, sangrando, conteniendo las lágrimas—, y, si existe justicia, tendrás que reparar. Y va a ser una larga reparación.

Lucius le dio una bofetada tan fuerte que la derribó y, por unos segundos, Ginebra no supo dónde estaba. Trató de levantarse del suelo, apoyándose torpemente con las manos esposadas, pero su mirada estaba borrosa y le dolía la cabeza. Lucius le puso la pistola en la frente y la obligó a sentarse, mientras le acariciaba el pelo.

—Mi pobre Ginebra… Me parece que tienes los humos un poco subidos, como todas las judías engreídas —dijo, acercándose a ella. Ginebra cerró los ojos, las lágrimas salieron solas. Lucius le arrancó los botones de la camisa—. Yo voy a enseñarte a estar en tu lugar —añadió. Se colocó encima de ella sin dejar de apuntarle con la pistola y, cuando ella se revolvió, él le cogió la cara entre las manos y la miró fijamente a los ojos—. Deja de resistirte o lo que te haré será mucho peor que la muerte. Sé que no te da miedo morir, pero también sé que sabes lo que es el dolor físico, y créeme que te puedo provocar el peor de los dolores. Peor que el que ya te regalé una vez.

Lucius le desgarró la ropa con violencia, sin dejar de mirarla. Era

una mirada que aterraba todavía más que los golpes porque mezclaba la fascinación que aún sentía hacia ella con el odio y una rabia inhumana. Ginebra gritó.

—Schsss —dijo Lucius tapándose los labios con el dedo índice y sonriendo. La besó, mordiéndole los labios hasta hacerle sangre. Ginebra aguantó el dolor. Su aliento olía peor que hacía años. Se removió, casi sin fuerzas, tratando de zafarse de él. Cerró los ojos, preparándose para sentir otro golpe. En ese momento, alguien llamó a la puerta.

—¡Dije que no me molestara nadie! —barritó Lucius.

—Señor, es un mensaje muy urgente de Himmler —dijo la voz a través de la puerta.

A Lucius le cambió el gesto. Se incorporó con absoluto fastidio, como quien tiene que dejar de jugar a su juego de mesa favorito para atender al repartidor del pan. Ginebra se ovilló en el suelo y lloró. No tuvo tiempo de incorporarse, Lucius la agarró del pelo obligándola a levantarse y, sin dejar de clavarle la pistola en los riñones, la encerró en una habitación contigua a la sala, en la que había una máquina de escribir y montones de papeles.

—Espérame aquí, muñequita, no he hecho más que empezar —le dijo, y la arrojó contra la pared.

Oyó a Lucius hablar con alguien y escuchó cómo salía de la sala grande. Tomó aire y lloró. No sabía qué le dolía más, si los golpes o la traición de Théo. Si era verdad lo que le había dicho ese cerdo nazi…

La puerta de la habitación se abrió y entró una mujer, escoltada por alguien del Reich. Intercambiaron unas palabras en alemán y el hombre, que iba armado, se quedó fuera. La mujer se acercó despacio a ella y la miró con una frialdad que escondía una intensa tristeza.

—Me llamo Pamela, soy la secretaria de Fleedermaus —explicó con un tono mecánico, como si estuviera en una especie de trance, a mucha distancia de su propio cuerpo—. Si intentas escapar, ese hombre disparará.

Ginebra se dio cuenta de que la mujer tenía algunos cardenales en el rostro y señales de heridas que aún se estaban cerrando.

—Lucius… ¿A ti también te ha pegado? —le preguntó. Ya conocía la respuesta.

Pamela desvió la mirada.

—Es mejor que estés en silencio —murmuró.

—¿No te da asco que te utilice como perro guardián? Ayúdame, podemos huir las dos —propuso Ginebra. Pamela tomó asiento en una de las sillas que estaban junto a la puerta y encendió un cigarro. Le temblaban las manos—. Por favor, Pamela, piénsalo, es tu oportunidad —insistió—. Yo puedo darte dinero si me ayudas a escapar, puedo ayudarte a que inicies una nueva vida, conozco gente que…

—¡Cállate, judía! —gritó Pamela tapándose los oídos y negando con la cabeza. De pronto, las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos, bajo los que pesaban unas abultadas ojeras.

—Sé que crees que no se puede escapar de él, pero es posible —insistió Ginebra, en voz baja—, yo lo logré, y puedo volver a lograrlo, si me ayudas. Si nos ayudamos… —dijo acercándose a ella, con lágrimas en los ojos. Pamela la miró, nerviosa, mientras daba caladas al cigarro—. Vamos, vales mil veces más que él. Él solo utiliza a las personas, tú ya lo sabes. Les chupa la sangre, eso ha hecho contigo.

Pamela se removió en la silla, miró a Ginebra oscilando entre la duda, la rabia y la esperanza, y pestañeó varias veces. Parecía estar recordando algo desagradable. Cerró los ojos, unos instantes, y después se acercó a ella, nerviosa.

—Si te ayudo… ¿podrías conseguirme un trabajo lejos de aquí?

—Por supuesto, Pamela.

—¿En Estados Unidos?

—Sí. Y en Estados Unidos no hay amenaza de guerra, allí estarás bien.

Pamela apretó los labios, que tenían muestras de haber sido magullados, y se acarició uno de los cardenales que tenía en el

rostro, cerrando los ojos.

—Está bien, te ayudaré —susurró, y miró hacia la puerta, aterrorizada—. Pero tienes que prometerme que llegaré a Carolina del Norte sana y salva. Tengo familia allí.

—Tienes mi palabra.

—Estás sangrando —dijo Pamela. Extrajo un pañuelo de su bolso y le limpió la nariz y los labios a Ginebra, que intentó sonreír sin conseguirlo.

—Podríamos fingir que me estoy muriendo… —dijo Ginebra—. Sé que me quiere viva.

—Está bien, voy a decirle al escolta que tenemos que salir. Haz como si te hubieras desmayado, solo así podré trasladarte a enfermería. Y desde allí…

—Hagámoslo.

Pamela se levantó, temblando. Tomó aire y abrió la puerta. Ginebra escuchó unas palabras en alemán. Cerró los ojos y se tendió en el suelo. Notó cómo alguien la cogía y la llevaba en brazos. Era el escolta armado. Su aliento apestaba a cerveza alemana. Sintió que la depositaban en una camilla. De nuevo, les escuchó hablar en alemán. Solo alcanzó a descifrar algunas cosas, como «enfermera» y «gasas». La voz de Pamela temblaba. Oyó un portazo.

—Puedes abrir los ojos, ya se ha ido. Tenemos el tiempo justo, hasta que llegue la enfermera —dijo Pamela, en un susurro, completamente paralizada por el miedo.

—Gracias, Pamela.

Ginebra saltó de la camilla. Le dolía todo el cuerpo y aún tenía las manos esposadas. De pronto, la puerta se abrió con un leve chirrido. Lucius entró en la habitación. Sus pequeños ojos de lodo la atravesaron como una daga de hielo.

—¿A dónde ibas tan rápido? —dijo.

—Perdí el sentido. Pamela quería impedir que muriera. Sabe que me quieres viva.

—¿Es eso cierto, Pamela? —preguntó Lucius, con el tono de un sádico que sabe quién es el culpable, pero quiere hacer sufrir a sus

víctimas.

La secretaria se apoyó en la camilla, temblorosa. Miró a Lucius.

—No… ¡no es verdad! Ella iba a escaparse —musitó. Y bajó la cabeza.

Lucius chasqueó la lengua.

—Así que sois unas traidorzuelas, eh. De esta zorra me lo podía esperar, pero de ti, Pammie… Los ojos de Pamela se llenaron de una mezcla de miedo, devoción y lágrimas.

—Yo no, *herr* Fleedermaus, ¡yo no le he traicionado!, ella quería escapar y yo no iba a permitir que lo hiciera —dijo, acercándose a Lucius, que la apartó de un manotazo. Ella aguantó unos sollozos y se quedó paralizada—. Tiene que ocuparse de ella, señor, tiene que hacer que se porte bien —dijo, de forma mecánica.

Ginebra observó a Pamela entre la rabia y la tristeza. Lucius la agarró del brazo.

—Veamos qué castigo podemos pensar para esta judía rebelde… Umm, ¿qué se nos ocurrirá?

Lucius arrastró a Ginebra fuera de la habitación, hacia la barandilla, y, de un empujón, la obligó a asomarse.

—Cuatro pisos de altura, Ginebra, ¿qué te parece? La caída sería dolorosa, pero no necesariamente mortal. Es la altura suficiente como para que quedes dañada de por vida. Y entonces… ¡qué gran paradoja, querida!, yo tendría que cuidarte.

Lucius aplastó el cuerpo de Ginebra contra la barandilla. Ella gritó. Sentía la mano de Lucius como una garra sobre su cuello, obligándola a asomarse cada vez más, hasta tener medio cuerpo en el vacío. Las esposas se le clavaban en las muñecas bajo el peso del cuerpo de Lucius.

—Van a ser unos cuantos años en cama, querida, imagínate todas las cosas que voy a poder hacer contigo… —anunció Lucius, hablándole al oído.

La mano apretó su cuello hasta el punto de que no pudo ni siquiera jadear y sintió que la cara le iba a explotar de la presión. Todo se nubló a su alrededor y decidió abandonarse a la certeza de

una caída de la que no se recuperaría jamás, y a estar en las garras de Lucius el resto de su vida, hasta que muriera del dolor. Cerró los ojos y rezó.

En ese momento se oyó un sonido que no supo identificar. Solo notó que la presión sobre su cuello cedía y, en lugar de caer al vacío, caía hacia atrás. Alguien la estaba sujetando.

* * *

París, sede de la Gestapo, Rue Lauriston

Muy despacio, sin hacer ruido, Vincent bajó las estrechas escaleras que conducían hacia el sótano donde estaban los calabozos. Miró a su alrededor. Se alzó sobre una silla y tapó con esparadrapo la cámara que enfocaba al pasillo. Ahogó un ataque de tos.

De una calada, absorbió lo que quedaba del cigarro. Avanzó por el pasillo, despacio. Escuchaba las risas de sus compañeros que contaban chistes de judíos y homosexuales.

Recordó las torturas a las que le habían sometido hasta que cedió y habló, aunque no acerca de todo. Antes que seguir vendiendo a Théo, prefirió venderse a sí mismo. Y cuando lo hizo, acabaron convenciéndole de que formar parte del Reich era la mejor idea de su vida. Durante un tiempo había pensado que Théo era demasiado inocente, y Urik, un imbécil, ingenuo y fanfarrón. Con los nazis se había sentido fuerte, seguro. Dentro de una red que le proporcionaba poder. Pensaba que estaba siendo realista y práctico. Pero, ahora, solo sentía lástima hacia sí mismo, lástima por un hombrecillo demasiado débil como para imitar los métodos de Urik, demasiado mentira como para responder a la autenticidad de Théo, demasiado temeroso para hablar con mujeres como Claire. ¿Quién

eres, Vincent? Se preguntó. ¿Quién era el poderoso, ahora? ¿Él, que se refugiaba en la madeja del Reich y olvidaba su identidad, o Urik que, por su cuenta, había logrado sacar del pozo a tanta gente valiosa? Porque sí, ese viejo chiflado había hecho más por él y por muchos otros que lo que el Partido Nazi estaba haciendo por el mundo.

Él, Vincent Siena, que siempre había creído estar en la cumbre, con su habilidad para la supervivencia y sus ademanes de *cowboy…*, ¿qué había hecho él para mejorar las cosas?

Ya no tenía claro nada. Durante años se había sentido como una especie de protector para Théo, eso le daba sentido a su papel de exmilitar, a la hombría que se empeñaba en mantener, pero Théo necesitaba un amigo, un verdadero amigo. Y él no lo era.

Ahogó un ataque de tos. En el pañuelo con el que se tapaba la boca, una vez más, había sangre. Tampoco las drogas, que compartía con algunos colegas de la Gestapo, le hacían bien, pero era la forma de vaciar la mente de culpa, de recuerdos, de preguntas.

Despacio, se acercó a sus compañeros. Hablaban de las palizas que aún le quedaban por delante a ese tal Bernard. Cuando se volvieron a saludarle con un enérgico «¡*Heil* Hitler!» les disparó varias veces a ambos. Se acercó a la celda de Théo, metió la llave en la cerradura y la abrió. Después hizo lo propio con la de Claire. Les habían separado por orden de Fleedermaus.

—Vamos —susurró con su voz afónica—. Deprisa, seguidme.

Théo y Claire, sorprendidos, se miraron el uno al otro. Claire se estaba recuperando, pero Théo había sufrido más golpes y tenía un aspecto lamentable. Miró a Vincent con desconfianza.

—No hay tiempo para explicaciones, esto no es una trampa —insistió Vincent—. Si seguís aquí, os matarán a golpes, ¡vamos, joder!

Théo y Claire salieron de la celda. Al ver a Théo, Claire se tapó la boca asustada. Apenas podía caminar y tenía el rostro deformado por los golpes.

—Apóyate —le dijo Claire, y le ofreció su brazo.

Vincent los guio hacia el final del pasillo y miró hacia atrás. Sacó el manojo de llaves y abrió una puerta negra, para descender por unas escaleras de piedra.

—Seguidme —los condujo hacia un sótano húmedo y abrió una enorme puerta metalizada, parecida a la de un búnker—. Seguid por el camino recto, torced a la derecha y después hacia arriba por las escaleras de hierro. Encontrareis la compuerta abierta al final. Una vez en la explanada, coged mi coche —dijo, entregándole a Théo unas llaves y una pistola—. Desde allí podréis huir.

—¿Por qué haces esto? —preguntó Claire.

—¡Vamos, maldita sea, daos prisa o tendré que cerrar la compuerta!

Théo miró a su amigo con lágrimas en los ojos y una mezcla de tristeza, rabia y gratitud. Vincent desvió la mirada. Cerró la compuerta y la puerta del sótano. Subió las escaleras, recorrió el pasillo, pasó por encima de los cuerpos de sus compañeros y entró en los lavabos. Cerró la puerta, se apoyó de espaldas sobre ella y tosió hasta que sintió que se le salían los pulmones por la boca. Tenía sangre en la chaqueta militar. Se miró al espejo. Mientras escuchaba los primeros gritos alemanes de sus compañeros, que acababan de descubrir los cadáveres, cogió su pistola y se pegó un tiro en la sien.

* * *

Beuvron-en-Auge, Normandía

Marguerite pagó al taxista y subió la cuesta hacia la casita que, con un tejado tipo *cottage*, reinaba en medio de un prado verde,

rodeada por una primorosa verja blanca. Con el último dinero que le quedaba de Cesare había pagado los billetes de ida y vuelta a Normandía, donde Cillian O'Reilly pasaba las primaveras. Así constaba en la información que le había dado Evola. La afinidad del irlandés con el Partido Nazi hacía que la ocupación no le molestara. Debía hablar con él antes de que volviera a Glenarm, Belfast, donde trabajaba como diplomático. El corazón le latía tan fuerte que parecía que se le iba a salir del pecho. Por fin iba a conocer a su padre. Jack le habría dicho que se olvidara de ese filonazi que la había despreciado desde que nació, pero Jack ya no estaba y ella se sentía sola, desesperadamente sola y muerta por dentro. Por supuesto, a la policía le daba igual quién hubiera apretado el gatillo aquella noche, no podían nada contra la Gestapo. «Reyerta callejera a la puerta de un club de *jazz*», lo habían llamado en los periódicos. Nadie sabía la verdad, ni les importaba, y menos si era cosa de unos nazis borrachos que se escondían en la oscuridad de la noche para asesinar a negros.

Estrechó en su mano la nota que había preparado para su padre. Una vez frente a la verja de la casa tomó aire. A diferencia de lo que ocurría en París, en Normandía hacía demasiado calor. El cielo tenía el color de la ceniza. Comprobó que la verja estaba abierta y entró despacio. Una mujer robusta que limpiaba un jarrón abrió la puerta y la miró con desconfianza.

—Hola. Disculpe… Discúlpeme… Vengo aquí buscando al señor O'Reilly. Cillian O'Reilly —preguntó Marguerite, nerviosa.

La mujer, extrañada, volvió a entrar en la casa. A lo lejos vio a unos niños que jugaban con el perro. Eran pelirrojos. Se imaginó creciendo en ese monte de verdor celestial, jugando con los animales. Trató de fijarse en las caras de los niños para comprobar si existía algún parecido. ¿Podrían ser sus hermanos?, ¿quizá sus sobrinos?

—Buenos días —saludó fríamente Cillian O'Reilly, instalándose en el umbral de la puerta, con autoridad. Era robusto, pelirrojo, tenía el cabello rizado, como ella, aunque ya estaba medio calvo, y no tenía

pecas. Iba vestido como un granjero, con tirantes y un sencillo pantalón, pero en su ropa y en la piel de las botas se percibía el aliento innegable del dinero.

—¿Es usted… usted es… Cillian O'Reilly?

Temblando, Marguerite se acercó a las escaleras del porche y le tendió la nota a aquel hombre que la miraba con el ceño fruncido. Conforme avanzaba en la lectura, sus labios se cerraban en una línea torcida y desagradable y sus mejillas se enrojecían.

—¿Cómo me has encontrado? —espetó él, secamente, mientras doblaba el papel.

—Fue gracias a un… un amigo mío…, pero soy discreta. Nadie más sabe esto, se lo prometo. Estoy… estoy sola, y… ¡no quiero pedirle dinero! Solo quería conocerle…

—No tengo nada que ver contigo ni con esa Hildegart Lacroze —dijo él, señalando la nota, con la frialdad de un médico que despacha a un paciente pesado.

Dentro, se oían ruidos de pasos. A buen seguro, su mujer estaba escuchando.

—Señor, yo solo quiero conocerle mejor…

—¿Conocerme mejor? —dijo él, sonriendo de forma burlona.

—Sí… Quiero… Me gustaría hacerle tantas preguntas, si usted quiere, si lo tiene a bien…

—Qué cosas dices, muchacha, anda, vuelve a tu casa.

—Señor, por caridad… Yo ya no tengo a nadie. Me ha costado mucho venir hasta aquí. ¿No podría hablar con usted un momento?

El hombre hizo trizas la nota que Marguerite le había dado y los arrojó al suelo.

—Lárgate, estoy muy ocupado —dijo, y le dio la espalda.

—¿No estuvo usted enamorado de mi madre? ¿Nunca?

Él se volvió y la miró con el gesto arrugado de quien mira a un loco de atar.

—Oye, chica, tú no estás bien de la cabeza —dijo.

—Espere, por favor, ¡padre!

Con el rostro encendido, el irlandés se giró hacia ella y bajó las

escaleras del porche, pisando los pedazos de la nota que caían por las escaleras.

—No vuelvas a llamarme así —dijo, agarrándola del brazo, mientras miraba a su alrededor—. Vete de aquí o llamaré a la policía. ¿Has entendido?

Marguerite se soltó y retrocedió.

—¡No me iré! —gritó de pronto—. Quiero… ¡solo quiero cinco minutos!

Los niños, que jugaban con alegre indiferencia al otro lado del prado, comenzaron a mirarles. O'Reilly enrojeció aún más, se acercó a Marguerite y, mirando a su alrededor, la llevó hasta la verja y la empujó fuera de la propiedad.

—¡Lárgate de aquí, sucia pecosa, y no molestes más! —gritó, cerrando la verja con cerrojo.

Se alejó hacia el porche de la casa, entró y dio un portazo.

—Son besos… besos de estrella —murmuró Marguerite acariciándose los carrillos, los ojos perdidos en el horizonte—. ¡Son besos de estrella! —gritó, agarrándose a la valla y zarandeándola—. ¡Besos de estrella! —repitió, una y otra vez, hasta quedarse sin voz y sin aire.

O'Reilly y su mujer le dedicaron una última mirada de desprecio mezclado con lástima, desde la ventana, antes de cerrar las cortinas.

Marguerite observó la nota hecha trizas en las escaleras del porche. Le ardían el pecho y los ojos, pero ya no le salían las lágrimas. Era como si solo pudiera llorar por dentro. Se alejó de la casa por el mismo sendero por el que había subido.

«Jack… Jack», pensó, «¿por qué no puedo ir contigo… si ya estoy muerta?».

* * *

Munich, sede de la Sociedad Pangermánica para la Metafísica

—Es auténtica, Rudolf —dijo María Orsic con los ojos fijos en el disco que reposaba sobre la pequeña mesa del despacho.

—No tenemos tiempo para más errores, María… Por eso he recurrido a ti. Nos equivocamos con la pieza que estaba en el museo de Heraclión. Esta pieza, aunque la tenían en su poder Bernard y Wilde, es la que consiguió Koch. En fin, ya no me fío de nadie —dijo Hess levantándose del sofá y pasándose las manos por el pelo.

—Es la reliquia. Y es el momento. Pero debemos tomar las precauciones necesarias e ir al lugar indicado.

Hess miró a María Orsic, que asentía despacio mientras se acariciaba los largos cabellos colocados hacia un lado, sin dejar de mirar el disco. Parecía una ninfa extrañamente instalada en un viejo sofá de fieltro, en aquella habitación pequeña que hacía las veces de despacho improvisado para la mayoría de los miembros de Vril.

—Me asusta la fuerza que percibo, Rudolf. Un gran poder. Un poder que no es de este mundo. Esto va más allá de los mensajes sumerios de Aldebarán. No deberías arriesgarte a activarla, así como así, y sin la gente adecuada. Quizá no todos los hermanos de AvGull estén preparados.

—¿Quiénes crees que lo están?

—¿Y Lucius Fleedermaus? Tiene muchos amigos y grandes contactos, su forma de ascender ha sido sorprendente, y encontró a los portadores del disco. Quizá podría unirse a nosotros.

Hess no quiso hablarle de las últimas noticias que había tenido sobre Lucius. Que Cesare hubiera errado, adrede o no, no le importaba, pero las pruebas que le había conseguido Riemann acerca de la traición de Lucius, sí. Debía guardar silencio. Hasta Haushofer estaba seducido por Lucius.

—Lo pensaré —se limitó a responder.

—He consultado a los astros y el ritual ha de ser en Boleskine —

sentenció Orsic, mirando fijamente a Hess—. Haremos una prueba en el lugar convenido. Para ello, lo mejor es que nos acompañe Aleister. Conoce bien la zona.

—¿Crowley? No confío del todo en él.

—Conoce el terreno. Llama, también, a alguien de tu confianza. Tenéis gente en Escocia. Hamilton, por ejemplo. Sería el idóneo. Está iniciado.

—El duque de Hamilton…

—No se lo digas a nadie más. Sé cuidadoso, sé discreto.

—De acuerdo. Gracias María —dijo Hess. Guardó el disco en su maletín, se arrodilló ante ella y le besó la mano. María Orsic le acarició la cabeza, sonrió y, mientras lo veía salir rápidamente por la puerta, se mesó el cabello.

—Todo deberá cumplirse, Rudolf —susurró.

* * *

Subsuelo de París

Ginebra despertó en una habitación blanca, con un gotero de suero en vena. Se preguntó si habría muerto. Por unos instantes temió estar en un hospital, en manos de Lucius. Se removió, horrorizada, y entonces vio a Claire.

—Ginebra, ¿estás bien?

—¡Dios mío, Claire! —gritó ella como si contemplara una aparición. Sintió tanto alivio que lloró y gritó de emoción, mientras su amiga la abrazaba.

—Aún estás débil. Tienes que recuperarte. No te preocupes, estás a salvo.

—¿Cómo? ¿Cómo lo has logrado? —balbuceó Ginebra.

—John tenía agentes infiltrados. Actuaron a tiempo con Lucius. Y, por suerte, ese Siena decidió entrar en razón en el último momento…

—¿Y Lucius? —musitó Ginebra.

—Ese monstruo está durmiendo la mona en el cuartel de la Gestapo. Lo que le dieron es fuerte, no despertará hasta dentro de unas horas y no quedaran pruebas. Casi te mata, Ginebra, te quedaste sin oxígeno varios minutos. Y los interrogatorios… ¡Fue horrible! —dijo Claire enseñándole la mano vendada.

—Oh, Dios mío, ¡Dios mío, Claire! —dijo Ginebra, llorando—. No sé cómo podré pagarte todo lo que estás haciendo por mí.

—Ginebra, tú eres mi hermana, me has salvado en muchas ocasiones. Yo no te estoy devolviendo nada, te quiero y ya está.

—Claire, eres increíble.

—Has de saber que Théo no dijo nada comprometido. Le dejaron inconsciente. Si estuviéramos allí ahora mismo, ya le habrían matado a palizas. Por cierto, ese hijo de puta nos contó que tú habías pactado con él y que ya estabas libre. A Théo le dijo que estabais casados.

—Nos mintió a todos. Me dijo lo mismo. Y, también, que Théo estaba casado.

—Gin, cuando investigué vuestro caso me empleé a fondo en ese Théo Bernard, en saber quién diablos era. Ten en cuenta que Siena y él eran mis únicas pistas. No está casado. Solo encontré información sobre sus padres, fallecidos, y una hermana. Dubois es su nombre de casada.

—Noelle Dubois…

—Sí, se casó en Saint Sulpice, hace años.

—Eran fotos con su hermana. ¡Maldito hijo de puta! —dijo Ginebra.

—Théo es buen tipo, Gin. De esos que ya no se ven. Estaba destrozado por fuera y por dentro y sacaba fuerzas para ayudarme a mí. Oye, en algún momento debo contarte lo que averigüé sobre Renaud y los otros científicos. Ahora hay que centrarse en salir de

aquí. Escucha, John ha logrado el salvoconducto más efectivo de todos los tiempos. Saldremos de Francia. Es arriesgado, pero es el único camino. He movido contactos en la Resistencia para facilitar las cosas. Urik, que se está encargando de refugiar a Théo; él me curó la mano. Es un tipo estupendo y va a hacer lo que pueda con ese grupo, Polus. En cuanto sea seguro el traslado, vendrán a buscarnos y saldremos de Francia.

—¿Dónde estamos? —dijo Ginebra, mirando a su alrededor.

—En un viejo centro de operaciones militares que ahora pertenece a la Resistencia. Vendrán a por nosotras en unas horas, si todo sale bien… Iré al otro compartimento. Los hombres de John van a acceder por esa parte. Volveré enseguida.

Ginebra le dio un abrazo a su amiga, aguantando las lágrimas.

Rápidamente Claire subió las escaleras. Una pequeña compuerta que estaba en el techo se abrió y Claire la saludó antes de irse. Ella también aguantaba el llanto. Cuando la puerta se cerró, Ginebra sintió que algo dentro de su pecho se quebraba, indicándole que las cosas no iban a ir bien.

Pensó en Théo. «Théo, volveremos a la Atlántida, te lo prometo. Cuando la guerra termine…».

Un leve ruido llegó desde el otro extremo de la habitación. Las paredes estaban vacías y algo descascarilladas. El fluorescente comenzó a parpadear.

—¿Hay alguien ahí? —dijo sin dejar de mirar la compuerta en el techo.

El silencio era sepulcral. Pensó en lo que le había dicho Théo una vez: «Esperar es bueno cuando lo que se espera es bueno. Eso dijo Confucio. No era Zeus, pero también hay que hacerle caso». Se rio, recordando ese día en Ierápetra.

Un crujido se oyó en el techo y la compuerta se abrió con un fuerte golpe. Un oficial con el uniforme nazi descendió por las escaleras.

Ginebra dio por hecho que Lucius la había encontrado, pero las imágenes que veía en su mente le decían otra cosa. El nazi la

apuntó con el rifle y Ginebra levantó las manos. Tras él descendió, lentamente, otro hombre que llevaba una túnica blanca. No llevaba zapatos, sino algo parecido a unas sandalias con correas de papiro. Sobre la túnica llevaba una capa con símbolos rojizos, negros y blancos. Cuando Ginebra pudo ver su rostro se le congeló la respiración. Era el hombre que aparecía en las imágenes que vio en Festos, en el laboratorio de la casa de piedra, haciendo el ritual en San Víctor… el hombre de la túnica. Sonreía de forma sibilina. Con un gesto suave, ordenó al nazi que bajara el arma. Avanzó despacio, hasta situarse a dos metros escasos de Ginebra y la miró a los ojos.

—Por fin nos conocemos, señorita Wilde —le dijo.

Su voz le pareció a Ginebra imposible de clasificar: era masculina y femenina al mismo tiempo y, a la vez, tenía diversos matices, como si hubiera varias voces en una.

—¿Quién es usted? —le preguntó.

—La cuestión es, Ginebra, que usted ya lo sabe —respondió el hombre de la túnica. Sonrió despacio. Otro hombre, este vestido con un abrigo largo gris descendió por las escaleras.

—¿Qué han hecho con Claire? —Oh, no se preocupe, ella no nos interesa. Ginebra, usted ha sido la única persona capaz de establecer contacto. Usted nos ha «visto». Nadie más lo ha logrado por el momento. Nadie. No sin acceder a uno de los vórtices o al preparado de obsidiana. Eso quiere decir que supo activar el disco. ¿Cómo lo ha hecho?

—¿Y ustedes cómo han llegado hasta aquí?

—Ginebra, nosotros ya estábamos aquí. Estamos en todas partes —dijo poniendo una mano sobre el hombro del nazi.

—Si son tan poderosos, ¿por qué no terminan ya conmigo y con todo esto?

—La sombra, como la luz, solo puede actuar a través de las personas. Datark es poderoso a través de los que están con «nos». Con el tiempo hemos alcanzado un mayor poder, penetramos en todas las estructuras, nos movemos en las más altas esferas, ahora sí estamos preparados.

—Preparados… ¿para qué?

—Para la encarnación definitiva de Enlil en Datark, la apertura del pasaje, el cierre del círculo. Todos los vórtices están conectados y ahora somos muchos. Cada vez más. Así lo querían mis amos.

El hombre de la túnica la miró a los ojos. En ellos, Ginebra pudo ver múltiples miradas; una de ellas era la de la bestia, los ojos con pupila de serpiente, infectados de terror y rabia.

—No te tengo miedo —dijo ella—. Te he mirado a los ojos muchas veces. Ya no tengo miedo.

—Cuando alguien contempla el abismo, el abismo también puede contemplar su interior —dijo el hombre de la túnica—. La luz es fuerte en ti —añadió, contrayendo el labio superior hacia arriba, como lo haría una fiera que contiene su rabia—. Tanto que has interferido en nuestros planes. Pero pronto serás doblegada. Ya sea convertida o sacrificada, esa fuerza jugará a nuestro favor, serás parte de nosotros —añadió sonriendo.

—No sois más que una maldita plaga de langostas.

El hombre de la túnica chasqueó la lengua y sonrió.

—Sois muy pocos, Ginebra. Tarde o temprano no quedará nadie. Tal vez te parezca que debes permanecer despierta, pero, en realidad, estás sufriendo innecesariamente. ¿De qué sirve? Todo vuestro sufrimiento, toda esta lucha, la sensación de soledad… ¿Para qué? La conciencia y su estúpida importancia, ¿te ha proporcionado algo más que dolor? —dijo, mientras el hombre vestido de negro extraía algo de su bolsillo.

—Prefiero que me matéis.

—Ginebra, deja de luchar. Deja de pensar. Deja de sufrir. Todos vendrán con nosotros. Lo que hacemos es por tu bien. Y, por tu bien, estarás mejor dormida. Vivirás mejor cuando dejes de ver.

—¡No! —gritó Ginebra.

Se arrancó del brazo la vía del gotero y retrocedió. El nazi la golpeó con el arma, haciéndola caer al suelo, junto a la camilla, y el hombre de gris le clavó una jeringuilla en la pierna, con la eficaz rapidez de una serpiente. Lo último que vio fue al oficial nazi

apuntándole a la cabeza, y la sonrisa del hombre de la túnica.

—Duerme, Ginebra —le dijo.

* * *

París, Rue Lauriston

En la oscuridad del *pub* que frecuentaba cuando quería alejarse un poco de su despacho, Lucius se trituraba, con los dientes, unos dedos sanguinolentos. Ya no le quedaban uñas que roer, se estaba comiendo la carne. Si le vieran sus oficiales se reirían de él, y eso le hacía estremecerse. Se metió las manos en los bolsillos y respiró hasta serenarse. No sabía lo que había sucedido y eso le desgarraba por dentro. ¿Cómo era posible que, una vez más, esa zorra judía se hubiera desvanecido, junto con ese sucio Bernard? Todavía podía saborear los besos, la sensación de poder sobre sus labios. Le habría destrozado esa cara bonita de no haber sido por…

¿Quién le habría traicionado? Primero, alguien se las había arreglado para sacarle de su despacho, alertando a Himmler sobre la filtración de unos documentos comprometidos para el Partido Nazi. Documentos que habían salido del maletín que ese tal Siena había robado a Derek Koch. Una vez en el otro despacho, la conferencia telefónica con Himmler había sido breve. Le habían traído el café que siempre tomaba a esa hora. Un solo sorbo había sido suficiente para que, minutos más tarde, cayera redondo. Ni siquiera se había fijado en cuál de los subordinados le había ofrecido el café mientras hablaba. La droga suministrada no aparecía en los análisis y, aunque todo apuntaba a ese Vincent Siena que se había suicidado después de traicionarles, poco a poco, estaba purgando a todos los cargos de la Gestapo. Era necesaria una limpieza completa, y más contando

con el peligro de Bömelburg. No era un rival para él, pero podía llegar a serlo en breve. Quizás él estaba detrás de todo. No creía que Gilbert y Bernard hubieran llegado muy lejos, heridos como estaban. A menos que ese tal John Waxley…

De un manotazo tiró la jarra de cerveza al suelo y volvió a morderse las uñas. ¡Claro, Waxley! ¿Cómo habría colado a sus infiltrados en la Gestapo? Por suerte, los hechos no habían trascendido, y Hess estaba demasiado ocupado jugando con su reliquia como para centrarse en lo que ocurría en la Gestapo.

El camarero, presto, se agachó a limpiar los pedazos de la jarra, tratando de no molestarle. En ese momento irrumpieron en el local una mujer y unos niños. Los niños tenían sucias las manos y las piernas y los pantalones rotos, aunque por su complexión física y sus rasgos finos parecía que habían vivido tiempos mejores. La madre y la hija llevaban pañuelos viejos en la cabeza y vestidos de la beneficencia. El hijo mayor tendría unos catorce años y los otros no pasarían de seis. La madre, llorando, corrió hacia su mesa y se postró de rodillas ante él.

—Señor, señor Fleedermaus, por favor, yo soy alemana y no soy judía. Por favor, ayer deportaron a mi marido, se lo llevaron a un campo de concentración y él está muy enfermo, no aguantará. Estos niños se han quedado solos. Por favor, señor, estamos en la miseria, haré lo que usted quiera, enciérreme a mí, pero no se lleve a mi marido, deje que pueda morir en su casa, con dignidad. Hágalo por estos niños, que están solos. Por favor señor, si tiene algo de piedad.

Lucius se encendió un pitillo, al mismo tiempo que sacaba de su bolsillo la pistola. Como quien se toma un trago de cerveza, disparó al hijo mayor a la cabeza derribándolo al instante. Mientras la mujer gritaba y se echaba encima del cuerpo, disparó a la niña a la rodilla, y al niño más pequeño a la entrepierna. Los gritos de los niños inundaron el local mientras el camarero se refugiaba tras la barra y dos clientes se metían debajo de la mesa.

—Ahora ya no es su marido el único enfermo —escupió Lucius con total indiferencia, sin quitarse el cigarro de entre los dientes—.

Así aprenderás a no molestar al jefe de la Gestapo.

La mujer gritaba y abrazaba a sus hijos pidiendo un médico, ante la perplejidad del camarero, que permanecía aterrado tras la barra. Dos oficiales de la Gestapo se acercaron corriendo y, obedeciendo a un leve gesto de Lucius, detuvieron a la mujer, la arrojaron a la acera junto con los dos niños heridos y recogieron el cadáver del adolescente. Mientras el camarero limpiaba la sangre, con el rostro lívido, Lucius apuró la cerveza que le había repuesto, dejó caer sobre la mesa unas monedas y salió del local.

Más tarde, instalado en la gigantesca mesa de su despacho, Lucius firmó y selló de forma mecánica una hilera casi interminable de documentos.

—Listo, Pammie, aquí van las deportaciones —dijo, entregándole el pesado lote a su secretaria—. Ese Schultz es un advenedizo soplapollas. Si fuera por él, Francia aún estaría llena de sucios judíos. En Gurs y Les Milles todavía caben muchos más y Schultz lo sabe. Si dice que son demasiados, dile que son mis órdenes y que no hay discusión sobre esto.

Pamela bajó la cabeza, asintió y se retiró.

Lucius se dedicó a rellenar los datos de diversos formularios. Todo lo que sucedía en París pasaba antes por su mesa de trabajo. En pocos días tendría una reunión con Himmler y con el *Führer* en persona.

En el jardín, Müller realizaba las labores de mantenimiento. Su expresión ya no resultaba tan soberbia como al principio y había adelgazado mucho. Sonrió, mientras observaba cada uno de sus movimientos.

Se dirigió al despacho de Pamela.

La secretaria tenía la mirada fija en su máquina de escribir, los ojos rojos, las manos se movían mecánicamente sobre el teclado. Lucius la agarró del cuello.

—Recuerda, Pammie que hoy también te quedas aquí toda la noche. Aún estás pagando tu traición.

Pamela comenzó a llorar. Lucius la alzó de la silla y la arrojó

contra la mesa. El cabello teñido de rubio ondeó en el aire solo unos segundos antes de que la cabeza de la secretaria golpeara la pared con fuerza. Gimió de dolor.

—¡Deja de llorar! —gritó Lucius.

La agarró de la cintura, le subió la falda, desgarrando la tela, y se desabrochó la bragueta.

—No, por favor, otra vez no, señor, por favor, me duele mucho, no…

—¡He dicho que te calles! —gritó, metiéndole la pistola en la boca. Se quitó el cinturón y enrolló la parte superior en la mano.

Mientras Pamela aguantaba las arcadas y trataba de respirar, Lucius le arrancó la ropa interior, le sacó la pistola de la boca y se la pegó a la sien, la puso boca abajo sobre la máquina de escribir y la violó con tal brutalidad que ella ahogó un quejido y se quedó paralizada como un maniquí. No la veía a ella, estaba viendo a Ginebra, abandonada a su poder. La rabia y la excitación eran una misma cosa; trepaban por sus ingles, por el vientre, subían hasta la cabeza. Un dolor martilleante le oprimía el cerebro. Müller ocupó el lugar de Ginebra y la excitación fue mucho mayor. Le dio un correazo en el muslo a Pamela.

—Como digas una palabra de esto les contaré a todos la clase de chica que eres. ¿Quieres que sepan que eres una zorrita? ¿Quién te dará trabajo, zorrita? —le dijo al oído, y, con el cinturón, la golpeó hasta hacerle sangre—. Eso es lo que eres, todas vosotras lo sois. ¡Ni un solo grito!

Pamela ya no hablaba, permanecía con la boca abierta en un rictus de histeria. Lucius sonrió, pleno de excitación; la sentía como un pobre pajarillo perdido, soportando las embestidas del tigre. Tal como le gustaría tener a Müller. Las lágrimas brotaron de los ojos abiertos y fijos de la secretaria, sin que, de su boca, saliera un solo ruido.

Alguien llamó a la puerta del despacho principal y, en ese momento, Lucius le tapó la boca y le presionó la cabeza con la pistola.

—Ni una puta palabra.

Se cerró la bragueta, se alisó la camisa y salió del despacho de su secretaria peinándose con las manos. Sonriendo con seguridad, abrió la puerta del despacho principal.

—¡*Heil* Hitler! —saludó con gesto severo.

—¡*Heil* Hitler! *Herr* Fleedermaus, le traigo un mensaje de Rudolf Hess —le dijo Schmidt. Lucius asintió, extrañado, al tiempo que leía el telegrama.

En el pequeño despacho de taquigrafía, tumbada boca abajo sobre la máquina de escribir, desnuda de cintura para abajo, Pamela seguía paralizada. La sangre corría por sus muslos helados. Como en un acceso de vómito, llegaron los primeros sollozos e irrumpió en un llanto imparable que salía a borbotones. Se tapó la boca con las manos hasta que ahogó los sollozos, se secó las lágrimas con su pañuelo y comenzó a ponerse la falda.

Capítulo 27
Amar, soñar, pensar

París, Neuilly

—Escuchad, tenemos que ir a Escocia —dijo Urik, tras leer el telegrama de Claire, mirando alternativamente a Bergier y a Théo, que revisaban documentos a ambos lados de la mesa del salón—. Lo que se está cociendo es de unas proporciones mayores de lo que pensábamos. He estado haciendo mis pesquisas. Los Stver, como ya sabemos, no son una leyenda. Y parece que ese mago esperpéntico, Crowley, tiene algo que ver con ellos. Y también con Rudolf Hess. Bergier y yo hicimos muchos adelantos mientras estabais fuera de combate, pasándolo bien en otra dimensión. Hess tiene el disco. Él y Haushofer parecen estar desesperados por hallar el vórtice. No quieren que el Reich lo sepa. Lucius no está dentro y la cúpula tampoco. Hace unos días Crowley apareció en Boleskine. Ha vuelto allí. Y no está solo. Unos cuantos peces gordos se han trasladado a Escocia en las últimas semanas. Se están preparando.

—La cuestión es para qué exactamente —cuestionó Bergier, frotándose los ojos. Llevaba días revisando los papeles del maletín que Siena le había dado a Théo, e investigando, y estaba exhausto.

—Esa casa de ventanas ojivales que veía Ginebra tiene que ver

con eso, ¿verdad? —preguntó Théo.

Desde el brutal interrogatorio en la Gestapo, tenía un brazo vendado y llevaba un collarín. Pero nada de eso le importaba. Se habían llevado a Ginebra, estaría de nuevo en manos de Lucius, y eso le estaba matando por dentro. Quizás ese psicópata ya la hubiera asesinado.

—Esa casa está en Boleskine, Inverness. Ian tiene hombres allí y le han informado muy bien.

—¿Y por qué tenemos que ir allí? Es la boca del lobo… —protestó Théo.

—Porque los Stver tienen a Ginebra —respondió Urik.

—¿Cómo?

—Lo que oyes, Théo. Fueron ellos quienes se la llevaron y no los nazis. Claire Gilbert acaba de comunicármelo por telegrama. Y, si mis cábalas no fallan… se proponen sacrificarla… En el *Ars Goetia* estaba claro, hace falta un sacrificio de luz a la oscuridad; es la perversión suprema, doblegar el bien.

—¡Maldita sea! —exclamó Théo. Se puso de pie y le dio una patada a la silla.

—Tendremos que llevar los refuerzos que podamos, alguien de confianza de la Polus, alguien por parte de la Resistencia, y alguien por parte de ese tal Waxley. Théo, debéis activar el disco, es la única salvación. Para Ginebra y para el mundo.

—¿Qué más da el disco, Urik? ¡Tenemos que llevarnos de allí a Ginebra cuanto antes! —replicó Théo.

—No lograréis escapar de Boleskine, por mucha ayuda que logremos conseguir, si no es activando el disco. Y no podemos dejar que se lo queden ellos y lo utilicen.

—¿Y qué importa si lo utilizan?

—Théo —dijo Urik acercándose a él—, si ellos abren la puerta, será incluso peor que si lo hubieran hecho los nazis. ¿Es que no lo comprendes?

—No lo comprendo, Urik. ¡No sé qué diablos podemos hacer! Ginebra decía que todo estaba conectado, los Stver, los nazis… Yo

creo que no hay nada que podamos hacer. En cuanto Ginebra esté bien, lo único que quiero hacer es intentar volver con ella a…

—Volver, volver…, siempre repites eso, y eso es imposible, ¡Théo, casi perdéis la vida en ese extraño viaje! —protestó Urik.

—Urik, este mundo apesta. ¡No hay nada que salvar! —maldijo Théo.

Bergier, que revisaba los papeles, sentado al otro lado de la mesa, miró a Urik arqueando una ceja.

—No le falta razón.

—Eso es lo que quieren que penséis. Quieren que todos claudiquemos —dijo Urik, mirándolos a los dos, alternativamente, con un brillo en los ojos que Théo nunca había visto antes, y que mezclaba la rabia con el entusiasmo—. Todo aquello que somos, todo eso por lo que hemos luchado durante siglos…, la verdadera evolución del ser humano… No es la industria, no es la tecnología, ¡no son los cacharros de los que disponemos! La verdadera evolución está en la conciencia, en el libre albedrío, en la crítica, en la consideración del otro no como rival o como animal, ni como parte de un juego en el que alguien gana o pierde, ¡sino como persona!, ¡en la capacidad de pensar por nosotros mismos! Sin extorsiones, sin estrategias, sin la ley del más fuerte, sin grupos de poder, ¡sin nada que doblegue nuestra verdad y nuestra libertad! Solo individuos. Seres humanos únicos que se conocen y dialogan y no se utilizan. Amar, soñar, pensar, ¡eso es lo que nos distingue! Hay que gritar que el individuo no ha muerto, que se niega a morir en silencio mientras la gran nada avanza y crece. ¡Hay que gritar que queremos poder ser! Ellos no tienen ningún valor, su poder reside en ser numerosos. Si ellos abren la puerta, todo quedará reducido a un mismo funcionamiento, seremos lo mismo. Estaremos todos muertos. Y ya nadie se planteará que pudo haber otra realidad posible. ¡Ya nadie concebirá que hubo un tiempo en el que pudimos elegir, en el que no estábamos condicionados por una mafia interminable! Si el individuo es erradicado, para dar paso a una masa informe, esa será la verdadera llegada de la bestia. Será el peor de los finales para el

ser humano, el verdadero fin del mundo. ¡Porque lo aceptaremos de buen grado como parte del continuo! Nadie aspirará a ser algo más que un tornillo de una máquina oscura que trabajará solo en beneficio de unos amos. Seremos esclavos. Y no habrá rebelión posible. Nos parecerá bien, porque seremos ellos. ¿Es que queréis ser esclavos? —gritó Urik—. ¡¿Queréis renunciar a vuestro verdadero nombre?! ¡¿Queréis ser sombras?!

Théo se dio cuenta de que se le había escapado una lágrima. Jamás había escuchado a Urik hablar así. Siempre le había parecido una persona más bien cínica y nihilista que prefería dejar que el mundo se hundiese en su propia mierda. Y, de pronto, parecía un incendio. Era un hombre que soñaba y sufría por cada partícula de esos sueños que se estrellaban irremediablemente contra la realidad del mundo.

—Cuenta conmigo, Urik —añadió Théo.

Jacques Bergier se puso en pie y cruzó una mirada conmovida con Urik.

—Haré lo necesario para que nos trasladen a Escocia. Si vosotros os jugáis la vida, yo me la juego con vosotros. Estamos juntos en esto.

—Théo, una vez allí, cuando encontremos a Ginebra, quiero que seáis conscientes de que solo vosotros podréis recuperar el disco y activarlo. Solo a vosotros os responderá. Debes estar preparado —recordó Urik.

—Creo que, en realidad, lo estoy… desde que volví de Atlantis —afirmó Théo.

* * *

París, Mazarine

Cuando Marguerite oyó los ruidos en la puerta no se movió de la cama. Deseó estar ya al otro lado, y que esos ruidos fueran los de ese Caronte del que le hablaban, encargado de llevarla a través de la laguna Estigia.

—¡Despierta, por favor! ¡Marguerite! ¿Cuánta mierda de esa te has fumado?

Al sentir la fuerte bofetada de Emmeline, Marguerite abrió los ojos. Lamentó haberle dado una copia de las llaves a su vecina.

—Venga, Margie, venga. No te duermas, eh, no se te ocurra. Voy a prepararte algo que te espabile. Acabarás vomitando, pero es necesario.

Rápidamente, Emmeline Bailey se quitó el impermeable y las botas, mojó en agua fría unas bandas de tela y unas toallas y se las puso a Marguerite en la frente y en las piernas. Calentó agua en la pequeña cocina desordenada y le echó unos cuantos ingredientes que encontró en los cajones.

Poco a poco, Marguerite abrió los ojos. Sentía pinchazos en la nuca. Tenía frío, millones de hormigas recorrían sus venas y volvía a sentir el tacto de las sábanas bajo su cuerpo.

—¡Anda, venga, arriba! Toma un trago de esto —dijo Josephine acercándole a la boca una taza de té que parecía contener algo más.

—Déjame que me vaya, Emmeline…

—¡Marguerite Lacroze, no quiero ni una sola tontería más! ¡Bebe!

Marguerite bebió unos sorbos. El sabor picante de la infusión le atravesó la garganta.

—Receta especial de la vieja Em, ya verás cómo te espabila —le aseguró. Llenó un cubo de agua fría en la cocina, volvió al cuarto y, sin vacilar, se lo echó encima a Marguerite, que se puso inmediatamente a temblar, pero no gritó—. Vamos, no te duermas —insistió, incorporando a Marguerite hasta sentarla sobre la cama, y quitándole el pelo mojado de la cara—. Marge, tú has nacido muchas veces, y volverás a hacerlo, vas a volver a nacer hoy. Oye,

tengo una propuesta preciosa para ti, ¿no quieres oírla?

Marguerite intentaba dejarse caer de nuevo sobre la almohada.

—Eh, eh, mantente sentada —pidió Emmeline, agarrándola por la cintura y los hombros—. ¿Y si te digo que es algo que le hubiera entusiasmado a Jack? Entonces, ¿querrás que te lo cuente? Oye, a él no le gustaría verte así. Él decía que eras muy fuerte. Sabía que lo eras. Lo sabía mejor que tú. Y precisamente, eso de lo que quiero hablarte, se llama «la Resistencia». ¿Te suena?

—Jack…

—Es un grupo de gente muy simpática, trabajan por núcleos y yo estoy en uno de ellos…

—¡Jack! Quiero a Jack. Quiero irme con él.

—Marge, escúchame bien, a mí me han dado muchas palizas en mi vida. Por ser negra, por ser pobre, por ser bisexual, por ser mujer. ¿Sabes cuántas veces he tenido que luchar y volver a levantarme? Pero aquí estoy, resistiendo. Conseguí ser cantante, trato de seguir navegando porque creo que hay un gran sol más allá, un sol brillante que nos dará calor y que está dentro de nosotros, yo decido creerlo. Jack también lo hacía, creía en ti y en tu fuerza, creía en el amor. Su sueño le hizo sentirse vivo. En su música, estaba por todas partes. Ese sueño de belleza…

—¿Y para qué le sirvió?

—Cariño, le sirvió para que el mundo tuviera sentido. Las personas que tienen luz nos dan, a los demás, un poco de eso. Hacen que nos acordemos de nuestra propia luz, de quiénes éramos. Te hacen ver tu propia belleza. Y esa es la verdad, ¿sabes? No es lo que te han hecho creer desde el odio. El odio solo hace víctimas ciegas. Pero tú ya no puedes confundirte con ellos, tú ya has nacido a la luz. Por favor, no olvides eso —le dijo, y la miró a los ojos—. Escucha, Jack no te veía mejor de lo que eras: veía lo que realmente eras, solo que se te había olvidado. Y, oye, nosotros tenemos que ayudarnos a recordar, unos a otros, pero este maldito mundo nos borra la memoria; si te descuidas, te retuerce como a una tuerca.

Marguerite miró a su amiga unos instantes, pensativa. Emmeline

la ayudó a quitarse el vestido mojado y a vestirse.

—Eso que me has dado… —musitó Marguerite.

—Fuerte, eh… ¿Crees que eres la primera a la que tengo que sacar de una dosis extra? Canto en clubes nocturnos, querida, he visto de todo. Escucha, no vas a seguir aquí ni un minuto más. No sabía que habías vuelto a este apartamento, ¡es peligroso! Ese Fleedermaus podría cogerte en cualquier momento si se entera de que estás viva. Le llaman «el sanguinario». Vendrás a mi casa. Y, si quieres, si te sientes bien, podrás trabajar con nosotras en Bayona —propuso Emmeline, y mientras veía a Marguerite vestirse con dificultad, pensó en lo que esa criatura había sufrido y ahogó el llanto bajo una sonrisa—. Vamos, vístete, mi niña. ¡Hoy volvemos a empezar!

* * *

París, distrito de los Elíseos

—Odette, mi amor, tengo una reunión importante hoy, pero esta noche nos veremos de nuevo —le dijo Lucius a su prometida a la salida del restaurante Maxim's.

—La pedida de mano ha sido un éxito —afirmó ella, coqueteando, con sus ojos azules y su vocecita aguda—. La boda será a lo grande en la finca que tenemos en Chantilly. ¡Todos te admiran!

Lucius se había metido al aristócrata francoalemán Hellweger en el bolsillo, hasta el punto de lograr que le diera la mano de su hija Charlotte antes de su mayoría de edad. Había sido un camino largo y difícil: no resultaba sencillo conseguir la mano de una dama aria, cuyos antepasados habían pertenecido a la nobleza alemana. Pero

finalmente podía añadir ese trofeo a su lista de objetivos conseguidos. Si todo iba bien la dejaría embarazada, incluso antes de la boda, para asegurar la descendencia cuanto antes.

—Bueno, eso es gracias a que estoy contigo. Sé buena y espérame con un delicioso plato caliente alemán esta noche, ¿de acuerdo?

—Lo prepararé yo misma.

—Esa es mi chica.

—Pero, Lucius… El otro día me hiciste daño —se quejó Charlotte en voz baja, haciendo un mohín con los labios.

—Oh, te prometo que tendré más cuidado, mi princesita.

Ella sonrió emocionada y, con una risita empalagosa, se rizó con el dedo el cabello rubio que le asomaba por debajo del sombrero.

Lucius aguantó el asco que sentía hacia ella, le dio un cachete en el trasero y un beso en los labios y, al volverse, no disimuló la expresión de fastidio. Cada vez le resultaba más pesada e insulsa aquella monería francesa que jamás le había excitado. De camino a la sede del Gobierno, donde tenía dos reuniones, con Pétain y con Rolf, pensó en las estrategias que seguiría. Disimuladamente, absorbió un poco de polvo blanco que llevaba en el bolsillo interior del abrigo y aceleró el paso. Cuando vio acercarse a Karl Haushofer, rápidamente compuso la conversación en su cabeza.

—¡*Heil* Hitler, Lucius!

—¡*Heil* Hitler, Karl! Ignoraba que seguías en París.

—Es solo una visita breve. Lucius, quería agradecerte tu generosa donación a la Academia Alemana y a la fundación de mi mujer. Me sorprendió mucho, no pensé que… En fin, ya se lo dije a Rudolf.

—Oh, no te preocupes, Karl, todos somos el Reich.

—Yo ya no sé si gozo de la misma importancia en el Reich que tenía antes, supongo que Hess ya te habrá hablado del tema…

—Rolf dice que tú tienes un corazón de oro. Lo que es importante para mis amigos es importante para mí, y no hay más que hablar —dijo Lucius—. Además, me gusta ser discreto con estas

cuestiones. No suelo presumir.

—Claro que no. Oh, gracias, Lucius, tenían razón los que me dijeron que eras un gran hombre, que, desde luego, no son pocos.

Ufano, Lucius se despidió con un apretón de manos y el saludo nazi. Consideraba a ese fracasado un pobre engreído sin futuro, una planta más que regar, en este caso, para mantener contento a Rolf. Se mordió la carne del dedo pulgar y caminó con desgana hacia el coche que le llevaría a Vichy, en Allier, para planear los siguientes movimientos.

* * *

París, La Muette, jardín de Ranelagh

Mientras se acercaba al coche que le esperaba en la puerta, Cesare era consciente de que se estaba jugando la vida, pero ya no había marcha atrás. Crowley le aguardaba en la casa Boleskine, donde por fin se reuniría, cara a cara, con aquellos que le habían vigilado en la distancia, con los que se habían encargado de hundirle en París, de romper su reputación y su vida. Y ni siquiera podía confiar en Crowley, no sabía si tenía en él a un aliado o a un enemigo. ¿Qué le aguardaba en Boleskine?

Antes de subir al coche le entregó a su mayordomo los paquetes y las cartas que debía enviar en su nombre. Uno de ellos iba dirigido a Hess, y contenía las pocas evidencias que había podido recopilar de la traición de Lucius. Confiaba en que, al menos, hiciera algo de mella. El otro, el más importante, iba destinado a Marguerite Lacroze, a quien su mayordomo se encargaría de localizar. Solo contenía un manuscrito envuelto en una carpeta dorada: una historia de todo lo que había sucedido, de todo lo que sabía en

relación con la historia de la criatura, Lamartine y los Stver. Le había prometido contarle la verdad y eso haría. Sabía que seguramente no regresaría con vida de Boleskine y, al menos, esos datos le serían útiles a ella. También adjuntaba la carta que había tenido guardada en un cajón, desde antes de Le Palace. La carta que nunca le entregó. Su mano tembló al abrir la puerta del coche. ¿Y si fuera a buscar a Marguerite personalmente para darle la carta? ¿Y si le dijera que…? Apartó los pensamientos de su mente. Demasiado tarde. Demasiado poco real. Se sentó en el asiento trasero, dejó su bastón en el suelo y cerró los ojos.

—Al aeropuerto. ¡Rápido! —ordenó.

* * *

Allier, sede del Gobierno de Vichy

Sin disimular su irritación, Lucius se despidió de Pétain con triunfal suficiencia y descendió hacia la sala principal de reuniones. Por alguna razón, Rolf había solicitado que la reunión tuviera lugar allí, y no en la Gestapo. Eso debería darle algunas pistas. No se trataba de algo bueno.

Al entrar en la sala de reuniones, cuando vio a Hess de espaldas a él, sintió un calambre. Enseguida se controló y trató de recordar las estrategias que tenía trazadas. Hess estaba al final de la sala, contemplando un cuadro que alguien había puesto allí, y que parecía representar unas piedras lunares. Avanzó hacia él, preparando su intervención. Sonrió.

—Amigo, Rolf, no has perdido ni un ápice de tu afición a la pintura, sigues estando al tanto de la capacidad de nuestros artistas alemanes que requiere el Reich —dijo con su voz más seductora.

Cuando Rudolf se volvió, Lucius vio dibujada en su cara la expresión de alguien que sabe todo, o prácticamente todo. Permanecía impertérrito, con los ojos inexpresivos clavados en él. Pero no podía disimular algo de sufrimiento, una inevitable perturbación que se abría camino en los pliegues de sus ojeras, en sus sienes, en su frente.

—¿Cuántos años hace que somos amigos, Lucius?

—¿De qué me estás hablando, Rolf?

—¿Cuántos años? ¿Diez? ¿Doce? ¿Veinte?

—¿A dónde quieres llegar?

—¿Sabes? A mí me da igual si son tres años o si son treinta. Yo aprecio a mis amigos. Yo no traiciono su lealtad. Jamás.

—Rolf, estás empezando a preocuparme.

—Reconozco que has sido muy hábil. Francamente hábil, Lucius, como siempre. Has escondido las pruebas, te has asegurado el camino, los contactos… Todo lo has tejido sin que quedara el menor rastro de la puntada. Le aplaudo, Fleedermaus.

—Rolf, ¿qué estás diciendo? ¿Qué es eso de Fleedermaus?

—Lo sé todo, Lucius. Sé lo de Himmler, sé lo que ocurrió con Heydrich, Dussman y Bess, sé lo de los telegramas de Cesare. No ha sido fácil, lo he averiguado todo y ya no puedo confiar en ti. También he tenido ciertas informaciones sobre tu relación con esa judía en Londres, y… bueno, como con todo, hiciste un trabajo impecable para eliminar pruebas, pero algo llegó a mis manos. Hay cosas, aunque sean pequeñas, que escapan a tu control. Solo hay que tirar del hilo.

Lucius dejó de sonreír. Rápidamente, activó el plan que tenía preparado por si se hallaba en esa indeseable situación.

—Rolf, los dos tenemos enemigos que tergiversan la información, tú lo sabes mejor que nadie.

—Esta vez no trates de embaucarme, Lucius. Lo siento mucho, pero nuestra amistad ha terminado. Y habrá consecuencias. Me voy, tengo que coger un vuelo. Ya no hay vuelta atrás para nosotros.

Rudolf Hess escondió las lágrimas que asomaban a sus ojos,

cogió el abrigo y caminó hacia la puerta.

—Oh, siempre hay vuelta atrás. ¿Sabes por qué, Hess? Porque yo sé más cosas de ti que tú de mí —dijo Lucius, repentinamente sereno. Hess se detuvo en seco—. Y porque intuyo, y te conozco lo bastante para saber que no me equivoco, que te estás tirando un farol espléndido, amigo. Pero en realidad no tienes pruebas de lo que dices.

—Claro que tengo pruebas.

—¿Seguro?, ¿o son solo pequeñas evidencias?

—¿Qué quieres decir?

—Oh, lo sabes bien. Y no voy a explicártelo —dijo Lucius avanzando hacia él, las manos a la espalda, erguido y desafiante—. Sé que con otros has sido implacable, pero no conmigo. Eso te va a costar caro, *das Oberhaupt*. Y el precio lo pongo yo. Porque yo sí tengo pruebas de lo que tú hiciste. Desde el principio. Y muchas.

Hess, que tenía la mano enguantada apoyada en el picaporte de la puerta, tomó aire y se dio la vuelta. Se acercó a él apretando los labios.

—¡Habla, maldito canalla del Ruhr!

—Resulta que este canalla del pestilente Ruhr está ahora por encima de ti. Porque tiene más poder, más contactos, y el favor de Himmler y del propio *Führer*. Pobre Rolf, eso no lo viste venir, ¿verdad?

—¡Acabaré contigo!

Lucius se acercó aún más a él, chasqueando la lengua varias veces. Sabía leer de forma tan clara en el rostro de su amigo que nada era un misterio para él. Ese temible Hess que había aterrorizado a tanta gente, para él era un pobre hombre que había sucumbido a sus encantos y a los de muchos jovencitos, más de una vez.

—No, yo acabaré contigo. Porque tengo algo muy valioso que no entregué en su momento y que podría hundir toda tu carrera y tu futuro. ¿Crees que iba a dejar que me perjudicaras? Sabía que este momento podía llegar. ¡Francia es mía! Yo dicto condenas, doy

órdenes a mis hombres, decido ejecuciones; yo dirijo campos de concentración. ¡El Reich y yo somos uno! Tengo a los hombres que quiero. Y me voy a casar con una dama de la aristocracia. Sí, este canalla del Ruhr que te ha guardado tantos secretos está ahora por encima de ti ¡y de todos! Y no me vas a pisar.

Rudolf le escupió en la cara. Sin inmutarse, Lucius se quitó el salivazo del rostro y sonrió.

—Tengo los papeles de lo ocurrido en el Nachtlokal en un sobre que puedo enseñarte ahora mismo. Fotografías, testimonios… Solo falta el sello y todo el Reich sabrá quién es realmente el pequeño Rudolf Hess…

—¡Basta! ¡Basta, cállate!

—¿Quieres ver las fotografías, Rolf?

Durante unos instantes Lucius y Rolf se encararon, ambos respirando trabajosamente, sus rostros casi rozándose. La frente de Rudolf y sus pobladas cejas estaban perladas de gotas de sudor. Rojo de consternación, miró a Lucius y retrocedió.

—Tengo… tengo que irme —dijo, finalmente.

Se puso el sombrero militar y salió de la sala dando un portazo.

Lucius sonrió triunfalmente. Rudolf había claudicado, no diría nada. Y si movía alguna pieza, él sacaría la artillería pesada. Todo el mundo tenía un precio. Se sorprendió al ver que no estaba apenas alterado. Pensó en Ginebra. Ya no le enfadaba. La cogería tarde o temprano. Ahora era el momento de saborear la gloria junto al *Führer*.

Capítulo 28
La luna rota

Escocia, South Lanarkshire

La primera señal que percibió Rudolf Hess de que algo no iba a salir bien fue la oscuridad aciaga de la noche sin estrellas, sin un minúsculo punto de luz, sin nubes, sin esperanza.

El combustible se estaba acabando y, una vez que aterrizase en tierra escocesa, si le esperaba una emboscada, no habría marcha atrás. Aunque, si las cosas salían mal, quizá no le importaría mucho: Lucius le había traicionado, los ataques de Himmler eran continuos y el intento de realizar un ritual en los territorios especificados por la Ahnenerbe había sido un fracaso. Nada quedaba ya en Berlín. No sabía qué le avergonzaba más: la traición de Lucius o el hecho de cumplir su condición de hombre solo a medias. Si esas fotografías veían la luz, sería su final en el Reich. Eso le convertía en esclavo de Fleedermaus, esclavo de alguien que, en definitiva, jamás le había querido. Tal vez fuera el efecto de los medicamentos homeopáticos que había ingerido, pero no podía odiarlo; aunque todo su cuerpo se lo pidiera, no podía odiarlo…

El viaje era secreto y duraría solo unas horas. Nadie sabría nada, ni siquiera el *Führer*. Por eso debía ser preciso en sus

conversaciones y sus actos. Crowley le estaría esperando en las cercanías de Dungavel Castle, la finca de Hamilton, junto al duque y a Orsic, para llevarlo a Inverness, mostrarle el terreno y revelarle determinados secretos respecto a un colectivo que había logrado avances asombrosos en Lucerna. Ese era el trato. Si algo fallaba, destruiría el disco.

Cuando sobrevoló, con su Messerschmitt, el espacio acordado, activó el mecanismo para saltar en paracaídas. Era necesario que la nave se perdiera. Pensó en Haushofer, su único amigo, lo único que le quedaba. No podía traicionarle, ni a la Hermandad AvGull.

Ya en la explanada, oscura como la boca del infierno, cortó las cuerdas del paracaídas mientras Crowley y Hamilton se acercaban a él.

Hess apretó en sus manos la bolsa que contenía el disco.

—Mi querido amigo Rudolf, bienvenido —dijo inmediatamente el duque de Hamilton, acercándose a él.

—¿Dónde está Orsic? —preguntó Hess, inquieto.

—De camino —respondió Hamilton, con una sonrisa.

La mirada de Crowley y la cercanía de otro hombre con abrigo gris, al que no conocía, le alertaron de que sus intuiciones sobre una posible traición habían sido correctas. Agarró la bolsa con fuerza y retrocedió. Si corría lo suficiente tendría tiempo de destruir el disco. Era tarde, le estaban apuntando con una pistola.

—No haga nada de lo que pueda arrepentirse y deme esa bolsa —exigió el desconocido, apuntándole al pecho.

Hamilton bajó la cabeza y Crowley se encogió de hombros y sonrió.

—¿Cómo lo hiciste para confundir a Orsic?, ¿cómo la enredaste? —le preguntó a Crowley.

—Ya deberías saber que, en estos casos, no hay amigos —dijo Crowley.

Un coche se detuvo junto a ellos. De él salieron tres hombres que rápidamente desarmaron a Hess y lo escoltaron hasta el vehículo. No se resistió. Lo último que vio antes de entrar fue una

luna llena que emergía entre nubes negras. No la había visto cuando pilotaba el bimotor.

—Si la luna es engañosa, guárdate de tu destino —solía decir Orsic.

«Sucia traidora», pensó Hess. Pero no sentía rabia. Ya solo quedaba tristeza. Y también una extraña sensación de alivio.

* * *

Bayona, extrarradio

Durante el día, su oficio era el de corsetera, una empleada como cualquier otra que acudía a realizar su trabajo en una fábrica textil, pero, por las tardes, Marguerite trabajaba en las labores de la Resistencia, junto a Emmeline. Había aceptado un pasaporte falso para trasladarse a Bayona y colaborar con grupos como La Línea Cometa. Lo hacía con un nombre falso. Al fin y al cabo, en eso había consistido siempre su profesión, la única que había tenido: en ponerse máscaras. Al menos, ahora ya no tenía que complacer a nadie. Ya no era la Marguerite de antes, pero no estaba muy segura de quién era. Diariamente, ahogaba sus memorias y preocupaciones en el hilo y la aguja, trataba de dejar la mente en blanco, compraba, comía, dormía. A veces, se atrevía a escribir algunos de sus pensamientos y recuerdos, aunque una de las chicas con las que compartía el apartamento, Michelle Dumont, tenía que ayudarla a pasarlos a limpio sin faltas de ortografía. Le hubiera gustado saber escribir. Se preguntaba dónde estaría Lamartine ahora, y qué habría ocurrido, en realidad, con la criatura.

Se preguntaba cómo estaría su madre, y si el burdel seguiría teniendo el mismo éxito que antes de la guerra. También se

preguntaba si Cesare se habría casado. Pero, sobre todo, cada día, al acostarse, se preguntaba qué sentido tenía su vida. Recordaba las palabras de Emmeline, aquel día en Mazarine, cuando la salvó de la muerte; recordaba a Jack, y sentía el impulso de seguir, de crear. Pero otra parte de sí misma vivía en función de la venganza, de poder alcanzar a Lucius en algún momento. Cada día aguardaba las noticias de Emmeline. Su amiga le decía que miembros de la Resistencia trataban de infiltrarse para mover determinados hilos en el Gobierno de Vichy, contra Fleedermaus, «el sanguinario», el «Samael» de los judíos. Pero ella no entendía nada de esos asuntos políticos y sentía que todo iba demasiado lento. Cada vez encontraba mayor sosiego en su propia soledad y había aprendido a calmar el tiovivo de su cabeza, a apreciar las cosas que podía hacer bien. Porque sí, ella, Marguerite Lacroze, hacía cosas bien. Algunas veces cantaba, por las noches, para los que venían a las reuniones, pues la casa, que realmente pertenecía a Emmeline, también servía como sala de reuniones para colaboradores de la Resistencia: artistas, científicos, filósofos, sacerdotes o incluso aristócratas implicados en diferentes líneas de lucha.

Una tarde, cuando Emmeline regresaba de uno de sus viajes, la noticia llegó por fin.

—Parece que esto se mueve —dijo, preocupada—. Van a realizar un ataque directo durante el discurso de Lucius en París. Pero es demasiado radical, es muy arriesgado…

—¿Harán falta voluntarios?

—Marge: esto no es ninguna broma, es peligroso. No deberías…

—Voy a hacerlo, Em, voy a ir.

Emmeline negó con la cabeza.

—Estás loca, Marge, tú…

—Em, yo ya no soy la Marguerite que conoces. No quiero volver a vender mi cuerpo, y no quiero… casarme con alguien a quien no ame… Estoy cansada de hacer cosas que no son lo que quiero… Creo que yo debería ser quien yo elija. Y ya no quiero coser más… ¡No voy a coser más!

Emmeline permaneció en silencio unos segundos, perpleja, con los ojos llenos de lágrimas y el rostro contraído. De pronto comenzó a reír. Abrazó a su amiga y llorando y riendo al mismo tiempo.

—No te preocupes, Marge, ¡yo sé quién eres! Y no tendrás que coser más. ¡Claro que no!

* * *

París, sede de la Gestapo, Rue Lauriston

Lucius salió de su despacho perfectamente vestido, con sus insignias, su gorra de las SS y las botas relucientes. En su mente, el discurso que tenía preparado se unía al escenario que había ido labrándose. Tenía todo bajo control: a Rudolf Hess lo habían apresado en Escocia, y acusado de traicionar al Reich; él solito se había condenado. Bömelburg estaba vigilado por sus sicarios; Hellweger, el padre de su prometida, Charlotte, estaría presente en el homenaje, al igual que sus amistades en Francia. Ellos mismos lo habían impulsado, en colaboración con el mismísimo *Führer* que, tras su reunión con él, quería premiar su trabajo en la Gestapo y en el Gobierno de Vichy; Himmler seguía comiendo de su mano; y uno de los líderes de la Resistencia francesa ya estaba en el calabozo, a punto de cantar. El terreno estaba abonado.

Se miró las mangas del uniforme y lamentó que no lo hubiera planchado Pamela. Se había excedido un poco con ella la última vez. Igual que con Charlotte. Era culpa de ese cerdo de Müller, que le provocaba constantemente y no sabía satisfacerle como él necesitaba. Estiró una pequeña arruga del puño con fruición. Había hecho bien en abofetear a la criada.

Cuando llegó a la enorme superficie que se alzaba sobre la

ciudad, en Trocadero, y vio, de frente, la Torre Eiffel, tras la multitud congregada para celebrar sus méritos, sonrió triunfal. Era su momento, el momento en que Lucius Ferdinand Fleedermaus ascendía al máximo poder.

Allí estaban, mirándole con fervor, sus suboficiales y compañeros del Reich, los miembros del Gobierno de Vichy, y los ricachones alemanes y franceses que, años atrás, miraban por encima del hombro al pobre chico del Ruhr. Pétain se moría de envidia y Bömelburg no podía disimular su impotencia. Subió las escaleras como las subiría el César. Una vez en la cima, hizo el gesto del nuevo Imperio, su imperio: el Reich. Los aplausos fueron ensordecedores. Si su padre le estuviera viendo ahora se retorcería en su tumba. «Padre, observa cómo Francia y el mundo saludan a su nuevo César», pensó.

* * *

París, lateral de la plaza del Trocadero

Marguerite no pudo evitar acordarse de su última estancia en el hotel cercano a Trocadero, aquella noche en la que aún creía que se iría lejos con Lucius, a ser feliz en algún lugar paradisíaco. Cuántas veces había observado aquella plaza y el barrio privilegiado en el que se hallaba, siempre desde lejos. Ahora caminaba sobre esa superficie con seguridad, haciéndose pasar por personal de servicio, junto a dos compañeros de la Resistencia. Quería poder mirar a los ojos a Lucius, antes de que ocurriera. Solo eso.

Se ajustó el cinturón en el que llevaba la carga explosiva y se preparó para sentir el mayor de los golpes, pero también el más rápido y feliz.

* * *

París, plaza del Trocadero, espacio central

Lucius comenzó a pronunciar su discurso en un alemán impecable, imitando las fórmulas histriónicas que habían llevado al éxito a Hitler. No en vano, le estaba diciendo al mundo que él sería el siguiente. Qué diablos, ¡sería el mejor de todos!, el más importante, el que realmente pasaría a la historia. Su voz era suficientemente grave, sus gestos, llenos de fuerza y de poder, subyugaban a los presentes. Cada vez que se detenía, intencionadamente, para recuperar el aliento y dejar que las palabras pesaran en el aire, el aplauso era ensordecedor. Añadía las constantes alabanzas al *Führer* y al Reich.

—Y por ello, yo os digo con total certeza que el Imperio alemán será el más grande que la humanidad haya podido contemplar. ¡Nuestro es el poder! ¡Nuestra es la gloria! ¡Todos somos el Reich! ¡Yo soy el Reich! ¡Y el Reich es Lucius Fleedermaus!

Los presentes se pusieron en pie para aplaudir, mientras Lucius tomaba aire para pronunciar la frase final. En ese preciso instante una mujer salió corriendo y se detuvo ante él, se quitó la gorra, dejando ver una melena pelirroja despeinada y larguísima. Sus hombres corrieron hacia ella, se cruzaron con otros que les detuvieron, y algunos de ellos comenzaron a disparar contra sus propios colegas. La sangre se derramaba por todas partes. Lucius comprendió que había enemigos infiltrados.

—¡Matadla! ¡Matad a esa zorra pecosa! —aulló Lucius con una voz aguda, completamente descontrolado, señalando a Marguerite.

En medio del fuego cruzado, los gritos y las persecuciones, Marguerite se detuvo ante él, le miró a los ojos durante un instante.

Le pareció que se quitaba o se ponía un cinturón.

—Son besos de estrella, hijo de puta —dijo.

Lucius escuchó un estallido tan fuerte que sus tímpanos reventaron. Sintió un dolor agudo en la parte inferior del cuerpo y un golpe en la cabeza. Todo se nubló.

El último pensamiento, antes de caer inconsciente en los brazos de un ayudante que se acercaba, como a cámara lenta, a socorrerlo, fue cómo habría podido Bömelburg jugársela de aquella forma. La rabia le contrajo el cuerpo y se ahogó, junto al dolor y los gritos, en un inmenso fundido en negro.

Capítulo 29
La última puerta

Escocia, Inverness

El monte de Inverness era un muñón oscuro, cuyo verde sucio se confundía con el tono violáceo del crepúsculo. Como un lobo que respira despacio, pero que aún acecha, bajo los árboles fríos y rígidos y el vuelo circular de los cuervos, la casa Boleskine se alzaba en el silencio de la colina. Ginebra la observó unos instantes, mientras el sol naranja inundaba el horizonte de franjas sanguíneas sobre las montañas escarpadas, ásperas y altivas.

A medida que ascendían hacia la casa, la arquitectura agresiva se volvía cada vez más extraña y poco hospitalaria, como una sonrisa retorcida. Y, a la vez, sostenía un aire de paradójica normalidad. Los cristales ojivales, semitapados por cortinas de terciopelo negro, estaban iluminados por una luz naranja y violácea.

Los Stver avanzaban por el sendero de la colina, con túnicas oscuras y encapuchados. Caminaban mecánicamente, sosteniendo antorchas. Ginebra estaba agotada del trayecto y de las heridas que le habían hecho las esposas. La escoltaban dos gorilas, con abrigos grises, que le clavaban la pistola en el costado.

El *hall* de la casa era un gran rectángulo vacío, donde solo había

un espejo, y, a ambos lados, en paralelo, se ubicaban seis estancias divididas en compartimentos de tres.

En un instante, como una cobra que surgiera de los matojos para morder a su presa, el hombre de la túnica avanzó hacia ella y le inyectó algo con una jeringuilla. Fue un picotazo sutil y rápido, apenas una caricia. Después, desapareció en silencio, y Ginebra cayó al suelo automáticamente.

Cesare, con la túnica oscura y portando una vela, trataba de pasar desapercibido entre los demás. Oyó a los Stver hablar de las estancias triples, simétricas, a ambos lados de la casa, de la hoguera, de dividirse en los segmentos acordados, del sacrificio necesario de la luz. Le habían obligado a beber el líquido, pero él recordaba las técnicas de concentración a las que se había sometido en el grupo Ur, y que hacían posible cerrar la garganta y controlar determinados procesos de deglución del cuerpo.

En cuestión de segundos todos los encapuchados se habían repartido entre las estancias. Olía a leña quemándose y a agua estancada.

Decidió seguir al egipcio, que entraba en una de las estancias de las dos hileras, y se confundió con la multitud. Entre los encapuchados reconoció a los Montfaucon, madre e hijo, y a unos cuantos cargos importantes de la alta sociedad. Todos tenían expresiones extrañas y parecían estar en trance; seguramente todos habían bebido ese líquido oscuro.

El egipcio avanzó por la enorme habitación rectangular, entre la multitud, y se situó al otro lado del altar de piedra, dispuesto en el extremo opuesto a la ventana. En un recipiente, encendió una pequeña hoguera y la colocó en el suelo, ante el altar. Se quitó la capucha y alzó las manos. El silencio fue absoluto e inmediato.

—Cuando las últimas luces de Orión desciendan sobre la Tierra y las nubes de occidente se tiñan de rojo. Cuando surjan las rocas del otro lado, cuando la Tierra emita su último aliento y el mar comience a secarse, surgirá de las sombras para llegar a las cumbres más altas y abrirá las puertas a los grandes antecesores. Se alzará

victorioso sobre las tierras y las aguas y su reinado no tendrá fin. Y se alzarán los faraones y claudicarán los esclavos. Como siempre debió ser. Así fue establecido, y así se cumplirá.

Dicho esto, el egipcio inició un cántico que secundaron todos los demás. A pesar de la dificultad del lenguaje —a Cesare le pareció un dialecto armenio antiguo—, todos recitaban como si conocieran cada letra, de forma mecánica.

Cesare trató de fingir que entonaba el cántico, con un extraño sentimiento que viraba desde la repugnancia absoluta hacia una especie de resignación agradable. Se preguntaba si Crowley sentiría lo mismo. Parecía totalmente entregado a la causa, casi abducido. La certeza de que iba a traicionarlo cada vez era mayor. Percibía una fuerza tan oscura como la que había sentido en L'Enfer, y esta vez no estaba dispuesto a dejarse atrapar por ella. Bajo la túnica y la capucha negra sudaba a chorros. El olor a la misma repugnante materia que había husmeado en el yacimiento de Jarmo era insidioso. Por encima de las cabezas encapuchadas de los que cantaban creyó ver una figura negra, irguiéndose hacia el techo. Rogó al dios que suponía, al que quería que existiera, que no le dejara solo, que le ayudara a arrebatarles la pieza, que no les permitiera abrir la puerta hacia un Hades nefasto. Y, sin embargo, sus fuerzas cedían a medida que la frecuencia del cántico se hacía grave y aguda al mismo tiempo. Era el momento de actuar, pero sus piernas no le respondían.

Crowley observaba al egipcio y, poco a poco, recorría los rostros de los que allí cantaban, en torno a la hoguera. Cesare parecía temeroso, estaba inquieto, poco concentrado, pero no llamaría la atención. Miró a los demás: altos cargos del mundo empresarial y financiero, del sector del petróleo, la industria armamentística y los laboratorios farmacéuticos, de la política, el espectáculo, el hampa del narcotráfico, el juego y la prostitución, célebres médicos, científicos, diplomáticos, abogados, oligarcas, matemáticos… Algunos habían estado en Ferriéres la noche del ritual. Pronto, él estaría por encima de todos ellos. La pieza sería suya, el código, los

vórtices, Lucerna, el mundo… Y, sin embargo, los ojos del egipcio, que parecían dilatarse y rasgarse hasta adquirir forma de dagas, caían sobre él como ráfagas furiosas, se transformaban en los ojos de la criatura, y esa mirada podrida aún le helaba la sangre.

Mientras introducían a la mujer en la sala y la colocaban sobre el altar, inconsciente y vestida con la túnica blanca indicada para el sacrificio de luz, se alejó hacia el otro lado de la casa y, por una rendija abierta, observó una de las estancias paralelas. Lamartine estaba allí, junto con el resto de los Stver. La voz del egipcio llegaba nítida a todos los rincones de la casa. Percibió un ruido sordo y amortiguado pero inconfundible: el llanto polimorfo de la criatura. Entonces, distinguió una enorme cuna negra en el rincón de la sala. Lamartine le estaba mirando fijamente. Retrocedió y volvió a su estancia, se confundió entre la multitud que entonaba el canto. Los ojos del egipcio le seguían.

No podía dejar que lo manejara así. Tenía la sensación de que su letargo no había sido inducido por el asqueroso ungüento negro que había bebido antes de comenzar; estaba dentro de él antes de eso, y el egipcio lo sabía. Debía pensar en la conjura final con Cesare, que le daría el poder a él, al único elegido. Luchó por permanecer despierto, pero no pudo evitar perderse en las notas adormecedoras, disonantes y a la vez repetitivas e hipnóticas, del mantra musical. Resultaba extrañamente acogedora esa inmundicia ciega, esa masa plañidera que le abrazaba y le removía las entrañas. No quería dejarse caer, pero ya lo estaba haciendo.

El cántico dio paso a un silencio pesado. Cesare observó a la mujer que yacía sobre el altar, el contraste de su pelo negro y la piel blanca, la expresión dulce. Cerró los ojos, conteniendo la rabia y la impotencia. De pronto, escuchó una voz aguda y torcida como la de un enano o un borracho que tuviera la garganta quemada. Sin embargo, la criatura no estaba en aquella sala. El egipcio emitió un sonido gutural, telúrico, como si llegara desde las entrañas de la tierra, expandiéndose en diferentes frecuencias. Después dio paso a un mantra, pronunciado al unísono por todos los que allí se habían

reunido. No era la letra lo que le irritaba —un antiguo conjuro extraído del *Ars Goetia*—; lo que le congelaba el corazón era la frecuencia, el ritmo, la rara y perturbadora cadencia que se alzaba en bucle y parecía buscar, de una forma casi libidinosa, la caída en el abismo de quien escuchaba.

El egipcio alzó el disco entre las manos, sobre el altar en el que yacía la mujer. Una corriente de frío húmedo, tan profunda que llegaba hasta el tuétano, salía de algún lugar de aquella habitación.

Oyó a alguien decir que, fuera, en el bosque, estaba ocurriendo algo. El egipcio hizo un leve gesto y, de forma inmediata, se hizo el silencio.

Los hombres con abrigos grises introdujeron en la sala tres cuerpos cadavéricos, macerados con algún tipo de líquido, como si los hubieran momificado. Reconoció a Renaud Lambert y a Koch. El otro solo podía ser el tercer científico desaparecido: Jean Faure. Colocaron las tres camillas alrededor de la hoguera, ante el altar.

—Que comience la transmigración —dijo el egipcio.

Con el disco entre las manos pronunció unas palabras que Cesare reconoció inmediatamente: las había visto escritas en el altar de Patara: «Vengo a habitar entre vosotros los que vivís, y tendréis la muerte antes de la muerte».

Fuera, se escuchaban disparos. Disimuladamente, miró a los demás. Nadie se movía allí dentro, ni parecía escucharlo. Él mismo estaba paralizado, los sonidos exteriores le llegaban de una forma amortiguada. Miró a Crowley, trató de hacerle una señal, pero el mago inglés permanecía completamente hechizado por las llamas, paralizado junto al egipcio y a Lamartine, que había entrado en la sala con la criatura en los brazos. Se sintió impotente y cobarde. Tenía que hacer algo y tenía que hacerlo rápido.

Théo llegó a rastras hasta la fachada norte de la casa. Quizá por allí resultara más fácil acceder al interior. Los hombres de Waxley, los de Polus —junto con Urik— y los de la Resistencia se estaban

encargando de mantener ocupados a los guardas. No eran muchos los que habían aceptado la tarea de ayudarlos y otros habían reculado misteriosamente en el último momento, pero estaban allí los suficientes para que él hubiera logrado llegar hasta la casa. Se asomó a la ventana y, a través de una rendija entre las cortinas de terciopelo negro, observó a los encapuchados, los cuerpos inertes, la hoguera… Cuando vio el cuerpo de Ginebra inconsciente sobre el altar, tuvo que taparse la boca para ahogar un grito de rabia. Corrió hacia el otro lado de la casa para tratar de encontrar un acceso. Lo que vio no tenía explicación posible. A cada lado de la casa había tres compartimentos y en los tres estaba sucediendo exactamente lo mismo, se repetían las escenas, los personajes, las acciones… Se detuvo, sin aliento, frente a una de las ventanas. Desde allí, en la parte trasera de la casa, era posible contemplar, una tras otra, separadas solo por un arco abierto, las tres estancias de uno de los laterales, como si estuviera viendo tres imágenes fractales. De pronto, las habitaciones se desplazaban, se proyectaban, se sucedían y se multiplicaban hacia el infinito como si se tratase de un juego de espejos. Théo sintió vértigo y cerró los ojos. Ahogó un grito. Quería romper el cristal y entrar, pero ni siquiera podía acercarse, algo lo paralizaba. Miró a su alrededor, uno de los árboles se había incendiado a causa de del fuego enemigo. Se acercaban, debía darse prisa. Luchando contra lo que fuera que le estaba pasando se arrastró por el suelo hasta alcanzar una rama, logró levantarse y la prendió.

Cesare escuchó el ruido amortiguado de una explosión, miró a través de la ventana que tenía tras él. Uno de los árboles estaba en llamas. Pensó en el efecto de las corrientes, en la dirección probable. Sentía el cerebro acorchado. ¿Por qué diablos no podía moverse?

El egipcio alzaba en sus manos el disco y este emitía un resplandor metálico y torvo, molesto, que centelleaba al compás del horrible cántico. Lo sostenía sobre el cuerpo de la mujer, que había

cubierto progresivamente con piedras oscuras.

—Los cinco vórtices están conectados. Hágase la voluntad de Enlil. A ti te invocamos, ¡oh, deidad todopoderosa!, que en tu nombre se hagan carne los que nos miran desde el otro lado.

Los cuerpos de los dos hombres embalsamados comenzaban a moverse. ¿Cómo era posible? ¿Sería un efecto visual del poco líquido negro que había ingerido?

—Damos la bienvenida a nuestros protectores, a los grandes padres, al primer miembro de la dinastía Schenk, Gregory —anunció, señalando el cuerpo de Koch—, a su descendiente, el más ferviente apoyo con que hemos contado, siempre dispuesto a ir más allá: Nicolas Schenk —añadió, señalando a Lambert—, y a otro de nuestros grandes benefactores: Fred Magnac —terminó, señalando a Faure.

Lentamente, el cuerpo de Lambert comenzó a erguirse, mientras que, en los otros, solo se percibían pequeños movimientos.

Comprendió que no podía hacer nada, y ellos sabían que no podía hacer nada.

Entonces percibió algo que hizo que se tapara los oídos y se arqueara hacia atrás. Unas palabras lo atravesaron con la fuerza de un trueno: «El signo del fuego. Atraviesa el fuego», escuchó. Y tuvo la sensación de que aquella mujer tumbada sobre el altar, inconsciente, le estaba hablando. «El signo del fuego». «Recuerda quién eres».

Théo escuchó aquellas palabras como si Ginebra las estuviera susurrando a su lado. Rápidamente sacudió la cabeza para librarse del bucle de imágenes repetitivas.

Gritó y logró mover los brazos. Cogió la rama prendida y se arrojó, dando un grito, contra los cristales de la casa.

Cesare oyó un estruendo tras él. Tardó unos segundos en darse

cuenta de que un hombre había entrado en la habitación ylas cortinas de terciopelo comenzaban a arder. Los encapuchados no se movían, seguían en trance.

Los hombres con abrigos grises entraron en la sala y corrieron a sujetar al hombre, que portaba una improvisada tea.

—Ahora, cumplamos la última transmigración y abramos la puerta definitiva —exhortó el egipcio, ajeno a lo que sucedía en el otro extremo del cuarto—, en el cuerpo de esta joven que entrega su luz a la oscuridad: Sibille de Montfaucon, encárnate en…

—¡Nooo! —gritó Théo. Golpeó a uno de los hombres de gris y se lanzó contra el egipcio. En ese instante, una columna de fuego verdoso se elevó desde la hoguera con un aullido. Los hombres de gris se echaron sobre él, pero Cesare al fin logró moverse y corrió hacia ellos, les golpeó y le arrebató el arma a uno de ellos. Théo luchaba contra los otros. El fuego se extendía por las cortinas. La hoguera se había descontrolado. El cántico colectivo cesó al instante y los encapuchados despertaron. La habitación ardía en llamas. Théo se abrió camino a bandazos y a golpes hacia el fuego que ocultaba el altar. El egipcio, por primera vez, parecía desconcertado, observaba la columna de fuego verdoso con ira y miedo a la vez.

Cesare disparó a uno de los hombres con abrigo gris, para zafarse de él; los otros habían quedado arrinconados por las llamas. Vio cómo Crowley y el egipcio salían de la estancia. ¿Estaban huyendo con el disco?

—¡Cójala! —gritó, lanzándole la pistola a Théo.

Corrió tras ellos.

Théo sintió, dentro de él, un calor incontenible, las venas de la garganta se hinchaban, el corazón parecía expandirse en su pecho, los olores se hacían más fuertes, los colores más nítidos; sentía que un manantial de energía brotaba de sus entrañas y una fuerza descomunal invadía su cuerpo. Con sorprendente agilidad, ayudándose con la tea y la pistola, hacía frente a los hombres de gris que sorteaban las llamas para arrojarse contra él e intentar detenerlo. Creía haber visto salir al hombre de la túnica, pero estaba

allí frente a él, delante de la columna de fuego. Trató de alcanzarle con la rama ardiendo; sin embargo, la rama atravesaba la imagen sin prender la túnica. Estaba dispuesto a todo, no le daba miedo morir, ni siquiera la tortura. Utilizó la pistola que le había dado aquel hombre, pero las balas atravesaban el cuerpo, como si allí no hubiera nada.

—No puedes matarnos —aclaró el hombre de la túnica—. Nosotros volveremos siempre. Ginebra no. Todo lo que habéis hecho no es más que un sueño. Ella morirá. Nosotros permaneceremos aquí. Así ha sido desde los inicios de la humanidad.

—¡No es cierto!

—Nosotros traemos la muerte a la vida, para que no tengáis que luchar más.

—¡Cállate!

Théo sintió una grieta en su pecho. Una parte de él estaba a punto de ceder, la otra gritaba y se revolvía. En la puerta de la habitación, una mujer le observaba. Sostenía a una criatura envuelta en paño negro en sus brazos. Cuando su mirada se cruzó con los ojos de la criatura, sus músculos se paralizaron y el vigor le abandonó. Supo que esos ojos de perversidad ancestral, que ardían de miedo y rabia, como si fueran dos fieras asustadas, encolerizadas, podridas, eran los ojos de los que le había hablado Ginebra. Los ojos de la bestia. Esas pupilas afiladas le dominaban desde el plano más bajo de la existencia, se reían de él, lo retorcían por dentro. Sintió que las venas se le llenaban de un veneno líquido y frío como el odio. Un terror ancestral le sumió en un abismo sin libertad, un precipicio de instintos sin luz, en el que una garra invisible le impulsaba a obedecer.

Las llamas comenzaban a acorralarlo, y el hombre de la túnica se disgregaba en distintos rostros.

Al otro lado de la columna de fuego Ginebra recobró la conciencia. Comprendió que esas llamas que la rodeaban no eran una hoguera, sino un pasaje. Eran verdosas, con matices azulados y grises. Supo que debía atravesarlas para salir de allí, como le había

dicho Eidna, como en las imágenes que había visto en San Víctor y en Festos. Las llamas formaban ahora un arco perfecto. Se quitó de encima las piedras oscuras, bajó del altar, todavía adormecida, extendió las manos atadas y tocó el arco. Percibió un dolor agudo, como si se hubiera abrasado y helado al mismo tiempo. Se tapó los ojos, tomo aire, gritó y atravesó las llamas. Llegó al otro lado de la estancia tambaleándose, con las manos atadas. Théo la sujetó.

—Théo, ¿estás bien?

Théo tardó unos segundos en reaccionar. Abrazó a Ginebra y la ayudó a desatarse.

Se escuchó un aullido. El egipcio estaba allí, pero ambos tuvieron la certeza de que no se encontraba en la habitación. Estaba en otro espacio, a la orilla de un río en Piedras Negras, en la casa de Moreau, en San Víctor…

—¿Dónde estás, bastardo? —gritó Théo.

Mientras las llamas se extendían y devoraban los muebles de la habitación, la columna de fuego verdoso y la hoguera original se extinguieron, como si nunca hubieran existido, y dejaron de percibir la presencia del egipcio.

—¡Vámonos de aquí! —gritó Ginebra, horrorizada— ¡La puerta ya está cerrada!

—¡El disco! —gritó Théo, y buscó entre las llamas que engullían la habitación. Había desaparecido. La habitación se estaba cayendo a pedazos.

—¡Vámonos, Théo! ¡Vamos! —dijo Ginebra tirando del brazo de Théo.

Juntos, llegaron al vestíbulo y salieron de la casa que se consumía en llamas.

Un cántico siniestro llegaba desde una lejanía extraterrenal.

Corrieron hasta alcanzar una superficie pedregosa. En la orilla del lago, Ginebra reconoció al hombre que, con rostro ennegrecido por el humo y las manos rojizas de las quemaduras, alzaba los brazos, sujetando un objeto, al tiempo que el agua del lago empezaba a agitarse.

—¡Es Aleister Crowley! —exclamó Ginebra—. ¡Y tiene el disco!

Cesare se arrastró por la orilla del lago, magullado por los golpes y por el disparo que había recibido en un brazo, sin poder creer aún lo que acababa de contemplar. Había visto a Crowley luchar contra el egipcio, hasta arrebatarle el disco. El inglés se daba por victorioso, pero no había visto que el egipcio se fundía con él, que ya eran uno.

—¡Crowley, cumple tu trato! —gritó, dejándose caer contra unas barcas de madera y tapándose la herida con la mano—. ¡Sucio traidor! ¡Guárdate de caer más bajo de lo que ya lo has hecho!

Crowley no le escuchaba. Alzaba el disco entre las manos, recitando las mismas palabras del egipcio, haciendo sus mismos gestos. Cesare podía verlos a los dos a la vez, como si Crowley se escindiera en dos. El egipcio sonreía.

—¡Crowley, suéltalo!

Théo ayudó a Ginebra a esconderse tras unos arbustos y, desde allí, observaron. El hombre junto las barcas se retorcía, tratando de llegar hasta Crowley. El olor a algas era cada vez más intenso. Crowley pronunciaba una especie de mantra. Alzó una daga con su mano temblorosa y la puso contra el disco. En el agua oscura del lago Ness se conformó un torbellino, como el que, tiempo atrás, habían visto en el Sena, pero de magnitudes más grandes y agresivas. Un leve resplandor verde se abrió paso y pudieron contemplar los ojos de la bestia sobre aquel nido de agua oscura, refulgiendo en el cielo inflamado y violáceo de la noche. Olía a azufre.

—Enlil, príncipe de la oscuridad, hijo de Tarhun, yo te convoco. Termina lo que fue iniciado. ¡Ábrase la puerta!

Théo sintió un pitido agudo en los oídos y en la cabeza. Vio cómo Ginebra caía al suelo.

—El pasaje no se ha cerrado —murmuró Ginebra, con un hilo de voz.

El hombre apostado contra las barcas le gritó algo a Crowley.

Théo no pudo oírlo. Miró a Crowley, al pie del lago, enfebrecido de emoción, entregado a la oscuridad, pronunciando unas palabras que no podía oír. Un agudo silencio sordo lo había inundado todo. Detrás de Crowley, una sombra alargada se dibujaba sobre la arena y las piedras. Todo lo que sucedió a continuación transcurrió en unos segundos, pero a Théo le pareció vivirlo a cámara lenta. Notó cómo su garganta se hinchaba, un alarido salió de su boca, corrió hasta la orilla del lago y se lanzó contra Crowley.

Ginebra, escondida tras los setos, vio a Théo golpear una y otra vez a Crowley, hasta que el mago se irguió y le clavó la daga en el costado. Théo se levantó chorreando sangre. Tenía el disco entre las manos. Se vislumbraba un brillo azulado en el centro. Ginebra corrió hasta la zona de las barcas. Crowley empuñó la daga para clavársela en el pecho a Théo. En ese momento, Ginebra cogió uno de los remos y golpeó a Crowley en la cabeza con todas sus fuerzas. El hombre que estaba junto a las barcas comenzó a disparar.

—¡Cesare Evola! —murmuró Ginebra al reconocerle.

Théo se lanzó hacia él, forcejearon; Evola le reclamaba el disco, apenas podía andar. Ginebra le pidió el disco a Théo y, ante su perplejidad, se lo tendió a Cesare.

—¿De verdad quieres este disco, Evola? ¡Quédatelo! —le dijo, mirándole a los ojos.

Cesare alargó las manos, ávidamente, para cogerlo, pero de pronto retrocedió, contempló sus propias manos, horrorizado. Alzó su mirada hacia el cielo oscuro, dejó caer el arma y se derrumbó sobre la arena, agarrándose la cabeza con las manos.

Se oyeron varios disparos. Desde los setos llegaban hombres encapuchados y otros con abrigos grises.

En ese momento, Théo corrió hacia las barcas y empujó una de ellas hacia el agua. Él y Ginebra subieron de un salto y comenzaron a remar con todas sus fuerzas.

Ginebra miró a Théo durante unos segundos. Tenía la cara ensangrentada, deformada por los golpes, el brazo negruzco de quemaduras, la ropa hecha jirones y su costado sangraba, pero los

grandes ojos que se derramaban hacia ambos lados de su rostro teñido de sangre sonrieron desde el verdadero Théo, el hombre al que ella conocía y amaba.

—¡Théo, cuidado! —gritó Ginebra.

Los disparos llegaban desde la arena, varios hombres encapuchados estaban subiendo a las otras barcas. Théo remó con todas sus fuerzas.

—Théo, activemos el disco, ¡vamos! ¡Es la única manera! No podemos seguir, nos hundiremos en el torbellino.

—No puedo, Ginebra… No puedo más…

—¡Vamos, mi amor! ¡Tenemos que escapar!

Ginebra puso sus manos y las de Théo sobre el disco y ambos se sentaron en el suelo de la barca. En ese mismo instante, Théo recibió un disparo. Se tapó la herida, cerca del cuello y respiró hondo. Ella sintió el aguijón de una bala en la pierna.

—¡Théo! ¡Théo! ¡Quédate conmigo! —gritó Ginebra, abrazándolo.

El disco comenzó a vibrar. Théo gritó para resistir el dolor. Las aguas comenzaron a temblar, la barca giraba, tambaleándose, hacia un gigantesco torbellino. Théo, ya sin fuerzas, dejó caer sus manos.

—Ginebra, te quiero —dijo, con un hilo de voz, mirándola desde una infinita ternura—. Recuerda los días de luz.

—¡Vamos, no dejes de sujetarlo! —gritó Ginebra llorando— ¡Nos iremos juntos, amor! ¡Te quiero!

Los ojos de Théo comenzaron a cerrarse. Ginebra se abrazó a él y ambos, sangrando, se ovillaron en el suelo de la barca.

Una ola inmensa y negra como la oscuridad del cielo volcó la embarcación. El agua helada le arrebató el disco a Ginebra y la arrastró hacia el fondo del lago, separándola de Théo. Las corrientes la golpearon, la engulleron como mandíbulas colosales hasta que se quedó sin aire en los pulmones y comenzó a tragar agua. En ese momento, vio la Atlántida. Vio la luz inmensa de su símbolo central y sintió que su pecho se llenaba de una luz caliente y pura. Con una fuerza desconocida para ella, nadó con todas sus fuerzas hasta que logró salir a la superficie y contempló el horizonte oscuro en el que

el agua se confundía con el cielo.

—¡Théo! —gritó. Veía la barca, a lo lejos, tambaleándose entre las olas. Intentó mantenerse a flote. «Del agua surgirá la última respuesta», pensó, recordando el *Critias*. El primer rayo de sol se abrió paso en el mismo instante en que el vórtice de agua se tragaba la barca y Ginebra comenzaba a llorar.

* * *

París, bulevar Ney

Lucius despertó en una camilla. Lo primero que hizo fue mirar a su alrededor. Estaba en la habitación miserable de lo que parecía una especie de hospital de mala muerte, de esas barriadas a las que llamaban *bidonvilles*. Las paredes estaban sucias, el suelo apestaba a desinfectante barato y, en los rincones, podía ver cómo se movían algunos bichos. «Pero ¿qué es este pudridero?», se preguntó. Trató de moverse. Al girarse hacia la derecha, el relámpago de dolor fue tan intenso que le hizo gritar. Tuvo que morderse los labios para dejar de hacerlo. Se recostó boca arriba de nuevo y se mordió la mano mientras sentía como si le atravesaran la cadera y la pelvis con una espada ardiendo. Respiró, tosió. Sin moverse, palpó la mesilla, pero solo detectó una capa de polvo grisáceo, nada de agua. Llamó a gritos a las enfermeras. Nadie acudió. Cerró los ojos y tomó aire varias veces hasta que el dolor se fue calmando. Se hacía más suave, pero no desaparecía. Algo le quemaba, no sabía dónde exactamente, en la cadera, en el vientre… No notaba las piernas, era como si la parte inferior de su cuerpo no existiera. Aguantando la respiración, trató de volver a moverse. El látigo de dolor volvió a sacudirle todo el cuerpo desde la misma zona. Gritó.

—¡Ayuda! ¡Ehhh!

Su visión se volvió borrosa y el sudor frío le empapaba el camisón de un tejido áspero y excesivamente desgastado que le picaba en la espalda.

La puerta se abrió despacio y apareció un hombrecillo larguirucho con un pobre y raído atuendo de médico.

—¡¿Quién cojones es usted?! ¡¿Dónde están los médicos del Reich?! —gritó Lucius.

El hombre se quitó la mascarilla y miró a Lucius como se mira a alguien que tiene una enfermedad terminal.

—Lo siento, señor Fleedermaus. Este hospital no es del Reich.

Kumber entró en la habitación, se detuvo uno segundos junto a la puerta y le miró con la misma mezcla de condescendencia, tristeza y resignación.

Lucius parpadeó varias veces hasta recuperar la nitidez de su visión.

—¿Me estoy muriendo? ¿Es eso?

—¿Recuerdas algo de lo que pasó, Lucius? —preguntó Kumber.

—¿Qué importa ahora eso? ¡Necesito un jodido sedante!

—La memoria a corto plazo está afectada. Con el paso de los días irá recordando cosas —dijo el médico.

—¡Eh, no habléis como si no estuviera delante, imbéciles! Os estoy oyendo. Y quiero un sedante. ¡¡Lo quiero ya!!

—Señor Fleedermaus, me temo que no hay sedantes que puedan calmar el dolor que siente.

—¿Qué mierda estás diciendo, pedazo de idiota? ¿Es que eres judío? ¡Tráeme una puta pastilla o te vuelo los sesos aquí mismo!

—Lucius… —musitó Kumber.

Hizo algún conato de gesto con las manos. Lucius se dio cuenta de que intentaba encontrar las palabras. Ambos estaban mirándole con pena. Eso le irritaba aún más que el dolor.

—Fleedermaus, no hay más calmantes. Tiene el grado máximo de sedación, está con morfina. No podemos darle más calmantes porque no van a calmarle el dolor. No ese dolor —reconoció el

médico.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Lucius, arrugando el rostro.

—Usted todavía no recuerda lo que pasó —explicó el médico—, pero sufrió un impacto de bomba. Las consecuencias de ese impacto han sido… Bueno, no las esperábamos… No veíamos algo así desde la Primera Guerra Mundial. Desgraciadamente, la medicina no está preparada para algunas cosas.

—¿Qué? ¿Qué diantres dice?

—Lucius, te está diciendo la verdad —dijo Kumber.

—¡Necesito irme de aquí!

—¡Lucius, no te muevas!

Al tratar de levantarse, Lucius experimentó tal sacudida de dolor que el grito atravesó las paredes de la habitación. Se dejó caer hacia atrás sobre la almohada, sudando, y miró aterrado al médico y a Kumber.

—¿Qué ha pasado? —susurró, sin fuerzas—. ¿Cuándo podré moverme?

—Pasará mucho tiempo, señor Fleedermaus…

—¡Cállese! Quiero saber qué me pasa, ¡contadme qué me pasa!

El médico miró a Kumber, frotándose la frente, y este se acercó a la cama de Lucius.

—Lucius —dijo, quitándose el sombrero y apretándolo entre las dos manos—, la bomba te destrozó el cuerpo hasta la cintura, te pulverizó los huesos de las piernas, sobre todo la derecha. Estaba hecha múltiples trozos, tan pequeños que los médicos no pudieron reconstruirlos…

—Lo harán, yo hablaré con los mejores médicos, conozco a todo el mundo.

—Lucius, la… la cadera y la pelvis también están fracturadas…

—Con la fractura de la pelvis, se dañaron la vejiga y la uretra —continuó el médico—. Y, a causa de los productos que le dieron para la sedación fuerte, la piel de su vejiga es como un papel de fumar ahora.

—Los médicos han dicho que… es un daño permanente —añadió

Kumber.

—¿Qué quiere decir permanente?

Kumber bajó la cabeza y cerró los ojos.

—Quiere decir, Fleedermaus, que el tejido interno vesical se ha dañado hasta tal punto que es irrecuperable —precisó el médico.

—¡Qué dice! ¡Hable en mi maldito idioma! —gritó Lucius sudando, desesperado.

—Los médicos te amputaron las piernas, pero no pueden amputarte la vejiga…

—¿Qué?

Lucius miró alternativamente al médico y a Kumber, encontrando en sus gestos compungidos, resignados, llenos de lástima, la verdad implacable de sus palabras. No quiso levantar la sábana. No quería, no podía mirar.

—¿Dónde me operaron?

—En el mejor hospital de París, te lo aseguro —dijo Kumber—. Los médicos del Reich no pudieron hacer nada más.

—¿Me estáis diciendo que los mejores médicos franceses y alemanes no pueden quitar este dolor?

—Ningún médico de ningún hospital del mundo podría, Fleedermaus. Hasta ahora le han mantenido en coma inducido, pero era imposible seguir con esa situación. Por eso le enviaron aquí —explicó el médico.

—¿Dónde estoy?

Kumber carraspeó.

—Estás… en el único lugar en el que pueden cuidar de ti… hasta que… puedas andar.

—¿Hasta que pase el dolor?

Kumber y el médico se miraron.

—El dolor que siente, Lucius, no va a pasar. Con los años, puede que se haga un poco más suave, pero le acompañará siempre. El nervio de la vejiga está dañado y no existe nada que calme ese dolor. Nada —sentenció el médico.

Lucius dejó caer la cabeza sobre la almohada y cerró los ojos.

Negó con la cabeza.

—Me han mandado con los desahuciados… —murmuró.

—Escuche, hay personas en este hospital que viven con dolor y han aprendido a… sobrellevarlo —informó el médico.

—Esos hijos de puta nazis, esos… —siguió Lucius.

—Usted podrá hacerlo también. Vivir con dolor requiere fortaleza, pero si uno se dedica a intentar distraerse con…

—Cállate —musitó Lucius con un hilo de voz. Ahora sí podía situar el dolor de forma clara, y visualizarlo, justo en la vejiga, como si le quemaran con fuego. Ahí estaba la raíz. Y se extendía a todo el vientre, el costado, las caderas, incluso las piernas que ya no sentía. Era un dolor insidioso, una quemazón que subía hasta la cabeza y le consumía el cerebro—. ¿Y Pammie?, ¿mis hombres? ¡Himmler!

—Su secretaria se encuentra de baja definitiva, Fleedermaus. Al parecer, tuvo un derrame a consecuencia de una paliza que… recibió —dijo el médico, sin hacer ver que sabía que él le había dado esa paliza—. Y, en cuanto a sus hombres y a Himmler… se dio la orden de que no se dedicaran fondos a nadie que no pudiera estar en el frente o que presentara alguna minusvalía. El régimen quiere hombres válidos. Ha habido cambios en el alto mando de Vichy, y en Berlín, y todo es incierto, por ahora… Usted está aquí directamente por orden de Karl Bömelburg, jefe de la Gestapo en este momento.

—¿Qué? ¿Dónde está Hellweger? ¡Derek Hellweger! ¡El padre de mi prometida! ¿Y Hess? —El médico miró a Kumber con impotencia.

—Hess sigue detenido, Lucius. Hitler le quitó todos sus cargos y rangos. Ni él ni Himmler quieren saber nada de él ni de los que fueron sus amigos. En cuanto a Hellweger… Charlotte Hellweger se suicidó el mismo día en que tuvo lugar el ataque en Trocadero —explicó Kumber—. Ella… dejó una nota al respecto —añadió bajando la cabeza—. En ella hablaba de relaciones con su prometido. Contigo, Lucius. Relaciones violentas, y un aborto. En fin… Al parecer… le afectaron mucho. Todavía están investigado las razones del suicidio, pero después del suceso, Hellweger estuvo manteniendo conversaciones con Bömelburg y le apoyó en su ascenso. Me han

contado que también recibieron cierta información que les proporcionó Riemann sobre el asunto Heydrich. E información del oficial Müller —añadió, desviando la mirada.

—¡No pueden hacer eso! ¡No puede ser!

Lucius sintió que el pecho le ardía. La rabia era tan grande que no era capaz de respirar bien. Ahogándose, miró a Kumber.

—¡Bömelburg, Hellweger, Hess, Müller, hijos de perra! ¡Me han vendido! ¡Todos!

—Tengo que irme, Lucius —dijo Kumber—. Vuelvo a mi ciudad natal, con mi familia. Ya no hay nada que me retenga en París.

—¿Cómo?

—Ya lo has oído. He venido aquí porque el médico me lo pidió y porque… por alguna razón, sentí lo que te pasó.

—No tan deprisa, todavía tienes unos sucios asuntos pendientes, ¿no es así? —dijo Lucius, respirando ruidosamente.

Kumber se puso el sombrero y miró a Lucius a los ojos.

—Denúnciame —dijo. Le dedicó un último gesto de lástima y salió por la puerta. Lucius sintió que sus entrañas se removían.

—No se queda usted solo Fleedermaus —dijo el médico, como si le hablara a un niño—. Le hemos asignado una enfermera recomendada por su amigo Kumber. Ella le ha hecho ya las primeras curas. Es joven pero voluntariosa y se encargará de usted.

Lucius trataba de contenerse. Su mente giraba como un carrusel; el hecho de que pudiera haber, al menos, algo de consuelo en la dulzura de una enfermera joven, le aliviaba. Después pensaría en cómo quitarse la vida para dejar de sufrir lo antes posible.

El médico hizo un gesto y una chica entró por la puerta, cojeando. Era rechoncha, su cara era ancha y pálida, casi grisácea, su boca estaba mal pintada de carmín y tenía unos ojos inquietantes, uno de cada color.

—Linka, te presento a Lucius Fleedermaus —dijo el médico—. Lucius, esta es Linka Horváth. La hemos acogido aquí hace poco. La estamos formando y es, ya, una buena enfermera —añadió, mientras se alejaba hacia la puerta.

—¿Usted se va? ¡Tiene que quedarse! Usted es el… médico. Quiero avisar a gente… puedo escribir a cargos importantes…

—Me temo que en estos momentos no obtendrá respuesta de nadie en París, señor Fleedermaus. Y tampoco disponemos de fondos para hacer las llamadas. Voy haciendo rotaciones por diferentes centros, no hay personal suficiente. Linka le atenderá bien —dijo, y, con una sonrisa incómoda, salió por la puerta.

Lucius miró a la chica que le sonrió con los ojos muy abiertos. Su boca parecía un plátano pudriéndose.

Miró a ambos lados, no vio ninguna de sus pertenencias. Tampoco su pistola.

—¿Dónde están mis cosas? —preguntó.

Ella se acercó a él y le cogió la cara entre las manos, sonriendo.

—Mejor no mover. Usted no mueve.

—Por favor, dime dónde está mi pistola, dime solo eso.

La chica se inclinó, casi hasta tocarle. Pudo percibir, en ese momento, un intenso olor a rábano que provenía de su boca, mezclado con un perfume barato y el aroma avinagrado del cabello grasiento, peinado en una coleta tras la cofia de enfermera.

—Yo voy cuidar. Yo cuido usted. Usted no mueve.

—No lo entiendes, yo necesito mi pistola, ¡quiero un arma!

La chica dejó de sonreír, sus ojos cobraron un brillo torvo. Levantó una de las manos y le dio una bofetada. Luego, impasible, volvió a cogerle la cara con las manos sudorosas y regordetas.

—Usted silencio. Yo cuido.

—Por favor —dijo Lucius—. No puedo moverme… no voy a hacerte nada, solo déjame morir con dignidad.

—Usted porta bien, yo cuido bien. Usted porta mal, yo porto mal.

Lucius asintió, con la cara comprimida entre las manos carnosas y malolientes de aquella criatura que parecía haber salido del mismísimo infierno.

—Usted da beso. Para paces. Da beso —le dijo la chica, y enseguida cerró los labios, de un tono violáceo, llenos de pequeñas heridas, y los acercó a su boca hasta besarle. Notó cómo su lengua

carnosa, que sabía a reflujo, a muela picada y a rábano, se movía en su boca y aguantó las arcadas. A su mente vino, en una décima de segundo, la imagen de sus dedos moviéndose en la boca de Müller.

La chica le miró y sonrió de nuevo con aquella boca repugnante. Tenía varios dientes podridos y otros amarillos o grisáceos.

—Tu porta bien. Yo cuido. Ahora yo cuido. No armas. No pistola. Nunca. Yo siempre aquí. Siempre contigo. Siempre —le dijo, sonriendo.

Lucius, temblando de horror, de ira y de dolor, asintió con la cabeza. Recordó las palabras de Ginebra: «Tendrás que reparar». Todo su interior ardía y se revolvía de rabia.

—Puedo reparar… —se oyó decir.

—Tú no repara. Tarde. No puedo arreglarse —dijo ella, mirándole la zona donde tenía las piernas.

—Ayúdame a dormir. Necesito dormirme —dijo Lucius, aguantando las lágrimas.

—No. Tú no duerme ahora. Tú duerme cuando yo ordena.

Lucius iba a gritar, pero ella alzó la mano y esta vez apuntó más abajo.

—¡No por favor, no me pegues ahí, no…!

Linka le tapó la boca y sonrió, hasta que él se quedó en silencio. Dos lágrimas de impotencia corrieron por sus mejillas y comenzó a sollozar. Entonces, ella le puso el dedo índice sobre los labios, con una parsimonia sádica.

—Schsssss.

* * *

Escocia, lago Ness

Ginebra permanecía absorta contemplando las aguas serenas y cristalinas. Solo habían recuperado una barca hecha trizas, con manchas de sangre. Pero no el cuerpo. No había rastro de Théo Bernard, y tampoco del disco. Recordó su última mirada, el amor que había en esa mirada de comprensión y de renuncia. Ahora el disco estaba lejos de los Stver y de los nazis.

—Espero que esté terminando sus acuarelas en Atlantis, espero que nos encontremos allí —se oyó decir Ginebra, como si no fuera ella la que pronunciara esas palabras.

John la abrazó, la besó en la frente.

—Allí fue donde os conocisteis, en el Atlantis.

Ginebra miró a John. Asintió. Él creía que hablaba de un bar y no podía explicarle lo que era realmente Atlantis para ella.

—Allí nos conocimos, hace millones de años, y también mañana. Y allí nos volveremos a encontrar —dijo.

—Quién fuera poeta, amiga mía —opinó John, sonriendo—. Ginebra, querida, ojalá hubiéramos podido encontrarlo, y ojalá hubiéramos llegado a tiempo esa fatídica noche. Hubo información engañosa, bloquearon a mis hombres en Escocia… Varios miembros de Polus murieron, y muchos de los nuestros también. Urik aún está recuperándose, pero logramos ponerlo a salvo.

—¿Urik estaba con vosotros?

—Y Bergier también: se empeñaron en hacer trabajo de campo. Urik recibió un disparo, pero gracias a él, Théo no lo recibió y pudo trepar hasta la casa, entre los matorrales. Así me lo han contado. Ojalá hubiéramos podido hacer más.

Ginebra miró a John. Conocía de memoria sus gestos y su sonrisa tímida, afable pero siempre contenida. Lo abrazó con fuerza, conteniendo las lágrimas.

—Ya has hecho mucho, John. Y has estado todo este tiempo buscando el cuerpo…

—¿Qué tal la pierna?

—Fue una pequeña herida, por suerte no me alcanzó de lleno. John, ¿qué ha ocurrido con los que participaron en ese ritual?

—No voy a mentirte, Ginebra —dijo John limpiando sus gafas—, solo algunos de ellos, los sicarios, los ayudantes, han sido localizados. Se han recuperado varios cuerpos calcinados, entre ellos el de Jean Faure, el científico. Curiosamente, no el de Lambert, ni el de Koch, aunque hay testigos que aseguran que los vieron allí. Otros murieron en esa especie de tormenta en el lago. Los otros, los responsables, huyeron sin consecuencias. Estas cosas suceden… nunca mejor dicho… en la sombra, y esa sombra es más grande y poderosa de lo que podemos imaginar. Urik lo comprendió demasiado pronto. Un par de peces gordos, y algunos otros que no lo son tanto, pagarán por asuntos turbios relacionados con las finanzas. Es lo que han conseguido la Resistencia y la red Polus.

—Y sus contactos acudirán en su ayuda y en un par de años estarán completamente exonerados y repuestos, ¿verdad? —dijo Ginebra.

John bajó la cabeza.

—Sin embargo, es un gran logro. Además, desde Polus están utilizando los papeles del maletín de Koch para socavar al Reich, algunos altos cargos caerán. Pero, Ginebra, lo más importante es lo que hicisteis vosotros. Si no fuera por Théo y por ti, ese disco seguiría en sus manos. Ellos y esos nazis… Por cierto, creo que te tranquilizará saber que Lucius está completamente fuera de combate —dijo John.

—¿Lo está?

—Fue un ataque kamikaze. Al parecer, le hirieron de tal gravedad que ha quedado tetrapléjico. Lo último que supe, a través de informaciones de Urik, es que estaba en un hospital de las afueras. Sus enemigos han aprovechado la coyuntura para vengarse y ha perdido sus privilegios. No creo que pueda estar pendiente de perseguir a nadie, al menos en un largo tiempo.

Ginebra asintió. Todavía sentía escalofríos cuando pensaba en él. Le hubiera gustado otro final, le hubiera gustado que la justicia

actuara, y que él comprendiera y cambiara.

—«Los placeres violentos tienen finales violentos» —murmuró.

—Shakespeare —dijo John. Miró a Ginebra con ternura—. Oye Ginebra, hazme caso, sigue escribiendo. Aléjate de todo esto. Vendrán a buscarte al puerto esta misma tarde. Hasta entonces, dos de mis hombres se van a encargar de protegerte.

—El disco ha desaparecido. Nadie sabe que estoy viva y Lucius no me persigue. Y tengo la pistola que me han dado tus agentes.

—Sé que te cuidas bien sola, pero toda precaución es poca. Cuando pienso en lo que te hicieron… En lo que estuvo a punto de pasar… Hasta que estés a salvo, camino a América, no estaré tranquilo. El mejor homenaje que podemos hacerle a tu padre es que estés bien.

—De acuerdo —dijo ella volviéndose para saludar a los dos hombres que la aguardaban, a unos metros de la orilla, y que se encargarían de su seguridad y la escoltarían hasta el barco.

John asintió, adoptó su gesto de seriedad neutral, y se dirigió hacia el lago para dar la orden de finalizar la larga búsqueda. Ginebra vio cómo empezaban a recoger el equipo y todas las herramientas. En pocos minutos todos habían desaparecido por la carretera del lago.

Tras ella, más allá de los árboles, la mansión de Boleskine, de la que ya solo quedaban ruinas negruzcas, la observaba desde el silencio total.

Estaba atardeciendo. Ginebra se acercó a la orilla del lago.

Los dos escoltas la observaron y uno de ellos comenzó a acercarse.

—No os preocupéis, no voy a hacer ninguna tontería —dijo.

El escolta asintió y se alejó, encendió un cigarrillo sin dejar de mirar a su alrededor. El sol besaba el horizonte de agua, iluminando la superficie del lago.

Contempló el agua, tratando de evitar los recuerdos. Una gaviota aleteó, elevándose hacia el cielo.

—Théo, sé que me escuchas. De alguna forma, sé que siempre lo

harás. ¿Vendrás a buscarme cuando llegue el día y tenga que irme? Dime que nos daremos la mano, como cuando paseábamos por la playa de Ierápetra. Dime que nos reconoceremos, al otro lado, y seremos dos locos de la poesía que al fin pueden vivir en el mundo que soñaron. Me iré contigo a esa Atlántida que vimos y sentimos los dos, será nuestro sitio, al fin; nuestro tiempo, nuestra gente, y no será tu destino, ni mi azar, sino la mezcla de ambos. Al fin, Théo, al fin, un lugar y un tiempo para nosotros… lejos de este mundo que destroza, pétalo a pétalo, toda la belleza que crea. Dime que será así. Tú que siempre fuiste verdad, que siempre amaste —dijo. Cerró los ojos unos instantes y las lágrimas se deslizaron por su rostro—. ¿Puedes oírme, Théo? Volveremos. Y hasta entonces, te juro que haré de ese pequeño mundo que creamos entre los dos el mejor que haya existido.

Cuando el sol se ocultó, Ginebra se tocó el vientre con suavidad, con una mezcla de felicidad y tristeza. Ahora sabía con certeza que lo que había en su interior no era producto de la tensión, ni de los sedantes que le habían dado. Era un ser humano. Un pequeño ser que llegaba a un mundo en descomposición.

—Perdóname —murmuró—. No contaba con ello, pero parece que tu voluntad de estar aquí es mayor que la mía. En este mundo la gente sensible sufre enormemente, ¿sabes? Muchos eligen irse, otros eligen… ser sombras. Pero, eh, hemos ganado una gran batalla, aunque nadie lo sepa. Quizás haya esperanza, al fin y al cabo, para ti y para mí. Porque sufrirás, sí, pero también vivirás intensamente la alegría, la poesía, la belleza. También buscarás la verdad y tendrás amor. Crearemos un nuevo mundo que nos deje ser. Tú y yo, Urik y Claire y Georges y André… —dijo. Y quiso creer sus palabras—. Y te contaré los cuentos que me contaban tus abuelos. Cuentos sobre la Atlántida. Y habrá días de luz. Habrá días de luz —dijo. Se limpió las lágrimas y sonrió. Se dio la vuelta y lentamente caminó sobre la arena hasta reunirse con los escoltas.

* * *

Inglaterra, Sussex

—¡*Frater* Perdurabo! —saludó, con fervor, uno de sus antiguos seguidores, con un marcado e irritante acento alemán.

Crowley se mesó el poco cabello que le quedaba, bebió otro trago de cerveza y dejó caer la jarra sobre la mesa de madera en torno a la que estaba sentado. No le gustaba tener que estar atado a una silla, con brotes de tos sanguinolenta que no le permitían viajar ni prácticamente moverse, revisando antiguos escritos que ahora ya no tenían sentido, como el *Himno a Pan*. Todo le parecía absurdo después de lo que había presenciado. Le gustaría haberse quedado en París, y no estar encerrado en una casucha de madera campestre, en casa de dos antiguos compañeros de la Ordus Templi, como un viejo monstruo al que lucían para regocijo de ocultistas alucinados.

—Soy amigo de los Stone. He venido a verle, *frater* —dijo el joven rubio repeinado, totalmente perturbado por su presencia—. Es un enorme placer para mí saber que…

—Oye, no sé qué mierda te has tomado, pero cállate y déjame descansar.

—Oh, por supuesto. Disculpe. ¿Quiere que le traiga algo de comer?

—No.

—¿Y algo para su tos? Sé que está peor desde que…

—Desde que hubo un incendio en una casa en el campo, sí. Dejemos el tema. Oye, ¿de verdad quieres hacer algo por mí, chico?

—Sí, claro que *sí, frater* Perdurabo, bestia entre las bestias. Me

postro ante usted —dijo el chico, arrodillándose frente a Crowley con la mirada llena de fervor.

A Crowley le produjeron tanto asco sus palabras que no pudo evitar escupir en el suelo.

—Quita, idiota —protestó, pateándole.

Se levantó rezongando, apoyándose en un bastón provisional que le habían conseguido hasta que pasaran los violentos ataques de tos y recuperase la movilidad.

—Yo no soy la Bestia. Tú no has visto a la verdadera bestia. Yo sí… —masculló.

Cogió torpemente los papeles que había sobre la mesa: viejos libros y manuscritos inéditos, y se los arrojó al muchacho.

—Quiero que te cagues en ellos —le dijo.

—¿Cómo?

—Ya me has oído. Has dicho que querías hacer algo por mí y yo quiero que te cagues, que defeques en esos papeles, que los orines.

El chico pestañeó y permaneció en silencio unos instantes.

—¡Hazlo!

—Sí… *frater*.

Mientras el chico se bajaba tímidamente los pantalones, Crowley sonrió y prendió su pipa. Pero, en lugar de observar cómo la orina teñía los documentos, su mirada se perdió de nuevo en el pasado, en el día en que Boleskine había ardido, en ese francés insidioso que había aparecido de pronto para arrebatarle su sueño. Y en cómo había despertado, sangrando y tosiendo, en la solitaria arena de un lago vacío, desierto de magia, un lugar seco que ya no sería epicentro de nada. Pensaba en los gritos de los hombres encapuchados, en las sombras que se deslizaban por las paredes. Pero, sobre todo, pensaba en las cosas que hacía sin querer, sin saber muy bien por qué. Y pensaba en las voces que ahora escuchaba en su cabeza, golpeando su cerebro, durante las noches de insomnio.

Tragó saliva, comenzó a toser, y la sonrisa se borró de su rostro inmediatamente. El chico descendió de la mesa llena de orina y

excrementos, se abrochó los pantalones, le dijo algo, pero Crowley no escuchaba. Estaba lejos de allí, en la casa de Moreau, con el egipcio que le miraba sonriendo, sabiendo que aún controlaba sus actos, con los invitados a aquella reunión en diversas épocas y espacios, en aquella casa del reloj de sol de la que ya nunca podría salir.

Datark le miraba fijamente con sus repugnantes ojos, desde la tiniebla en la que, pacientemente, aguardaría que le trajeran de vuelta, alerta, ampliando su circuito, esperando el momento en que ya no existieran Ginebras ni Théos, y todos fueran los esclavos del gran puerco. Entonces, ni siquiera haría falta un pasaje. Crowley cerró los ojos. Le dolía la cabeza y le ardía el pecho.

—*Frater…* Crowley… ¿Se encuentra bien? —preguntó el chico—. ¿Aleister?

Crowley, con la mirada perdida, dejó caer un hilo de baba y movió los labios lentamente.

—Yo ya no soy Aleister Crowley, chico —murmuró débilmente—. Solo soy una sombra.

* * *

Suiza, Lucerna

Las callejuelas de la ciudad le resultaban más estrechas y oscuras de lo que recordaba. No había estado allí en treinta años, pero aún tenía algunos recuerdos de sus visitas a la ciudad. Al caminar, sentía, a la altura del muslo, el dolor de la puñalada que le había asestado Crowley durante el forcejeo, y, en el brazo, las huellas del disparo de los que, una vez, le habían acogido como compañero de rituales. Al fin y al cabo, era un precio razonable por salir con vida del horror de

Boleskine. Por suerte, los designios no se habían cumplido. En los más altos mentideros de la élite social achacaban el error a la presencia de esa mujer a quien querían entregar como ofrenda. María Orsic decía que ella había alterado el curso de los acontecimientos. En su momento les había contado a los policías todo lo que recordaba, a pesar de las amenazas. Solo él y dos personas más habían hablado, en la más estricta de las intimidades. Y él juraba haber visto a Lambert, a Koch y a Faure, en aquella estancia siniestra, muertos, embalsamados… Y creía haberles visto moverse después, pero lo consideraba una alucinación provocada por el poco líquido negro que no había podido evitar ingerir.

No sabía si el remolino en el agua había sido un sueño, o si habría sido real, pero todavía recordaba su parálisis, su sentimiento de impotencia, su codicia y su flaqueza ante el poder del disco. Recordó a ese francés ensangrentado y la mirada y las palabras de esa misteriosa mujer morena, que le hicieron reaccionar. De alguna forma, había comprendido, en ese momento, lo que en el fondo de su alma ya sabía: que el camino de Crowley, el de los Stver, el de los nazis habían sido erróneos desde el principio. Juegos de sombras, ilusiones vacuas, rituales de poder de amos y siervos, promesas envenenadas que no conducirían más que a ese abismo del que había huido aterrado, a un verdadero Cabaret del Infierno.

Desearía saber dónde estaban los dos desconocidos que se alejaron en la barca, qué habría ocurrido con ellos. Demasiadas pérdidas y muy pocas recompensas.

Al descender por unas escaleras, en una parte recóndita del núcleo de la ciudad, el corazón comenzó a latirle cada vez más deprisa. Con las manos temblorosas, extrajo de su bolsa las pastillas para los nervios y se las tomó. Se apoyó durante unos instantes en la pared. El viento hacía ondear su capa negra, que ya no le resultaba elegante ni seductora, sino un mero ornamento innecesario. Caminó despacio, apoyándose en su bastón. Le parecía irónico necesitarlo de verdad. Al final del sendero empedrado se detuvo ante una casa que, a simple vista, parecía vulgar y pequeña.

A la luz del rojo atardecer, más bien parecía una posada. Le costaba creer que el sótano de esa casa hubiera albergado, alguna vez, la nueva génesis del reino de Los Sombra, tal y como le había dicho un amigo de AvGull, al que, como a él, habían expulsado del palacio de lo social para convertirlo en paria.

Por un momento, le pareció que una sombra temblaba en algún punto de la calle solitaria. De pronto, oyó un chasquido. Desde la otra esquina, alguien observaba. Y quería que él supiera que le estaba observando. Recordó el acoso al que le habían sometido después de ir a investigar a Ferriéres, y recordó que aún estaban allí, que ese barro seguía hirviendo bajo la tierra. Todos ellos permanecerían unidos, en el magma oscuro de lo oculto, hasta que tuvieran otra ocasión propicia para cernirse, como una plaga de sombra, sobre la tierra.

Nunca estaría libre de sus miradas, de sus presencias, de sus maquinaciones. Se quitó el sombrero e hizo una reverencia a aquel vigilante que no dejaba de mirarle impertérrito. Dio media vuelta y caminó despacio, alejándose de la casa.

En realidad, su trayecto no tenía un destino. En París ya no le quedaba nada. Ya no sería capaz de caminar por aquellas calles que había amado y venerado y de las que, una vez, extrajo su fuerza. Ya no volvería a los abismos que antes le parecían atractivos, ni a las damas aburridas, ni a los recintos habituales que le hacían sentirse culto. Estaba desengañado de todo, no existía ya ningún encanto, ninguna dulzura en la vida que antes acostumbraba a adorar.

¿Volvería a Italia, donde Mussolini le requería, a su pesar?, ¿iría a su Sicilia natal?, ¿recurriría a la AvGull, de la que apenas quedaban unas migajas? «¿Qué estarás haciendo ahora en ese calabozo, viejo Hess, y por qué te volviste loco de repente?», pensó.

Quizá sería mejor ir a su casa de Viena. Allí, al menos, podría pensar en el devenir. Tal vez, al igual que Marguerite, se dejaría matar por algún explosivo. O quizá lo mataran los que le vigilaban. En tiempos de guerra era muy fácil hacer que cualquier cosa pareciera un accidente. Dejaría que las fluctuaciones violentas de la

guerra marcaran sus pasos, en medio de las armas que el hombre fabricaba para matar al hombre.

* * *

En una carretera perdida de Francia

Urik detuvo su viejo sidecar, cargado con unos cuantos libros, en el arcén de la solitaria carretera, y miró al horizonte rojizo y diáfano. Qué diferente del cielo de aquellos días de tormentas eléctricas y locura meteorológica. El clima había recuperado su cordura. Y, sin embargo, este atardecer le parecía diferente a todos los que había visto en su vida. Le instalaba en el plano de lo eterno con una naturalidad asombrosa. Era como si le estuviera dejando algún mensaje entre las nubes doradas, sobre el mar teñido de rojo. Parecía hablarle de una paz inesperada que aguardaba entre la niebla, pero también de incertidumbre, de añoranza, de sueños que seguirían quebrándose.

—El reclamo de autenticidad… —dijo Urik, recordando a Ginebra y a Théo.

Todavía tenía el telegrama de Ginebra en el bolsillo. Ella estaría camino a Sudamérica, lejos de los recuerdos.

También se había despedido de Bergier en la estación de París, y ambos sabían que tardarían tanto en volver a verse como la última vez.

Recordó las palabras de la carta de Claire, invitándolo a su refugio en Marsella, junto a la Resistencia. Sonrió. Esa mujer aún creía en que se podían cambiar las cosas. Y, en realidad, él también. A pesar de todo, seguía creyendo y se agarraba a esa esperanza. A pesar de que los que habían participado en la aberración de

Boleskine seguían libres, tejiendo el mundo con sus telas de araña, David había ganado una lucha contra Goliat, pequeña pero enorme.

Miró al frente, hacia el mar Mediterráneo. Tan diferente y tan lejos del oscuro y frío lago que había engullido a Théo.

Echaba de menos a su amigo: su forma sincera de actuar, sus salidas de tono, su carácter romántico. Y, sin embargo, sabía que Théo no había desaparecido. Al igual que Ginebra, intuía su presencia, al otro lado, en otro espacio tiempo. ¿Estaría en la Atlántida? «Théo, amigo, si pudieras darme una señal».

Colocó las manos sobre los mandos de su moto. Iría a donde le llevara el azar. Después de lo que había visto y lo que había vivido, solo ansiaba encontrar algún lugar donde poder detenerse, algún tiempo, a descansar, a recuperarse de la herida de bala en la espalda, y seguir ayudando a los que le necesitaran, antes de volver a su reclusión en las afueras de París, si la guerra se lo permitía. En el lado vacío del sidecar cayó una hoja seca, de un curioso color azul. «Eso es, Théo. ¡Gracias!», se dijo Urik. Cerca de Saint-Nazaire había una enorme biblioteca llamada Follies. Iría allí a investigar sobre la partícula azul y trataría de aportar algo a la Resistencia. Allí, una vez, cuando aún buscaba su lugar en el mundo, había encontrado el amor con Hanna. ¿Qué haría Hanna si estuviera con él en este momento? ¿Si no se hubiera tirado por ese puente en Praga, en un verano plomizo en el que el cielo era marrón, la belleza se extinguía en urinarios macilentos y ella decidió que nada tenía sentido? «Yo haré que lo tenga, Hanna, por ti y por todos los que se sintieron como tú, y sobre todo por Ginebra y Théo», pensó Urik.

Se colocó el casco, apretó los mandos y aceleró.

* * *

Buenos Aires, plaza Dorrego, octubre de 1944

Ginebra tomó asiento junto a la ventana, en la mesa de la esquina del café Dorrego, un lugar que ya era familiar para ella, en aquel Buenos Aires en el que aún se sentía extranjera. Gracias a los contactos de André Breton, había establecido relación con varios escritores y pintores franceses que estaban exiliados allí. Por otro lado, el novio de Georges la ayudaba a escribir en español. Georges se había instalado en San Telmo, muy cerca de ella. Se sentía feliz en aquel barrio que, de algún modo, le recordaba al Marais de París y al Trastevere italiano. Mientras degustaba su café con leche y churros, vio entrar a Jorge Luis Borges, aquel escritor erudito que hablaba en perfecto francés y trabajaba como bibliotecario.

Se sentaba junto a ella en el café y acababan charlando de literatura, de las metáforas y los símbolos, de la vida, y… de lo que había ocurrido con el disco. Le gustaba contarlo como si fuera una especie de leyenda, algo que quizá no había sucedido realmente. Y Jorge Luis la escuchaba tan atentamente que a veces tomaba notas, y se volvía loco por intentar probar la veracidad de sus palabras. Siempre terminaba con la misma pregunta: «¿Me dirá usted si es verdad esta historia?». Y Ginebra sonreía, pero jamás contestaba.

Jorge Luis se acercó a ella y le pidió permiso para tomar asiento a su lado.

—¿Sabe lo que más me cautiva de esas historias que usted me cuenta y que se empeña en hacer ambiguas? —le dijo.

—¿Qué?

—La cualidad poliédrica…

—¿La cualidad poliédrica?

—Ese disco… ese poder que tiene. Es fascinante porque es ubicuo, omnímodo. Significa la unión de todos los ángulos posibles, por eso abre un pasaje, ¿no le parece? No sabe hasta qué punto me interesa ahora mismo esa cuestión.

—En efecto —dijo Ginebra—. Pero nada de eso lo vivimos así en ese momento. Ni yo… ni Théo.

—Sigue pensando en él…

—Toda mi vida pensaré en él.

—Los seres queridos vuelven siempre. Es como si aguardaran en un cruce de dimensiones, nos atraviesan cuando menos lo esperamos —dijo Borges—. Sigue viniendo a este café para escribirle poemas, ¿verdad?

—A usted se lo puedo decir.

—El bello poema que me envió saldrá en mi revista la próxima semana.

—Gracias, Jorge —dijo, y le sorprendió lo poco que le importaba ahora algo que antes hubiera sido primordial.

—Y saldrá sin seudónimo masculino.

Ginebra sonrió y no pudo evitar emocionarse. Ya no tenía que ocultar su nombre.

La puerta del café se abrió y una figura alargada, ataviada con un abrigo juvenil y algo raído entró en el salón. Llevaba unos cuantos libros en la mano y su cara, sumamente adolescente, no parecía corresponder a su estatura ni a su seriedad.

—Querida Ginebra —dijo Borges—, quiero presentarle a un joven muy prometedor que vive en Mendoza y es profesor de Literatura Francesa en la Universidad Nacional de Cuyo, pero viene mucho por Buenos Aires.

—Encantado de conocerla —dijo el joven con una voz profunda, atravesándola con sus ojos verdosos, inteligentes, algo raros. Ginebra le dio la mano sonriendo.

Al otro lado de la plaza, Georges saludó a Ginebra con la mano. Cogió en brazos a la niña de pelo negro y mofletes rosados y la animó a que también la saludara.

—Ahí está su hijita, Kavya Amrit —dijo Jorge Luis—, ¿no es así?

—Es usted el único que recuerda bien su nombre —reconoció Ginebra, sonriendo mientras respondía al saludo.

—Y nació en Argentina. ¿Resolvió el tema de su estancia aquí?

—Pues, a decir verdad, un amigo, el poeta André Breton, me ha ofrecido viajar a Nueva York. Allí se le están abriendo oportunidades

y quiere contar conmigo para escribir en una revista, quiere presentarme a un editor…

—¿Y se lanzará a la aventura neoyorquina?

—Podría ser inspirador. Tengo ganas de ver a André, de visitar a Leonora Carrington antes de que se vaya… Y conocer Manhattan. Pero volveré a París, de eso estoy segura. Cuando la guerra termine… Tengo que tomar un chocolate con una vieja amiga.

—Me gustaría tanto ir a París —dijo Julio Cortázar atravesándola con sus ojos verdes penetrantes—. Pero sobre todo quisiera seguir en contacto con usted, Ginebra. No es como muchos de los escritores que conozco, grises y quitinosos… Más bien tiende, como yo, irremediablemente, a crear líneas de fuga en el continuo.

—Julio, percibo una luz pura en sus palabras, en su mirada. Espero no perder nunca esa cualidad de la que usted habla, si es que la tengo. Escríbame. Yo lo haré —dijo Ginebra, dándole la mano. Se levantó, y se puso el sombrero—. Bueno, tengo que marcharme, me están esperando —se excusó, saludando a Georges—. Y tengo que preparar el equipaje.

—¿Irán solas? —preguntó Borges, un tanto alarmado.

—Sí, esta aventura la haremos solas. Y no pasa nada. Quiero que ella comprenda que está sola, igual que cuando vino al mundo, igual que cuando se vaya. Venimos solos, pero nos aloja el vientre de nuestra madre, que es un pasaje hacia este mundo, hacia los que nos aman en el tiempo que conocemos. Nos vamos solos, pero nos aloja el vientre de la madre tierra, otro pasaje hacia el amor atemporal. En el camino de la vida, estamos siempre solos, siempre acompañados. Y el fin solo es otro principio.

—¿Otro principio? —preguntó Borges.

—Así es… Esto no termina aquí. No sabría explicarlo, pero pude verlo. Es una cuestión de fe, y también de inconformismo… De empeñarse en seguir explorado, caminando, soñando y creyendo en nuestros sueños, a pesar de los golpes. Aquellos que nos han querido, nos esperan en el otro lado. Si los buscamos lo suficiente.

Cortázar se levantó y le dio un abrazo a Ginebra.

—Cuídate, Ginebra, escribí.

—Lo haré, Julio. Gracias.

—Ginebra, antes de irse —dijo Borges, poniéndose en pie—, déjeme preguntarle, solo una vez más: ¿es real la historia?

Ginebra sonrió, miró a los dos escritores. Cortázar la observaba desde su gran estatura, con una autenticidad profunda, aguda y lírica, como si dialogara directamente con la parte de ella que amaba la poesía. Borges parecía ser el interlocutor de la parte más racional.

—Todo cuanto le he contado es real, Jorge Luis. Absolutamente todo —dijo, finalmente, con total seguridad y una sonrisa serena—. Le escribiré pronto. Debo marcharme.

Mientras la veía alejarse a través de la ventana, Borges se dejó caer en la silla. Abrió su libreta sobre la mesa, la ojeó, perplejo.

—¿Y cómo creer…? ¿Y cómo pensar que…? ¡Esa historia es increíble!

—¿A qué historia te referís? —preguntó Cortázar, sin disimular su intriga.

—¿Tenés algo de tiempo?

—Siempre tengo tiempo para hacer cosas fuera de lo habitual —dijo Cortázar sonriendo—. Para lo que no deberíamos tener tiempo es para lo otro, ¿no crees, vos?

—Pues entonces te lo voy a contar…

Julio Cortázar tomó asiento, encendió su pipa y se dispuso a escuchar.

—Permitime que le ponga un título a la historia —propuso Borges con la mirada perdida en el infinito—: la llamaremos… *El Aleph*. Sí, ese será un buen nombre.

* * *

París, Montmartre, enero de 1957

Claire se dirigió a la cocina de su piso en la Rue de L'Abreuvoir y le dio vueltas al chocolate caliente. Lo preparaba todos los sábados, desde hacía años, en recuerdo de aquella promesa que, una vez, le hizo Ginebra. Solo que, en vez de tomarlo con ella, la que acudía a la cita era Suzanne, con la que había cultivado una buena amistad. Suzanne le contaba que juraría haber visto a Renaud después de la guerra, en el ministerio, y que su expresión era muy diferente a la que solía tener. Se figuraba que eran proyecciones, producto del dolor.

¿Debería investigar el tema? Recordaba haber oído a Ginebra decir que en algún momento había visto los cuerpos de Renaud y los demás científicos aquel fatídico junio del 41, pero no podía estar segura, pues estaba bajo los efectos de un sedante.

Echaba de menos a su amiga. Ya no recibía cartas suyas tan a menudo como antes y no sabía si seguiría en Nueva York. Tenía su primera novela publicada en la estantería, le hubiera gustado ver en ella alguna alusión a lo que habían vivido. Todavía la recordaba, caminando bajo la lluvia, aquel gélido día de 1938.

Se ovilló en el sofá y abrió las carpetas llenas de polvo que había rescatado de los cajones. En su momento, Urik le dio copias de todos los estudios realizados con Bergier sobre el disco y los fenómenos climáticos, reflexiones, datos históricos sobre los Stver que, siempre en la sombra, se hacían cada vez más fuertes en Lucerna y en algunos lugares de Estados Unidos e Inglaterra, etc. También sobre miembros de la Resistencia, asesinatos impunes, actos heroicos que no habían sido reconocidos.

Contuvo las lágrimas y sonrió. Conforme avanzaba en la lectura, en su memoria revivía algunos de los acontecimientos que, durante años había luchado por sepultar en su memoria. Cerró los ojos. Por primera vez en muchos años, recordó a los verdugos que la habían golpeado en los calabozos de la Gestapo. Recordó el martillo cayendo sobre sus dedos, un dolor eléctrico le sacudió el cuerpo, y

decidió dejar de leer. Guardó los documentos, tomó aire, se limpió una lágrima.

Alguien llamó a la puerta. Pero hoy no había quedado con Suzanne… Cogió el bolso donde llevaba el arma y miró por la ventana. Frente a la puerta de su casa, una mujer con un abrigo *beige* y una boina, calada por la lluvia, la miraba con expectación. En su piel, algunas arrugas se hacían evidentes y los rasgos habían perdido tersura, pero en sus ojos brillaba la misma autenticidad que cuando eran pequeñas. Corrió a abrir la puerta.

—¡Ginebra!

Ambas se miraron, con las lágrimas a punto de brotar. Ginebra sonrió.

—Te dije que nos tomaríamos ese chocolate.

* * *

París, Panthéon, mayo de 1968

A través de la ventana que daba a la Rue d'Ulm, se escuchaban gritos de júbilo, voces que se alzaban con consignas surrealistas, protestas… Los jóvenes corrían por las calles como llamaradas de colores, buscando una pared en la que escribir o un café en el que entrar a hablar. Hablaban sin parar, se congregaban, se disolvían, iban a su aire, solos por la calle, escribían, o hacían fotos, o improvisaban en mitad de una acera, bailaban, cantaban. Ginebra sonrió al mirarlos desde la ventana. Querían gritar. Querían pensar. Solo esperaba que fuera un movimiento realmente espontáneo, que nada ni nadie corrompiera ese sueño que quería tener sentido. Recordó lo que le había dicho tantas veces Urik: «Crearemos un nuevo mundo. Y lo sorprendente es que será posible». En un papel

de color azul escribió: «Volad sobre el mar infinito, cambiando el origen de las mareas hasta que el sol desobedezca y salga por el lado que no es». Hizo un avión y lo tiró por la ventana. Se asomó a mirar. Un joven que caminaba haciendo fotos a los mensajes en las paredes, recogió el papel, lo abrió y lo leyó. Con una amplia sonrisa, miró hacia arriba.

—¡Gracias! —gritó—. ¡Le prometo que el sol no volverá a salir por donde siempre! ¡Yo me encargo!

—¡Estupendo! —exclamó Ginebra.

—¡Salenas, cronopio, cronopio! —dijo el joven en español con acento francés, quitándose el sombrero.

Ginebra, sorprendida, sonrió y sintió que se le humedecían los ojos. Julio Cortázar, su amigo Julio, estaba en el corazón de aquellos jóvenes, con su «no puede ser que estemos aquí para no poder ser». Ahora mismo, andaría por ahí haciendo fotos, como este joven.

—¡Salenas! —respondió Ginebra.

Sonriendo, se sentó ante la máquina de escribir.

Miró la habitación en tonos blancos con algunas plantas rinconeras, las estanterías llenas de libros, los grandes ventanales y una pequeña chimenea, escenario de las últimas reuniones con Breton, cuando su salud ya no le permitía moverse con libertad. Retrocedió en el tiempo y recordó los maravillosos paseos surrealistas por Nueva York en los años cuarenta, las presentaciones de sus libros en el Upper West Side, en los cincuenta, las veladas de teatro en Brooklyn, el reencuentro con Claire y Urik en París, el *jazz*, la librería Shakespeare & Company, los pasteles de Bagnolet, las tardes en el D'Orsay y en Les Deux Magots, los artículos de Urik sobre la partícula azul. Por supuesto, unos lo habían tachado de loco y, otros, de genio incomprendido, pero, recientemente, se había comenzado a hablar del tema en las universidades. La repentina revolución en las calles de París parecía haberle devuelto a Urik su energía juvenil. Estaría disfrutando de ella en algún rincón de la ciudad, velando por su permanente mutación y diciéndoles a los estudiantes que no fueran piezas de ningún engranaje. Recordó a

Ian que seguía con sus investigaciones, ahora centradas en el grial; también a Georges que le mandaba fotos de su nueva vida en Castro, San Francisco, donde podía salir a la calle con su amor, sin miedo a que le censurasen; y los habituales paseos por París con Claire, a quien le encantaba grabar con su nueva cámara toda clase de documentales y darles un aire de *nouvelle vague*. Pero, por encima de todo, resplandecía siempre, en su memoria, la ternura infinita de Théo, su verdad poderosa, su pureza incontestable.

Estaba dispuesta a hacerlo. Tenía que hacerlo. Por él. Una vez más, repasó los papeles que, años atrás, Claire le había entregado: los documentos de Urik sobre el disco y su composición, los Stver, el egipcio, y las conjeturas sobre quién habría robado el texto del Critias. El ascenso y caída de Lucius, la historia de la Resistencia, el suceso de Trocadero. Tal vez, escribir toda la historia la ayudase a encajar las piezas del puzle que, en su memoria, aún estaban sueltas.

Ya no era una jovencita, notaba el cansancio. Sin embargo, la Ginebra que era seguía latiendo con fuerza bajo esa persona mayor que veía en el espejo todas las mañanas. Cerró los ojos.

—¿Estás ahí, Théo?

Lo que sentía era difícil de describir, era como cuando tuvo aquellas visiones en San Víctor, y Théo estaba allí y ella lo sabía, pero no podía verle. Con los años, había aprendido a controlar las imágenes, las canalizaba, las había convertido en una especie de pasaje.

Vio Boleskine, vio Ierápetra, San Víctor, vio el viaje espacio temporal en Festos, vio la Atlántida y, a través de una luz azul que invadía el centro de los recuerdos, vio los ojos de Théo que la miraban desde un amor infinito.

—Oh, ahí estás…

Entonces, sin saber muy bien cómo, sus dedos teclearon una frase. Abrió los ojos y leyó. Una especie de música interna la impulsó a volver a escribir. Siguió hasta llenar varios folios. Al fin iba a contar la historia, al fin escribiría sobre Théo, sobre su lucha contra la

oscuridad, su hazaña. La hazaña de Théo Bernard y Ginebra Wilde. Una aventura que nadie había conocido.

—¡Mamá! ¿Qué tal?

La voz de su hija la sobresaltó. No se había percatado de su presencia.

Kavya se inclinó sobre la máquina y comenzó a leer.

—¡Wow!, esto va a ser muy *groovy*.

—No sé si será *groovy*, pero… fue verdad. —Ginebra se levantó y observó a su hija, alta, delgada, vestida con pantalones campana y una blusa de cuadros, el pelo negro liso, con raya en medio, bajaba casi hasta la cintura. Leía a toda velocidad, con sus grandes ojos grises tras las gafas pequeñas y redondas al estilo Lennon. Desde muy pequeña la había enseñado a leer y a escribir, y ahora era poeta y cantautora. Había formado un grupo de música, con algunos chicos que llevaban el pelo largo y barba. En numerosas ocasiones, Kavya percibía cosas que no comprendía, y Ginebra trataba de explicarle lo que a ella misma le ocurría. Lo que Urik había llamado el «don de Nabia», hacía tantos años—. Ya es hora de hablar de ello, y de que tú conozcas toda la historia.

—Mamá… —dijo Kavya, conmovida—. Siempre quise que me lo contaras.

—Qué raro que no estés en la universidad, en medio de todo esto que te encanta.

—Vengo de allí. La huelga sigue, ahí fuera es todo como un trotar de unicornios. Los alumnos vienen para hacer asambleas. Les encanta estar con los profes jóvenes, dicen que les entendemos mejor. Esta tarde tenemos reuniones en Nanterre y mañana *happenings* —explicó Kavya, mirándola con una sonrisa en la que siempre veía a Théo—. Hemos estado hablando de todas las cosas que hay que mejorar. Ojalá no se quede en una utopía. Había grandes artistas en la reunión de hoy: pintores, escultores, escritores… Por cierto, tienes muchos fans por allí.

—Anda, come algo, estás muy delgada.

—¡Tengo un hambre tremenda! —dijo Kavya. Resueltamente se

metió en la cocina y, mientras abría la nevera, siguió contándole las aventuras que había vivido en la universidad en la que daba clases de literatura.

Ginebra tomó asiento, de nuevo, frente a la máquina de escribir.

Recuperó la primera hoja y leyó: «Eran las tres de la mañana y hacía frío». Miró su reloj: las tres en punto de la tarde.

Detrás, solo a unos metros de ella, una sombra que comenzaba a crecer desde algún lugar, la observaba. Ginebra no se molestó en girarse.

—Sé que estás ahí, sé que volverás. Ojalá estemos preparados. Ojalá hayamos comprendido…

Urik le había contado que los Stver continuaban ejerciendo el poder en la sombra. Aseguraba que tenían planeada una nueva fecha para otra especie de advenimiento, y que tendría lugar entre el año 76 y el 86 del siglo XX, respondiendo a un cambio de paradigma en el que, al parecer, estaban trabajando, pero todo quedaba en conjetura ante la dificultad de conseguir pruebas. Mantenían una total discreción; si seguían haciendo rituales, lo ocultaban tan bien que jamás trascendía, y se ramificaban a través de sociedades que cobraban fuerza en las esferas más altas. Nadie sabía nada de ellos fuera de los circuitos alternativos de investigación y, aunque tras la guerra se habían distribuido algunos folletos anónimos, pasaban por ser meras habladurías de falsas conspiraciones.

Se disponía a seguir escribiendo, cuando sonó el timbre. Una sola llamada, pero contundente. Se preguntó quién podría ser, a esas horas tan raras. Desde la habitación se escuchaba la música de Janis Joplin que había puesto Kavya.

—No la pongas tan alta —dijo Ginebra.

Al acercarse a la puerta, percibió algo que no sabía definir y dudó unos instantes. Finalmente, giró el picaporte y abrió. Vio a una mujer con grandes gafas de sol de pasta marrón y una boina ladeada. Llevaba las solapas de su abrigo alzadas, de modo que le tapaban una parte del rostro. Ginebra retrocedió y se cerró la

chaqueta instintivamente. Percibía diferentes energías que se cruzaban. La mujer agarraba con fuerza una vieja carpeta dorada.

—¿Es usted Ginebra Wilde? —le preguntó, con una voz que sonaba más envejecida de lo que su aspecto hacía ver. Y, mientras Ginebra asentía, desconcertada, la mujer abrió la carpeta que sostenía contra su pecho y extrajo un manuscrito amarillento—. Necesito hablar con usted. Tal vez le interese conocer los hechos que aquí se narran. Y también… el paradero de algo que usted perdió.

Ginebra miró el manuscrito. En la portada solo pudo distinguir un nombre: Cesare Evola. Sintió un calambre en la boca del estómago.

—¿Quién es usted? —preguntó.

La mujer se quitó las gafas de sol y la boina, dejando ver su rostro arrugado y su cabeza, parcialmente surcada de cicatrices de antiguas quemaduras e injertos. Sus ojos amarillos brillaron bajo los rizos pelirrojos entre los que asomaban mechones de canas.

—Me llamo Marguerite —dijo—. Marguerite Lacroze.



IZARA BATRES: Profesora de Literatura Española e Hispanoamericana, y de Escritura Creativa, es autora de los poemarios «Avenidas del tiempo» (2009), «El fuego hacia la luz» (2011), «Tríptico» (2017) y «Sin red» (2019); del libro de «Relatos Confesiones al psicoanalista» (2012); de las novelas «ENC» o «El sueño del pez luciérnaga» (2014) y «El cabaret del infierno» (2026); y de los libros de ensayo «Cortázar y París: Último round» (2014) y «Julio Cortázar: claves de una búsqueda ontológica» (2023). Su obra poética y narrativa ha recibido reconocimientos literarios internacionales, como el XXXVI Premio Mundial de Poesía Fernando Rielo o el Premio Internazionale D'Eccelenza «Citta Del Galateo-Antonio De Ferraris» (2021) y ha sido parcialmente traducida al italiano, inglés, griego o rumano.

Ha escrito varios artículos y reportajes periodísticos, así como teatro y guion de cine. Es cofundadora del colectivo artístico Numen.